



EL CASO

LAMBER

FELIPE OJEDA

D.J.57

EL CASO
LAMBER
Felipe Ojeda

Copyright © 2019 Felipe Ojeda

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de

almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Septiembre 2019.

Título Original: El caso Lamber

Cubierta: Amparo Tárrega

Fotografía: Pixabay

Maquetación: Olga Rodríguez

Corrección: Teresa Ruiz

A todos los que tienen que empezar de nuevo alguna vez .

Prólogo

Frank Lamber

La peor nevada del año y me tenía que tocar a mí, y justo aquel odioso día. No bastaba con que aún siguiera en la comisaría, acabada mi jornada hacía ya dos horas... Aunque, estaba pensando en jubilarme así que... ¿Qué más daba dos horas de más? Seguramente cuando ya no tuviera nada que hacer me arrepentiría de la decisión que iba a presentar en firme en unos días.

Primer error que cometes al tomar una decisión importante: ¡contárselo a los compañeros! Segundo error que: olvidar por completo pronunciar las palabras «No quiero despedidas».

No digo que no estuviera agradecido por las muestras de cariño de mis compañeros; treinta y cinco años son muchos años. Ya era hora de tomarme un descanso e ignorarlo. Sería de idiotas no hacerlo, aunque quizá, aquel pastel gigante con la forma exacta de mi nueve milímetros fuera algo excesivo. Mi mujer nunca sabría que ya llevaba engullidos dos trozos de tarta más grande que mi mano. Soy diabético y me encantaba vivir al borde de una subida de azúcar: ¡Llámame loco!

Conseguí escaparme al baño de la comisaría en el momento justo en el que empezaban los abrazos; aunque sonreía, de lo único que tenía ganas era de volver a casa. Claro que con la nevada que estaba cayendo, no sabía si llegaría vivo. Olvidé por completo poner las cadenas a las ruedas del coche. Resoplé de mala gana. A ver quién era el valiente que lo hacía con ese clima: seguro que terminaría con un lumbago de mil demonios.

Me miré en el espejo y no puede evitar fruncir el ceño. ¡Ya estaba mayor! Recordaba a la perfección mi primer día en aquella comisaría: joven, vigoroso y con muchas ganas de comerme el mundo. Con sesenta años y con el pelo completamente blanco —por suerte no me había quedado calvo— me di cuenta de lo rápido que habían pasado los años... Cerré los ojos y pude ver perfectamente a «mi yo» de hacía treinta y cinco años. No pude evitar echarme a reír al tiempo que me despedía de aquel lavabo con olor a tabaco mezclado con ambientador.

Nunca me gustó ser el centro de atención, aunque como sargento del departamento de policía número 13, no me resultó fácil pasar desapercibido,

aunque al mismo tiempo pensaba que echaría mucho de menos estar allí, estar metido en historias, perseguir al «malo», y ser el responsable de detenciones importantes. Me encontraba sonriendo al recordar todo aquello, cuando el lumbago me dio un pinchazo de recordatorio.

—Ya sé que tengo que irme —dije en voz alta para mí mismo—. ¡No hace falta que me des más por el culo!

Había dejado lo más importante para el final, siempre me pasaba igual. Recogí algunas cosas de mi mesa. En treinta y cinco años había acumulado demasiados trastos; tardaría unos días en vaciarlo por completo para que el nuevo ocupante, de la que había sido mi mesa, no se topara con retales de la vida de un viejo. Cogí varios informes de casos que dimos por cerrados, sin encontrar a los culpables. Puede que desde la tranquilidad que ofrece el no hacer nada, pudiera encontrar algo que se nos hubiera pasado por alto, en el fervor de la ansiedad laboral.

Ser policía de homicidios en Manhattan es un caos continuo y algo deprimente, si no se sabe desconectar cuando se sale por la puerta. Miré los informes y los dejé con suavidad en una caja.

Miré a través de la ventana y vi que la nevada seguía en su pleno apogeo; no sabía cómo narices iba a llegar a mi casa. Observé de soslayo el calendario: 25 de enero... ¡Cómo había pasado el tiempo!

Me senté con cuidado en mi silla y quedé frente a frente con la foto de mi hijo Kevin. Recordaba con detalles lo que significó verle por primera vez: tan pequeño y bonito que no podía creer que fuera mío; y cómo fue verlo crecer hasta que se hizo un hombre. El corazón siempre se me aceleraba cuando pensaba en él. En muchas ocasiones, era eso lo que me hacía sentir que seguía vivo. Agarré la foto y la miré detenidamente; fue la última foto que le hicimos antes de que partiera a Irak, el 14 de febrero de 2006, unos días antes de su cumpleaños. Sonreía. Iba vestido con su ropa preferida y tenía la mirada tan llena de vida...

Pasé mis dedos por su rostro y odié sentir la textura del papel. Miré el techo y cerré los ojos. Aun así, no pude evitar que un par de lágrimas recorrieran mi cara; nadie sabía lo que odiaba al mundo y lo que había llegado a odiar este puñetero país. Cada día, desde su muerte, durante varias horas, me asolaban recuerdos de aquella llamada, dos años después de su marcha. Cómo cambió mi vida desde entonces; cómo una parte de mí, murió con él.

Volví a mirar el calendario, y mis ojos se fijaron en el mes de febrero;

el número diecisiete llamó mi atención al instante. En menos de un mes, mi hijo hubiera cumplido veintinueve años. No hay día que no hubiera deseado cambiarme por él.

Metí la foto en la caja y salí del despacho hacia mi casa. La avenida Brooklyn estaba desierta y nevada, y ni rastro de las luces que hacía poco la habían llenado de luz dándole vida a la ciudad. Aunque, por otra parte, la prefería sin tanto turista «pesado» al que le robaban la cartera cada dos por tres.

Subí a mi coche y di gracias a Dios de que la tormenta hubiese amainado un poco. Miré la caja y el reflejo de la foto de mi hijo me devolvió la mirada. No sabía si podría con ello.

Capítulo 1

Frank Lamber

25 de enero de 2008

Treinta y siete kilómetros me separaban de mi casa. Normalmente era un trayecto rápido, pero aquel día el tiempo se había ralentizado y mi coche iba más lento que nunca; y eso que no había ni un alma por la calle.

Vivir en el centro de Manhattan nunca fue idea mía, pero... ¡ya se sabe!, en mi casa mandaba mi mujer. Nunca quise pensar lo que hubieran pensado mis subordinados si hubieran sabido que el sargento Frank Lamber «era un calzonazos» una vez que se quitaba la placa. Paré en un semáforo y resoplé de mala gana. No había nadie en la calle. Miré mi reflejo en el retrovisor.

—¿Pasa algo si me lo salto? —Me devolví la mirada. Estaba a punto de jubilarme y ya pretendía saltarme la ley—. ¡Viva el calor latino!

Arranqué el coche sonriendo y tuve que frenar en seco unos metros después: un pirado en bicicleta pasó como una bala frente a mi coche.

—¡Tú no pares, cabrón! —le grité fuera de mí al ciclista, que ya se encontraba en la otra punta de la calle—. Ojalá acabes congelado, ¡asqueroso mamón! —susurré mientras agradecía que mi mujer no hubiera estado presente; no soporta los malos modales ni las malas palabras. Lo que yo había dicho: soy un «calzonazos».

Cuando me repuse un poco, me di cuenta de que a causa del frenazo se había volcado la caja y la foto de mi hijo se había deslizado hasta llegar al suelo. Avancé unos metros más y me detuve delante de un paso de peatones, aprovechando que estaba todo desierto. Miré con curiosidad la caja. ¿Cómo había podido caerse solo la foto? La recogí y limpié el cristal con suavidad. La sonrisa de Kevin me hizo sonreír. Fue entonces cuando una sombra cruzó delante de los faros de mi coche. Levanté la cabeza un segundo y devolví la vista a la foto, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo con rapidez y miré de nuevo hacia el exterior.

Un chico caminaba a trompicones entre la nieve; había algo en su

forma de andar que no parecía ir bien. Estuve mirándole durante unos segundos, con la foto de mi hijo todavía en mis manos. Hubiera seguido mi camino a casa, pero sabía que mi hijo Kevin me hubiera hecho parar para ayudar a aquel joven, así que dejé la foto de nuevo en la caja y salí del coche. Entonces lo entendí: aquel chico iba descalzo.

—¡Perdone, señor! —grité varias veces intentando llamar la atención de aquel joven, pero no dio resultado, hasta que se me ocurrió tocar la bocina estridente del coche. Fue entonces cuando le vi detenerse unos segundos. Me tensé rápidamente — había llegado a ser sargento por algo—, puse la mano sobre mi pistola y me preparé para lo que pudiera pasar; poco a poco fue dándose la vuelta y al ver lo que le costaba aquel movimiento, me tranquilicé un poco. Cuando se volvió completamente hacia mí, el aliento de mi garganta se congeló, mi espalda dio contra el coche y tuve que sujetarme al capó para no caerme.

«No puede ser», me dije a mí mismo mientras aquel chico me miraba confundido.

—¿Kevin?

—No lo sé —contestó mientras le castañeaban los dientes. Su voz sonaba demasiado débil.

Di dos pasos hacia él intentado, sin éxito, ocultar mi nerviosismo; aquel muchacho era bastante más alto que yo, aunque iba encorvado y parecía al borde del desfallecimiento.

—Yo... ¡no sé nada! —continuó diciendo.

Lo miré con el ceño fruncido. Sentía cómo la sangre recorría mis venas y cómo el corazón bombeaba tan fuerte, que como no me controlase, acabaría desmayándome. Le miré de nuevo y sentí que mis manos temblaban ante aquella presencia. No podía ser Kevin. Kevin era más corpulento, y era rubio. Aquel muchacho que había ante mí era más delgado, y era moreno; tenía un aspecto lamentable, pero aquellos ojos, igualitos a los de mi hijo, quedaban a la vista pese a todo lo demás... Se parecían tanto que era imposible ignorar lo que me hacía sentir.

—¿Cómo te llamas? —El joven me miró y vi un destello de desesperación en su mirada—. ¿Vives por aquí?

—No lo sé —me repitió tembloroso, su voz empeoraba por momentos —, no sé nada.

Lo miré detenidamente. Se apretaba el estómago mientras luchaba por respirar; se tambaleó ligeramente y me miró poco antes de caer al suelo de

rodillas. Corrí hacia él y le aparté el pelo de la cara: estaba más delgado de lo que me había parecido. Apenas se mantenía consciente, así que cargué con él y como pude lo subí a mi coche. Lo más lógico hubiera sido llevarlo al hospital, pero... ¡Dolores tenía que verlo. Miré una vez más al joven que parecía dormido e inicié la marcha. Mientras conducía se me ocurrió hacer una llamada.

—¿Hanson?

—¿Sargento Lamber? Pero... ¿qué hace llamando a comisaría? ¿Está usted bien?

—Sí, escucha: hazme un favor. Mira si en desaparecidos coincide alguien con los rasgos que voy a darte.

—Adelante, señor.

—Varón, unos treinta años, metro noventa, moreno, ojos azules, corpulento, pero delgado... Échale un vistazo y avísame si tienes alguna coincidencia y, si es así, mándame las fotos.

—De acuerdo, sargento. En cuanto tenga algo le aviso.

—Gracias, Hanson. —Suspiré mientras miraba al joven que parecía respirar algo mejor.

Ni siquiera sabía por qué lo estaba haciendo: estaba llevando a un completo desconocido en mi coche. Podría ser incluso algún asesino, o algo peor, pero ese muchacho tenía algo que no podía explicar, aparte de lo obvio.

Quizá fuera una locura meter a Dolores en todo aquello. Ver a alguien con ese parecido con mi hijo, pese al deterioro que tenía el joven, podría afectarle demasiado. Pero necesitaba que ella lo viera, porque si ella veía lo mismo que yo, sabría que era real y no producto de un semijubilado.

Aparqué el coche frente al bloque de edificios. La luz de mi casa estaba encendida. Dolores me estaba esperando, ajena a lo que iba a ocurrir. Miré al joven, un rastro de sudor cubría su cara; seguramente tenía la fiebre por las nubes.

—Oye, chico —susurré. Él abrió los ojos, para mi sorpresa, y fijó sus ojos azules en los míos, apreté el volante del coche y respiré profundamente —. Espera aquí unos minutos, enseguida vengo a por ti.

El chico cerró los ojos mientras que asentía suavemente. Me sorprendió, ya que dudaba de que tuviera fuerzas para moverse. Cogí aire y subí lo más rápido posible. Hacía un frío de mil demonios. Llevaba solo unos segundos expuesto ante aquella tormenta y ya sentía las manos dormidas; no quería imaginar cómo debía sentirse aquel chico...

Entré y cerré de un portazo. Recorrí la estancia ignorando el dolor de riñones que empezaba a hacerse patente. Y cuando pensaba que no podría más, Dolores apareció delante de mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó mirándome sorprendida y con los brazos en jarras—. ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Acaso quieres que nos quedemos sin puerta en plena tormenta? ¡Dios mío! El tema de la jubilación te está afectando antes de lo que esperaba.

Pese a lo nervioso que me sentía en aquel momento, no pude evitar sonreír; ella siempre había tenido esa facilidad: podía estar enfadado con el mundo, pero ella, con solo una palabra, conseguía que durante unos segundos sonriera.

Había envejecido mucho desde que Kevin se fue, la punzada de tristeza se había adueñado de gran parte de su mirada; a veces era como mirarme en un espejo.

—Dolores, ha ocurrido algo...—Tragué saliva—.Un chico se me ha cruzado volviendo para casa, iba descalzo y desorientado y yo...

—¡Dios mío! —Se llevó las manos a la boca y me miró aterrada—. ¿Lo has atropellado? ¿Es que conduces como un loco! Y ya tienes una edad...

—¡No! La tranquilicé poniéndole las manos en los hombros, después la miré detenidamente—. ¿En serio crees que conduzco como un loco? —Entornó los ojos.

—¿Quieres decirme qué narices te ha pasado? ¡Me va a dar un ataque!

—Había parado el coche para recoger la foto de Kevin, se había caído de la caja que he traído de comisaría, cuando se ha cruzado por delante; está en el coche—susurré nervioso—. Está muy mal.

—Pero ¿cómo se te ocurre traerlo? Tenías que haber llamado a la ambulancia o a quién sea, ¿y si se nos muere aquí?

—Dolores, tienes que ver algo...

Antes de que pudiera replicarme, la agarré del brazo y la arrastré hacia la puerta. Lo único que pedía era que aún estuviera con vida. Cuando llegamos, abrí el coche en un segundo; por suerte, el chico seguía respirando, pero a cada exhalación parecía costarle la vida. Una capa de sudor se le adhería a la frente y estaba empezando a temblar. Me aparté durante unos segundos

para que Dolores pudiera verlo bien. Cuando ella lo vio de cerca, me miró llevándose las manos a la boca, se apretó el pecho y rompió a llorar.

—¿Cómo? —susurró—. ¿Cómo puede ser posible?

—Por esto no lo he llevado directamente al hospital, necesitaba que lo vieras —apunté intentando caminar cargando con el peso del joven. Para mi sorpresa, ella se puso al otro lado y juntos cargamos el cuerpo del chico hasta la entrada de la casa.

Lo dejamos en el sofá con cuidado y nos apartamos a la vez, nos faltaba el aire, pero la emoción nos podía. Ambos permanecemos en silencio, observándolo; ambos supimos qué estaba pensando el otro, pero ninguno dijo nada.

Dolores se acercó tímidamente al joven y posó la mano sobre su frente sudorosa, el reaccionó al tacto de mi mujer y ella clavó sus ojos en mí.

—Es como si estuviera mirando a Kevin —susurró casi sin pestañear—. ¿Cómo puede ser posible?

—No lo sé.—Me encogí de hombros mientras me tocaba el pelo nervioso—. ¿Qué hacemos?

—Este hombre se está muriendo, tenías que haberlo llevado al hospital.

—¡Me he puesto nervioso!

—¡Eres sargento: has visto de todo! ¿Cómo puedes ponerte nervioso?

—Tiene la cara de mi hijo, ¡joder!

—¡Pero no lo es! —Nos miramos intensamente hasta que el chico tosió y nos volvimos para mirarlo.

—Discutir no ayuda en este momento, Dolores.

—Ni hacer idioteces tampoco —me dijo mientras miraba al chico y acariciaba su cara—. Natalia está en casa, voy a llamarla: el chico necesita atención lo antes posible.

Antes de que pudiera decir nada, mi mujer había salido de casa como alma que lleva el diablo. Por suerte la jefa de enfermeras del hospital era nuestra vecina, ella estuvo a nuestro lado cuando nos dieron la noticia. No se separó de Dolores durante días.

Un gorgoteo hizo que regresara al presente. Me acerqué al chico con cuidado, respiraba con dificultad y parecía inquieto; para mi sorpresa empezó a mover los labios y, nervioso, acerqué el oído.

—Kevin —susurró débilmente—. Kevin...

Al escuchar aquella palabra di un brinco brusco y me aparté como si quemara el suelo.

Antes de que pudiera reaccionar de alguna otra manera, escuché las voces de mi mujer y de Natalia. Cuando me volví hacia ellas, vi que me

miraban sorprendidas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dolores con los ojos abiertos de par en par—. ¿Se ha muerto?

Negué con la cabeza mientras que intentaba centrarme.

Natalia me miró entrecerrando un ojo. Siempre que la miro me viene a la cabeza la imagen de una hormiguita pequeña, morena y muy inquieta. Tenía sesenta años y la misma energía que cuando Dolores y yo la conocimos , cerca de cuarenta años atrás. Entró en el salón y se dirigió hacia el chico como un resorte; parecía que tras ella fuera a entrar la caballería, pero se detuvo en seco cuando lo vio , se dio la vuelta bruscamente y nos miró.

—Es igual que... —Nos miró solo durante un segundo y volvió a centrarse de nuevo en el chico; tragó saliva mientras le tocaba la frente: su semblante había cambiado por completo.

—Tiene mucha fiebre afirmó mientras intentaba tomarle el pulso—. ¡Apenas tiene pulso! ¡Llamad a una ambulancia ya! Decid que llamáis de mi parte.

Dolores salió pitando del salón, mientras que Natalia se movía rápido por las estancias de la casa, mojando paños de agua y pasándolos por la frente del chico, que suspiraba a su tacto. Yo seguía incapaz de moverme, lo observaba todo desde una distancia considerable: apoyado en la pared, como si no fuera conmigo; estaba tan sumergido en mi mundo que la vibración del móvil hizo que diese un bote. Vi que se trataba de un mensaje del agente Hanson:

—Señor, aquí le adjunto las fotos de las personas desaparecidas en estos tres años que coinciden con los rasgos que me ha dicho. Si necesita algo más solo llámeme.

Una parte de mí esperaba que no hubiese coincidencias, sin embargo, la otra deseaba que así fuera, así dejaría de tener la sensación de estar viendo una versión de mi hijo, sabía, de sobra, que aquello terminaría por volverme loco.

Pasé las fotos de una en una, y no coincidían con el joven que estaba tumbado en mi sofá. Entonces, ¿de dónde venía? ¿Quién era aquel joven?

—¿Alguna noticia? —me preguntó Natalia mientras continuaba atendiendo al joven.

—No está en la base de datos, no está entre las personas desaparecidas: no podemos saber quién es.

—A no ser que aún no hayan denunciado la desaparición...

Asentí ante el comentario de Natalia. Yo no era médico, pero viendo el estado en el que se encontraba aquel chico, debía haber estado muchísimo tiempo desatendido. Sin pensármelo dos veces me acerqué al joven. Solo pensar por todo lo que había tenido que pasar me partió el alma. Cogí sus manos, no quería que se sintiera solo. Noté algo raro en ellas, le di la vuelta con cuidado y me quedé de hielo. Natalia dejó de ponerle paños y observó la situación con la misma expresión que yo.

—No tiene huellas, están quemadas... Esto no es buena señal. —Nos miramos intensamente.

Justo en ese instante entraron dos enfermeros que, en apenas unos segundos, pusieron al joven sobre una camilla y, siguiendo las órdenes de Natalia, lo metieron rápidamente en la ambulancia. Natalia se empeñó en ir con ellos por lo que pudiera pasar durante el trayecto, así que Dolores y yo nos subimos en el coche e intentamos seguir a la ambulancia por las calles nevadas de la ciudad. Pero el mal tiempo hizo que nos retrasáramos un poco. La caja con mis pertenencias seguía en el coche. Dolores tenía la foto de Kevin en el regazo y no le quitaba ojo; a veces la siento muy cerca, pero en este caso, estaba a kilómetros de mí.

Tardé media hora en poder aparcar el coche. Había parado de nevar, pero hacía un frío espantoso. Me temblaban las manos de tal manera que parecía que tenía párkinson; sentía como mis pulmones se congelaban cada vez que respiraba el aire gélido que dominaba el lugar. Dolores caminaba deprisa a mi lado, no me di cuenta que llevaba la foto de Kevin apretada en su mano hasta que, al entrar en el hospital, un aire cálido hizo que relajáramos el cuerpo.

—¿Qué haces con la foto de Kevin? —La miré frunciendo el ceño. Ella se limitó a encogerse los hombros y poco después guardó la foto en el bolsillo del abrigo—. Dolores, ¡no es Kevin!

—¡Eso ya lo sé!

Antes de que me diera tiempo a añadir algo más, vi por el rabillo del ojo cómo Natalia corría hacia nosotros: estaba pálida y me hizo pensar en lo peor.

—¿Dónde está el chico? —preguntó Dolores intentando ocultar su nerviosismo.

—Ha tenido una crisis poco antes de llegar, pero han conseguido estabilizarle —Nos miró fijamente con la voz entrecortada—. Está muy mal,

no sé si...

—¡Sobrevivirá!—afirmó Dolores interrumpiendo a Natalia.

Natalia asintió confusa y me miró durante unos segundos a los ojos, pude ver en su mirada que ella no pensaba lo mismo; ese hecho hizo que una punzada en el pecho me impidiera respirar durante unos segundos.

—El doctor Morgan os espera en el box 11.

Dolores y yo nos pusimos en camino siguiendo los pasos de Natalia. Tras varios pasillos interminables y un vaivén de gentío, por fin conseguimos llegar al box. Un doctor alto y enfrascado en unos papeles levantó la vista. Me di cuenta de cómo nos observaba de arriba abajo.

—Buenas noches —Me tendió la mano con cierta soberbia—, soy el doctor Morgan—, después saludó a mi mujer.

—¿Cómo está el chico? —preguntó Dolores, adelantándoseme una vez más.

—¿Son familiares?

—No —contesté fijando la vista al doctor, que se mostraba reticente a explicar nada. Demasiados años de interrogatorios a cuestas para no detectar ciertos comportamientos. Siempre había creído que sería un buen psicólogo—. Yo he sido quien ha encontrado al chico.

—¿No llevaba ningún tipo de documentación cuando le ha encontrado?

—No, ni siquiera ha podido decirme su nombre.

Les doy las gracias por el acto tan generoso que han tenido hacia este joven, pero me temo que la información sobre este caso es confidencial, debo ponerla en conocimiento de las autoridades.

Dolores me miró fijamente, Supe lo que me estaba queriendo decir. Suspiré de mala gana y saqué mi cartera.

—Soy el sargento Lamber —Le enseñé la placa y la miró sorprendido—. No me he identificado antes porque supuestamente me voy a jubilar, pero creo que eso tendrá que quedarse para más adelante.

El doctor pareció tranquilizarse un poco.

—El chico no se encuentra entre las personas desaparecidas, no hay coincidencias de ningún tipo.

—Me lo imaginaba...—Miró a mi mujer, que estaba visiblemente nerviosa—. El chico se encuentra en observación, estamos a la espera de los resultados del análisis de sangre que le hemos hecho; ahora mismo está demasiado débil para hacer cualquier

otra cosa más por él. Pueden esperar, en cuanto sepamos algo más, les avisaremos.

Dolores me miró sin pestañear. Salimos de la habitación en silencio y nos dirigimos a la sala de espera que se encontraba más cercana a la sala de observación. Casi veinte minutos después, Natalia le propuso a Dolores que la acompañara a tomar un café. Entre los dos intentamos convencerla aceptara y, aunque es tozuda como ella sola, conseguimos que accediera, con la condición de que si había alguna noticia la llamara al móvil rápidamente.

Cuando me quedé solo, fui hacia el enorme ventanal. La soledad a veces era necesaria... Había empezado a nevar de nuevo, los copos de nieve que empezaban a caer hicieron que me diera cuenta de dónde estaba. Apoyé la frente sobre el cristal helado y suspiré. Estaba muy cansado, no me había dado cuenta hasta ese instante, pero no solo físicamente, sino también mentalmente...

A veces creía que no podría soportar ni un día más: hacía dos meses que no me tomaba la medicación. Dolores me mataría si lo supiese, pero nunca he creído

en los medicamentos cuando la enfermedad no viene de otro lugar que no sea de mi propia cabeza. No quería ser feliz, me negaba a serlo después de haber muerto mi hijo.

Cuando me di la vuelta, vi al doctor Morgan caminar hacia mí. Su semblante era serio y taciturno; levanté la cabeza y me puse en modo profesional: ya no era Frank, era el sargento Lamber.

—Sargento, tenemos los resultados de los análisis —Me miró de una manera que hizo que mi cuerpo se erizara—, pero antes hay algo que tengo que contarle.

—No tiene huellas dactilares —dije, a lo que el doctor asintió—. Parece que han sido borradas con algún tipo de ácido, he visto casos así.

—Sí, también hemos visto en la exploración que tiene una cicatriz de doce centímetros a la altura del riñón derecho, por no hablar de las innumerables incisiones de cortes que tiene por el resto del cuerpo—Tragó saliva—, Sargento, a ese hombre lo han torturado.

—¿Torturado? —pregunté fingiendo serenidad.

—Sí, tiene una fuerte infección interna, no sabemos de dónde proviene, pero no conseguimos que le baje la fiebre; así no podemos hacer mucho más. Usted, aunque no es un familiar, es lo más cercano que tiene el chico, Vengo a comunicarle que tenemos que inducirle a un coma, es la única

manera que tenemos de poder frenar la infección sin que haya sufrimiento cerebral —Lo miré a los ojos—. Cuando existe una infección a ese nivel y con fiebres tan altas, es recomendable inducir un coma para evitar daños cerebrales. También podremos monitorear su actividad cerebral; estando sedado reducimos su consumo de oxígeno y energía; el cuerpo se recupera más rápidamente. Ahora necesita descansar y recuperarse.

—¿Cuánto tiempo tendrá que estar así?

—Eso depende del chico. Estará en observación hasta que tengamos la infección controlada; una vez notemos mejoría le retiraremos la sedación —Asentí mientras me pasaba la mano por la nuca. Miré al doctor en el momento exacto en el que se metía las manos en los bolsillos al tiempo que miraba el suelo: ¡me ocultaba algo!

—¿Qué ocurre? —pregunté nervioso.

—No estamos seguros, tenemos que esperar a que esté más recuperado para poder hacerle más pruebas. Lo primero es asegurarnos de que tiene todos los órganos y que funcionan correctamente.

Lo miré y asentí, iba a preguntarle a qué se refería exactamente con «asegurarnos de que tiene todos los órganos», pero una enfermera lo llamó y volvió a dejarme solo, Respiré profundamente. ¿Qué le había pasado a aquel muchacho? No podía estar con aquella incertidumbre más tiempo, así que llamé a la comisaría: necesitaba hablar con el capitán Jack.

—Buenas noches, Hanson.

—Hola, sargento. ¿Ha visto el mensaje que le he enviado?

—Sí, las he recibido. Te llamaba por si estaba el capitán.

—Sí, pero está reunido ahora mismo.

—¿Federales?

—Sí.

—Vale, dile que le he llamado y que es muy urgente que se ponga en contacto conmigo cuanto antes.

—No se preocupe, se lo digo en cuanto termine. ¿Va todo bien, sargento?

—Sí, no te preocupes.

—Si necesita algo, no dude en llamarme.

Me senté en una de las sillas y me recosté como pude. Cinco minutos después recibí una llamada de comisaría. Jack tenía que hacerme un gran favor... ¡Me lo debía!

Capítulo 2

Frank Lamber

Llegué a casa agotado, tenía los músculos engarrotados y la cabeza a punto de explotar. En ese instante, aunque quisiera, me resultaba imposible pensar algo coherente. Fuera, el mal tiempo seguía igual, al menos había cosas que no cambiaban.

Abrí la puerta y un calor que agradecí me dio la bienvenida. No me había dado cuenta de que no sentía las manos hasta aquel momento; me quedé unos segundos mirando el sofá en el que unas horas antes había estado aquel chico tumbado. Todo estaba igual que como lo habíamos dejado: los paños y las toallas en el suelo; el agua, ya helada, en el barreño...

Llamé a Dolores, pero no obtuve respuesta, así que empecé a buscarla. Dejé la habitación de Kevin para el final, aunque mi subconsciente me decía que debía estar allí. Abrí la puerta poco después de coger aire, y no me había equivocado... Allí estaba mi mujer, tumbada en la cama con la foto de Kevin en las manos. Ni siquiera me miró. No podía ignorar que la presencia del joven le había removido todo, haciendo que la ausencia de Kevin se sintiera como el primer día. En ese mismo instante fue cuando me planteé si había hecho bien en traer al joven a mi casa, quizá tendría que haberlo llevado directamente al hospital y haberme olvidado del tema.

—Dolores, te estaba llamando.

—Desde aquí no te escuchaba —Me miró por primera vez, asentí y crucé el umbral de la puerta, la miré con ternura y me senté a los pies de la cama.

—¿Cómo estás?

—No lo sé Frank, muy confusa. No acabo de asimilar lo que está pasando. Cada hora que pasa pienso de una forma distinta; por un lado has salvado una vida, pero por otro... Es como una hostia continua. Cada vez que miraba a aquel joven pensaba en que no pudimos despedirnos de nuestro hijo. ¿Y si la madre de ese chico está esperando alguna noticia? ¿Y si no sabe lo que le ha pasado? ¿Y si nunca lo encuentra...? —Me miró angustiada—. Me atormenta la idea de no habernos podido despedir de Kevin: lo teníamos delante de nosotros sin saber que aquel día sería el último para él... Si tan

solo hubiera podido decirle cuánto le quería; solo le dije que tuviera mucho cuidado y que comiera bien —Se miró las manos—. Pensaba que me llamaría pesada, pero me dio un abrazo y un beso. La última vez que lo vi me sonreía de una manera maravillosa

Miré a mi mujer y no pude evitar que me cayesen unas lágrimas. Sin decir nada la abracé con toda mi alma; ojalá hubiera podido quitarle ese dolor, aunque el mío se hubiera multiplicado.

—Te vas a hacer daño si sigues apretando la foto de Kevin de esa manera.

—Ya.

—Dolores...

—Lo sé, Frank. No sé qué me pasa, no puedo dejar de mirarla y menos después de ver al chico —Miró la foto de Kevin de nuevo—. Cada vez que veo esta foto me sorprende esa mirada, esos ojos tan azules llenos de vida; es como si me hablaran, como si me dijera «Mamá, no te preocupes, estoy bien» —Resopló y nos quedamos en silencio, besó la foto y acarició la imagen antes de dejarla sobre la mesa de noche—. Dime, ¿qué ha dicho el doctor?

—No te voy a mentir, él chico está muy débil. Tiene una gran infección interna y el médico ha visto oportuno inducirle un coma para poder examinar bien su cuerpo y evitar el riesgo de un coma profundo. Dentro de la gravedad, está estable.

—¿Has averiguado algo del joven?

—Aún nada. Se ha buscado su perfil en desaparecidos, pero nadie coincide con él.

—¿Tienes las fotos de los desaparecidos?

—Sí —contesté extrañado..

—¿Las puedo ver?

—Dolores, siempre has pasado totalmente de mi trabajo...

—Frank... —Me interrumpió.

—Está bien, pero no te pongas nerviosa.

Le enseñé el correo que me había mandado Hanson. Contenía un documento de personas desaparecidas en los últimos dos años: Su expresión fue de terror al comprobar las dimensiones del documento: parecía que nunca se iba a terminar.

—¿Y no sabéis nada de todos estos jóvenes?

—No, de momento no se sabe nada.

—No quiero pensar lo que estarán pasando sus familiares: ¡esto es horrible!

—Por eso no quiero que sepas nada de mi trabajo y más cuando se trata de estos asuntos: ¡empatizas demasiado!

—Tengo empatía, pero no tengo tres años —Me dirigió una mirada tan intensa que me quedé callado. Volvió la vista al móvil —¿Te has dado cuenta de esto? —La miré y vi que me mostraba el móvil—. Todos los desaparecidos entre dieciocho y treinta años, son bastante parecidos, ¿no es raro?

—¿Ves? Por estas cosas no me gusta enseñarte nada —Sonreí y la besé en la frente—. Voy a ducharme, necesito relajarme un poco.

Mientras te duchas, voy a casa de Natalia: acaba de llegar del hospital.

—No la interrogues como haces conmigo.

—¡Qué pesado eres, Frank!

Dolores

Si llego a saber lo que aquel día me deparaba no me hubiera levantado. No sabía cómo debía sentirme exactamente. Durante una milésima de segundo creí que aquel joven era mi hijo: la realidad era más cruel de lo que pensaba...

Tenía el alma hecha añicos en ese instante, y quizá hablar con Natalia me ayudara en algo ya que de Frank no me fiaba del todo.

—Sabía que vendrías, Dolores. ¡Pasa! —dijo sonriéndome, visiblemente cansada—. Pero no te asustes, que acabo de llegar y tengo la casa hecha un asco.

—Te he oído llegar y me has venido de perlas, necesitaba hablar con alguien, ya sabes cómo es Frank.

—Sé que vienes a preguntarme por el chico, pero todo sigue igual. Está bastante mal, se encuentra estable dentro de la gravedad de la infección, pero en estos casos tan extremos todo puede empeorar y... —Me miró durante un segundo—. Algo hay claro: si Frank no lo hubiese recogido, en estos momentos el joven estaría muerto.

—Me puedo hacer una idea, Natalia, pero venía a hablarte de otra cosa, no como enfermera, sino como amiga.

—Claro, adelante —Se sentó en el sillón y yo me senté frente a ella. Su casa siempre olía a vainilla; estar allí siempre me hacía estar tranquila.

—No puedo dejar de pensar en algo que da vueltas en mi cabeza —La miré fijamente—. Faltan unos días para el cumpleaños de Kevin y, justo ahora, después de dos años de su muerte, se cruza un chico desconocido que nadie sabe de dónde viene, Según me ha dicho Frank, lo que ocurrió fue en el mismo momento en el que se cayó la foto de Kevin de la caja que había en el coche..

—Dolores...

—Natalia, nunca vimos el cuerpo de Kevin, nunca —Natalia me miró sin pestañear; algo de lo que había dicho le había llamado la atención.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que el desconocido es Kevin?

—No lo sé —Me recosté en la silla, cansada—. Sé que parece una locura, pero... hay algo en él, y no es su parecido, sino algo más.

—Dolores, sé lo que debe estar pasando por tu cabeza ahora mismo, créeme que lo sé, pero apenas has estado con él... Es imposible que te haya dado tiempo a sentir otra cosa que no sea confusión.

—Natalia, había algo más. No sé explicarlo, hay algo en ese chico... ¡Había alguien más en el salón esta tarde!

—Dolores, ese chico no es Kevin, y siento muchísimo tener que ser tan dura, pero tu hijo falleció hace dos años y nunca más volverá. Yo entiendo las dudas que puedas tener, yo también las tuve cuando vi al joven: me quedé bloqueada. Y no te niego que la primera imagen que me llegó fue la de Kevin: los mismos ojos azules, los ojos rasgados, el rostro delgado, y sobre todo la peca en la mejilla derecha, pero no podemos pensar en fantasías. Todo lo que podamos sentir al estar cerca de él está relacionado con el parecido con Kevin —Hizo una pausa y la miré fijamente a los ojos. ¡Yo no estaba loca! Natalia también lo había notado.

—Tú también lo has notado, Natalia —Me miró a la cara.

—¿Es una pregunta?

—No, es una afirmación. Hay algo en ese chico, y tú también lo has notado.

—Dolores, no podemos guiarnos por esas cosas, ni siquiera sé si creo o no, pero si es verdad que tiene algo —Me miró—, pero ten claro que ese chico no es Kevin.

Me disponía a rebatirla de nuevo cuando su hija Sarah entró en casa, así que decidí no decir nada más. Sarah y Kevin eran grandes amigos, y le tenía especial

cariño por cómo era con mi hijo; como él decía entre bromas: era su voz de la conciencia.

—¡Hola, señoritas! —Natalia y yo sonreímos—. ¿He interrumpido algo?

—No, cariño, tranquila —Se acercó a mí y me dio un cálido abrazo, luego hizo lo mismo con su madre.

—¿Cómo estás? Estarás acabando la universidad ya, ¿verdad?

—Sí, Dolores, me falta hacer un trabajo de final de curso para subir nota. Tengo que hacer un TFG sobre la sanidad, así que a partir de mañana tengo que ir al hospital. Mamá — Miró a su madre—, cuando te vayas mañana, me iré contigo.

—¿No necesitas un permiso para eso?

—Sí, mamá, —dijo con desgana, lo que me hizo reír—. Ya lo tengo, me dieron entre dos hospitales a elegir. ¿Y dónde iba a estar mejor que con mi madre? La jefa de enfermería de cuidados intensivos —dijo imitando la voz de su madre. Sentí una punzada de nostalgia.

—¡Cómo te gusta reírte de tu madre!

—Lo hago con cariño, mamá —Fue hacia ella y le dio un beso en la mejilla—, yo no tengo la culpa de que tengas voz de coronel.

—¡Sarah! —Madre e hija se echaron a reír y yo también, aunque mi sonrisa no llegara a mis ojos.

—¿Te encuentras bien, Dolores? —Sarah vino hacia mí y agarró mis manos con cariño.

—Regular cariño, se acerca el cumpleaños de Kevin y empiezo a darle vueltas a la cabeza.

—Yo también me acuerdo mucho de él, sobretodo en la época de las cerezas —Sonrió para sí misma—, Aún sigo pasando por aquella frutería que estaba cerca de nuestro colegio y sigo comprando dos cerezas —Me miró con ternura—. Todavía llevo las cerezas de plástico que me regaló antes de marcharse la última vez.

Intentó disimular sus lágrimas, y preferí hacer como que no me había dado cuenta. Para Sarah también fue un duro golpe que Kevin muriera, era su mejor amigo y la única persona en quien confiaba, aparte de su madre. Al ver que no dejaba de llorar, le di un abrazo con toda mi alma.

—Yo sé que Kevin te quería mucho, Sarah —La besé en las mejillas—. Mientras tengas estos bonitos recuerdos, Kevin no habrá muerto nunca — La besé de nuevo—. Bueno, chicas me voy, que Frank estará esperándome:

no sabe hacerse ni un huevo frito —Se echaron a reír y las imité—. Que descanséis, chicas. Buenas noches.

—Buenas noches, Dolores. Descansa.

Salí de la casa de Natalia algo más relajada. Cuando me disponía a abrir la puerta, me di cuenta que me había olvidado las llaves: no me quedó más remedio que llamar a la puerta. Llamé dos veces y nada. Me disponía a volver a casa de Natalia, cuando la escuché correr hacia la puerta.

Capítulo 3

Frank Lamber

—¡Ya voy! —contesté abriendo la puerta— ¿A qué viene tanta prisa? ¿Ha pasado algo? —Dolores me miró de arriba abajo.

—¿Estás sordo? —Entró airada—. ¿Qué estabas haciendo, que has tardado tanto en abrir?

—Estaba en la habitación, he dejado las cosas que traje de comisaría en el despacho; desde allí apenas se oye el timbre —Me rasqué el cogote nervioso—. Por cierto, he dejado la foto de Kevin en nuestra habitación.

—¿Qué foto?

—¿Qué foto va a ser? —La miré como si estuviera loca—. La que tenía en comisaría, la que estaba en el coche.

—No puede ser, Frank, esa foto está en mi bolso.

—Dolores, no estoy loco —Intenté tranquilizarme un poco—, la foto de la caja está ahora en nuestra habitación, así que es imposible que la tengas en tu bolso.

Sin llevarme la contraria, Dolores cogió su bolso y se dirigió a nuestra habitación. La seguí por toda la casa regodeándome de que yo tenía razón hasta que dejó caer el bolso en nuestra cama y sacó la foto de su interior; se la quité de las manos y me sentí orgulloso.

—¿Ves? La que tú tienes tiene un reflejo blanco a la altura de la cabeza y la que yo tenía en el despacho, no tiene ningún reflejo —Levantó una ceja a modo de burla.

—Como todo lo mires igual... Ahora entiendo el índice tan elevados de casos sin resolver —La miré sonriendo—. Míralas bien, sargento Lamber.

—¿Dejarás algún día de reírte de mí? —Negó con la cabeza mientras yo me disponía a mirar bien la foto y hacerle entender que estaba equivocada. Entonces lo vi —. ¡Joder! —Un suspiro se me quedó en la garganta—. Yo... no... ¿Cómo puede ser? La he tenido todo este tiempo, la he mirado horas durante días y días... Dolores, esto no estaba antes, además, eso no explica cómo narices hay dos fotos salidas del mismo sitio.

Me sentí impotente ante aquella situación. No era demasiado importante, pero me ponía de los nervios no saber explicar el porqué de las

cosas. Puede que ambas fotos estuvieran en la caja, y que una de ellas la tuviera entre algunos papeles y nunca la hubiera visto. Resoplé y salí de la habitación si decir nada, me fui al salón y me senté en el sofá; puse la televisión para ver las noticias mientras Dolores apagaba la luz y se entretenía con otras cosas; la escuché trastear por la cocina y poco después me indicó:

—Frank, ya está la cena.

Era la primera vez en años que durante la cena no nos dirigíamos ni una sola palabra. El misterio de las fotos nos había dejado mudos. A quien le dijera que me pasó la noche dándole vueltas a la cabeza por una tontería así, se reiría de mí.

Terminamos de cenar y mientras se preparaba el café, ayudé a Dolores a recoger la cocina, todo bajo un silencio sepulcral: no era algo incómodo, se notaba que nuestras cabezas estaban centradas en otros asuntos. Vimos un rato la televisión hasta que me di cuenta de que Dolores se había quedado dormida; me encantaba verla dormir, era cuando más relajaba su gesto, y su expresión ya no reflejaba esa pena que ya acostumbraba a tener. La llamé y la ayudé a irse a la cama. Después me volví al salón, estaba acostumbrado a tomar litros de café y no me afectaba, pero aquella noche no había manera de dormir ni siquiera poniéndome el canal de historia que emitía un documental sobre las cerámicas griegas.

Me incorporé en el sofá y mire atentamente el sillón donde se solía sentar Kevin. Desde que todo ocurrió, evitábamos sentarnos allí, y si lo hacíamos siempre era por poco rato. Nervioso por algo que no entendía, decidí subir a mirar las fotos de nuevo. Con cuidado las saqué de mi habitación donde Dolores dormía como un tronco y me fui a mi despacho. Habitualmente solía ir a oscuras por la casa. Aunque no era un hombre miedoso, al contrario, no creía en nada que no tuviera una explicación lógica, aquel día me sentía demasiado inquieto, así que fui encendiendo luces hasta llegar a mi despacho.

Hacía un frío espantoso, así que me entretuve encendiendo el calefactor mientras, de reojo, miraba la habitación de Kevin que estaba justo frente a mi despacho. No entendía qué me estaba ocurriendo. Poco después, me senté en el sillón y encendí la lamparita de la mesa para poder mirar las fotos detenidamente. Las puse debajo de la luz y las miré con detenimiento, observando cada detalle hasta que algo llamó mi atención: aquel reflejo de luz en la foto, que nadie sabía de dónde había salido, empezó a desaparecer ante mi vista. Me empezaron a temblar las manos, pero era incapaz de

moverme. Acerqué la foto como pude a la luz y la expresión de mi hijo cambió totalmente: la sonrisa era distinta. De repente ya no era la misma foto ni siquiera el mismo paisaje: todo había cambiado delante de mí. Solté ambas fotos y salí corriendo de mi despacho.

Me encerré en el baño donde intenté calmar mi respiración. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había sido una alucinación? Me miré en el espejo: Tenía una cara horrible. Resoplé de mala gana y me lavé la cara para quitar el sudor frío que se me había pegado a la frente. Permanecí un rato en el baño intentado dar una explicación a lo que me acababa de pasar, pero me dolía la cabeza horros. Poco después bajé a la cocina y me preparé una tila. Allí estaba yo, un sargento que había visto de todo, asustado por algo que había cambiado ante sus ojos.

Cuando miré a la ventana me di cuenta de que ya había amanecido. ¿Cuántas horas habían pasado?

—Buenos días, Frank.

—Buenos días, Dolores —Vi por el rabillo del ojo cómo me miraba de arriba abajo. Yo intenté disimular como pude, pero seguía con la cara descompuesta.

—Frank, ¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Estás haciendo el desayuno —La miré de mala gana.

Algún día tenía que ser, si te parece mal lo dejo y lo haces tú —Estaba claro que no podía tener iniciativa.

—¡No te enfades, hombre! —Sonrió con maldad—. Me parece genial que hagas el desayuno, de verdad que me parece estupendo, pero me parecería mejor si no le echaras sal a las tostadas y al café.

—¿Sal?—Di un trago al café y segundos después lo escupí de golpe—. ¡No me jodas! Para una vez que se me ocurre hacer el desayuno... ¡La culpa la tienes tú, por no poner el nombre en los botes!

—¿Y de qué no tengo yo la culpa, sargento Lamber? —Me miró con ironía—. Lo primero que tienes que hacer es lavarte la cara, y lo segundo darle la vuelta al bote y verás cómo pone con letras bien grandes: «Sal» —La miré enfadado cuando sonrió de una manera graciosa—. ¿Cómo has dormido?

—Mal, no he podido dormir, ¿y tú?

—Me costó quedarme dormida, pero luego he dormido toda la noche de un tirón, hacía tiempo que no dormía tanto; ha sido raro, la verdad —Se

quedó pensativa mirando a la nada—. ¿Te vas a pasar por el hospital?

—He quedado con el capitán a las nueve. Cuando termine iré —Tiré el asqueroso café con sal al fregadero y fui en busca de mi chaqueta.

—Entonces allí nos veremos. Ten cuidado que la carretera está muy mal con la nieve que ha caído.

—No te preocupes, Dolores, iré con cuidado. Luego nos vemos —Le di un beso en los labios y sonrió—. Hasta luego, cariño.

Salí de mi casa con normalidad, como tantos días durante treinta y cinco años, en dirección a la comisaría para hablar con el capitán. Durante el trayecto no paraba de pensar y, por mucho que lo intentaba, era incapaz de justificar lo sucedido con la fotografía.

Solo reconocería para mí mismo, que la noche anterior, hubo un momento en el que todo tomó un cáliz nuevo, y que fuera lo que fuera lo que estaba ayer en mi casa, lo había sentido.

A quién que le contara que un sargento de policía, con treinta y cinco años de experiencia, y con todo lo que había vivido, se permitía pensar en el más allá...

Algo tenía claro: que algo raro había ocurrido.

Llegué a comisaría antes de lo que esperaba, estaba muy nervioso, como si fuera mi primer día o algo parecido. Estaba, incluso más nervioso que cuando fui al médico para que me examinaran la próstata, y acabaron haciéndome un tacto rectal.

—Buenos días, Hanson, ¿está el capitán?

—Está en su despacho, le está esperando; lo primero que ha hecho al llegar ha sido preguntar por usted.

—Gracias, Hanson —Sonreí nervioso y me puse en camino hacia su despacho..

—Sargento —Cuando me di la vuelta vi que me seguía—, ¿le sirvieron de algo las fotos y el informe de los desaparecidos?

—No, desgraciadamente no me sirvió de mucho. Gracias de todas formas.

Lo que necesite sargento, no dude en decírmelo —Le sonreí de buena gana, Hanson era un buen chico: joven y con ganas de aprender. No quería que se notara en exceso, pero aquel chico era mi preferido de su promoción.

Llevaba unos segundos delante del despacho repitiendo mentalmente una y otra vez qué iba a decirle respecto al chico desconocido. Resoplé antes de entrar en el despacho del capitán.

—¡Hombre, Frank! —Se levantó al verme entrar—. ¿Vienes a darme los papeles para la jubilación, o te lo has pensado mejor?

—No capitán, no es eso.

—Ya te dije que nosotros somos de otra pasta, Frank —Sonrió acercándose a mí—. Nosotros no nos jubilamos voluntariamente, a nosotros nos tienen que echar de aquí —Sonreí al ver su cara, tenía unos cuantos años más que yo y seguía igual que siempre, incluso no parecía ni siquiera cansado—. ¿Qué necesitas?

—Venía a pedirle un favor, Capitán.

—Tú dirás, Frank —Sin pretenderlo, había captado toda su atención.

Me ofreció que me sentara y así lo hice; él volvió a su sillón, detrás de su enorme escritorio, y me miró fijamente.

—La otra noche, en mitad de la tormenta de nieve, encontré a un joven que vagabundeaba por la calle. Al acercarme vi en el estado en el que se encontraba y, bueno... lo llevé al hospital —Omití detalles, en ese momento era lo mejor—. Está ingresado allí, bastante grave, y lo más curioso es que no sabe quién es. Me gustaría ayudarle, así que necesitaría ver algunos archivos y consultar la base de datos para poder investigar su procedencia.

—Dime algo, Frank —Le miré algo nervioso—. ¿Conoces a ese joven de algo o crees que puede estar relacionado con algún caso que esté abierto?

—No, capitán, no sé nada de él y, puede que buscando encontremos algo que quizá tenga que ver con él —Me miró durante unos segundos mientras pensaba al tiempo que fruncía el ceño.

—Haz lo que tengas que hacer. Espero que esto que te traes entre manos te quite la absurda idea de jubilarte de la cabeza —Sonreí aliviado.

—Gracias capitán.

—¡Deja de llamarme capitán! Después del tiempo que hace que nos conocemos, la amistad es lo primero, además, con todo lo que hemos vivido juntos y sobretodo en la academia... ¿Acaso crees que se me ha olvidado que me «levantaste» a la suboficial Jennifer?

—¿De qué me estás hablando, Jack?

—No te hagas el tonto, Frank —Sonrió poniéndose de pie—, aunque nunca me lo hayas querido contar, sé que tuviste algo con esa mujer; la única que se me ha escapado en toda mi vida. Esas cosas, querido Frank, no se olvidan.

—Me eché a reír con ganas, me levanté igual que hizo él y fuimos juntos hacia la puerta.

—¡Qué cabrón eres! ¿Cómo puedes acordarte después de tantos años?

—No sé qué vio en ti que no viese en mí.

—Solo tienes que mirarte al espejo, Jack —Me miró fijamente con una sonrisa en la cara.

—¡Qué hijo de puta que eres!

—Si un día me invitas a cenar en un restaurante italiano, a lo mejor me lo pienso y te lo cuento con pelos y señales, ja,ja,ja,ja,ja.

—Pon fecha. Prefiero gastarme la pasta en cenar, que no morirme sin saber lo que pasó en su casa; después del tiempo que ha pasado no puedo quitarme de la cabeza las tetas que tenía la muy cabrona. No te preocupes que yo me encargo de la cena, pero como luego no me lo cuentes te pego dos tiros, ja,ja,ja,ja,ja.

Salí de la comisaría con la tranquilidad que me suponía el apoyo del capitán. Iban a venir días bastantes complicados. El estado de John, fue el nombre que escogí para él, era preocupante, pero estaba convencido de que lo iba a superar, por lo menos ese era el presentimiento que tenía.

Llegué al hospital y lo primero que hice fue busca a mi mujer en la cafetería. Dolores se encontraba con la mirada perdida y la fotografía de Kevin en las manos. La nostalgia que reflejaba: su mirada perdida en el infinito, me recordaba aquellos días del pasado que ya empezábamos a olvidar.

—Hola, Frank, ¿cómo ha ido la reunión con el capitán?

—Bien, sin problemas. ¿Has visto a Natalia?

—No, estaba esperando a que llegaras.

Dolores se disponía a llamar a Natalia cuando un camillero se nos acercó y nos dijo que pasáramos a la sala de espera, que Natalia acudiría en cinco minutos.

Seguimos sus instrucciones, impacientes por saber algo de John. Era sorprendente cómo había calado John en nuestras vidas en tan pocos días.

Estábamos sentados en la sala de espera y vimos entrar a nuestra amiga y jefa de enfermería: nos levantamos los dos deseosos de recibir noticias.

—Natalia, ¿cómo ha pasado la noche?

—Bien, la fiebre la hemos podido controlar, los antibióticos están empezando hacer efecto.

—¿Sabes si va a estar muchos días en coma?

—Eso lo tenéis que hablar con el doctor Morgan. Esperad un

momento y le informo de que estáis aquí.

Al cabo de cinco minutos Natalia volvió a la sala de espera. Nuestras ansias por saber algo hacían que el tiempo se detuviera por momentos; como cuando el tiempo se queda bloqueado en una época. Nos llamó y nos dijo que el doctor Morgan nos esperaba en su consulta. Por fin sabríamos algo acerca del estado de John.

—¿Vienes, Natalia?

—Sí, voy con vosotros.

—Natalia, ¿hay malas noticias?

—No, Frank.

Entramos en la consulta del doctor Morgan. Se encontraba sentado con la mirada dirigida hacia la puerta. En sus manos tenía los resultados de las pruebas que le habían realizado a John. Por su aspecto, parecía indicar que no serían malas noticias, y una tranquilidad recorrió mi cuerpo. Tenía la misma sensación que cuando me encontraba en medio de una investigación y daba con una prueba que incriminaba a su actor.

—Bueno días, Frank.

—Buenos días, doctor. ¿Recuerda a mi mujer, Dolores?

—¿Qué tal, Dolores?, ¿Cómo van esos ánimos?

—Regular.

—Lo importante es que hemos podido controlar la infección y la fiebre, que era lo que más nos preocupaba. Una vez confinado su ingreso en el hospital y guiándonos por las normas que rigen, necesitamos tener los datos del paciente. No podemos mantener a un paciente ingresado sin saber quién es y sin tener a una persona responsable a quien nos podamos dirigir. Nos veríamos obligados a dar parte a las autoridades.

—Nosotros nos haremos cargo del joven. Cuando lo recogí tomé la decisión de llevármelo a mi casa. Di por hecho que estaba asumiendo una gran responsabilidad, ¿estás de acuerdo, Dolores?

—Sí, Frank.

—Si le parece bien, doctor, lo pueden registrar como familiar nuestro, como sobrino o hijo. Le podemos dar nuestros datos hasta que Frank averigüe quién es.

—Por mi parte no hay ningún problema. Hasta que tengamos más información, de momento nos vale. Natalia, cuando termine de informarle del estado del paciente, regístrelo con los datos que le den.

—De acuerdo, doctor.

—Como ya sabéis, le tuvimos que inducir el coma debido a la fiebre y a la infección que tenía. Pudimos rebajar la presión que tenía en el cerebro. En estos momentos se encuentra estable. Los antibióticos que le estamos suministrando le están dando resultado. Lo vamos a mantener en coma hasta que terminemos de administrarle el tratamiento. Debo decir que en un caso como este, necesitaría una autorización judicial para poder proseguir con el tratamiento sin correr el riesgo de que el hospital pudiera encontrarse en estado de indefensión.

»Entiéndame, sargento, es un caso muy raro. Tenemos que valorar los daños como las cicatrices que tiene y el borrado de huellas que le han realizado. Esto nos obligará a hacerle un trasplante de huellas dactilares y no podemos proceder sin más: ni siquiera son sus familiares directos.

—¿Trasplante, doctor?

—Sí, Dolores, trasplantes. De eso quería hablar. Al joven le borraron las huellas dactilares de todos los dedos de las manos con algún tipo de ácido, de ahí todas las marcas que tiene en los dedos.

Me quede mirando a Dolores. Por los gestos de su cara no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Dentro de su cabeza no se podía imaginar el sufrimiento que debió padecer, y menos que pudieran haber personas capaces de infringir tanto dolor a un ser humano.

—¿Qué se puede hacer doctor?

—Se puede realizar un trasplante de huellas, de los dedos de los pies a los dedos de las manos, siempre con la autorización y la aprobación de un juez.

—Por el juez no hay ningún problema —contesto Frank.

—Justamente la semana pasada estuve en un coloquio de implantes y salió a relucir la demanda por parte de delincuentes y traficante de drogas de estos tipos de implantes. Con esto no quiero decir que el paciente pertenezca a uno de esos grupos.

—Doctor Morgan, ¿usted ha hecho algún tipo de esos trasplante?

—No, Dolores —Al doctor no le hizo gracia la pregunta de Dolores, pero podía comprender su preocupación—. Hace un mes me invitaron a una convención en España, concretamente en Madrid, en la que se expusieron las nuevas técnicas en trasplante de huellas dactilares. La charla estaba dirigida por el doctor José Antonio Lancho que, por cierto, la semana pasada salió en la prensa neoyorquina con motivo de su detención.

Me ofreció el ejemplar de New York Times en el que se publicaba la noticia referida:

La pasada semana, las autoridades estadounidenses procedieron a la detención del doctor José Lanchero, cirujano mexicano de 49 años, en la localidad fronteriza de Nogales. Se le imputa un delito relacionado con el reemplazo de huellas dactilares a cuatro personas. La piel de los dedos de Manuel Trujillo, un traficante mexicano de marihuana capturado, fue suplantada por piel extraída de la planta de los pies, consiguiendo con ello que sus huellas dactilares quedaban alteradas. Los investigadores creen que la intervención tuvo lugar a mediados del año 2007, semanas antes de su detención; en el momento de su detención mostraba las manos vendadas.

Qué raro me pareció que aquella noticia apareciera en la prensa y que nadie de la comisaría se hubiera enterado de la detención. Podía entenderlo si la detección la había realizado el FBI. Me dirigí al doctor para consultarle:

—Doctor Morgan, ¿cómo se realizaría la operación?

—Se procede a retirar la piel de los dedos del pie y de la parte superior de los dedos de la mano: tanto la epidermis como la dermis, la capa inferior en la que están los relieves que configuran el dibujo de la huella dactilar. Se realiza el injerto en las manos y se espera para ver si se produce rechazo; lo habitual es que no se produzca, ya que se trata de la propia piel del paciente.

—¿Doctor llevaría mucho tiempo realizar la operación?

—La operación en si se realiza en un par de horas, si no hay complicación. El paciente tendría que someterse a un par de curas a lo largo del mes siguiente y ¡listo! Aunque habría cierta diferencia en la pigmentación y la textura de la piel, el resultado a simple vista podría ser satisfactorio. La sensibilidad en los dedos difícilmente volvería a ser la misma.

»Sin los permisos judiciales no podríamos realizarla. Contamos con la ventaja de que se encuentra en coma inducido, y los órganos no sufren; con la relajación cerebral la recuperación sería más rápida y no sentiría ningún tipo de dolor. Una vez que la infección haya desaparecido, podemos realizar la operación. Eso sí, ¡repito! Siempre contando con los permisos judiciales pertinentes.

—Frank, tú conoces bien al juez Devon: él podría ayudarnos.

—No lo dudes, Dolores. Tendría que hablar con él, conociéndolo, me atrevo a aventurar que no pondría pega.

—Sargento, ¿usted conoce al juez Devon?

—Tenemos una buena amistad. Coincidimos en la universidad, desde entonces hemos trabajado juntos en algunos casos. En alguna ocasión

mantenemos contacto por teléfono y quedamos para comer; él nos ayudó mucho con la muerte de mi hijo Kevin.

—¿Kevin y el joven que se encuentra ingresado llegaron a conocerse?

—No se conocían de nada: mi hijo murió hace dos años, en la guerra de Irak. ¿Por qué lo pregunta, doctor?

—No, por nada.

—¿Por algo lo habrá preguntado, doctor? —No es que dudara del doctor Morgan, pero a veces me sorprendía con sus preguntas.

—La verdad es que me sorprendió cuando le hice el primer reconocimiento. Recuerdo que recobró el sentido por unos momentos y, mirando hacia un lado, repitió dos veces el nombre de Kevin; como si estuviese llamándole. Al hacerlo mostró una pequeña sonrisa. Yo lo achaqué a la fiebre: 44 grados. ¿Tienen aquí, por casualidad, una foto de su hijo?

—Dolores, ¿tú llevas la foto de Kevin?

—Sí, Frank la tengo en el bolso —Dolores, todo un manejo de nervios, no atinaba a abrir el diminuto bolso. Mire, doctor ¡esta es la foto de mi hijo Kevin!

—¡Esto no puede ser! Este es el joven que tenemos ingresado —El rostro de doctor Morgan se tornaba sombrío.

—No, doctor. Mi hijo falleció hace dos años.

—Sí, eso es lo que me ha dicho, pero tengo que comprobarlo—En el rostro del doctor se dibujó una expresión de duda, como si volviesen recuerdos olvidados—. Natalia, ¿están subiendo al paciente a planta? —preguntó.

—Sí doctor, ya está en la habitación.

Los cuatro nos dirigimos a la habitación, si el parecido que apreciamos entre Kevin y John ya nos había sorprendido, solo faltaban las dudas del doctor Morgan al respecto.

Al llegar a la habitación salían las enfermeras que lo habían trasladado desde el Box. Un frío gélido reinaba en la habitación. El cuerpo de John, postrado sobre la cama, parecía un cuerpo inerte, sin esperanza de vida. El tormento de volver a John en ese estado hizo que los demonios del pasado volviesen de nuevo. Dolores, sobrepasada por los acontecimientos, se sentó en la silla que había junto a la cama de John, desde donde observé cómo entronaba los ojos con placidez.

El doctor, sin perder más tiempo, le dijo a Dolores que le mostrara la fotografía de nuevo.

La observó con detenimiento al mismo tiempo que observaba al joven. Sin salir de su asombro le preguntó a Dolores:

—Dolores, ¿estás segura que no tuviste gemelos? —preguntó de una forma irónica.

—¿Le encuentra algún sentido?

—No sé qué decirle. A simple vista le diría que es su hijo, pero fijándome bien en la estructura ósea de la frente, parece algo distinta. ¿Le dieron el informe médico del fallecimiento de su hijo?

—Sí, doctor, lo tengo en casa. ¿Por qué lo dice? ¿Qué tiene que ver mi hijo en esto?

—No es mi intención inquietarla. Si no es inconveniente, sargento, me gustaría echarle un vistazo al expediente de su fallecimiento —El doctor alzó las cejas sorprendido. Tenía la sensación de que no era la primera vez que lo veía; en su interior se encendió una luz roja.

—Mañana se lo puedo traer.

—Gracias, sargento. Natalia, ¿cuánto tiempo llevamos trabajando Juntos? —El doctor mostró un rostro sombrío, como si estuviera enfadado consigo mismo,

—Muchos años, doctor Morgan —contestó Natalia.

—Nunca hemos tenido ningún problema, ¿verdad?

—No, doctor, nunca hemos tenido ningún problema —Natalia, con el rostro desencajado, no podía salir de su asombro. No comprendía la forma en la que el doctor se dirigía a ella.

—Así tiene que seguir. No hace falta que te recuerde que eres la responsable de lo que pueda pasar dentro de esta habitación. Aquí no puede entrar nadie sin mi permiso. Lo primero que tienes hacer es asignar a dos enfermeras de tu plena confianza, el control de los sedantes y de los medicamentos. ¡No quiero que se produzca ninguna incidencia con el paciente!

El doctor Morgan salió de la habitación algo serio y preocupado, expresando de nuevo su interés por ver el expediente del fallecimiento de mi hijo. No le encontraba ningún sentido, a no ser que supiese algo que nosotros desconocíamos. Era una época de mucha confusión con el problema de los desaparecidos que no dejaban huella: era como si la tierra se los tragase. En la comisaría, los detectives siempre tenían en la mente las conspiraciones con los desaparecidos; algunas de ellas sacadas de las novelas de terror.

—Natalia, ¿qué está pasando?

—No lo sé, Dolores. Nunca he visto a doctor Morgan tan serio. De la forma que se ha marchado, no es muy normal. Eso me inquieta, en pocas ocasiones he visto al doctor actuar de esta manera. Está claro que no estamos tratando con un caso normal, y el parecido con Kevin complica más las cosas. Es sorprendente el parecido, se me pone la carne de gallina. No quiero ni pensar qué diría Sara si lo llegase a ver.

Observé que Dolores estaba muy confundida, nerviosa y aturdida. Conociéndola, y sabiendo lo sufridora que era, no estaría pasándolo nada bien con esa situación. Los recuerdos de los trágicos días, vividos tras la muerte de nuestro hijo, volvían aparecer. Era imposible ver al joven tendido en su cama y no pensar en nuestro hijo Kevin. Viendo que Dolores no se despegaba del lado del joven desconocido, lo mejor que podía hacer era llevármela. Conociéndola, era capaz de quedarse en la habitación haciéndole compañía hasta que lo despertaran.

Me costó convencerla. No dejaba de observar la respiración del joven por si surgía algún percance. Finalmente accedió a que nos fuéramos a comer a un restaurante italiano que se encontraba a escasos minutos del hospital.

Parecía un lugar tranquilo para comer y hablar. Pedimos una mesa en la que pudiéramos estar tranquilos. El camarero, muy gentil, nos acompañó a una que se encontraba al final del salón.

El camarero tomó nota y, mientras preparaban la comida, nos trajo una tapa para compartir: ¡tartaleta de hojaldre rellena de setas!, que por cierto, estaba para chuparse los dedos.

Necesitábamos hablar y poner en orden nuestro pensamiento. Debía reconocer que, desde la muerte de nuestro hijo, la distancia entre nosotros había crecido; el desasosiego producido por la pérdida de lo más querido en la vida, aparece sin que se pueda hacer nada por remediarlo. Marcó nuestras vidas sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta. En lo que nos habíamos convertido.

—Frank, ¿por qué el doctor ha pedido el informe médico del fallecimiento de Kevin con esa inquietud? Me ha puesto de los nervios.

—No lo sé, estoy tan confuso con todo esto, que a veces me pregunto por qué tuve que recoger a ese joven.

—Eso no lo pienses. Cuando lo trajiste a casa, lo primero que pensé es que estabas loco: «¿Dónde va este hombre con un vagabundo?» «Sabe cómo complicarme la vida», pensé, pero cuando lo vi me alegré de que lo hubieras hecho; ahora me siento muy

orgullosa de lo que hiciste. ¿Tú qué piensas Frank?

—Pensándolo fríamente, creo que hice lo correcto; la sorpresa fue cuando vi su rostro. El corazón se me salía del pecho. Me da la sensación de que no se me cruzó por casualidad. Allí no había nadie, y además salió de la nada justo cuando cogí la foto de Kevin. Tú sabes que soy un escéptico y que no creo en nada relacionado con el más allá, y mucho menos en la reencarnación, pero note algo: cómo el corazón se me resquebrajaba en mil pedazos notando una fuerte punzada. Fue muy extraño.

—Llámame loca si quieres, pero después de lo que pasó con las fotos de Kevin, me daba la sensación de que me observaban, y al mismo tiempo me producía una tranquilidad extraña; había momentos que parecía notar la presencia de Kevin o eso es lo que quería sentir.

Yo sí creo que hay otra vida, y que nunca perdemos a nuestros seres queridos. Además tengo el convencimiento de que nunca se acaban de ir, y menos dejando a las personas que quieren.

—Yo noté algo parecido, y me cuesta reconocerlo, lo mismo estoy equivocado y sí que existe una vida después de la muerte, pero llegué a notar el olor del perfume de Kevin por toda la casa. Pienso que este joven se ha cruzado en nuestra vida con algún cometido.

—Solo te pido que me prometas por nuestro hijo que vas ayudarlo en todo momento y que lo vas a proteger..

—No te preocupes, Dolores pondré todo mi empeño en que así sea, de hecho, llamaré al juez Devon para ponerlo en conocimiento de lo que estamos haciendo.

La comida estaba deliciosa. Por unos minutos nos habíamos olvidado de todo; el hecho de comer juntos fue un acierto. La verdad es que hacia muchísimo tiempo que no acudíamos a un restaurante. Pude comprobar que no estábamos tan alejados el uno del otro como yo me imaginaba: eso me hizo ver que estaba equivocado una vez más.

—Creo que te están llamando —me interrumpió Dolores

—¡Joder, es el juez! —exclamé sorprendido.

—Te he llamado porque necesito hablar contigo —le aclaré.

—Tú dirás —Me dije invitándome a continuar.

—Es un tema personal que no puedo hablarlo por teléfono.

—¡No me acojones! Cuando me llamas de esta manera, me llegas a poner los pelos de punta. Ven esta tarde sobre las seis a mi casa y hablamos.

—Gracias, amigo, allí estaré.—Sabía muy bien que mi amigo el juez

no me defraudaría.

Cuarenta minutos más tarde, terminamos de comer. Tanto Dolores como yo teníamos planes distintos: yo había quedado con el juez, y Dolores quería volver al hospital. No me entretuve en llevarla en coche, se fue caminando. No podía hacerle perder el tiempo al juez. Es de los amigos que están cuando verdaderamente lo necesitas, de los que puedes contar con los dedos de las manos y... sobran la mitad.

Dolores

Me apetecía ir andando hasta el hospital, el aire fresco en contacto con mi cara, parecía que me provocara un estiramiento en la piel. Sentí el aire entrar en mis pulmones y eso me hacía sentir más viva. Cuando estaba a punto de entrar en el hospital, escuché una voz que me llamaba, giré la cabeza y me encontré con Sarah, la hija de mi amiga Natalia.

—Dolores, ¿qué haces aquí?

—Nada, Sarah. Estaba cerca de aquí y me he dicho: «Voy a saludar a Natalia», y aquí estoy. Y tú, ¿qué tal?

—Bien, Dolores, mañana empiezo a hacer el trabajo final del curso y lo tengo que hacer en el hospital.

Sarah me cogió del brazo y entramos juntas. Sin duda hubiese hecho buena pareja con Kevin. ¡Lo que son las cosas! Toda su vida juntos y no surgió nada serio entre ellos; simplemente una buena amistad. Habría sido una nuera perfecta: guapa y lista. Subimos a la primera planta, a ver si podíamos ver a Natalia, Sarah tenía un cometido, y yo con otro muy distinto.

Preguntamos por Natalia a una enfermera que estaba en la zona de enfermería y, muy amable, no dudo en avisarla. ¿De qué manera podíamos hacerlo para que Sarah no notase nada extraño? Por nada hubiera querido que pasara un mal rato.

—¡Vaya sorpresa! ¿Qué hacéis por aquí? —exclamó Natalia al vernos juntas alzando las cejas sorprendida.

—Quería ver dónde tengo que dirigirme mañana; no quiero meter la pata el primer día —explicó Sarah.

—No te preocupes que ya me he encargado yo de ello para que no tengas problemas. Espera un momento, Dolores que ahora vengo.

—No te preocupes, Natalia.

Mientras Natalia buscaba una enfermera para que atendiera a Sarah,

mi mente estaba en la habitación número 30. ¿Cómo estaría el joven? . Para mí no era un desconocido, tenía el presentimiento que nos unía un vínculo especial. No eran imaginaciones mías, los sentimientos que sentía hacia el joven estaban provocados por una fuerza misteriosa que no sabía cómo explicar. Los misterios de la vida son infinitos: nunca se sabe qué puede deparar el futuro ni cómo serán el resto de nuestros días. La vida que a mí me esperaba no iba a ser fácil, pero estaba dispuesta a aceptar el reto. Habrían días muy oscuros, deseando que el mundo se acabara, pero habrían otros en los que estaría dispuesta a vender mi alma dispuesta a vivir cada segundo, de cada minuto, de cada hora.

—Ya estoy aquí, Dolores. ¿Dónde está Frank?

—Se ha ido a hablar con el juez —aclaró—. Natalia, ¿Por qué me ha pedido el informe de la muerte de Kevin?

—Yo estoy tan sorprendida como tú, Dolores. Todo esto es muy extraño. Conozco bien al doctor y nunca lo había visto en ese estado, y menos hablarme de la forma en que lo hizo. Cuando ha visto la fotografía de Kevin y la ha comparado con el paciente, parecía muy angustiado. Hay algo que le preocupa, pero no piensa que está en buenas manos. Por cierto, ¿tienes los datos para poder registrarlo?

—Sí, el nombre será John Lamber, los datos de su historial serán los de Kevin, hasta que Frank lo pueda arreglar con el juez.

—Con esto, de momento, nos vale. Dolores, ¿quieres esperarme en la habitación mientras me ocupo de Sarah?

—Te espero en la habitación.

Me encontraba en la habitación con John —ya podía dirigirme a él con un nombre—. Una extraña sensación corrió por mi cuerpo: de nuevo me sentía observada. ¿Por quién? Tengo que reconocer que hubo un tiempo en el que fui muy escéptica, nunca había creído en espíritus ni en almas, y menos en la reencarnación, pero tras la muerte de Kevin todo cambió en mi forma de pensar.

Me senté a su lado y le cogí la mano, el contacto con su piel fue algo extraño, me pareció notar una descarga de energía, como cuando pasa la corriente a través del cuerpo mediante una descarga de corriente de baja intensidad. Con mi voz temblorosa y entrecortada empecé a hablar con él.

—Espero que cuando despiertes te guste el nombre que te hemos puesto: John Lamber. Cómo me cuesta pronunciar tu nombre; te observo y veo a mi hijo Kevin. No sé qué significado tiene todo esto: si es para bien o

es para mal. Lo único que tengo claro es que estoy dispuesta a adoptarte como a un hijo. Tu parecido con mi hijo me angustia, me va a costar acostumbrarme a verte sin pensar en mi hijo, pero estoy dispuesta a aceptarlo. Estoy segura de que Kevin, desde el cielo me dará su aprobación.

Capítulo 4

Frank Lamber

Residencia del juez Devon.

¡Hay que ver dónde vivía el cabrón! Siempre que le visitaba no dejaba de sorprenderme su casa. ¡La pasta es la pasta! Eso suele decirse cuando el estatus económico es alto. Nuca he tenido envidia de mis verdaderos amigos, me he alegrado siempre de que sus vidas fuesen boyantes; nunca me he movido por el tema económico, hay algo más importante para mí que el dinero, y son los sentimientos que se tienen hacia las personas que se quiere. Mi relación con el juez nació en los tiempos de la universidad, unos cuantos años atrás; hemos sabido mantener nuestra amistad, a pesar de nuestra diferencia en el estatus social en el que vivimos. Es de los pocos amigos en los que podría poner mi vida y la de mi familia en sus manos sin dudar sobre su honorabilidad.

Pulsé el timbre de la puerta: su sonido era curioso, emitía la quinta sinfonía de Beethoven. Recuerdo que mi padre me decía que para las manías no había cura, y mi amigo era todo un maniático de la música clásica.

—Hola, Frank, pasemos al despacho, que estaremos más cómodos. — El rostro del juez era sombrío.

—Gracias, Devon. La verdad es que no sé por dónde empezar.

—Si te parece bien, voy a preparar dos whyskies porque me estás acojonando antes de empezar.

—Vaya juez, no te inmutas al condenar a la gente a cadena perpetua, pero te acojonas al hablar con un amigo.

—No te equivoques. Esa gente, como tú dices, son de la peor calaña y tú eres mi amigo, gilipollas.—Una sonrisa se le dibujó de oreja a oreja.

—¿Ya te has enterado que estoy pensando en jubilarme?

—Sí, me llamo el capitán Jack y me dijo que te habías planteado pedir la jubilación, y que ellos te apoyaron, ¡valientes gilipollas! Ellos se lo pierden, no van a tener otro sargento como tú. Bueno, ¿te vas a decidir a contarme lo que te pasa o vamos a estar toda la tarde así?

Empecé a contarle todo lo vivido, desde mi encuentro con el joven

desconocido en el puente y en mi casa, la reunión con el doctor Morgan y el estado físico en el que llegó al hospital. No me dejé ni el mínimo detalle. El juez necesitó tomarse otro whisky para poder digerir lo que le estaba contando. La verdad es que le cogí por sorpresa; se esperaba cualquier cosa menos lo que acababa de escuchar.

—Ahora soy yo el que necesita otro whisky —afirmé.

El juez no paraba de moverse, se levantaba del sillón, daba una vuelta por el despacho, se volvía a sentar, le daba dos caladas al puro de cohíba que se estaba fumando, y se volvía a levantar sin decir palabra.

—Quieres dejar de moverte, que pareces una peonza, y decir algo. Me estás poniendo más nervioso de lo que ya estoy. ¡Por Dios, Devon! Dime algo.

—Mira Frank podía imaginarme miles de cosas, pero nunca los que me acabas de contar. Me imagino que Dolores estará muy afectada.

—No te puedes ni imaginar la sensación que nos produce el ver a Kevin en ese joven. Yo estoy empezando a dudar de mí mismo. Empiezo a plantearme cosas que no son posibles, y eso empieza a inquietarme.

—Atiéndeme bien, Frank, amigo mío. Todo tiene solución menos la muerte, nos guste más o menos. Lo primero que tenemos que hacer es no ponernos nerviosos, que las cosas tienen solución. ¿Con qué nombre lo habéis registrado en el hospital?

—En el registro del hospital aparece con el nombre de John Lamber.

—Me parece bien, Frank. ¿Cuándo podemos tener una reunión con el doctor?

—He quedado con él mañana. Lo más sorprendente es que me ha pedido el informe de la muerte de Kevin.

—¿Qué tiene que ver Kevin en todo esto? —El juez alzo las cejas sorprendido.

—No lo sé, insistió varias veces.

—No hace falta que diga que haré todo lo que la ley me permita, e incluso algo más.

—Lo sé, Devon, sé qué harás todo lo que esté en tus manos.

—Eso nunca lo dudes, Frank. Mañana... ¿A qué hora has quedado con el doctor?

—A las nueve de la mañana.

—Allí estaré, con el secretario judicial, para que levante acta de todo lo que ocurra en la reunión y quede reflejado.

—Devon, me tengo que ir, que Dolores estará impaciente por que

llegue a casa; hoy ha sido un día un poco difícil.

—Vale, Frank. Te diría que te quedaras a cenar, pero comprendo que Dolores esté inquieta.

—Gracias, Devon.

—De nada, amigo. Ya sabes que nuestra amistad está por encima de cualquier ley. Mañana nos vemos en la cafetería del hospital. Dale un beso a Dolores de mi parte.

Se había hecho más tarde de lo previsto. No podía dejar de pensar que tenía que pasar por el mismo sitio donde empezó todo; el lugar que cambió nuestras vidas, la de Dolores y la mía.

Sentía la necesidad de parar allí y lo hice. Me bajé del coche y miré por los alrededores. Me di cuenta de que no había nada preguntándome de dónde pudo salir.

Volví a entrar en el coche y me quedé fuera durante unos minutos. No me di cuenta de que por detrás acercaba una extraña neblina. Cuando quise darme cuenta, ya la tenía encima. «¿De dónde ha salido esta niebla?», me pregunté. Al mismo tiempo empecé a notar unas sensaciones muy extrañas. Entre la niebla me pareció ver la figura de una persona, grité: «¿Quién está ahí? Soy sargento de policía. Identifíquese o dispararé». Era la primera vez que la mano empezó a temblarme y no atinaba a sacar mi revólver de la funda.

La niebla se fue diluyendo de la misma forma que apareció. Me di cuenta de que no había nadie y me estaba obsesionando con algo que era imposible, aunque lo deseara de todo corazón.

Me subí al coche de nuevo y continúe con mi camino. Al llegar a mi casa, vi a mi mujer sentada en un sillón del salón observando el álbum de fotos: estaba tan concentrada que apenas advirtió en mi presencia.

Capítulo 5

Frank Lamber

—Hola, Frank, no te he escuchado entrar.

—Ya me he dado cuenta de que estabas concentrada en esas fotografías. ¿Te encuentras bien? —Los ojos le brillaban igual que brillan en el universo: estaba a punto de derramar unas lágrimas.

—Sí, no te preocupes, Frank, solo estaba recordando viejos tiempos: cuando hicimos el primer muñeco de nieve con Kevin.

—La verdad que con ese plumífero rojo revolcándose por la nieve parecía un muñeco de peluche.

—Aquí tenía cinco años, estaba muy guapo vestido de rojo y con esos mofletes tan colorados; no paró en todo el día. Cuando se quedó dormido lo cambié, lo, y no se dio cuenta de nada.

—Buenos recuerdos nos vienen, Dolores. Cierra el álbum o nos pondremos a llorar como dos críos.

—¿Cómo has quedado con el juez?

—Hemos quedado para mañana a las nueve, en la cafetería del hospital. Se ha tenido que tomar dos whiskies porque no daba crédito a lo que le estaba contando.

—La verdad que es todo muy extraño, es como si Dios nos quisiera devolver lo que un día nos arrebató.

—Esto va a ir para largo, y tenemos que ser fuertes y estar preparados, Dolores.

Cogí la mano de mi mujer y me quedé mirándola a los ojos. ¡Cómo se reflejaban esos dos malditos años! El sufrimiento que había tenido que soportar... Ella me daba ánimos a mí, como queriendo todo el dolor para ella sola.

La conocí con solo quince años y desde entonces, no ha habido otra mujer en mi vida; seguramente he sido un poco egoísta por no decirle lo mucho que la quería, o no se lo he dicho tanto como ella se merecía.

Con lo dura que fue la pérdida de nuestro hijo, nunca nos reprochamos nada. Tuvimos momentos muy difíciles. Recuerdo que tres semanas después de la muerte de Kevin, estuvimos casi un mes apenas sin hablarnos; el dolor

había invadido nuestros corazones. Un «buenos días» y un «buenas noches» era toda la conversación que manteníamos. Daba la sensación de que nos estábamos distanciando, pero no era así: era la sensación de culpa que teníamos. La mía por animarle a creer que estaba haciendo lo correcto alistándose en el ejército, y la de ella por no haberlo podido evitar.

Un domingo, estando en el cementerio visitando la tumba de nuestro hijo, sin darnos cuenta nos cogimos de la mano y nos miramos fijamente. Pudimos leer en nuestra mirada que solo nos teníamos el uno al otro. De esa forma pudimos salir hacia delante y compartir el dolor que tanto nos produjo la pérdida de Kevin.

Terminamos de cenar —por decir algo, ya que apenas probamos bocado—. La mente la teníamos en la habitación del hospital donde se encontraba John. Estábamos deseosos de que pasaran rápido las horas para poder tener nuevas noticias. De pronto el timbre de la puerta sonó con fuerza.

—Están llamando a la puerta, Frank.—dijo Dolores con voz temblorosa.

—No sé quién puede ser a estas horas llamando con tanta intensidad.

—¡Sarah, qué sorpresa! No pensaba que pudieras ser tú a estas horas, pero pasa. No te quedes en la puerta.

—Gracias Dolores, no quería molestarte. Han llamado a mi madre del hospital para ver si podía hacer una sustitución; se ha puesto enferma la jefa de enfermería del turno de noche, y ya conoces cómo mi madre es con su trabajo.

—¿Qué te ha pasado, Sarah?

—Estaba en casa, había terminado de ducharme y empecé a escuchar algunos ruidos. Me sentía observada. Tenía la sensación de no estar sola; me ha dado un poco de miedo, y sin pensarlo me he venido a ver si me podía quedar a dormir con vosotros.

—Claro que te puedes quedar a dormir, Sarah. ¿Cómo puedes preguntarlo? Esta es tu casa

—Gracias, Dolores.

—Sarah, ¿has llamado a tu madre para decirle que estás aquí?

—Sí, la he llamado mientras venía, me ha dicho de todo, pero bueno, ya conoces a mi madre.

—Me gustaría quedarme un rato más, pero estoy un poco cansado. Mañana nos vemos —dijo Frank.

—Hasta mañana, Frank.

Me quité la ropa, me puse el pijama y me tumbé encima de la cama. No pude evitar pensar en el doctor Morgan y en mi amigo el juez. Tampoco me podía olvidar del joven desconocido: estaba convencido de que tenía mucho en común con mi hijo.

No podía reconciliar el sueño, ya habían pasado dos horas desde que me acosté. Estaba muy agobiado, la cabeza no paraba de darme vueltas, así que me levanté con la intención de beberme un vaso de agua muy fría. Al pasar por el salón, me di cuenta que tanto Dolores como Sarah se habían quedado dormidas en el sofá con la televisión encendida.

Apagué el televisor, cogí dos mantas y las tapé con cuidado. Primero lo hice con Sarah. Al observarla me acordé de cuando le dije a Dolores que quería tener otro hijo, y que me hubiera gustado que fuera chica, y sobre todo que fuera escritora y poder ver el mundo repleto de sus libros. Después tapé a mi querida mujer. Durmiendo estaba tan guapa como siempre. Esos ojos verdes que me hipnotizaron cuando la vi por primera vez... Yo iba paseando por una gran avenida, cuando me cruce con ella, con la joven que años después se convertiría en mi mujer.

Cuando volví a la habitación no puede evitar pasar por la habitación de mi hijo. Abrí la puerta y una leve corriente de aire me acarició la cara estremeciéndome. La vi tan vacía que me rompió el alma: me invadieron miles de recuerdos. Me dejé caer sobre la cama, y sin darme cuenta me quedé dormido.

A las siete de la mañana sonó el teléfono. Maldije mil veces , justamente sonó cuando estaba soñado con Kevin. Me desperté y me di cuenta de que tenía la foto de mi hijo entre mis manos.

El primer aroma del día no podía ser otro que el café que estaba preparando mi mujer en la cocina. No sé cómo lo hacía, pero es el mejor que he tomado nunca.

—Veo que ya te has despertado.

—Me ha despertado el teléfono. Cuando iba a descolgar ha dejado de sonar. ¡Malditos cabrones! ¿Y Sarah, dónde está?

—Ya se ha ido, se ha tomado un zumo y dos galletas, y me ha dado las gracias por haberla dejado dormir aquí.

—Es un sol de chica. Qué buena pareja hubiera hecho con Kevin—comentó Frank.

—Ya te he repetido muchas veces que solo eran muy buenos amigos.

—Ya sé que me lo has dicho muchas veces, pero de todas formas,

hacían muy buena pareja. Acuérdate, Dolores que tenemos que estar a las nueve en el hospital.

Salimos de casa a las ocho de la mañana, nos cogimos de la mano y nos fuimos andando en dirección al hospital. Fuimos antes de tiempo, ya que queríamos infórmanos de cómo había pasado la noche John. Qué raro me resultaba pronunciar ese nombre. Sin apenas darnos cuenta nos disponíamos a adoptar a un desconocido del que no sabíamos nada; tendría más o menos la misma edad de nuestro hijo. Una edad curiosa para adoptar a un hijo. Nunca sabemos lo que la vida nos depara.

Capítulo 6

Frank Lamber

Hospital For Joint Diseases.

Tardamos en llegar apenas veinticinco minutos, ya que vivíamos cerca del hospital; desgraciadamente el camino lo recorrimos demasiadas veces. Un camino que por muchas veces que lo recorriéramos, nunca nos íbamos a acostumbrar.

Tanto Dolores como yo nunca nos habíamos visto en esta situación. John, en cierta manera, nos iba a cambiar la vida; el futuro nos deparaba sensaciones que ya teníamos olvidadas.

Cuando pasamos por la puerta de la cafetería, nos dimos cuenta de que Natalia ya se encontraba en el interior.

—Buenos días, Natalia. ¿Cómo ha ido la guardia?

—Buenos días, la verdad es que bastante tranquila: con ganas de irme a casa, ducharme y dormir unas horas.

—¿Qué tal ha pasado la noche John?

—Le estamos controlando la sedación y los antibióticos. Se encuentra estable, apenas tiene fiebre, y eso es señal de que la infección está remitiendo.

—No sabes la alegría que nos acabas de dar. Lo vimos tan débil y con tanta fiebre, que nos temíamos lo peor.

—De momento, su vida no corre peligro. Sí que hubo un momento, al principio, que temimos lo peor. Por cierto, quería darte las gracias por acoger anoche a Sarah. Parece mentira que con la edad que tiene, pueda tener miedo de quedarse sola.

—No digas tonterías, Natalia. Si los que tenemos que darte las gracias, somos nosotros por lo que has hecho en este tiempo. Por una cosa o por otra, siempre te estamos molestando.

El juez Devon, puntual como siempre, llegó acompañado por el secretario judicial: un hombre delgado, no muy alto, con barba de pocos días, un poco cegato —usa gafas de culo de vaso—, y presume de cuatro pelos que tiene pegados en su calva. ¡Una especie en peligro de extinción! El juez vino dispuesto a acelerar todo el proceso documental que fuese necesario.

—Buenos días a todos. ¿Cómo estás, Dolores?

—Regular, Devon. Una ya no está para tanto movimiento. Te presento a Natalia, la jefa de enfermería y una gran amiga.

—Frank, ¿A qué hora tenemos la reunión con el doctor Morgan?

—En cinco minutos, juez.

—Si os parece bien, yo me adelanto y le comento al doctor Morgan que ya estáis aquí— comentó Natalia.

Los cuatro nos dirigimos hacia el despacho del doctor Morgan. Natalia se adelantó para avisarle de nuestra presencia. El juez, como buen amigo de la familia, intentó animar a Dolores con varios comentarios, ya que se le veía un poco afectada.

Cuando llegamos al despacho de doctor Morgan, nos estaba esperando en la puerta con los informes del estado de John.

—Buenos días, doctor. Le presento al juez Devon, y a su secretario.

—Buenos días, juez. Encantado de conocerle. Frank ya me ha comentado que es amigo de la familia.

—Amigo no, más que amigo: somos como hermanos, incluso nos dicen que nos parecemos. —Sin duda al juez lo teníamos de buen humor.

—¿Pasamos y comenzamos con la reunión?

—Antes que nada, me gustaría comentarle, doctor, que mi secretario va a tomar nota de toda la conversación. Si usted considera oportuno omitir algún comentario, nos lo dice y lo eliminamos del informe.

—Me parece bien. Le informaré sobre el estado del paciente.

—Sí, por favor. —comentó el juez Devon.

El paciente ingresó en el hospital el día 25 de enero a las 23:00, bajo el sobrenombre de John Lamber. El cuadro médico presentaba pérdida de conocimiento, fiebre muy alta y una infección interna que afectaba a varios órganos vitales. En los reconocimientos realizados se ha observado que el paciente ha sido sometido a diferentes intervenciones quirúrgicas. Presenta cicatrices entre el tórax y el abdomen que se encuentran en estudio para determinar su naturaleza.. Sus huellas dactilares han sido borradas con algún compuesto químico, como podría ser un ácido. Debido a la infección y a la fiebre se le ha inducido un coma controlado. Se le han suministrado antibióticos de amplio espectro para combatir la infección.

En estos momentos el paciente se encuentra estable dentro de la gravedad; El paciente responde al tratamiento farmacológico de forma óptima y favorable. El paciente se encuentra ingresado en la habitación número

treinta de la primera planta.

—Sí le parece bien, juez, podemos pasar a ver al paciente, pero antes me gustaría preguntarle a Frank si ha traído el informe médico del fallecimiento de su hijo.

—Doctor Morgan, ¿qué tiene que ver Kevin con este paciente? — comentó el juez frunciendo el ceño.

—De momento nada, juez. En todos los fallecimientos en acto de servicio aparece un código especial que indica el motivo de su fallecimiento, y el joven tienen heridas que no son habituales. Créame, juez, sé de qué estoy hablando y me gustaría comprobar algunos detalles.

Salimos todos de la consulta y nos dirigimos a la habitación donde se encontraba John. Los nervios aumentaban y las pulsaciones se disparaban. El juez, muy gentilmente, preguntó a Dolores si quería estar presente en el reconocimiento ocular. Dolores confirmó su deseo de estar presente mediante un gesto con la cabeza.

El juez no puso ninguna objeción, simplemente le dijo al secretario judicial que no omitiera detalle alguno de todo lo que indicara el doctor Morgan.

El juez se acercó y observó de cerca a John. No pudo evitar que se escapara un «¡Dios mío!» que escuchamos todos. Se apartó de la cama y se quedó junto al ventanal. Su rostro reflejaba la misma expresión que si hubiera visto un fantasma.

Con la voz temblorosa indicó:

—Doctor Morgan, cuando quiera puede empezar con el reconocimiento ocular.

Varón, Pelo negro, ojos azules. Conserva todas las piezas dentales. Complejión atlética. Altura 1,85 y peso 85 kilos. Por el tamaño del fémur calculo que tendrá entre veintiocho y treinta años. Muestra varias cicatrices relevantes: una a la altura del costado izquierdo otra a la altura del corazón, dos cicatrices a la altura del riñón derecho, y una cicatriz a la altura del hígado. Muestra dos cortes en el torso. En los dedos de las manos podemos observar la ausencia de huellas dactilares, probablemente borradas con algún ácido.

El paciente ingresó con fiebre muy alta que indicaba una grave infección. Tras las pruebas realizadas se ha encontrado una exposición a cepas de Ébola y Hepatitis.

En estos momentos se encuentra bajo un coma inducido debido a la

grave infección que presentaba y a la presión cerebral.

Mis impresiones son que lo han sometido a la ingesta experimental de diferentes fármacos.

—Doctor Morgan, ¿cuánto tiempo prevé tenerlo en este estado? —preguntó el juez.

—Puedo calcular que estará como máximo quince días. No es aconsejable tenerlo más tiempo por los problemas cerebrales que pudiera ocasionar. Tras la interrupción del coma podría presentar pérdida de memoria, dificultad para hablar y de movilidad. Va a necesitar bastante tiempo para recuperarse.

—Doctor Morgan, ¿podemos continuar mañana en mi despacho del juzgado a las once de la mañana?

—Sin ningún problema, juez.—confirmó muy sorprendido.

—Si me disculpáis, me gustaría hablar con Dolores y con Frank.

Todos salieron de la habitación, incluso el secretario de juez, que hizo ademán de quedarse y el juez le dijo que no era necesaria su presencia.

El juez, una vez a solas, se volvió para mirar de nuevo a John. Su expresión mostraba que no daba crédito a lo estaba viendo.

—Amigo Frank, llegué a pensar que exagerabas cuando me lo contaste, pero tengo que reconocer que te quedaste corto. Cada vez que lo miro me atrevería a asegurar que es Kevin. Ahora puedo comprender la angustia que estáis pasando; por nada del mundo me gustaría estar en vuestro lugar. Disculpad la franqueza con la que os estoy hablando.

—Todo lo contrario, Devon. No te puedes imaginar lo importante que es para nosotros contar con tu ayuda y con el apoyo que nos das; sabemos que no es nada fácil para ti.

—Tenéis que tener tres cosas en cuenta antes de dar un paso. En primer lugar, puede pasar que no llegue a despertar del coma. En segundo lugar, si despierta y no recuerda nada, como bien dijo el doctor, lo normal es que quiera rehacer su vida por su cuenta. Y en tercer lugar, si presenta dificultades para hablar o de inmovilidad, la responsabilidad que asumiríais es muy grande, tratándose de alguien que no es un familiar.

—Devon, míralo bien y dime si no vale la pena arriesgarse. Por pocas posibilidades que haya, ¿tú no lucharías por ellas? —comentó Dolores.

—Me doy por enterado, Dolores. Podéis contar conmigo para todo. Yo en vuestro lugar haría lo mismo. Mañana, en mi despacho, os informare de las pautas que tenemos seguir tanto en la documentación como en las

autorizaciones que nos puedan hacer falta —Hizo una pausa—. Es muy duro perder un hijo, nunca se llega a superar su pérdida, y cuando empiezas a asimilarla aparece un desconocido deambulando como si fuese un alma en pena. Es increíble el parecido con Kevin, hasta el mínimo detalle. Tengo que reconocer el mar de dudas que me ha creado, y os puedo prometer que llegaré hasta el final como si de Kevin se tratase.

Imaginé a sus padres en la misma situación: el dolor que estarían pasando. Antiguos recuerdos e imágenes que siempre estarán y que nunca se podrán olvidar.

Llegué a pensar que con mi jubilación tendría más tiempo para estar con mi mujer y que viviría una vida más tranquila. A veces pensaba que Dios me puso una nueva prueba que superar; tenía la certeza que la íbamos a superar, aunque tuviera que juntar el cielo con la tierra. No podría defraudar otra vez a Dolores.

Natalia.

La tarde había transcurrido con normalidad. Todos se habían marchado del hospital. Me encontraba cansada, hacia catorce horas que estaba en el hospital. Quise realizar el último control antes de irme. La fiebre del paciente estaba controlada; la tensión y el ritmo cardiaco, estaban bien. No podía dejar de observar a John. Me acerqué a él y le susurré:

—Cuánto dolor te habrán causado. No me puedo imaginar el sufrimiento que te habrán hecho pasar. Espero que te recuperes pronto, que empieces una nueva vida, y que te puedas desquitar de lo que te han hecho.

Juez Devon

Despacho del juez Devon.

Me encontraba en mi despacho, revisando los informes de los casos pendientes. Como bien dijo Frank, no tenía remordimiento alguno en enviar a prisión a los delincuentes y asesinos. Pero el caso que nos ocupaba era diferente, quería que las cosas se hiciesen bien para que Dolores Y Frank no tuviesen problemas en el futuro. Lo pasaron muy mal con la muerte de Kevin, y se les presentaba la oportunidad de comenzar una nueva vida. Estaba claro que John no les haría olvidar a Kevin, pero si les daría la oportunidad de vivir

como una familia unida; por lo menos eso esperaba.

El doctor Morgan y Frank se encontraban en mi despacho y teníamos que empezar con la reunión.

—Buenos días, doctor Morgan. ¿Cómo se encuentra John?

—Se encuentra estable, su recuperación va por buen camino. Estamos pendientes de que usted nos dé la autorización para poderle realizar el trasplante de huellas.

—¿Esa clase de operación está permitida por el organismo médico? — preguntó el juez.

—Sí, siempre que contemos con una orden judicial. Aquí le traigo el informe del procedimiento de la operación. En el cabezal de la página aparece el permiso por parte del organismo médico para realizar este implante en casos especiales; este reúne todo los requisitos oportunos. No es peligrosa, pero si dolorosa, Si usted nos da la autorización, ahora sería el mejor momento para realizarla ya que se encuentra en coma. No sentiría dolor y su recuperación sería rápida.

—¿No habrá problemas de rechazo, doctor Morgan?

—Siempre existe ese riesgo, juez, pero al tratarse de su propio tejido el riesgo es muy reducido.

—¿Cómo lo ves, Frank?

—Lo que yo veo es que no tiene huellas dactilares, y si tenemos que darle una nueva identidad, el doctor Morgan tiene razón.

—De acuerdo Frank, hoy mismo firmaré la autorización para que se pueda realizar el trasplante. Necesitaré el nombre completo, una fecha de nacimiento y número del seguro médico.

—Si te parece bien, juez aquí tengo un formulario como los que utilizamos para los testigos protegidos: nombre completo, fecha de nacimiento, número seguro...

—Me parece bien, Frank, podremos utilizarlo para proporcionarle una nueva identidad. Dame el formulario y haré varias copias. No tengo que recordaos que esto hay que llevarlo con mucha cautela.

Salí de mi despacho durante unos minutos, no tardé en regresar con la autorización firmada para el doctor Morgan.

—Doctor Morgan, aquí tiene la autorización firmada y sellada. Ahora ya está todo en sus manos. Por cierto, doctor, ¿usted qué opinión tiene a cerca de la muerte y la reencarnación en otros cuerpos?

—Tengo mucho respeto por lo desconocido. Sí que es verdad que

tengo pacientes que aseguran haber tenido apariciones. La primera vez solo veía parte del cuerpo. A veces veía el cuerpo entero, aunque la visión no era del todo sólida. Siempre con una luz brillante, como un cuerpo casi transparente entre nieblas; sentía la presencia, escuchaba una voz, sentía el contacto físico y olía una fragancia.

—Lo importante ahora es la pronta recuperación de John. Teniendo la autorización, ¿cuándo podréis empezar con los preparativos para poder realizar la operación?

—Mañana daré orden para que le hagan todas las pruebas oportunas para preparar la operación.

Capítulo 7

Frank Lamber

Le estaba agradecido al doctor Morgan por el interés que se había tomado con John, pero era como si el doctor fuese el primero en no querer dejar rastro del pasado de John. Eso me daba que pensar...

En el hospital todo seguía igual, bajo el control de la jefa de enfermería. John seguía estable. Natalia seguía muy sorprendida con el parecido con Kevin. No convencida de quién era el que estaba en la habitación, extrajo una muestra de sangre a John para compararla con las muestras de sangre de Kevin, cuyos informes conservaba desde que estuvo ingresado durante tres días por unas dolencias.

Natalia, tras comprobar los grupos sanguíneos de Kevin y de John se convenció de que no eran la misma persona: el grupo sanguíneo de John era cero positivo, mientras que el de Kevin era AB positivo.

Aun así no salía de su asombro: no entendía cómo se podía parecer tanto a Kevin.

En la primera planta había una cierta inquietud entre los enfermeros y médicos sobre el secretismo del paciente de la habitación número 30. Ella seguía las órdenes del doctor Morgan y nadie tenía acceso a la habitación de John sin su permiso.

Dolores llegó al hospital y subió a la primera planta, donde se encontraba Natalia .

—Buenos días, Natalia.

—Hola, Dolores.

—¿Puedo pasar a ver a John?

—Sí, te acompaño a la habitación, no quiero tener problemas con el doctor.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Bien, sin problemas. Estamos pendientes de la reunión que tienen esta mañana el doctor Morgan, el juez y Frank.

—Si el juez da la autorización, ¿cuándo lo podréis operar?

—En el momento que el doctor lo confirme, creo que en dos días lo podríamos operar.

—Míralo, Natalia parece que sea Kevin el que está en la cama, ¡me da una pena! A veces, sin darme cuenta, me pongo a hablarle como si fuese mi hijo, le digo cuánto le echo de menos y lo mucho que le quiero.

—Es normal, Dolores que sientas eso, pero tienes que pensar que no es Kevin. Yo hasta hace poco tenía mis dudas. Kevin nos dejó hace ya dos años, por desgracia, y aunque nos pese, es la realidad.

—¿Por qué se habrá cruzado en nuestro camino? No lo acabo de entender. ¿Tenía que ser ahora? ¿Apenas a unos días de su cumpleaños...?

—Tienes que dar gracias, Dolores, puede ser una señal para que tengáis una nueva vida. Te dejo a solas con él.

—Gracias, Natalia.

—Hola, John espero que te recuperes pronto y nos puedas decir quién eres realmente. Mi hijo falleció hace dos años, era igual que tú, como si fueseis hermanos gemelos. Nunca se llega a superar la pérdida de un hijo porque para una madre lo más sagrado es la vida de un hijo. Cuando te vi por primera vez, llegué a pensar que Dios había cometido un error cuando se llevó a mi hijo y, como queriendo rectificar, me lo estaba devolviendo. Con tu presencia todos los sentimientos han vuelto a renacer, como renacen las flores en primavera. No sé si puedes oírme, espero que así sea, es sorprendente el cariño que te he cogido sin apenas conocerte.

Dos días más tarde, en el hospital, con la autorización de juez Devon, el doctor Morgan le practicó a John el trasplante de las huellas dactilares. La operación había salido como estaba previsto. John se encontraba en la sala de observación por seguridad. El doctor Morgan salió del quirófano y se dirigió a la sala de espera, donde nos encontrábamos.

—Doctor, ¿cómo está?

—Bien, Dolores no te preocupes, la operación en sí no era peligrosa y en el estado que se encuentra John era lo mejor. Ha sido una operación compleja, es la primera vez que realizamos esta clase de intervención. Le hemos retirado la piel de los dedos del pie y de la parte superior de los dedos de la mano, tanto la epidermis como la dermis, es la capa inferior en la que se encuentra los relieves que configuran el dibujo de la huella dactilar. El resultado ha sido el esperado, ahora nos toca esperar y ver que no se produzca rechazo. El pequeño inconveniente que tiene esta clase de operaciones es que la sensibilidad de los dedos no llega a ser la misma. El vendaje lo llevará unos tres meses. Dentro de veinte días empezaremos con las curas, no es una operación donde haya grandes riesgos, pero sí que es dolorosa. Se debe tener

paciencia. En breve le bajaremos la sedación para que salga del coma y podamos ver su evolución.

—¿Cuándo lo van a subir a la habitación?

—Lo subiremos mañana. Es mejor que os vayáis a casa, Dolores. Aquí ya no podéis hacer nada. Si todo va bien, mañana empezaremos a bajarle la sedación lentamente y esperamos que se despierte sin problema. Nos esperan días difíciles.

—Gracias, doctor, mañana nos vemos

—Vámonos, Dolores, ya has escuchado al doctor Morgan: aquí ya no podemos hacer nada — comentó Frank.

Capítulo 8

Frank Lamber

Dos días más tarde.

No me podía quitar de la cabeza el día tan importante que podía ser; no quería imaginarme qué pasaría cuando John despertara del coma. ¿Cómo será su comportamiento? Recuerdo un caso que tuvimos en la comisaría, relacionado con un atraco a una tienda. Hubo varios heridos: uno de los atracadores murió, y el otro resultó gravemente herido., Cuando se lo llevaron al hospital los médicos le indujeron un coma debido a la herida que tenía en la cabeza.

Al cabo de un mes, los médicos nos llamaron para informarnos que el detenido había despertado del coma y acudimos para ver si podíamos interrogarlo. No recordaba nada, apenas podía establecer una mínima conversación: mezclaba las frases y tenía muchas lagunas. Los médicos nos dijeron que era normal, que algunos pacientes necesitaban más tiempo para restablecerse, aunque algunos nunca volvían a ser la misma persona.

No quería que Dolores sufriese más, ya había sufrido mucho durante los dos últimos años. La duda siempre la teníamos presente: ¿qué debíamos hacer en caso de que John despertase con problemas cerebrales y no pudiera mantener una mínima conversación? La responsabilidad que habíamos aceptado iba más allá de lo imaginario, no quería pensar que Dios nos quisiese castigar de nuevo dejándonos a una persona con problemas mentales.

A veces me arrepiento de haber metido en todo esto a Dolores, tenía que haberlo llevado directamente al hospital, haberme olvidado del tema, y haber seguido con nuestras vidas.

Nos encontrábamos en la sala de espera con mi amigo el juez Devon, que había aplazado un juicio por estar con nosotros. Fue curioso, los tres teníamos la mirada anhelante hacia la nada. El ambiente era de mucho estrés, cualquier ruido proveniente de la puerta nos impulsaba a alzar la vista por si aparecía el doctor. John se encontraba en la sala de observación. El doctor Morgan le estaba quitando la sedación para que saliese del coma. Habían transcurrido tres horas y por fin se abrió la puerta. Entró el doctor Morgan

como si hubiese entrado Dios y los tres al unísono nos pusimos de pie para recibir sus noticias.

—Tranquilizaos que está bien. Como es normal, después de quince días en coma, está un poco aturdido: tiene la mirada perdida como queriendo adivinar dónde está. No recuerda nada, no sabe quién es. Está dentro de lo previsto, tened en cuenta que tuvimos que «desenchufarle» el cerebro y hoy lo hemos vuelto a «enchufar». Su aspecto es muy bueno y apenas tiene problema para hablar. Es curioso, le he comentado que había unas personas que querían verlo y me ha preguntado si entre esas personas se encontraba Dolores. Esto sí que se sale de lo normal.

—¿De verdad, doctor?

—Pregúntale a Natalia, aún está llorando como una magdalena. Van a subirlo a la habitación y lo podréis ver con la condición de que no le preguntéis mucho. Necesita ir asimilando, esto es nuevo para él, y su cerebro es como si acabara de nacer.

El doctor salió de la sala de espera con una sonrisa de oreja a oreja. Dolores no cabía dentro de su cuerpo. Tanto el juez como yo nos quedamos mirando como dos tontos. Nunca podíamos imaginarnos esas buenas noticias. Nosotros dos éramos más pesimistas. Gracias a Dios estábamos equivocados. No recuerdo a Dolores tan contenta desde el día que nació Kevin. Subimos a la primera planta y esperamos hasta que nos dejaran entrar a la habitación.

Los minutos de espera nos parecieron horas hasta que al fin pudimos entrar a la habitación. Nos quedamos parados, sin saber qué hacer. Nos mantuvimos a poca distancia de la puerta. Sorprendentemente fue John el que rompió el hielo. Se quedó mirando a Dolores.

—Por favor, Dolores, acércate que te vea.

Dolores se quedó momificada sin saber cómo reaccionar pensando cómo había podido reconocerla. Se acercó tan despacio que parecía que tenía miedo de romper el suelo. Me pregunté cómo era posible que la reconociera si el doctor Morgan había dicho que no recordaba a nadie.

—Eres tal y como te veía en mi sueño. Tengo que decirte que te podía oír, muy lejana; no podía entender bien lo que me decías.

—Gracias —Dolores proyectó un aire de esperanza.

—No, gracias a ti, Dolores. Por cierto, falta una persona.

—¿Cómo que falta una persona? —Nuestra reacción fue de incredulidad, no entendimos qué quería decirnos.

—Cuando veníais a visitarme no os podía ver, pero sí notaba vuestra

presencia. Había un joven a lado de la ventana, apenas se movía y se quedaba inmóvil. Solo se acercaba a la cama cuando Dolores me hablaba, se ponía a su lado y no se movía de allí. Era como una sombra casi transparente y brillante.

El doctor Morgan entró y comentó que John necesitaba descansar y que no era aconsejable que hablara tanto; nos hizo salir de la habitación. Nos despedimos de John. Dolores lo hizo con un beso, dejándole una sonrisa dibujada en el rostro. No tardó en salir el doctor Morgan que no podía disimular su sorpresa por el comportamiento de John.

—No hagáis mucho caso de lo que ha dicho, es debido a los fármacos. Durante el coma, el paciente no tiene esa capacidad sensorial.

—¿Cómo puede explicar todos esos recuerdos? Qué haya sentido nuestra presencia, y sobre todo que haya dicho que faltaba una persona... — preguntó Dolores.

—Hay cosas que no podemos explicar, el cerebro es tan complejo que desconocemos muchas cosas de él. El cerebro a veces actúa como una cámara fotográfica: ve una imagen y la guarda. La reproduce cuando menos te lo esperas. Eso es lo que ha podido pasar con Dolores.

La vio en algún momento y por razones que desconocemos se quedó registrada. Hay que tener en cuenta que es muy reciente y no podemos atosigarle. Cuando vengáis a visitarlo os pediría que no le forcéis a hablar demasiado porque cabe la posibilidad que eso suponga un retroceso.

Capítulo 9

Frank Lamber

Una semana más tarde.

Residencia de Frank y Dolores.

Todo cambió en nuestras vidas. Las visitas al hospital se hicieron habituales: mañanas, tardes, noches... Cada vez que visitábamos a John nos sorprendía con algún detalle. Yo pensaba que sería difícil explicarle todo lo sucedido desde el día que lo encontré herido: las conversaciones con el juez, su nuevo nombre, su nueva familia... Pero fue todo lo contrario. John era como una esponja, cuanto más información le proporcionábamos más quería saber. Su cabeza, su cerebro, actuaba como un disco duro recién reseteado: limpio y preparado para almacenar nueva información.

El doctor Morgan le realizó controles de visión y de memoria, mediante escritura con juegos psicológicos y los resultados fueron sorprendentes. No podía creerse la mejoría que mostraba en tan poco tiempo. Otros pacientes con las mismas dolencias apenas hubieran podido gestionar unas pocas palabras

Era sorprendente comprobar que tuviera esa capacidad para absorber información, y al mismo tiempo para no recordar nada de su pasado, como si le hubieran borrado por completo el disco duro de su pasado.

Ayer me fue imposible ir al hospital a visitarlo. Por la noche, mientras cenaba con Dolores, me contó la conversación que había tenido con John. Le contó todo lo referente a mi hijo: el día del nacimiento, cómo fue su vida con nosotros, su marcha al ejército y su muerte.

Dolores me comentó que fue la primera vez que vio a John triste, y no pudo evitar que se le cayeran unas lágrimas. Cuando hizo el gesto de secárselas, no pudo debido al vendaje, y Dolores, con un pañuelo, se las secó.

A Dolores se le hizo un nudo en el estómago, fue entonces cuando John le dijo que estaba cansado y Dolores se decidió marcharse. Cuando se disponía a salir de la habitación, la llamó y le dio un beso. También le dijo que quería hablar conmigo.

Dolores, mientras me lo contaba, no pudo evitar que le cayeran las lágrimas: temió lo peor.

Al día siguiente, temiéndome lo peor yo también, le dije a Dolores que tenía que hacer unos recados y que me esperara en casa para que fuéramos juntos al hospital.

Salí de casa a las nueve de la mañana y fui directamente al hospital. Quería hablar con John sin que mi mujer estuviese presente.

Abrí la puerta con sigilo y vi a John hablando y mirando a la ventana. En un principio pensé que estaría hablando con una enfermera, pero mi sorpresa fue cuando me di cuenta que no había nadie más.

Solo tenía una cosa en mente, que me preocupaba: que nos diera las gracias por lo que habíamos hecho por él, pero que prefería estar con su verdadera familia, aunque no supiera quiénes eran..

—¿Con quién hablas John?

—Hola, Frank, no pienses que estoy loco. Como no tenía a nadie con quien hablar, me he puesto a hablar solo: quería escuchar mi voz.

—Me ha comentado Dolores que quieres hablar conmigo. Ayer no pude venir, tuve que arreglar unos papeles para la jubilación.

—¿Dolores cómo está? Me parece que ayer se fue un poco preocupada.

—No te preocupes, son cosas de mujeres, pero...dime, ¿de qué querías hablar?

—Frank, ayer estuvimos hablando. Dolores me comentó lo sucedido con tu hijo, no sabes cuánto lo siento. No me gustaría ser una carga para vosotros, sois muy buena gente, os habéis portado muy bien conmigo y no me gustaría defraudaros; más sabiendo lo sucedido con vuestro hijo.

—No pienses en eso, John. Tú no eres ninguna carga para nosotros, todo lo contrario, Dolores está muy ilusionada. Te recuerdo, como ya te dije el otro día, que te hemos adoptado legalmente, tal y como te explicó el juez Devon.

—Ya lo sé, Frank, para mí sois mi nueva familia: me salvaste la vida y eso nunca lo olvidaré. Solo me queda daos mil gracias.

—¡Qué piquito tienes! Y eso que estás recuperándote. No quiero pensar cuando estés recuperado; eres capaz de venderle hielo a un esquimal.

—No me hagas reír, Frank, que me duelen hasta las uñas de los pies.

—John, me voy a buscar a Dolores y venimos juntos en veinte minutos. No le digas que he venido o se enfadará.

—No te preocupes, Frank.

Capítulo 10

John Lamber

No me di cuenta de que Frank estaba en la habitación. No podía decirle que estaba hablando con alguien que apenas podía ver, pero que sí podía sentir. Desde que ingresé en el hospital me he sentido muy protegido. Cuando les comenté que faltaba una persona en la habitación, por sus reacciones, fue cuando comprendí que la persona a la que me refería, la que tanto me protegía, debía mantenerla en secreto.

Notaba la presencia de alguien, pero no podía precisar bien de quién se trataba: una figura gelatinosa que se transparentaba. Tenía que tener cuidado con lo que decía ya que después de haber permanecido en coma, cualquier médico me diagnosticaría locura transitoria y acabaría con mis huesos en un psiquiátrico, encerrado para el resto de mis días.

La otra tarde, cuando Dolores me habló de su hijo, pude sentir las emociones con las que lo expresaba. Me hubiera gustado ayudarlo a hacer desaparecer esa angustia que tanto la estaba ahogando. Quería ayudarlo, pero no sabía cómo hacerlo, quería devolverle el cariño que tanto me había dado. Quería recuperarme pronto y vivir una nueva vida cerca de ellos, dándonos el cariño que tanto nos hacía falta a los tres. Tuve a Dolores tan cerca de mí que pude escuchar el latido de su corazón; sentí que ella veía en mí algo que le angustiaba, quizás le recordé a su hijo Kevin.

Me cogió de las manos y algo extraño sucedió en mi interior: tuve la sensación de que algo se había apoderado de mí. No pude controlar mis sentimientos, sentí cómo de mis ojos brotaban unas lágrimas y no supe el porqué. Algo que no podía precisar, invadió mi cuerpo. Sentía que no era yo el que estaba tumbado en la cama. Me sentí muy mal. Cómo envidié a Kevin en esos momentos. Como bien decía Dolores: un trocito de su corazón se fue con la muerte de su hijo.

Capítulo 11

John Lamber

Un año después...

El 15 de marzo de 2009 había transcurrido un año desde que me dieron el alta del hospital. El tiempo había pasado muy rápido para la familia Lamber. Mi recuperación fue impresionante: las cicatrices apenas se me notaban y volví a mostrar un aspecto atlético. Estaba totalmente recuperado. Me parece mentira que fuera la misma persona que llegó al hospital medio moribundo sin apenas esperanza de vida. Si alguna vez existieron los milagros, sin ninguna duda, ese fue uno de ellos.

Después de un año conviviendo con Dolores y Frank todavía les costaba mantener la mirada cuando manteníamos una conversación. Tenían que desviarla por momentos porque eran muchos los sentimientos que fluían en el ambiente familiar.

Tras un año conviviendo con ellos, no había visto ninguna fotografía de Kevin, Dolores y Frank. Estaban guardadas por recomendación del doctor Morgan. Él creía que podía perjudicarme y podía sufrir un shock que implicaría un retroceso en el que perdería todos mis avances.

Mi curiosidad era muy grande, quería ver por mí mismo si era cierto que me parecía a Kevin. No podía pedirle una fotografía a Dolores, no quería que se sintiese culpable si recaía como el doctor Morgan

afirmaba que podía suceder, así que busqué por todos los rincones de la habitación, del armario, de las mesitas y en algunas cajas, pero no encontré nada.

Permanecía mucho tiempo en la habitación escuchando música y leyendo libros. Dolores y Frank apenas me dejaban hacer nada. Me trataban como a un niño de cinco años: «Cuidado con esto...», «No te hagas daño con lo otro...», «Deja que te ayude...».

Me encontraba en el baño, lavándome las manos para eliminar el polvo que había adquirido durante la búsqueda de las fotografías. Me había dado por vencido cuando escuché algo que caía del armario. Salí del baño y

abrí el armario. Me di cuenta que una percha con una chaqueta se había caído. Al cogerla percibí que en un bolsillo había algo. Tuve una extraña sensación, un cosquilleo que corría por mis manos. Por un momento tuve miedo de sacar lo que había en su interior. Me armé de valor y saqué lo que había en su interior: ¡la fotografía de Kevin! Estaba vestido de militar. Solté la chaqueta y la fotografía, como si me hubiese dado una descarga eléctrica. La fotografía cayó a los pies de la cama. Al observarla sentí que los ojos de Kevin me seguían por toda la habitación.

Dolores llamó a la puerta queriendo entrar: era la hora de la cena y me estaban esperando. Di un salto impidiendo que entrara, no quería que viese el pequeño desbarajuste que se había formado en la habitación.

Apenas pude cenar. Dolores y Frank me preguntaron si me pasaba algo una y otra vez. Les repetí que me encontraba bien, que simplemente me encontraba cansado y tenía ganas de dormir. Me levanté de la mesa y subí a la habitación: tenía la sensación de que algo estaba ocurriendo. Busqué la fotografía de Kevin por la habitación, pero había desaparecido. Un extraño cansancio me entró y lo único que me apetecía era dormir, así que me dejé caer sobre la cama.

Me desperté al cabo de unas horas. Me di cuenta que tenía una manta cubriéndome: sin duda Dolores había entrado en la habitación.

¡Qué pesadilla más rara tuve! Tenía la boca reseca, como si me hubiera comido un bacalao entero. Bajé a la cocina a beber un poco de agua fría, ¡tenía una sed de camello! Qué bien sienta un poco de agua fría. Eran las tres y media de la madrugada, debía continuar durmiendo.

Miré el reloj y me di cuenta que ya había pasado una hora y continuaba sin poder dormir. Había algo que no me deja conciliar el sueño. Me senté en la cama con la luz apagada y empecé a notar una sensación incomoda. Encendí la luz y todo se encontraba bien. Volví a apagarla y fue cuando me di cuenta que no estaba solo. Hacía tiempo que no notaba esa sensación.

«¿Eres tú, Kevin?, pregunté en voz alta. Era la misma sensación que había tenido en el hospital.

Primero me ocurrió en el hospital durante varios días y después, la última vez, cuando paseaba por el puente de Brooklyn. De la nada se formó una extraña neblina, noté como si alguien me tocase el pecho. «¿Quién eres?», pregunté porque era imposible poder ver algo. Un extraño sonido dentro de mi cabeza me decía: «Soy Kevin». Presiento que tuvo que ocurrir

algo especial en ese puente.

Ese día ocurrió algo en la habitación que no pude entender durante un tiempo. Sentí su presencia cada vez con más fuerza, podía ver su silueta, pero no conseguía ver su rostro. Si encendía la luz había la posibilidad de no poder verlo, por eso opté por la oscuridad. Me había dado cuenta que su reflejo era diferente. Ya hacía mucho que no lo sentía, incluso llegué a echarlo de menos. Nunca sentí miedo, todo lo contrario, me sentía protegido. Su aroma era inconfundible.

Me quedé dormido hasta que sonó el despertador. Cuando desperté, la mirada la tenía perdida, fijada en el techo con la mente en blanco. Apenas podía recordar nada, no tenía claro si lo que pasó la noche anterior era real o fruto de mi imaginación.

Me levanté de la cama y me asomé por la ventana para ver qué tiempo hacía. Estaba nublado, no tardaría mucho en llover.

Nada mejor que una ducha para despejarme, Con ese tiempo me apetecía una ducha bien caliente. Me metí en la ducha y cerré la puerta de la mampara; abrí el agua caliente y al momento se llenó todo de vaho. Apenas podía ver. Conseguí coger el jabón y empecé a frotarme todo el cuerpo. En pocos segundos me encontraba cubierto de espuma. No podía abrir los ojos. Escuché un ruido, como si alguien pasara el dedo por el cristal de la mampara.

Rápidamente me aclaré la cara y conseguí ver algo escrito por la parte exterior de la mampara, Salí rápidamente de la ducha y lo leí: «Necesito tu ayuda».

De repente, se me quitaron las ganas de seguir duchándome, me volví a meter en la ducha y, con agua fría, me di prisa en terminar. Noté el cambio brusco del agua. El vaho iba desapareciendo, pero el escrito continuaba en el mismo lugar. Cerré los ojos con fuerza por si se trataba de mi imaginación, pero al volver a abrirlos comprobé que el escrito permanecía.

Fue entonces cuando me di cuenta que no había sido un sueño y que todo había ocurrido. Lo que ocurrió en el hospital y en el puente había sido real y no formaba parte de mi imaginación. Pensé en Dolores y en Frank: no quería que advirtiesen nada raro en mí.

Bajé a desayunar como todos los días.

—Buenos días. Siento que me estéis esperando.

—John, dime si el café lo tienes bastante caliente o te sirvo otro.

—No te preocupes, Dolores. Está perfecto.

Frank puso la televisión, le gustaba escuchar las primeras noticias del día. Prestaba mucha atención en lo que se decía. La policía había detenido a dos traficantes de cocaína que estaban regalando pequeñas dosis en la puerta de un instituto. Frank comentó que, desgraciadamente, era más habitual de lo que creíamos. Una manera de captar nuevos clientes.

Me motivó la idea de hacerme policía, seguro que a Frank le gustaría la idea. Me encontraba física y mentalmente recuperado, apenas me quedaban secuelas y era hora de empezar a buscar trabajo. Ya no podía seguir más tiempo sin hacer nada. No me lo pensé dos veces.

—Frank, ¿tú sabes cuando salen las plazas para ingresar en la academia de policía?

—¿Quieres ser policía? —preguntó Frank alzando las cejas atónito.

—Me gustaría intentarlo, Frank. Llevo tiempo pensándolo y lo tengo decidido.

—Pero, John, ¿te encuentras lo suficientemente recuperado? Para poder ingresar en la academia de policía tienes que estar bien preparado. Tendrás que superar muchas pruebas físicas y psicológicas —advirtió Dolores, también sorprendida.

—Sí, Dolores. Me encuentro físicamente muy bien y mentalmente muy estable. Además tengo que empezar a plantearme la vida, no voy a estar siempre dependiendo de vosotros.

—Pero... ¡Podrías correr peligro! —añadió Dolores con cara de preocupación.

—Como todo el mundo, Dolores. Tiene razón, John: tiene que empezar a plantearse su vida. Yo he estado treinta y cinco años en la policía y nunca he tenido problemas. ¿Tú lo tienes claro, John?

—Sí, Frank. Lo tengo muy claro, y estoy decidido.

—Me acabas de alegrar el día, John. Yo te ayudaré si te parece bien.

—Me parece bien, Frank. Confío en tu experiencia. Si te parece bien podríamos ir a la academia de policía a informarnos.

—No perdamos más tiempo, John. Voy a sacar el coche del garaje. ¡Te espero abajo!

Subí a mi habitación a recoger mi documentación y cuando bajé por las escaleras vi a Dolores mirando a través de la ventana con cara de preocupación.

—Dolores, no te preocupes que todo saldrá bien.

—Ya perdí un hijo, y no quisiera perder otro, ¡no lo podría soportar!

—No vas a perder a nadie. No te vas a librar tan pronto de mí. Ven y dame un abrazo. No pienses en eso.

Mientras dolores me abrazaba sentía como el latido de su corazón se aceleraba. Perdió a su hijo en la guerra y no estaba dispuesta a perder otro, aunque fuese adoptado.

—Desde que Frank te trajo a casa y te vi, desde ese momento, ya te consideré un hijo. Vete ya, John, que Frank te estará esperando en el coche; si ve que tardas, empezará a tocar el claxon.

No se equivocaba, no me dio tiempo a abrir la puerta cuando Frank ya estaba tocando el claxon del coche. ¡Como lo conocía!. Me subí en el coche camino de la academia de policía. Fuimos hablando de fútbol cuando de repente, cambió bruscamente de conversación.

—John, ¿desde cuándo llevas pensando en ser policía?

—Llevo ya unos días dándole vueltas en mi cabeza. No quisiera ser un simple policía.

—No te entiendo, John.

—Mírate a ti mismo: sargento de homicidios. Por lo poco que sé, en la comisaría te admiraban y te respetaban. Tenías un cargo de responsabilidad.

—Eso se gana con los años, y con mucho trabajo.

—Me gustaría ser detective de homicidios o agente del FBI.

—Eso no es tan fácil, John. Se requiere mucho tiempo y sacrificio.

—Lo sé, Frank. El tiempo no es problema, y en cuanto al sacrificio, ya tengo experiencia desgraciadamente.

—Der acuerdo, John, si eso es lo que quieres, haremos todo lo posible. Ya hemos llegado. Ahí está la academia de policía.

Capítulo 12

John Lamber

Academia de policía.

Como se notaba que Frank estaba «en su salsa». Caminaba con el pecho fuera, mostrando mucha seguridad, como queriendo decir: «¡Sígueme, que esto lo tengo dominado!».

Entramos en la academia. A la derecha se encontraba la oficina de información y nos dirigimos al agente que estaba en el mostrador. Le pedí información sobre los cursos de la academia. Apenas me miró. Me dijo que todas las plazas estaban ocupadas, que cogiera un impreso, lo rellenara y que lo dejara allí. También añadió que ya me avisarían para la prueba de acceso en el semestre siguiente. Frank, observó la decepción que mostré y me dijo que no me preocupara que él lo solucionaría. Sacó la placa del bolsillo y se dirigió al agente que me había atendido.

—Buenos días, agente, ¿me puede decir su nombre para dirigirme a usted?

—Soy el agente Expósito.

—Muy bien, agente Expósito. Soy el sargento Frank Lamber de policía de la comisaría número 13. ¿Está el capitán Adam?

—Sí, sargento.

—¿Le puede decir que el sargento Frank Lamber quiere verle?

—Espere un momento, sargento.

A los dos minutos el agente Expósito se levantó de la silla y se dirigió a Frank.

—¿Sargento Lamber?

—Sí

—El capitán Adam les espera en su despacho.

Acompañados por el agente Expósito nos dirigimos al despacho del capitán. Frank sabía perfectamente el camino. Como se notaba que no era la primera vez que había estado allí: caminaba como si estuviera en su casa.

El agente Expósito llamó a la puerta del despacho del capitán, entró y le comunicó que el sargento Frank Lamber se encontraba en el pasillo. El

capitán Adam no tardó en salir. Ambos se dieron un fuerte abrazo. Por su manera de actuar, me di cuenta que hacía tiempo que no se veían. El aprecio mutuo era palpable.

—¿Cómo estas, Frank?

—No también como tú, pero no me puedo quejar..

—Pasad, por favor y sentaos.

—Adam, te presento a mi hijo John.

El capitán Adam, al mencionar que yo era el hijo de Frank, se quedó sorprendido y un poco desconcertado. No debía tener constancia de que Frank tuviese un segundo hijo, y más siendo de la misma edad de Kevin.

—John —dijo el capitán..

—Capitán —le devolví el saludo..

—Perdona por mi torpeza, Frank, no sabía que tenías otro hijo tan mayor.

—No lo podías saber ya que es adoptado. Es una larga historia que ya te contaré.

—Te llamé varias veces, cuando me enteré que te ibas a jubilar, y no te molestaste en llamarme.

—Sí que te llamé, Adam, y me dijeron que estabas en Washington, en un certamen de medicina forense.

—Sí que es verdad, Frank, estuve en ese certamen. Te sorprendería lo que se ha avanzado. Ahora hasta los muertos te hablan y te dicen mucho sobre la escena del crimen.

—Dicen que todo el mundo muere solo, pero si para alguien significas algo, si has ayudado o has amado a alguien, solo con que una sola persona te recuerde, tal vez no llegues a morir del todo.

Frank se me quedó mirando sorprendido, por las palabras que acababa de decir. Le llegó muy hondo. Me cogió de la mano, me apretó con toda su fuerza y me dio las gracias por recordárselo.

El capitán Adam sabía muy bien de lo que estaba hablando y quiso romper el silencio que se hizo.

—¿Te acuerdas, Frank, cuando estábamos en la academia? Nadie podía con nosotros; la verdad es que fuimos como hermanos. ¡Qué tiempos aquellos! Nos llamaban los tres mosqueteros.

—Me acuerdo mucho y no puedo evitar reírme. Recuerdo cuando nos invitaste al aniversario de bodas de tus padres. Tanto Jack como yo no sabíamos que eras hijo del gobernador. Cinco meses juntos, durmiendo en la

misma habitación, y no lo sabíamos. Cuando nos entregaste la tarjeta de invitación nos lo tomamos a cachondeo.

—Ya lo sé. El hijo de puta de Jack me dijo: «Si eres un trasto, ¿cómo vas a ser hijo del gobernador?»

—Cuando le presentaste a tu hermana empezó a tartamudear. Fue a darle la mano y se le cayó la copa encima de los pantalones; las caras que ponía eran todo un poema. Un pelirrojo pecoso, más rojo que un tomate, que no sabía dónde esconderse.

—Me acuerdo muy bien. Le tuve que dejar unos pantalones de mi padre ya que los míos no eran de su talla. No podíamos parar de reírnos: se fue escondiendo por todos los rincones.

—¡Qué tiempos, Frank!

—La verdad es que éramos como una familia.

—Y seguimos siéndolo, ¡que no se te olvide! Pero...dime, Frank, ¿qué puedo hacer por vosotros? Seguro que esto no es una visita de cortesía.

—Qué zorro viejo eres. Tenemos un pequeño problema.

—Soy todo oídos, Frank.

—Mi hijo, John quiere ser policía. Será mejor que te lo cuente él.

—Dime, John, ¿qué problema hay?

—Me hace mucha ilusión ser policía, mejor dicho, detective de homicidios, o agente del FBI.

—Esas son palabras mayores, John.

—Lo sé, capitán, por eso estoy aquí: preparado para trabajar duro y dejarme la piel en el intento.

—Y... ¿Dónde está el problema, John?

—Me han dicho que estaban todas las plazas ocupadas.

—Déjame que haga una llamada.

—Expósito, ¿me puedes subir el registro de inscripciones?

—Creo que podremos hacer algo, John.

—Gracias capitán.

—Dime, John, por curiosidad: ¿por qué quieres ser policía?

—Es algo que siento. Quiero ayudar a la gente igual que lo hicieron conmigo.

Noté cómo, por un instante, la mirada de Frank atravesaba mi cuerpo. No sé por qué, di esa respuesta, es como si otra persona respondiera por mí. Llamaron a la puerta, y me sentí aliviado.

—Capitán, aquí le traigo el registro de los aspirantes.

—Gracias, le echaré un vistazo. Tenemos cuatrocientos noventa aspirantes. ¡Qué raro! Si el cupo es de quinientos... ¡Se habrá equivocado! Frank, perdonarme un momento, tengo que ver qué ha ocurrido.

Capitán Adam

No sabía que Frank tuviese otro hijo, y eso me sorprendía mucho, dada la amistad que nos unía. No entendí que no tuviera la suficiente confianza para decírmelo. Lo curioso de todo aquello era el parecido que aquel joven tenía con Kevin. Sé que lo pasaron muy mal con la muerte de su hijo. Recuerdo que me decía Frank que no deseaba otra cosa que no fuera que su hijo fuera policía. Hijo o no hijo, le iba a ayudar en todo lo que estuviera en mis manos. John parecía ser un chico espabilado. No parecía que fuera a tener problemas para superar las pruebas de acceso.

—Expósito, ¿cómo me dice que están todas las plazas ocupadas si hay cuatrocientos noventa cuando el cupo son de quinientos?

—No lo sé, capitán. En el ordenador aparece que todas las plazas están ocupadas, llevo dos días diciendo que ya no hay plazas.

—Coja la inscripción de John Lamber e inscribalo. Y dígame a todos los instructores que me den personalmente los informes del aspirante John Lamber.

—Sí, capitán.

Capítulo 13

John Lamber

Veinte minutos tardó en volver el capitán. Durante ese tiempo, Frank apenas me dijo nada. Le tenía que sacar las palabras con un embudo: no podía disimular la nostalgia que sentía. Seguro que estaría pensando en su hijo Kevin y por qué no era él, y no yo, el que estaba allí sentado.

—Ya está todo solucionado, Frank. En diez días tiene John las pruebas de acceso.

—Gracias, Adam.

—De gracias nada, Frank. Me debes una cena para tres, en un restaurante italiano. Asegúrate que esté Jack.

—Bueno, Adam te dejamos que hemos venido de improviso y sé que estas muy ocupado.

—No te preocupes, Frank. Me alegro mucho de volverte a ver, y... no te perdono la cena.

—No se me va a olvidar, Adam.

Salimos del despacho del capitán Adam con la satisfacción del deber hecho. Solo tenía que esperar unos días para presentarme a las pruebas de acceso. Frank recordó el tiempo que pasó en la academia y me dijo que fue una etapa de su vida que no olvidará.

—No sabía que eras amigo del capitán, Adam. Y yo preocupado...

—Somos buenos amigos, mantenemos la amistad desde la academia. Estábamos en la misma habitación, Adam, Jack y yo. Lo pasamos bien, y al ser Adam hijo del gobernador, tuvimos muchos privilegios. Fuimos los niños mimados de la academia. Jack y yo no sabíamos el porqué de tantos miramientos. John, si no te parece mal voy a aprovechar que estoy aquí para saludar a unos antiguos compañeros.

—No te preocupes, Frank, te espero fuera.

Me encontraba en los exteriores de la academia leyendo la prensa. Observé a una persona que paso por mi lado, se me quedó mirando fijamente. Al principio tuvo algunas dudas, pero me llamó por el nombre de Kevin repetidas veces; sin duda se confundió con el hijo de Frank.

—Kevin, ¿no te acuerdas de mí? Soy Erik?

—Perdona, pero te has equivocado: me llamo John.

—No es posible que me haya equivocado. Tú eres Kevin. ¿De verdad no te acuerdas de mí? Con lo que hemos pasado juntos en ¿Diwaniyah?

—Perdona, pero no soy Kevin, lo siento. No eres el primero que me confunde con él.

—No puede ser que no te acuerdes, tengo varias fotos de los dos juntos en la base, no te reconoces en ellas —Le mostró la fotografía.

—Ya veo... Reconozco que nos parecemos, pero no soy Kevin.

—Esta foto es la que nos hicimos todos en la cantina, que por cierto cogimos una cogorza que estuvimos enfermos todo el día.

—Te vuelvo a decir que no soy Kevin —Por mucho que insistí él seguía con el mismo tema y yo no quería que Frank nos viese.

—Este de la foto, ¿quién es? Mírala bien y dime que no eres tú. No te entiendo. Te jugaste la vida por mí, me destrozaron la pierna al pisar una mina y cuando me vistes te echaste las manos a la cabeza: me estaba desangrando. Cogiste el cinturón del pantalón y me hiciste un torniquete. ¡Es imposible que no te acuerdes! ¡Por Dios! ¿Qué te han hecho? Nosotros no dejamos a nadie por el camino, es lo que decías una y otra vez. ¿Qué te han hecho? Ya te dije que no te fiaras de aquellas personas.

—Perdona pero no soy la persona que tú crees.

—Toma la foto. Quédatela por si algún día recuperas la memoria, y si me quieres llamar detrás tienes mi número de teléfono —Pude leer en su mirada lo defraudado que le hice sentir; en mi interior me sentí un ser detestable.

Erik se alejó cojeando, era visible que tenía una pierna ortopédica. ¿A qué personas se refería? Sentí tristeza en mi interior, y algo me decía que no sería la última vez que nos volveríamos a ver. Me giré y vi a Frank. Al cruzarse con Erik, se detuvo y se giró dos veces para observar cómo se alejaba; tuve la impresión de que a Frank le pareció conocerlo, pero no sabía de qué.

—¿Te encuentras bien, Frank? Te veo pensativo.

—No es nada, me he cruzado con un joven que su cara me resulta conocida y no sé de qué; juraría que lo he visto en alguna foto con Kevin.

—Frank, tiene que ser duro tener en tu casa a una persona que te esté recordado a todas horas a tu hijo. He visto una fotografía de Kevin y tengo que reconocer que nos parecemos como dos gotas de agua, no sé si eso es bueno o malo. Creo que os estoy haciendo vivir un calvario y me sabría muy

mal que estéis sufriendo por mí.

—Para nada, John, cuando te acogimos sabíamos que íbamos a tener presente todos los días a Kevin: eres la misma imagen, pero sabemos que no eres él ni queremos que lo seas. No hay nada ni nadie que pueda sustituir a un hijo, por eso no te preocupes. Tú eres John y como tal te adoptamos. No sabes lo que has cambiado nuestra vida. Dolores vuelve a sonreír y le has devuelto las ganas de vivir. ¿Cómo te podemos pagar esto?

—Me pones la piel de gallina, Frank, no sabes la alegría que me acabas de dar y lo tranquilo que me dejas en ese aspecto.

—Dolores y yo lo pasamos muy mal con la muerte de Kevin, no podíamos hacer nada excepto resignarnos. Dolores se pasaba los días llorando y yo me refugié en mi trabajo y no le presté el debido tiempo. El dolor producido por la pérdida de nuestro hijo hizo que nos fuéramos distanciando sin darnos cuenta.

»Bendigo el día que te cruzaste en mi camino. El día que te vi se me cruzó un ciclista y para no atropellarlo tuve que dar un gran frenazo. Se me cruzó como si se lo llevaran los demonios. Tenía una caja en el asiento delantero del coche con parte de mis cosas del despacho, entre ellas la foto de Kevin. El frenazo hizo que la foto saltara de la caja. Detuve el coche para recogerla, parecía como si Kevin me quisiera hablar. Me agaché y cuando levanté la cabeza para seguir mi camino, apareció una niebla densa en la que apenas podía distinguir nada. Fue cuando apareciste tú de la nada. Cuando te pude ver de cerca, por poco me da un infarto.

—Si el ciclista no se te hubiera cruzado y la foto de Kevin no se hubiera salido de la caja, no hubieras parado el coche y ahora no estaríamos hablando. Hoy sería un desconocido enterrado bajo un montón de tierra.

De regreso a casa, Frank me hizo una observación: tenía poco tiempo para prepararme, contaba con tan solo diez días para estudiar y prepararme físicamente. No tenía ni puta idea de cómo serían las pruebas. Frank se ofreció de nuevo a ayudarme; en un momento dado, podía recurrir a sus amistades.

—Frank, ¿tú sabes cómo son las pruebas de acceso? Me he olvidado de coger el formulario.

—Puedo hacer algo mejor: tengo los formularios. Los cogí de la mesa del capitán. La primera hoja trata sobre la constitución de los estados, la segunda son las normas ciudadanas y la tercera las leyes estatales —Me miró mostrando su veteranía, queriendo decir: «John, eres un pardillo».

Tenía a la persona que me podía ayudar. Apenas unos metros me separaban de ella: mi vecina Sarah. Aún me acuerdo de la cara que se le quedó cuando me vio por primera vez. Apenas podía articular palabra. Si se descuida la tienen que ingresar en el hospital. Fue tal la sorpresa que se llevó que estuvo varias semanas sin aparecer por el hospital.

Nuestra relación se basa exclusivamente en la amistad, aunque tengo que reconocer que mis sentimientos hacia ella son más que de una simple amistad. No sabía cómo pedírselo y la mejor manera que se me ocurrió fue invitándola a cenar. Quería que me ayudara, estaba seguro que con una buena cena estaría solucionado. Sarah se encontraba estacionando el coche. Era el momento idóneo.

—Hola, Sarah, ¿Cómo estás?

—Bien, John, intentando aparcar el coche.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

—La verdad es que no.

—¿Te apetece cenar con migo?

—Me vas a invitar a cenar... ¿Quieres algo de mí?

—La verdad es que sí, quería comentarte algo, pero mejor te lo digo cenando.

—No hace falta que cojas el coche, cogeré el mío. Me sabe mal que pagues la cena y encima que pongas tu coche.

Espere a que Sarah terminara de aparcar, que por cierto le costó Dios y ayuda. Subimos juntos en el ascensor, nos quedamos mirando y una sonrisa tonta se nos dibujó en el rostro. Salimos del ascensor. Solo unos metros separaban su casa de la mía. Las ocho de la tarde era la hora clave y no podía defraudarla. Frank y Dolores observaron la escena en el rellano y estuvieron un rato sin parar de reír: era mi primera cita a los veintinueve años. ¡No estaba mal!

La tarde transcurrió con normalidad. Tenía muchas ganas de que pasaran las horas rápidamente para ver a mi doncella.

Me escuchaba a mí mismo y me daba repelús que un chico de veintinueve años hablara de esa manera. Dolores me miraba y me hacía gestos con el dedo señalando el reloj. Su lenguaje era claro y contundente: temía que se me hiciese tarde. Le hice un gesto con la cabeza y subí a la habitación.

Mientras me estaba duchado caí en el detalle de que no había reservado mesa. Pensé que estaba jodido: tenía a la chica, pero no la reserva.

Quería que fuese una noche especial y me maldije por el fallo que había tenido. Golpeé la pared y, como por obra de arte, cayó una tarjeta de un restaurante francés. Se me iluminaron los ojos. Era perfecto: un restaurante francés en mitad de Manhattan. ¿Había algo más romántico? No tardé en hacer la reserva.

Llegaron las siete y aún no tenía claro la ropa que iba a ponerme. Le eché un vistazo al armario, estaba repleto de camisas, pantalones, polos..., pero no veía la ropa apropiada. No podía ir a un restaurante francés con una mujer preciosa con cualquier cosa. Harto de rebuscar y de rebuscar, cuando ya me había dado por vencido, vi una funda de plástico. Me llamó la atención y la saqué del armario. Ahí estaba lo que andaba buscando: una camisa de seda negra con una rosa blanca a la altura de pecho, unos pantalones negros con una rosa blanca a la altura de los bolsillos. También encontré unos zapatos negros de piel brillante. Cualquier modelo hubiera pagado por lucirlo en una pasarela. Me puse gomina en el pelo y me peiné con el pelo hacia atrás. La ropa me sentaba como un guante. Me puse un cinturón de piel negro con dos rosas blanca a ambos lados de la cintura.

Cuando terminé de vestirme, me puse delante del espejo, levanté la vista y... ¡joder! No me reconocí. Al ir siempre vestido de manera deportiva, el cambio fue tremendo.

Bajé por las escaleras, tan orgulloso que no cabía dentro mí. Entré en el salón. Dolores y Frank me vieron y se quedaron paralizados. Sus rostros reflejaban pánico, como si estuviesen viendo al fantasma de su hijo vestido de negro: no se atrevían a pronunciar palabra y me puse tan nervioso que empecé a sudar.

—Dolores, Frank, ¿qué pasa?

—¿De dónde has cogido esa ropa? —Fue la primera vez que noté en Dolores rabia en sus palabras.

—Estaba en el armario. ¿Era de Kevin?

—Sí, se la puso solo una vez, cuando celebramos la bodas de plata, pero yo juraría que la guardé en una maleta.

—Lo siento, Dolores, tenía que haberte preguntado antes de ponérmela. Ahora subo y me la quito.

—No te la quites, John, estás guapísimo. Perdóname por mi reacción, no me lo esperaba. ¿Tú qué dices, Frank?

—A mí me ha dejado sin habla. Que la disfrute, ¿para qué la quieres?

Los dos se levantaron del sofá y nos abrazamos. Pudimos comprobar,

mediante el contacto de nuestros cuerpos, el latido acelerado de nuestros corazones. Las pulsaciones se dispararon, y el mismo sentimiento hizo que nos cayesen unas pequeñas lágrimas. Cerré la puerta y dejé los sentimientos dentro: no podía recoger a Sarah con los ojos llorosos.

Llamé a su timbre y Natalia me abrió la puerta. Se quedó tan sorprendida que no pudo pronunciar palabra. Me sonrió y me acompañó al salón, en silencio.

—¡Qué rosas más bonitas! ¿Son para mí?

—Lo siento, Natalia. Son para Sarah, pero te puedo dar una.

—Gracias, John. Un detalle es un detalle. Siéntate en el sillón, que ahora baja. Como has tardado un poquito se ha ido a cambiar de ropa, la que llevaba puesta no le gustaba. Cómo te has recuperado... Se te ve muy bien, estás muy guapo: el negro me gusta.

—Vas a hacer que me salgan los colores.

Estaba sentado el sillón con la mirada perdida y lamentándome por el posible dolor que les había podido ocasionar a Dolores y a Frank, cuando escuché el sonido de unos tacones al bajar por las escaleras. La elegancia por definición. ¡Qué mujer! Quitaba el hipo a cualquiera. El vestido, ceñido como un guante, resalta su figura selecta. El color azul oscuro le sentaba muy bien y el escote era un poco exagerado, pero bien. Ese vestido mostraba un culo perfecto. Cómo realzaba la cintura... Por dentro, me estaba derritiendo. «¿Cómo podía quedar una mujer como ella con un chico como yo?», me pregunté.

—¡Qué rosas más bonitas! ¿Son para mí?

—Sí, son para ti —El corazón me latía tan rápido que la rosa bordada en el bolsillo de la camisa tenía vida propia.

—Gracias, no tenías que haberte molestado.

—No es ninguna molestia, todo lo contrario, es un placer. —«Mayor placer sería tenerte entre mis brazos», pensé.

Bajamos con el ascensor. El ambiente que se podía respirar en ese pequeño habitáculo era una mezcla de hormonas y feromonas, cargadas de deseos.

—Estás preciosa, Sarah. No me había dado cuenta de los ojos tan bonitos que tienes.

—Gracias, John, pero los ojos los tengo en la cara no en las tetas.

— Perdone, ha sido un lapsus. —«Lapsus son el par de...», pensé.

—¿Has hecho alguna reserva, John?

—Sí, en el restaurant Le Bernardin

—¿Qué es, francés?

—*Oui, madame, je l'ai fait pour vous.*

—*Merci, monsieur du détail qui m'a impressionné je ne sais pas quoi dire.*

—No te preocupes por nada, hoy es una noche especial.

—Ya me dirás en qué quieres que te ayude, tiene que ser muy importante. Una cena en un restaurante francés con ese glamour.

—La verdad es que estás preciosa —La baba se me empezaba a caer.

—Gracias otra vez, pero deja ya de mirarme el pecho que me pones nerviosa y vas a hacer que tengamos un accidente. Parece que no hayas visto unas tetas en tu vida.

—En mi corta memoria no recuerdo haber visto ninguna.

—Pues tienes un problema, John

Capítulo 14

John Lamber

Restaurant Le Bernardin

Conforme íbamos andando hacia la entrada del restaurante me di cuenta que había gente esperando para entrar. Por un momento, pensé que me había equivocado de lugar, miré la tarjeta y pude comprobar que estábamos en el lugar correcto. Mientras nos dirigíamos hacia allí nuestras manos se encontraron como dos eslabones de una cadena.

Entramos en el interior. Tras comprobar nuestra reserva, nos acompañaron a nuestra mesa. Sarah no salía de su asombro, preguntándose cómo había podido hacer una reserva en un glamuroso restaurante como aquel.

Un romántico restaurante de época: una réplica del restaurante de centro de París donde suelen ir las celebridades. En sus pequeños salones con grandes columnas de mármol y techos decorados con grades escofias con relieves, destacaba la cúpula central, decorada en pan de oro. La lámpara recordaba la época de Napoleón, con veinte brazos rodeados de pequeños vidrios de murano. Las paredes estaban decoradas con grandes rectángulos que sobresalían, las columnas eran planas con pequeños surcos y los ventanales eran de grandes dimensiones, de estilo gótico. También las cortinas llamaban la atención, bordadas con colores llamativos. El suelo del salón, estaba cubierto por una gran moqueta formando grandes rectángulos de diferentes colores. Las mesas eran de diferentes tamaños, desde dos a doce plazas, y las sillas estaban forradas en terciopelo de color beige. Un lugar selecto, para una cena selecta, con una mujer selecta.

En la mesa teníamos dos copas de Champagne decoradas con una rosa blanca enlazadas con un pequeño lazo en color rojo vivo, y sobre la mesa había una hoja de papel enrollada con una dedicatoria: para Sarah:

Podrá nublarse el sol eternamente.

Podrá secarse en un instante el mar.

Podrá romperse el eje de la tierra como débil cristal.

¿Todo sucederá? Podrá la muerte cubrirme con su fúnebre crespón;

Pero jamás en mi podrán apagarse la llama de tu amor.

—Tengo que reconocer que me has sorprendido, no me esperaba un lugar como este. Es precioso, no falta ningún detalle. El Champagne, la rosa blanca, que por cierto hace juego con la que tienes en la camisa... Está todo perfecto, John. Y qué decir del poema: me has dejado sin palabras.

—Me he tomado la libertad de seleccionar el menú de la cena, si hay algo que no sea de tu agrado, solo tienes que decirlo y lo cambiamos. El primer plato es una variante de pescado en su origen, el segundo es atún orientado a la brisa de mar, acompañado de un joven vino blanco de dieciocho meses en barrica de roble francés.

—Has pensado en todo.

—En todo no, solo falta el postre que te lo he dejado a ti para que lo elijas.

La velada fue perfecta, la cena fue todo un acierto. El vino entraba como el agua directa del manantial, y el Champagne sublime. Se notaba que era francés, no porque entendiese de Champagne, sino porque lo dijo el metre. Respecto al restaurante, ¿qué puedo decir? Como en el cuento de Cenicienta en su carroza. Había una cosa que no dejaba de sorprenderme. Cuando llamé para hacer la reserva me hablaron como si fuese un cliente habitual. Se sabe que si eres un cliente habitual siempre hacen lo posible por encontrar un sitio, de lo contrario, según me comentó el metre, las reservas se solían hacer con dos o más semanas de antelación. Seguro que me confundieron con otra persona.

El rostro de Sarah reflejaba felicidad, y yo me sentía feliz de estar con la mujer de la que me estaba enamorando. Y todo gracias a Frank.

El tiempo transcurrió demasiado deprisa, cuando nos dimos cuenta nos encontrábamos solos, el resto de clientes habían terminado de cenar. Nosotros parecíamos estar en un mundo aparte. El metre se acercó y me comentó que lo sentía mucho, pero tenían que cerrar. Le pedí mil disculpas y le pedí la cuenta. Tras pagar, salimos de nuestro castillo encantando.

La temperatura en el exterior era perfecta, el cielo estaba totalmente despejado. En la oscuridad de la noche, las estrellas relucían con luz propia, parecía mentira lo lejos que estaban y lo cerca que parecían estar. Muy cerca del restaurante había un pequeño lago bordeado por una barandilla de madera junto a un pequeño asiento: un sitio ideal para disfrutar de las estrellas. Nos sentamos y hablábamos del contraste de las estrellas con el oscuro cielo. En

ese momento, varias estrellas fugaces se desplazaron por el cielo. Sarah me cogió del brazo y se acurrucó sobre mí para combatir la sensación de frío. Lo primero que pensé fue que por fin todos los dioses del universo se habían aliado conmigo: la mujer de mis sueños descansaba entre mis brazos.

Nos levantamos de nuestros aposentos como en un cuento de princesas. Dimos un pequeño paseo por los alrededores. La noche había refrescado. Las manos, guiadas por la inercia, se entrelazaron de nuevo. Al llegar al coche nos soltamos de la mano sin dejar de mirarnos. Seguimos caminando y tras avanzar tres pasos, nos volvimos a mirar. Nos acercamos el uno frente al otro, unimos nuestros cuerpos y dejamos que fluyeran nuestros sentimientos. Nuestros labios se juntaron y nuestros brazos se entrelazaron. Dentro de mí, estallaron fuegos artificiales. Mi primer beso. ¡Qué sensación! No recordaba lo que se puede sentir a través de tal mágica acción. Nuestros cuerpos se fusionaron de tal manera que era imposible diferenciar la silueta de cada uno.

Aquel cúmulo de sensaciones hizo que mi miembro viril tuviera vida propia, sin poder nada para impedirlo. Sarah reparó en el cambio que se produjo en una parte de mi cuerpo, lo que provocó que me apretara con más intensidad. Sus labios se acercaron a mis oídos y me susurraron que no era el momento ni el lugar. Nuestros cuerpos se separaron como dos polos opuestos. Sentía pudor al mirarla a los ojos. Todo era nuevo para mí. ¿Cómo podía controlar mi cuerpo, si no era dueño de él?

—Sarah, ¿qué te ha parecido la cena?

—Muy bien, John. Ha sido de cuento de hadas. Todo perfecto. El poema, ¿lo has escrito tú?

—Lo he copiado de un libro de poemas de un escritor español llamado Rafael Alberti.

—Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Me alegro que te haya gustado, pero falta lo principal —le comenté con mirada provocadora.

—El postre es una sorpresa, ya lo verás cuando lleguemos a mi casa.

Capítulo 15

Sarah

Residencia de Sarah.

Tardamos apenas quince minutos en llegar a casa. Sin tráfico, fue un pequeño paseo en coche. Aparqué el coche, y subimos directamente a mi casa, abrí la puerta con sigilo y le hice una señal con el dedo a John para que no hiciéramos ruido, ya que mi madre estaba durmiendo. Subimos lentamente las escaleras y entramos en mi habitación. Por la cara de pícaro que puso John, seguro que pensó en algo que no iba a suceder, al menos esa noche. Me quedé mirándolo con una pequeña sonrisa.

—No te hagas ilusiones. Sal a la terraza y espérame Allí.

John Lamber

Salí a la terraza y me encontré dos hamacas, una pequeña mesa y dos velas. A mi alrededor todo eran plantas con flores, ¡cuál de ellas más bonita! Había un pequeño jardín botánico en la terraza, un sitio pequeño, pero muy acogedor. Me tumbé sobre una de las hamacas esperando que Sarah llegara, pero al poco rato me levanté y me asomé por la barandilla. Desde allí contemplé parte de Manhattan iluminada: una ciudad de ensueño.

—John, ya estoy aquí —La observé de arriba abajo. Llevaba puesto un camisón de seda blanco donde se apreciaba lo agraciada que fue la naturaleza con su cuerpo.

—¿Qué es? ¿El postre? —le pregunté cuando vi lo que sujetaba.

—Tiramisú de chocolate y una botella de Champagne. No creo que sea francés, pero espero que se pueda beber.

—Seguro que estará bueno. Cuando pruebe ese tiramisú te diré si me gusta o no: soy un especialista —Probé el tiramisú y la bebida y me animé a darle mi valoración—: Está para chuparse los dedos. El Champagne no está mal se puede beber.

—Me alegro de que te guste, lo he hecho yo. ¿Te gusta cómo he decorado la terraza?

—No sabía que eras aficionada a los jardines botánicos —Tuve que concentrarme para que mis hormonas no se revolucionaran más. La vestimenta de Sarah aún me lo complicaba más. Me estaba sometiendo a un castigo hormonal.

—Me gustan mucho los jardines. Si tuviese una casa con un terreno, lo llenaría de plantas y pequeños estanques. Por cierto, no me has dicho de qué querías hablar.

—Me he inscrito en la academia de policía, en diez días tengo las pruebas de acceso. Necesito que me ayudes. Estoy un poco desconectado, en cuanto a estudios se refiere, y como tú hace poco tiempo que has acabado la carrera de periodismo, he pensado que me podrías ayudar.

—¿Todo este montaje es solo para que te ayude a pasar la prueba de acceso?

—La verdad es que no. Lo de la prueba de acceso ha sido una excusa para invitarte a cenar. Pero... ¿me ayudarás?

—Claro que te ayudaré, ¿por qué no iba a hacerlo? Y más con la noche tan mágica que me has hecho vivir. Te pareces tanto a Kevin que es difícil que te mire y no me acuerde de él.

—Me han dicho que me parezco mucho a Kevin, que tengo muchos gestos parecidos a los que él hacía, e incluso que ando como él, sin embargo, tú nunca me has hecho ningún comentario, excepto en este momento.

—Me afectó mucho la muerte de Kevin, supongo que igual que a todos: nos criamos juntos y conviví una parte de mi vida con él.

—¿Llegasteis a ser pareja?

—No, éramos buenos amigos. Nos queríamos mucho, pero no fluyó la chispa del amor: nosotros nos queríamos de otra manera.

—Cuando me vistes la primera vez en el hospital, ¿qué pensaste?

—Me quedé con la mente en blanco, no podía expresar ni una palabra. Por un momento llegué a pensar que eras Kevin, fue tal el shock cuando te vi que me quedé bloqueada. Necesitaba asimilar la nueva situación en mi interior. Sabía que no eras él, pero necesité algunas semanas para coger fuerzas y animarme a volverte a ver. Mi madre insistía en que volviera a visitarte; tanta fue su insistencia que al final me decidí. Estabas bastante recuperado, pero nunca me llegó a contar toda la historia. Fue una sorpresa pensar que durante dos años creía que Kevin estaba muerto y, de repente, te encuentro en la habitación del hospital. Fue muy impactante. A los cinco minutos me di cuenta de que no eras Kevin.

—¿Cómo estabas tan segura de que yo no era Kevin?

—Por tu mirada. Los mismos ojos azules, los mismos rasgos, los mismos gestos, pero tu mirada es diferente a la de él. Yo te veo muy distinto a cómo te puedan ver los demás. Fue Dolores quien me contó todo lo sucedido, sus sentimientos hacia ti son muy fuertes y le has devuelto una vida que ya tenía olvidada. Tienes que tener en cuenta que ellos dieron un paso muy importante cuando te acogieron, a pesar de tu parecido con su hijo fallecido. ¡Qué tarde se ha hecho, John!

Aunque no había salido como yo esperaba, el postre y el Champagne en la terraza eran perfectos para una noche romántica. No había pasado nada más, pero me fui contento. Conocí la opinión que Sarah tenía de mí, y me alegré que ella me viese de una manera diferente a como me veían los demás; eso me facilitaría el camino para luchar por que se enamorara de mí.

Cuando llegué a casa cerré la puerta con mucho cuidado para no hacer mucho ruido ya que Dolores tenía el sueño muy ligero y no me hubiera gustado que se despertara por mi culpa. De ser así, me hubiera bombardeado a preguntas.

Me asomé al salón y pude ver la foto de Kevin encima de la mesa. Al parecer Frank la había sacado del marco en la que se encontraba. ¿Por qué lo había hecho? La cogí con mucho cuidado, me quedé mirándola unos minutos. Hablé con él en voz muy baja:

—Hola, amigo. Espero que estés bien y que Dios te tenga entre sus brazos. Hoy, por primera vez, he besado a Sarah. Ha sido algo maravilloso que no podría describírtelo con palabras. Nunca pienses que he querido quitarte el sitio, pero tengo sentimientos... Todo esto es nuevo para mí.

Dejé de nuevo la foto encima de la mesa, pero al alejarme me pareció ver como si Kevin me siguiese con la mirada. Pensé que solo estaba en mi cabeza. Me quité los zapatos para hacer el mínimo ruido posible y subí con mucho sigilo las escaleras de madera, no quería que crujieran al contacto. Abrí la puerta de mi habitación, me desvestí y puse la ropa encima de la silla. Empecé a notar algo extraño en la habitación. Estaba cansado, dada la hora de la madrugada que era, pero, aun así, no era motivo para que el cansancio fuera tan extremo. Los ojos me pesaban un quintal. La poca lucidez que tenía me dijo que estaba a punto de suceder algo; me dejé caer encima de la cama y a punto estuve de quedarme durmiendo.

Sentí un aroma familiar y un escalofrío que corría por mi piel. Sentí la presencia de Kevin con más fuerza, giré la mirada hacia la puerta y encontré

su silueta más clara que nunca: podía distinguir ligeramente sus ojos.

Di un salto en la cama y, como un rayo, me puse de pie. Las puertas del armario empezaron a abrirse y cerrarse haciendo un ruido aterrador. Apenas las podía sujetar. La luz de la mesita no dejaba de encenderse y apagarse, los grifos del baño se abrieron. En pocos segundos la habitación se llenó de vaho.

Apenas podía ver nada. Intenté entrar en el cuarto de baño para cerrar los grifos que vertían el agua caliente; hice varios intentos, pero fue inútil. Allí había una fuerza extraña que me lo impedía.

Mi cuerpo se quedó totalmente rígido. Sentí una fuerte presión en la cabeza que me hizo recordar tiempo atrás, cuando ingresé en el hospital. Los ojos parecían que se me iban a salir de la órbita y notaba el crujido de los huesos de mi cuello. Percibí cómo alguien me giraba la cabeza. Me quise resistir, pero fue imposible. Si me resistía por más tiempo acabaría rompiéndome el cuello y dejé de hacerlo. La cabeza se me giró en dirección al cristal del armario, donde pude leer lo que acababan de escribir:

Ayúdame o moriremos los dos.

De nuevo los párpados me empezaron a pesar, la presión de la cabeza empezó a desaparecer y mi cuerpo dejó estar rígido. Sentía como si mi cuerpo estuviese flotando y me daba miedo abrir los ojos. Cuando la calma llegó a la habitación, me decidí a abrirlos y la sorpresa que me llevé fue que estaba tumbado encima de la cama como si nada hubiese ocurrido.

Me levanté de la cama y pude comprobar que toda la habitación estaba en orden. Dos golpes sonaron en la puerta. «No, otra vez no», pensé angustiado y me acurruqué en un rincón. Una voz a través de la puerta llegó alta y clara.

—John —escuché aliviado. Ya había empezado a arañar las paredes —John, se te va a hacer tarde, son las nueve.

—¿Ya son las nueve? Voy a ducharme y ahora bajo, Dolores. Gracias por avisarme —Me hizo gracia que Dolores insinuara que me había quedado dormido, con felices sueños.

Me duché con agua fría, ya no me apetecía más agua caliente. No le quitaba el ojo de encima a los grifos. El agua salía más fría que su puta madre, pero me daba igual, odiaba el vaho; prefería coger una pulmonía antes que abrir el agua caliente.

Tenía que ponerme las pilas y averiguar todo lo que pudiera sobre

Kevin. Sabía quién me podía ayudar. Abrí con cuidado el armario y cogí la primera ropa que encontré. No me fijé si estaba bien o mal, me vestí y bajé a desayunar. Mi aspecto, el que mostraba mi rostro, era el equivalente a haber estado paseando por la ciudad de los muertos.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! Que «careto» tienes chaval. ¿Una noche movida? — comentó Frank con el entrecejo subido y acompañado con una pequeña sonrisa.

—Se ve que anoche me sentó algo mal y no he podido pegar ojo en toda la noche.

—¿Sarah qué tal?

—Supongo que bien. Hoy hemos quedado, luego la llamaré y le echaremos un vistazo a los impresos y miraremos cómo podemos enfocarlos.

—¿Qué te pasa, John? Tienes cara de preocupado.

—Nada, Dolores, solo he pasado una mala noche.

Subí a mi habitación, cerré la puerta, y salí a la terraza que daba al ático. Me senté en un taburete de madera, cerré los ojos y empecé a pensar en lo sucedido en la habitación. Nunca había tenido una experiencia así, hacía mucho tiempo que no notaba la presencia de Kevin. Recordé que en el hospital su presencia era habitual, llegué a acostumbrarme y a hablarle a un reflejo brillante cuya silueta apenas podía distinguir. En cierta manera, me sentía aliviado. Sabía que me estaba protegiendo, pero ¿de quién? Nunca me dejaba solo y eso me proporcionaba tranquilidad. Pero lo de la noche anterior... Eso fue muy distinto.

No entendía ese cambio tan repentino, esa fuerza sobrenatural; su mirada parecía cobrar vida.

Abrí los ojos y caí en un detalle: la noche anterior, cuando entré en casa, la foto de Kevin estaba encima de la mesa y cuando la cogí, su sonrisa había desaparecido, como si estuviese enfadado conmigo. Pensé que sería porque había besado a Sarah, pero ella me había dicho que solo fueron buenos amigos.

«Ya lo entiendo», me dije. «Kevin, perdóname por mi descuido, la repuesta la tuve delante de mí y no supe entenderla. Lo enviaste a hablar conmigo y yo en vez de prestar atención, lo despaché en un minuto».

Es evidente que teníamos una conexión especial. Mi presencia tenía que tener un motivo. Hacía un año y dos meses que había salido del hospital, me encontraba bien y preparado para afrontar los nuevos acontecimientos, ya

era hora de descubrir realmente quién era y de dónde venía; quería averiguar el motivo de todas mis cicatrices, el porqué del borrado de mis huellas dactilares. Fuese quien fuese, se tomó muchas molestias. Mi primer objetivo era entrar en la academia de policía y ser un miembro del cuerpo de seguridad del estado. Qué mejor que estar dentro del sistema para averiguar quién era realmente.

Capítulo 16

John Lamber

Nueve días más tarde.

Ya habían transcurrido nueve días desde que solicité el acceso a la academia. Faltaba un día para realizar la primera prueba y esperaba no tener ningún problema. Había tenido a la mejor profesora, ella me había ayudado mucho. Era curiosa la facilidad que tenía para asimilar los conceptos y procesarlos.

Habían sido unos días tranquilos, como si Kevin me hubiese dado una segunda oportunidad. No había notado nada raro en aquellos días. Había podido dormir sin ningún tipo de problema. Aunque pueda parecer extraño, llegué a echar de menos la presencia de Kevin.

—Buenos días, John, mañana tienes las pruebas de acceso —comentó Dolores.

—Sí, y espero no tener problemas. Frank, ¿tienes algo que hacer?

—A parte de molestar un poco a Dolores, no tengo nada importante que hacer. ¿Por qué lo dices, John?

—Te lo digo por si te apetece ir a tomar un café. Me gustaría hablar contigo.

—Bien, se lo digo a Dolores y nos vamos

—¿Qué quieres Frank? Gritando de buena mañana...

—Que nos vamos a tomar un café, que tenemos que hablar de cosas de hombre.

—Muy bien, así me dejáis un rato tranquila.

—¿Dónde vamos?

—Aquí cerca hay una cafetería que hacen un café muy bueno.

Hacia un día estupendo, era uno de esos días en los que se piensa en perderse con la chica en una isla solitaria, pero eso lo tuve que dejar para otro día. Ese día me interesaba otra cosa más importante. Si tenía suerte y Frank tenía ganas de hablar, podría sacar algo en claro sobre mi procedencia.

Cafetería Flor del Paraíso.

—Ya hemos llegado, Frank

—¿Es aquí?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Es en esta cafetería donde vine con Kevin cuando se quería alistar en la marina. Quería hablar conmigo antes de decírselo a su madre; desde entonces no he vuelto por aquí.

—Frank, no lo sabía. Si no te encuentras cómodo podemos ir a otro sitio.

—No, para nada, me parece bien tomar un café aquí.

Nos sentamos en una mesa cerca de la puerta, era como si Frank quisiese estar cerca de la salida. Noté que Frank estaba un poco nervioso, fuera de lo habitual y me pregunté si hice bien en llevarlo allí. Sin duda le tuvieron que venir algunos recuerdos: lo último que quería era que se sintiese incómodo.

—¿Te pido un café, Frank?

—Sí, y una botella de agua fresca.

Fui a la barra y le pedí a la camarera dos cafés y dos botellas de agua fría. La camarera me indicó que no hacía falta que esperase en la barra, que ella nos lo llevaría a la mesa. No me hubiera importado quedarme un poco más en la barra para contemplar a la camarera: una rubia con unos ojos grandes, con unos pechos perfectos; se notaba que no llevaba sujetador. Llevaba una camiseta blanca algo transparente.

—Frank, quería preguntarte unas cosas que me inquietan.

—Tú dirás, John, aquí estoy para contestarte lo que pueda —El semblante de Frank era serio.

—Como ya sabes, hace un año y dos meses que salí del hospital, y me gustaría saber si durante este tiempo has podido averiguar algo referente a mí.

—Es normal que tengas esa inquietud, lo que me parecía raro es que no me lo hubieses preguntado antes. En todo este tiempo he intentado saber algo referente a ti y conocer realmente quién eres, por el bien de todos. Consulté los archivos de los jóvenes desaparecidos en esa época y no encontré nada. Cotejé tu ADN en las bases de datos de la policía, la CIA y el FBI, pero no obtuve ningún resultado positivo.

»Bajo mi punto de vista, y con la experiencia de todos los años que he pasado en la policía, te puedo decir, con franqueza, que alguien se ha tomado muchas molestias para hacerte desaparecer; los motivos los desconocemos.

Es como si no hubieses existido anteriormente.

—¿Cómo voy a conseguir saber quién soy si soy incapaz de encontrar la sombra de mi pasado? No es normal encontrar a una persona llena de cicatrices en medio de una tormenta.

—La verdad que no es normal encontrar a una persona sin huellas dactilares. Tanto a mí como al doctor Morgan nos llamó mucho la atención. Él fue el que dijo que ese tipo de borrado se lo solían hacer los estafadores y lo jefes de los cárteles colombianos. Tú no das el perfil de estafador ni mucho menos de traficante, por esa parte tienes que estar tranquilo.

»Cuando intentas entrar en los archivos de la CIA o del FBI, el IP del ordenador queda registrado. Lo rastrean y en pocos minutos saben dónde se encuentra el terminal que ha accedido a esos archivos. Averiguaron que se trataba de mí, por los datos que había registrados en mi ordenador: mi nombre y mi número de placa. Al día siguiente, se presentaron en la comisaría dos agentes de la CIA

—¿Por qué motivo se presentaron?

—Querían saber quién estaba intentando entrar en los archivos de la CIA y el motivo. Dio la casualidad de que uno de los agentes y yo nos conocíamos por haber intervenido juntos en un asunto de secuestro. Les expliqué el motivo por el que quería consultar sus archivos y decidieron ayudarme. Les hice un pequeño resumen sin entrar en muchos matices, y cuando les comenté que te habían borrado las huellas dactilares se quedaron un poco sorprendidos.

—¿Qué te dijeron?

—Aquí viene lo bueno, John. Hacía tres años, un agente de la CIA se infiltró dentro de una red de terroristas en Irak. Se dejó el pelo largo y barba. A los seis meses le perdieron la pista, no pudiendo contactar con él. Según se decía, en ese tiempo, lo habían descubierto y lo habían torturado varias veces hasta hacerle perder el conocimiento. Al no poderle sacar ninguna información intentaron descubrir su verdadera identidad mediante las huellas dactilares.

—¿Se supo quién era?

—Su expediente desapareció.

—¿De dónde sacaron esta información?

—Según me contó el agente de la CIA, un grupo de marines, en un control rutinario detuvo a un médico iraquí que aseguraba haber ayudado a un americano. Lo acogió en su casa y le curó las heridas. Según el doctor

había sido torturado y permaneció en su casa mientras se recuperaba. Cuando lo hizo le ayudó a escapar arriesgando su propia vida, y en gratitud por su hospitalidad, debiéndole, en cierta manera, su vida, el americano le dio una clave que, en caso de que lo detuviesen los americanos, le ayudaría a él y a su familia.

—¿Se pudo comprobar la versión del médico iraquí?

—Aportó detalles de su fisionomía. Describió un pequeño tatuaje en el tobillo, La clave que le dio correspondía a un soldado americano que colaboraba con la CIA.

—Según ellos, ¿podía haber la posibilidad de que ese soldado fuese yo

—Tus heridas no correspondían a torturas, más bien a intervenciones quirúrgicas. No pienses más en ello, tú tienes una nueva identidad con unas nuevas huellas dactilares.

—Tienes razón, Frank. A veces hay que dejar las cosas como están y no darle más vueltas. Por cierto, ¿sabes que el café estaba muy bueno? Voy a tener que venir más a menudo por esta cafetería. —No me refería solo al café.

Volvimos a casa después de tomar el café, Frank sin duda, tenía muchas tablas y sabía hablar muy bien, pero no podía olvidarme de mi objetivo. La tranquilidad que tenía era que los que se tomaron tantas molestias en «matarme» no me podrían localizar; con mi nueva identidad tenía tiempo suficiente para investigar.

—John, ¿hoy tenía Sarah la entrevista de trabajo?

—Sí, tenía una entrevista en un periódico, pero no recuerdo cuál de ellos; cuando llegemos le llamaré para ver cómo le ha ido: espero que bien.

—Es una mujer muy inteligente, con mucha personalidad. Por cierto, John, ¿hay algo entre vosotros?

—La verdad es que hay algo especial. —Esa era la esperanza que tenía.

—Me alegraría mucho que surgiera algo serio entre vosotros dos. Por cierto, John, ¿va en serio eso de ser de FBI?

—Sí, Frank, lo tengo muy claro: quiero ser detective de homicidios o agente federal, y voy a poner todo mi empeño en ello.

—Hay veces que hablo contigo y por las repuestas que me das, es como si estuviese hablando con mi hijo; a veces me desconciertas.

—Lo siento, Frank, no es mi intención hacerte recordar a todas horas a tu hijo, se nota que lo echas de menos.

—Sí, John, lo echo mucho de menos. Daría la vida por tenerlo con nosotros: poder hablar con él, abrazarlo, escucharlo... ¿Te puedes creer que nunca tuvimos una palabra más alta que otra? Con mirarnos ya sabíamos lo que íbamos a decir; hay veces que cuando estoy solo, bajo una tranquilidad extrema, me parece escuchar su voz, como si estuviésemos manteniendo una conversación. Y sin darme cuenta le contesto. Hace ya tres años que murió y me siento como el primer día, pero tengo la certeza que hay una parte de Kevin que aún vive. ¡Llámame loco si quieres, John!, pero estoy seguro que es así.

—Te comprendo, Frank y no me puedo hacer una idea de lo duro que puede ser perder a un hijo, más tratándose de una persona tan especial como él

Cómo me hubiera gustado decirle a Frank que yo sí tenía contacto con Kevin y que notaba su presencia, pero solo hubiera conseguido crear un ambiente insostenible, quizás más adelante me viera con fuerzas para contárselo.

No se equivocaba Frank cuando decía que hay una parte de Kevin que aún sigue viva: yo tengo que ver mucho en ello.

Sin apenas darnos cuenta habíamos llegado a casa, el trayecto se había hecho corto. Sentía que estaba más cerca de Frank y de Dolores.

Dolores

Residencia de Frank y Dolores.

Al principio, John me tenía muy confundida. No sabía con quién estaba hablando si con John o con Kevin. Ya me había hecho a la idea, de lo contrario me iba a volver loca. Una madre nota cuando un hijo se encuentra cerca, el aroma nunca llega a olvidarse y eso era lo que me pasaba con John. Sabía perfectamente que John no era Kevin, pero no podía eludir la sensación que sentía cuando me encontraba cerca de él.

Algo misterioso había en John que me hacía retroceder. Por mucho que lo intentara siempre me pasaba lo mismo: le miraba a los ojos y veía un trasfondo algo especial. Era como mirar a una persona a través de otra, y la otra era mi hijo Kevin. ¿Cómo podía explicarlo? No podía, simplemente me tenía que dejar llevar, era la única manera de sentirme cerca de mi hijo Kevin. Yo era reacia a creer en la reencarnación.

Sin que Frank y John se dieran cuenta me había estado documentando sobre la reencarnación y ese mundo misterioso. Se habían dado casos en niños pequeños que, tan pronto como empezaban a hablar, manifestaban frases y recuerdos de una vida anterior. ¿Y por qué no podía pasar lo mismo con Kevin? ¿Podría haberse reencarnado en John?

Ya no tenía veinte años, mis piernas dejaban claro la edad que tenía. Cuando observaba a Sarah, con esa juventud y esas ganas de vivir, me recordaba a mi tiempo de juventud. Al mirarme en el espejo, solo veía piel arrugada.

—John, ha llamado Sarah y me ha dicho que cuando llegaras te pasaras por su casa, que quería hablar contigo.

—Gracias, Dolores —Como un rayo se dirigió a casa de Sarah.

—Es curioso, Dolores, cuando hemos ido a tomar el café hemos ido a la misma cafetería que estuve con Kevin. Y no solo eso, nos hemos sentado en la misma mesa. John se ha sentado en el mismo sitio que Kevin, ha hecho exactamente lo mismo que hizo Kevin.

—Qué alivio me das, Frank. Yo llevo varios días observando a John y me tiene muy confundida. Veo en él a Kevin y me da la sensación de oler su aroma. No te he querido decir nada por si me llamabas loca.

—A lo mejor es que nos estamos volviendo locos los dos y vemos a nuestro hijo por todas partes.

—Creíamos que según fuese trascurriendo el tiempo nos acostumbraríamos a la nueva vida con John, y ha sido todo lo contrario: cada día se me hace más difícil la convivencia con él, me duele solo pensarlo. Su parecido con Kevin es asombroso. Ya no se trata de su aspecto físico, sino de los gestos, de su manera de comportarse, que haría dudar a cualquiera.

Capítulo 17

John Lamber

Residencia de Sarah.

Me tocó subir cuatro pisos por las escaleras. No estaba mal para hacer ejercicio: «Cuerpo sano, mente sana». Delante de la puerta, respiré dos veces a fondo para que no se me notara el cansancio, llamé a la puerta y esta se abrió. «¡Joder!», exclamé.

—¿Qué perfume llevas?

—¿Te gusta?

—Sí, este perfume, ¿no es el mismo que el de la otra noche?

—No.

—Huele muy bien, me dan ganas de darte un mordisco.

—¿Y dónde me lo ibas a dar?

—Cerraría los ojos y donde me guiase el instinto. —Se sonrojó por un momento, intentó fingir que no se había ruborizado. No quise ponerla en otro aprieto, así que decidí cambiar de tema.

—Cuéntame, ¿cómo te ha ido la entrevista?

—Muy bien.

—No me extraña, yo te contrataría solo por tenerte a mi lado.

—Gracias, John, pero no me líes. La entrevista ha ido muy bien. Han visto mi TFG y les ha gustado mucho, y me han ofrecido trabajo como periodista de investigación.

—Eso es perfecto, Sarah. Estarás mucho tiempo en la calle.

—Me gusta la idea, no podría soportar estar ocho horas sentada detrás de una mesa.

—¿Qué tal es el director?

—Se ve buena persona, es bastante atractivo. Se ve que se cuida. Debe pasar mucho tiempo en el gimnasio.

—¿Entonces no es calvo ni gordo, como en las películas?

—No

— ¡Vaya mierda!

—¿Estás celoso, John?

—¿Tengo motivos para tenerlos? —En el tono que me lo decía me estaba tocando la fibra.

—La verdad es que no.

—¿Cuándo empiezas en el periódico?

—Dentro de dos días

—¿Tú no estás nervioso por el examen de mañana?

—La verdad es que no. Estoy tranquilo, tengo la sensación de que todo saldrá bien. Y si me sale mal, siempre podré echarte la culpa por ser mala profesora.

Di un paso al frente, como un soldado, me situé a escasos centímetros de Sarah y la cogí por la cintura; no había nada ni nadie que me impidiera besarla, excepto los golpes de Frank en la puerta. ¿Qué hacía Frank en casa de Sarah?

—John, te han llamado varias veces por teléfono. Han insistido en hablar contigo.

—¿Quién es?

—No lo sé, John le he preguntado y lo único que me han dicho es que quieren hablar contigo: el caso es que la voz me resulta familiar.

Sin perder más tiempo fui corriendo hasta mi casa y atendí el teléfono.

—¿John?

—Sí, ¿quién eres?

—Lo de la otra noche no fue un mal sueño — pronunció la voz al otro lado de la línea.

La voz de Frank me interrumpió.

—¿Quién es, John? ¿Por qué tanta insistencia en hablar contigo?

—Se han equivocado, Frank, preguntaba por John Lancaster —improvisé al colgar.

Qué oportuno, primero Frank y luego el

recordatorio. ¿Habrá otra persona aparte de Kevin? La cuestión es que me habían jodido: tenía a Sarah a punto de caramelo. Volví a casa de Sarah, la puerta se encontraba como la había dejado: no se había molestado en cerrarla. Algún día tendría un susto y después vendrían las lamentaciones.

—Veo que ya te has cambiado de ropa, me gustaba más la que llevabas.

—Pero yo estoy más cómoda con esta —afirmó con seguridad—.¿Te vas a sentar o te vas a quedar de pie como un pasmarote?

Me senté a su lado. Nos quedamos mirando como dos tontos, ella leyó en mis ojos mis intenciones. Intenté aproximarme, pero de nuevo la inesperada llegada de su madre me hizo retroceder.

No era mi día y lo mejor que podía hacer era volver a casa y darme una ducha fría, pero que muy fría.

Capítulo 18

John Lamber

Residencia de Frank y Dolores.

Eran las seis de la mañana y el primer olor que sentí fue el del café que estaba preparando Dolores. Me di una ducha rápida para despejarme, cada vez que entraba en la ducha, no podía apartar la vista de los grifos. ¡Los odiaba!

Era un día muy importante y tenía que estar lo más despejado posible. Me tenía que centrar en la prueba de acceso, no podía fallar; me iba mucho en ello. Qué mejor para empezar el día que un buen café de Dolores.

—Buenos días, Dolores, ¿preparando el desayuno?

—Preparándote un buen café para que estés bien despejado. ¿Cómo van esos nervios?

—Bien, Dolores, estoy bastante tranquilo. Tengo la sensación de que todo saldrá bien. ¿Dónde está, Frank?

—Está revisando el coche, apenas ha podido dormir. Parece que sea él el que se vaya a examinar.

Baje por las escaleras contando los escalones. Era curioso, pero me ayudaba a relajarme y a concentrarme. Me encontraba moralmente bien.

Abrí la puerta del edificio y vi a Frank revisando el coche; no había dejado ni un tornillo por revisar.

—Buenos días, Frank, ¿Todo en su sitio?

—Buenos días, John, Aquí, comprobando el coche. Hoy no podemos llegar tarde.

Durante el trayecto a la academia, Frank no dejaba de darme consejos: «No te pongas nervioso, respira hondo, piensa dos veces antes de responder, lee dos y tres veces la pregunta...». Hasta ahí todo normal, pero me sorprendió cuando me dio una fotografía de Kevin tamaño carnet y me dijo que me daría suerte. Me extrañó, ya que estuvieron escondiendo las fotos de Kevin para que no las viese por miedo a una posible recaída, y ese día me la ofreció; estaba seguro que ellos veían en mí algo más allá de lo que decían.

Capítulo 19

John Lamber

New York City Police Academy

Me encontraba en frente de la New York City Police Academy en el 28th Av. Flushing del condado de Queens.

No me podía imaginar que hubiese tanta gente para hacer el examen. Me llamó la atención que muchos de los aspirantes tenían pinta de haber sido militares, soldados seguramente.

Apareció un policía, que se dirigió a todos nosotros para informarnos que teníamos que acceder al interior de la academia; los nervios empezaron a aflorar. No sabía el motivo, pero tenía la sensación de haber vivido con anterioridad esa situación. Desde una plataforma situada en un lateral del patio al que accedimos, se encontraba una persona que se dirigió a nosotros:

—Buenos días, aspirantes. Soy el sargento instructor SIMM, el encargado de realizar las pruebas de acceso. Les recuerdo que para poder hacer la prueba de acceso, tienen que haber hecho efectivo el coste del examen. El resguardo del pago lo tienen que entregar en la entrada de la sala, donde les proporcionarán un sobre con los formularios del examen. No pueden abrirlo ni ocupar asiento alguno hasta que se les indique.

»Los primeros en realizar la prueba son los que su apellido empieza por las letras A,B,L,M,O,P. Ese será el primer turno y empieza a las 10:30, para el segundo turno a las 16:00. Antes de que se inicie el primer turno tienen exactamente una hora. ¿Alguna duda?

—No, sargento —respondimos todos.

Disponía de una hora para relajarme. Había una cafetería en frente de la academia, me parecía un buen lugar para esperar. Como era de prever había mucha gente esperando como yo que llegara la hora de realizar el examen. Vi un grupo de gente sentado alrededor de una mesa en la que había una silla libre.

—¿Está ocupada? —pregunté.

—No, si quieres te puedes sentar con nosotros. ¿Vas a hacer la prueba

de acceso? Me ha parecido verte en la academia, ¡siéntate con nosotros!

—Gracias, soy John Lamber

—Yo me llamo Timothy Mcquade

—Yo soy Berni Bullís —Añadió uno de ellos

— Jeffrey Becar

—Yo soy Anthony Preston —dijo el último en presentarse.

—Por lo que veo ya os conocéis —apunté tomando asiento.

—Nos hemos conocido todos hoy —aclaró Timothy

—¿Tenéis idea alguno de cómo es el examen? —preguntó Berni.

Seguro que alguna sorpresa nos espera.

—No te quepa la menor duda —respondió Anthony

Habían transcurrido cuarenta minutos y nos dirigimos a la sala donde se realizaría el examen. Nos llamaron aleatoriamente, yo era uno de los últimos. Entregué el justificante de pago y me dieron el sobre que contenía el examen; en el dorso indicaba el número de mesa donde realizaría el examen.

Se trataba de la última mesa de la sala, desde allí podía ver toda la sala al completo. Observé cómo el sargento SIMM presidía la sala. Varios supervisores controlaban que nadie copiase. Se escuchó la voz del sargento, que se disponía a darnos la última charla.

—Ya tienen todos el sobre, os podéis sentar y sacar el examen. Si alguien tiene alguna duda que levante el brazo y un supervisor se acercará. No pueden hablar con el compañero de al lado. Si algún supervisor observa algo irregular serán expulsados de la sala dando por terminado el examen. Tienen exactamente sesenta minutos para realizarlo. Empieza a partir de este momento.

La primera página: datos personales.

Me resultaba extraño indicar por primera vez mi nombre. Era curioso: desde que salí del hospital hasta ese día no había escrito mi nombre.

En la siguiente página: historia de la academia de policía.

Tenía la mente en blanco, todo lo que había estudiado no había servido para nada. Los nervios empezaron a fluir. De repente, me acordé de lo que me dijo Frank: «John, si tienes alguna duda pídele ayuda a Kevin». Me acordé de que tenía la foto de Kevin en el bolsillo de la camisa. Puse mi mano derecha sobre mi pecho y le pedí ayuda: a los pocos segundos, como si se tratase de brujería, empecé a experimentar una sensación muy extraña. De repente, mi mano derecha cobró vida propia, cogí el bolígrafo y empecé a escribir. Sentí, más que nunca, la presencia de Kevin, pero esta vez desde mi

interior. No era yo el que estaba escribiendo. Una fuerza que no sabría describir se había apoderado de mi cuerpo:.

La policía del estado de Nueva York tiene una larga tradición de proporcionar una formación excelente para los hombres y las mujeres de profesión policial.

El lema de la academia: «Excelencia a través del conocimiento», es algo más que una frase para la policía del estado de Nueva York, es la esencia de una doctrina que ha prevalecido desde 1917...

No daba crédito a lo que me estaba ocurriendo: no podía parar de escribir.

El departamento de policía de la ciudad de Nueva York (New York City Police Department), más conocido por las siglas NYPD, fue establecido en 1845 y es la mayor fuerza de policía de Estados Unidos. Tiene como principal responsabilidad hacer cumplir la ley, y la investigación en los vecindarios de la ciudad de Nueva York.

El NYPD fue uno de los primeros departamentos de policía en establecerse en Estados Unidos, remontando sus raíces hasta la Primera Guardia Nocturna Holandesa de los ocho hombres, en 1625, cuando la ciudad de Nueva York era Nueva Ámsterdam...

Sorprendentemente terminé el examen. No habían pasado ni treinta minutos. ¿Cómo podía explicarlo? Dudaba de si debía marcharme o esperar a que todos terminasen.

No podía permanecer más tiempo allí, necesitaba salir. Estaba empezando a sudar frío y la presión del pecho me dificultaba la respiración.

Levante el brazo y un supervisor se acercó:

—¿Tiene algún problema?

—No, señor, ya he terminado.

—Entrégueme el examen y salga de la sala.

Apenas tardé cinco segundos en levantarme y salir, pero tuve el tiempo suficiente para ver cómo el supervisor y el sargento SIMM observaban mi examen.

Una vez fuera, respiré profundamente. ¡Qué alivio sentí! Hubo un momento en que llegó a faltarme el aire. Estaba algo desconcertado. ¿Cómo había podido ocurrir? No lo podía entender. ¿Cómo se había apoderado Kevin de mi cuerpo y de mente? Estaba muy preocupado. Si eso había ocurrido una vez, ¿quién me decía que no se volvería a repetir? Le había pedido ayuda a Kevin, pero no esa clase de ayuda.

—¿John Lamber? —Escuché pronunciar mi nombre, me giré y me di cuenta que era el sargento SIMM.

—Sí, sargento.

—¿Se encuentra mal? Veo que sigue aquí. ¿Espera a alguien?

—No, señor. Estoy perfectamente.

—¿Qué tal le ha ido el examen?

—Bien, señor. Más fácil de lo que me esperaba. ¿Por qué me lo pregunta, sargento?

—Lo has hecho en apenas treinta minutos cuando lo normal es hacerlo en una hora como mínimo. Muchos de tus compañeros no llegan a terminarlo.

—¿Qué quiere decir con ello, sargento?

—La forma que ha tenido de realizar el examen... No se ha dejado ni una coma por poner. En el tiempo que ha tardado en hacerlo, digamos que da que pensar.

—No piense mal, sargento. Si tiene alguna duda se lo puedo repetir verbalmente.

—¿Me lo repetiría en estos momentos?

—Sin ningún problema, sargento. ¿Por dónde empiezo?

—No hace falta. Seguro que podría hacerlo. Ya nos pondremos en contacto con usted para comunicarle el resultado del examen.

—Espero que sean buenas noticias, sargento.

Menos mal que no había accedido a que lo recitase verbalmente porque mi mente estaba en blanco. Llamé a Frank para que pasara a recogerme, pero no obtuve respuesta. Salí de la academia. Si permanecía más tiempo allí, el sargento sería capaz de hacerme repetir el examen.

Me dirigí al exterior de la academia, a la misma cafetería en la que anteriormente había conocido a los que pronto podrían ser mis nuevos compañeros.

Tenía la intención de volver a llamar a Frank, pero un imprevisto me lo impidió. Cuando me disponía a coger el teléfono del bolsillo, una fotografía apareció ante mis ojos, como si se hubiera caído de uno de mis bolsillos. Pero yo no la llevaba encima, habría jurado que la tenía en el cajón de la mesita. Mostraba a Kevin junto a sus compañeros. ¿Cómo había podido llegar a mi bolsillo? Eran muchas las coincidencias; primero lo sucedido en la habitación, luego la misteriosa llamada de teléfono, luego la extraña forma de hacer el examen, y en ese momento la foto...

Levanté la vista hacia el cielo, con la foto de Kevin y Erik en la mano

derecha buscando una repuesta. Cerré los ojos y una profunda relajación invadió mi cuerpo: tenía la sensación de estar flotando entre las nubes.

¡Qué sensación! Mi cuerpo tenía el mismo peso que una hoja cuando es arrastrada por el viento.

¡Qué paz, qué silencio! Como si el tiempo se hubiese detenido. Miles de imágenes invadieron mi cerebro: personas, ciudades, océanos, montañas, bosques, grandes avenidas, museos, teatros, bibliotecas... ¿Empezaba a recordar? ¿Empezaba a tener sentido mi vida?

Note humedad en mi cuerpo. Abrí los ojos y observé el trayecto de un pequeño reguero de agua. Observé dónde se inició, su trayectoria y finalmente dónde volvió a desembocar: en mis pies.

¿Cómo puede ser que el agua ascendiese? Puede ser por la fuerza de aire, pero no había viento. Podría ser que la repuesta que estaba buscando estuviese más cerca de lo que me podía imaginar.

Observé la foto y, de repente, comprendí lo que tenía que hacer. Si el agua podía ascender, ¿por qué no podía descubrir lo que le sucedió a Kevin? En mis manos tenía la prueba por la que debía empezar. No lo dudé: cogí el teléfono y llamé a Erik.

Al segundo tono me respondió.

—Erik, no sé si te acuerdas de mí.

—¿Quién eres?

—Soy John, el que el otro día confundiste con tu amigo Kevin.

—Si no eres Kevin, ¿para qué me llamas? —dijo Erik tajante.

—Perdona por mi comportamiento, pero necesito hablar contigo, por favor.

—¿Cuándo quieres que nos veamos?

—¿Te parece bien en una hora y media?

—Me viene bien. Cuando termine de trabajar nos podemos ver en...

—No me lo digas, Erik —le interrumpí.

—Si no te lo digo, ¿cómo nos vamos a ver?

—Me ibas a decir en la quinta avenida con la calle 42: en la puerta de la biblioteca

—¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía, justamente estaba pensando en la biblioteca.

—¿No serás un psicópata? Que ya tuve bastante en el tiempo que estuve en el ejército...

—No, ¡por Dios! No temas, me gustaría que me ayudaras a

comprender algunas cosas.

—De acuerdo, nos vemos en noventa minutos.

¿Qué significado tenían todas las imágenes que me habían pasado por la cabeza? Tenía la sensación de que una pequeña ventana se había abierto en mi cerebro. Si conseguía saber lo que le sucedió a Kevin, estaba seguro que sabría quién era yo realmente.

Apareció una imagen ante mí. Se trataba de una celda de un hospital psiquiátrico, en la que se podía leer en la pared:

De un loco sabio

¿Quiénes somos en realidad?.

He ahí la respuesta.

Somos unas almas que revolotean alrededor del universo buscando unas corazas en donde poder escondernos de nosotros mismos:

En cuerpo y alma.

¿Qué explicación tenían esas imágenes? El escrito en la pared con sangre... ¿Y por qué en ese momento?

Podía ser yo el que estuvo encerrado en ese psiquiátrico.

Fuera lo que fuera no podía detenerme.

Cogí un taxi para que llevara a la biblioteca: no quería llegar con retraso.

Capítulo 20

John Lamber

Exteriores de la biblioteca.

El rechazo a lo socialmente establecido, la angustia provocada por las relaciones más afectivas y la necesidad de aislamiento: esos son los primeros síntomas que se encuentran los soldados al regresar a su país. Ese era el pago que recibían por parte de algunas organizaciones que estaban en contra de cualquier guerra. No pensaban en el sufrimiento al que se enfrentaban los soldados, tras presenciar en primera persona la muerte y las mutilaciones de muchos de sus compañeros, el caminar entre los muertos acompañados muy de cerca de la amenaza de su propia muerte. ¿Quién tenía derecho a juzgarlos después de dar su vida por unos ideales como la libertad?

En el reloj de la biblioteca acaba de marcar las tres de la tarde. Esperé a Erik en el inicio de las escaleras. Me había adelantado cinco minutos a la cita: prefería esperar a que me esperasen.

—John.

—Hola, Erik. Perdón, me había quedado con la mente en blanco.

—Dime, John. ¿De qué quieres hablar?

—¿Dónde podemos tomar una cerveza?

—En la 42 con la 43 está el Café Europa.

—Sé que el otro día no estuve del todo acertado, te fuiste un poco molesto y me gustaría pedirte disculpas.

—Has venido a pedirme disculpas? Por teléfono hubieras terminado antes.

—El verdadero motivo que me ha llevado a llamarte es para pedirte que me hables de Kevin.

—¿Cómo dices? ¿He escuchado bien? —preguntó arqueando las cejas—. ¿Por qué quieres que te hable de Kevin si no lo conoces?

—Personalmente no llegué a conocerlo, pero conozco muy bien a sus padres, Dolores y Frank. Y la verdad, lo echan mucho de menos. Me gustaría ayudarles haciéndole un homenaje.

Erik me observó, parecía confundido. No sé si entendió lo que quise

decirle. Él, al fin y al cabo, no sabía que Kevin estaba muerto ya que cuando me vio me confundió con él. No quise decirle la verdad, era demasiado enrevesada y me hubiera tomado por un loco así que le dije lo primero que me vino a la mente, quería sacarle toda la información posible.

—Te pareces mucho a él, por eso te confundí.

—Sí, lo sé, pero créeme que solo es un parecido. Kevin ya no está con nosotros y... yo quisiera hacerle un homenaje. Estoy muy unido a sus padres.

—Entiendo —Parecía muy afectado— Si es por ese motivo, te contaré cómo nos conocimos y lo que vivimos juntos.

—Sí, por favor, no omitas ningún detalle.

—Cuando llegué a Diwaniyah, Kevin ya hacía una semana que había llegado. Me asignaron la misma unidad, tuve la suerte de coger una litera al lado de la suya. La primera vez que lo vi, me cayó muy bien, a pesar del poco tiempo que llevaba en ese puto infierno: parecía un veterano del Vietnam. Una seguridad y una templanza que yo nunca había visto. El teniente Martínez, que se había ganado el sobrenombre de «el hispano» porque era español —siempre estaba hablando de las mujeres españolas...—, puso a Kevin de responsable de la patrulla compuesta por cuatro soldados novatos: el soldado Rayan, Vernet, Calipso y yo. Nos tenían a las órdenes del mejor cabo que yo he conocido. Kevin se hacía respetar y no se achicaba por nada. Todos los de la compañía le respetábamos, incluso los oficiales.

»Un día pasó algo curioso. El 14 de octubre de 2006, veníamos de hacer un reconocimiento acompañados por un blindado en una aldea a cinco kilómetros de Diwaniyah. Cuando volvíamos del reconocimiento, tuvimos un problema con el motor. No sé cómo pudo pasar, pero se metió arena en el carburador. Se nos hizo un poco tarde, pues estábamos todos un poco nerviosos porque era la primera vez que salíamos de reconocimiento. Además, estando en el medio del desierto cuando empezaba a oscurecer, teníamos los ojos abiertos como platos por si nos tendían una emboscada.

Allí estaba Kevin dándonos ejemplo y serenidad a todos nosotros, preguntándonos cualquier cosa para animarnos. Entonces, yo le pregunté si tenía novia, y él me contestó que sí, pero que ella no lo sabía, así que empezamos a reír.

—Pero Kevin, ¿cómo puedes decir que tienes novia y ella no lo sabe?
—le preguntó Calipso.

—Pasamos un fin semana juntos y no dejamos de hacer el amor en

toda la noche. Desde entonces ya no la he vuelto a ver; es azafata y entre vuelo y vuelo no se lo he podido decir.

Se nos quedó mirando un rato y estalló en risas porque nos había tomado el pelo. Nos dijo que su novia era la muerte y, dado que lo quería tanto, lo protegía de los hijos de Alá .

No pudimos arreglar el vehículo. Estuvimos esperando cerca de una hora para que nos enviaran una grúa y así poder revolcarlo a la base.

Una vez llegamos a la base, había dos personas que lo estaban esperando. Por su forma de vestir y su manera de actuar debían de ser de la CIA.

—¿Se lo preguntantes a Kevin?

—Sí, se lo pregunté al día siguiente y la respuesta de Kevin fue que se habían equivocado de persona. Pasaron los días de adaptación en la base y todos estábamos como en casa: pantalón corto, camisetas sin mangas, zapatillas deportivas. Bebíamos cervezas y jugábamos al baloncesto.

—Me lo estás describiendo como si hubierais estado de vacaciones.

—A veces daba esa sensación, hasta que la cosa empezó a empeorar y empezaron a llegar las primeras bajas. El día 14 de noviembre nos disponíamos a entrar por una de las carreteras principales a Diwaniyah. Íbamos en dos vehículos blindados Humvee con una ametralladora instalada en la torreta browning-M2 calibre 50 que realiza de 450 a 635 disparos por minutos. En el primer vehículo iban un sargento y tres soldados, uno de ellos el soldado Calipso; en el segundo vehículo íbamos Kevin y tres más.

»Al pasar el primer vehículo hicieron estallar una bomba por control remoto, quedando totalmente inutilizado; tuvieron que abrir las puertas para poder salir y conforme salían los mataban como si fueran conejos.

»Kevin dio orden al conductor que girase a la derecha para dirigirse a un caserío abandonado y meternos dentro para protegernos.

—¿Hubo algún herido en vuestro vehículo?

—No, Kevin actuó muy rápido y supo reaccionar a tiempo. Una lluvia de disparos procedente de las terrazas de los edificios colindantes nos impidió hacer algo para ayudar a nuestros compañeros. Kevin, maldiciendo a todos los dioses, no lo pensó dos veces. Salió del Humvee y se puso a disparar en todas las direcciones, dándonos cobertura para ponernos a salvo. Kevin comunicó con la base y solicitó ayuda por aire. A los cinco minutos aparecieron dos helicópteros Apache Ah64. Realizaron varias batidas eliminando a la resistencia que se encontraban por las terrazas. Fueron los

cinco minutos más largos de mi vida. Al mismo tiempo que los helicópteros apache repelían el ataque, nosotros retirábamos los cuerpos sin vida de nuestros compañeros.

»Kevin, de nuevo, se puso en contacto con la base, estaba muy cabreado con los de inteligencia. Nos ordenó meter a nuestros compañeros caídos dentro del Humvee y regresar a la base. Durante el regreso, en el interior del vehículo se produjo un silencio sepulcral. Kevin lo rompió repitiendo una y otra vez: «Todos vamos, todos volvemos. Nosotros no abandonamos a nadie en el camino».

»La base la teníamos al otro lado de la ciudad, en un antiguo acuartelamiento de Husein que utilizaban como cochera de los vehículos militares, con grandes hangares contruidos de hormigón armado.

—¿Cambió Kevin su manera de actuar desde ese momento?

—Para nada, él continuó siendo el mismo, por lo menos con nosotros.

—¿Hubo algún tipo de problema cuando regresasteis a la base?

—Kevin fue al control de mando a informar de lo sucedido, es lo único que te puedo decir. Lo que pasara ahí dentro no lo sé. Nosotros tuvimos tres días de descanso para recuperarnos de lo sucedido, pero ¿quién podía olvidar? Si un mes atrás estábamos celebrando el cumpleaños de Calipso y en ese momento estaba muerto... Durante esos tres días Kevin desapareció de la base.

—¿Qué quieres decir con eso de que desapareció de base?

—Sí, John, durante esos tres días no vi a Kevin por la base, como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Cuándo lo volviste a ver?

—Al cuarto día, en la sala donde los oficiales nos daban las charlas teóricas sobre las guerrillas. Nos vimos y nos saludamos con un gesto con la cabeza. Kevin tenía un carácter muy fuerte, a veces era conveniente mantener las distancias. El suboficial encargado de la charla nos ilustró la posición de tiro: todo era palabrería:

El fusilero tiene éxito o fracasa en su misión de acuerdo en cómo elige y utiliza las posiciones de tiro. Hay dos cosas que deben tenerse presentes: cómo disparar con rapidez y precisión, y cómo evitar exponerse al fuego del enemigo.

Ciertamente, durante el ataque, deberás utilizar métodos improvisados, digamos que «posiciones de tiro precipitadas». Estas están en las esquinas de los edificios, detrás de muros bajos, en las ventanas, en las cornisas y

chimeneas, y en bloques abiertos en las paredes por armas pesadas.

El Combate Urbano, especialmente el difícil y peligroso trabajo de desalojar los edificios, es una de las misiones de mayor riesgo en la vida del soldado. Las calles de las ciudades se convierten en lugares mortales para el soldado atacante. Cualquier puerta y ventana, cualquier montón de escombros o un vehículo aparentemente abandonado, cualquier tejado y pasaje subterráneo, puede ocultar un peligro fatal para el soldado desprevenido.

Estar preparado para luchar cuerpo a cuerpo con el enemigo en cualquier momento, bajo la amenaza constante del fuego de los francotiradores, y abrirse paso a través de una ciudad defendida, es algo que requiere paciencia, determinación y buenos conocimientos de técnicas de combate. Hay que luchar habitación por habitación, casa por casa y calle por calle, para poder asegurar el objetivo. Es una tarea propia de la infantería, pues en tales condiciones la artillería y los carros pueden ofrecer poco apoyo. Este capítulo de las técnicas básicas de combate urbano se ocupa de la naturaleza especial de las mismas, de los principios que las rigen y del armamento que más conviene emplear...

Cuando el suboficial terminó con la charla vio a Kevin realizar un gesto de negación con la cabeza. El suboficial se dirigió a Kevin y le preguntó si tenía algún problema. Kevin le contestó que en la teoría estaba muy bien, pero sobre el terreno no era tan fácil y más cuando la inteligencia fallaba.

—¿Qué le contesto el suboficial?

—Le animó a explicarse. Kevin dijo que si se cometían errores como el del otro día, costaban vidas humanas. El suboficial comentó que por desgracia en las guerras se cometen errores irreparables.

—¿Pudiste hablar más tarde con él?

—Lo siento, John, se me ha hecho un poco tarde. Me pongo a hablar del pasado y me olvido del presente: mi mujer me estará esperando.

—¿Cuándo te puedo llamar, Erik para seguir hablando?

—Llámame en unos días y quedamos.

—De acuerdo, en unos días te llamaré. Gracias por acceder a hablar conmigo.

—Lo que haga falta por... Kevin.

Salimos de la cafetería y Erik cogió un taxi. No sé por qué, pero tengo la sensación que la muerte de Kevin no fue accidental.

La adaptación de Erik no debió ser fácil, seguro que necesitó la ayuda

de psicólogos y psiquiatras para poder superar el horror de la guerra. Debió ser muy duro tras volver de Diwaniyah.

Perdió a muchos de sus amigos en el campo de batalla, ellos no tuvieron la misma suerte que Erik.

Aunque observé que estaba mutilado de la pierna derecha, pero no podía dejar de pensar que estaba vivo y por eso Erik debía dar gracias al señor. Seguro que necesitó mucha ayuda psicológica para superar las heridas, pero no esa clase de heridas, que se curan con reposo y unos cuantos puntos de sutura. Pobre Erik, le tocaba vivir con los recuerdos de aquellos que no pudieron conseguirlo.

Tenía que despejarme un poco y qué mejor forma de hacerlo que con Sarah. En mitad de ese pensamiento me sonó el teléfono.

—Hola, John. Estoy pensando que te has olvidado de mí.

—¿Cómo puedes pensar eso? Si eres mi princesa...

—¿Qué tal ha ido el examen?

—Muy bien, mejor de lo que esperaba. ¿Cómo lo tienes para tomar un café?

—Bien, termino de tomar unos apuntes y nos vemos. ¿Dónde quedamos?

—Estoy en la puerta del café Europa, entre la 42 y la 43.

—Me viene de paso, en cinco minutos nos vemos

Me entretuve mirando unos escaparates de ropa de mujer: tenía la intención de hacerle un regalo a Sarah. Fue entonces cuando vi su reflejo en el cristal. Me di la vuelta y permití que mis ojos siguiesen la estela de Sarah. Daba la sensación, por su forma de caminar, que estuviera desfilando por una pasarela como modelo.

Así era Sarah... Veintiocho años, pelo largo de color negro brillante, ojos profundos de color azul intensificados por unas cejas pobladas y perfectas, nariz delgada y poco pronunciada, boca grande de labios carnosos y bien definidos, dentadura perfecta. En conjunto lucía un rostro diferente, salvaje y tan sexy, que bloqueaba la capacidad verbal. ¡Una preciosidad de mujer!

Capítulo 21

John Lamber

—Hola, John, pensaba que estarías dentro esperándome.

—Estaba haciendo un poco de tiempo mirando los escaparates de ropa: como me habías dicho que tardarías cinco minutos... Para mí cinco minutos en una mujer es media hora, pero esta vez me he equivocado, ¡has sido puntual!

Nos saludamos con dos besos en la mejilla acompañados de un pequeño, pero seductor abrazo.

Entramos dentro de la cafetería Europa. A simple vista parecía un local bastante acogedor. Contaba con una barra a la izquierda iluminada con neón de varios colores que proporcionaba al conjunto un decorado moderno. Unos pilares centrales en acero redondos se encargaban de dividir el local en dos zonas: el restaurante y la cafetería. Unas mesas eran redondas y otras rectangulares, y las sillas tenían grabada la bandera europea en el respaldo.

Nos sentamos en una mesa y pedimos un café y un café cortado con leche. Charlamos sobre el examen: las preguntas que salieron, el hecho de estudiar durante tantas horas...

Tenía la necesidad de contarle a Sarah lo que me estaba pasando, los extraños cambios que se producían en mi cuerpo, que en de alguna manera, y por unos minutos, me sentía poseído por otra persona. Tenía que intentarlo. Me quedé mirándola a los ojos y por unos segundos desconecté. Se hizo un extraño silencio. Ella se dio cuenta que algo sucedía en mi interior.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé. ¿Cómo te lo puedo explicar para que no me trates de loco?

—Por la expresión de tu cara no estás de broma ¿Va en serio?

—Llevo varios días intentando contártelo, pero no veía el momento oportuno —hice una pausa para llamar su atención—. Desde hace unos días estoy notando como si alguien intentase ponerse en contacto conmigo. Siento la presencia de alguien en mi habitación haciéndome ver o soñar cosas que... a otra persona le pondría los pelos de punta.

—¿Me estás queriendo decir que estás notando la presencia de Kevin?

—Me preguntó sorprendiéndome. Percibí la intriga en su mirada—. ¿Cuándo

fue la primera vez que empezaste a tener esas sensaciones?

Observé que se rascaba las palmas de las manos: síntomas de su nerviosismo.

—Todo empezó en el hospital, cuando los médicos me indujeron el coma. No puedo explicar por qué motivo sentía la presencia de algunas personas. Empecé a notar la presencia de Dolores, de Frank. Podía sentir cómo Dolores me cogía de la mano; cuando se acercaba podía notar su perfume, podía escuchar su voz, aunque lejana y sin entender lo que me decía. A su lado había una silueta de un joven que apenas podría describir.

—¿Tenías las mismas sensaciones con otras personas?

—No, lo del joven era diferente: primero empecé viendo la silueta y conforme iban pasando los días la imagen se fue volviendo más clara, pero no llegué a distinguirlo con claridad.

—¿Lo veías cuando estaba Dolores en la habitación? —La voz de Sarah se entrecortaba.

—Lo veía permanentemente, pero cuando entraba Dolores a la habitación se le acercaba y no se separaba de su lado.

—¿Qué paso cuando te despertaron? ¿Lo seguías viendo?

—No, cuando me despertaron estaban todos menos él. Les pregunté por el joven que me había estado haciendo compañía todos los días y se miraron extrañados: ninguno supo contestar. El doctor Morgan me dijo que había sido una alucinación provocada por los medicamentos, que entraba dentro de la normalidad.

—No sé qué decirte, me dejaste de piedra, John. Tengo que reconocer que cuando te vi por primera vez me quedé paralizada. Conforme me iba acercando para verte mejor temblaba y el corazón me iba a dos mil por hora. Cuando te pude ver de cerca y vi tu parecido con Kevin fue algo que... no encontraba explicación. Salí de la habitación sin decir nada. Esa misma noche, me acuerdo muy bien, no pude conciliar el sueño. Estaba muy confundida. Una y otra vez me repetía lo mismo: «¿Cómo podía estar en el hospital si yo misma estuve presente en su funeral?».

—No sé si he hecho bien en contártelo, me parece que he abierto una vieja herida que ya tenías cerrada.

—No te preocupes, John. Esta conversación la teníamos que tener tarde o temprano y me alegro de que haya sido hoy. Noto que hay algo más que no me quieres contar. ¿Has tenido miedo alguna vez?

—La verdad es que al principio, en casa, temí que me pudiera pasar

algo extraño, pero luego me di cuenta de que lo que estaba pidiendo era mi ayuda.

Sarah guardó silencio procesando lo que le había contado. Se animó a decirme:

—Si dices que lo único que te está pidiendo es ayuda, no te lo pienses dos veces y haz todo lo posible por ayudarlo. Si a mí me pasa eso me muero de miedo. Yo soy de esas personas que creen que la vida no se acaba en la tierra, que simplemente es un proceso que tenemos que pasar todas las personas. Me costó mucho volver a visitarte en el hospital. Muchas veces me vestía, me desvestía, me volvía vestir sin acabar de decidirme. Pero un buen día lo hice y no sabes lo que me alegré, y la paz interior que sentí. Abrí la puerta de la habitación, dentro estaba Dolores cogiéndote de la mano y hablándote. Se giró y me dijo que me sentara a su lado. En ese momento fue cuando me di cuenta que, a pesar de tu parecido con Kevin, eras muy diferente a él. Es así como te veo.

No pude evitar levantarme de la silla, cogerle con las dos manos su preciosa cara y besarla en esos labios tan carnosos y provocativos. Le di mil gracias por lo que me había confesado. Me llegó muy adentro y comprendí que tendría que convivir con Kevin en mi vida.

No podía contarle toda la verdad: tenía que tener los nervios de plomo y la sensatez suficiente para sobrevivir con mi secreto.

¿Quién sabía si en el momento que resolviera la muerte de Kevin su alma podría descansar en paz y a partir de ese momento yo podría llevar una vida normal? Sé que Kevin intentaba ayudarme con mi cometido para poder descubrir el misterio que rodeaba su muerte. Iba a ser un largo y costoso trayecto que me deparaba muchas sorpresas que me iría encontrando a lo largo del camino.

En ese momento se escuchó el sonido del teléfono. ¿Quién podría ser tan pronto? Dolores cogió el teléfono y contestó.

—Espere un momento. —le dijo Dolores a su interlocutor—. John, te llaman por teléfono de la academia de policía..

—Sí, dígame..

—John Lamber, soy el sargento instructor SIMM, le llamo personalmente para informarle que dentro de dos días tiene las pruebas físicas a las nueve de la mañana. Por la tarde tendrá que someterse a una evaluación psicológica, verificación de antecedentes y una prueba de polígrafo.

—Gracias, sargento. Pensaba que lo notificarían por carta.

—Eso es lo habitual, pero en este caso me he permitido la libertad de llamarle.

—Gracias, sargento. En dos días nos vemos.

¡Qué extraño!, Al parecer el examen lo hice bien, pero... ¿Tan bien como para que me llamaran personalmente? No lo entendía.

—¿Quién era? —preguntó Frank.

—Era el sargento instructor Simm, me ha llamado para informarme que dentro de dos días tengo las pruebas físicas, y por la tarde, tengo que someterme a una evaluación psicológica, verificación de antecedentes y una prueba de polígrafo.

—¿Y te han llamado por teléfono?

—Sí, ¿no te parece un poco raro?

—La verdad es que lo normal es notificarlo por carta . ¿Quieres que llame al capitán Adam?

—No, Frank, no quiero que me señalen como el enchufado del capitán.

—Para poder pasar la prueba del polígrafo, lo primero que tienes que hacer es tener una respiración pausada, sin altibajos. No dudar en la respuesta y, sobre todo, controlar las pulsaciones. Si se te disparan las pulsaciones, aunque digas una verdad, la pondrás en duda: lo importante es la respiración y las pulsaciones.

—Frank quisiera ir a la pista de atletismo, me gustaría que me acompañaras y que me controlaras el tiempo.

Subí a coger la ropa y las zapatillas para correr. Tenía que reconocer que me preocupaba la prueba del polígrafo. Si me hacían alguna pregunta que no pudiera contestar o que no recordara...

Nos dirigimos al campus de la universidad para hacer un pequeño

entrenamiento y comprobar mi estado físico.

—Frank sé que no te gusta hablar de tu trabajo y menos de los casos que has resueltos, pero me gustaría saber cuál fue el caso donde lo pasaste verdaderamente mal.

—¿Por qué lo quieres saber? Intento olvidarlo ¿y tú quieres que te lo cuente? ¡Hay que joderse!

—Frank, a veces al compartir las cosas uno se queda más liberado. Es lo que tú sueles decirme.

—¿Vas de psicólogo? Está bien, pero luego no me digas nada.

—Hubo un caso en el que lo pase bastante mal, me afectó la forma de ver a los muertos. Los policías pensamos que estamos hechos de otra pasta. En realidad no te das cuenta que vas contando los muertos como si fueran números de un calendario, hasta que te llega el asesinato que no puedes digerir. Hace cinco años, en Navidad, recibimos en la comisaría una llamada de una patrulla que habían encontrado restos de un cuerpo humano bajo el puente de Brooklyn. Nos desplazamos el agente Jackson y yo. Esperábamos encontrarnos con un nuevo caso sin más, un cuerpo más, ¿qué importancia podía tener? El asesinato de un adulto. Cuando llegamos a la escena del crimen, fue cuando nos dimos cuenta que se trataba del cuerpo de un niño no mayor de siete años. Un escalofrió me corrió por todo el cuerpo. ¿Qué clase de persona podía haber hecho tal aberración? Se acordonó la zona hasta la llegada del médico forense. Corroboró lo que me temía, se trataba de un niño de siete años. Lo habían mutilado por las piernas y los brazos. La cabeza la tenía junto al cuerpo, pero separada. La decapitación se realizó postmortem. Por la palidez, rigidez y la temperatura corporal, el crimen se había producido no hacía más de veinte horas. Las piernas se encontraban en una bolsa junto al cuerpo, y los brazos no estaban allí. El crimen se había producido en otro lugar, y después lo dejaron allí.

—Al día siguiente, el 25 de diciembre, después de consultar las denuncias por agresión a menores, pudimos identificar al menor. Había sido tratado en el hospital varias veces por malos tratos. Averiguamos la dirección de sus padres y, con una orden judicial, nos dirigimos a su domicilio: un barrio lleno de basura y despojos. Una vez dentro del edificio el olor era repugnante. No perdimos tiempo en preguntar. De una patada abrimos la puerta y lo que nos encontramos fue demoledor: un niño de un año, o año y medio desnudo, metido en un canasto. No dejaba de llorar. El pobre estaba lleno de orina y de sus propios excrementos. La madre sentada en una

mecedora, con el mono de las drogas meciendo a un oso de peluche al que le había cosido los brazos de su propio hijo.

—Joder, Frank, ¿qué clase de madre puede hacerle eso a su propio hijo?

—No fue la madre, fue el padre. Un drogadicto de poca monta que detuvimos dos días más tarde. En el interrogatorio se justificaba diciendo que el diablo se había apoderado de su hijo y lo tuvo que matar y cortar en pedazos para que el diablo no se pudiera reencarnar.

—¿Y lo de la madre?

—La madre una drogadicta enferma de Sida que confundió el cuerpo de su hijo con el muñeco de peluche y le cosió los brazos porque decía que se le habían caído.

—¿Se lo llegaste a contar a Dolores?

—No, nunca le he contado nada de mi trabajo y ella tampoco me preguntaba. Desde ese día todos los muertos eran distintos.

Por un momento se hizo el silencio en el interior del coche. Mientras Frank conducía, yo no podía ni imaginarme la grotesca escena.

Llegamos al campus donde me disponía a correr los diez kilómetros en menos de cuarenta minutos. Después de escuchar a Frank, no sabía si el cuerpo lo tenía para correr, pero era algo que tendría que afrontar si quería ser agente de policía.

Habían pasado treinta minutos desde que habíamos llegado al campus, me cambie rápido y me puse a calentar; era una fase muy importante, dependiendo del tono muscular, a la hora del realizar el esfuerzo necesario para lograr mi cometido; a mayor estímulo, mayor respuesta muscular.

—Frank, daré una vuelta a trote y cuando vuelva a pasar empezas a contar el tiempo.

—Me cago en la leche. No me podía imaginar lo bien preparado que estás. Has hecho el primer kilómetro en tres minutos. Madre mía, si parece que estés compitiendo por superar el record del mundo, si te viese un equipo de atletismo te ficharía. Cuatro kilómetros en doce minutos, ¡qué barbaridad! ¡Vamos, John! que vas muy bien vamos. Seis kilómetros en veinte minutos. Cómo estás corriendo, parece que te vaya la vida en ello. Ocho kilómetros en veintisiete minutos. ¡Vamos, John! Sigue así! Nueve kilómetros en treinta minutos, ¡Vamos, John! Solo te queda uno, ¡vamos! No bajes el ritmo, sigue así. Vamos, vamos, muy bien, John, muy bien.

Termine exhausto del esfuerzo, la lengua me llegaba a los pies, pero

debo reconocer que los ánimos de Frank me ayudaron mucho.

—¿Cuánto tiempo has dicho, Frank?

—Lo has hecho en treinta y tres minutos. ¡La madre que te parió!

Dame un abrazo.

—Voy todo sudado.

—Déjate de mariconadas.

Capítulo 23

John Lamber

Dos días más tarde. Academia de policía.

Para realizar las pruebas físicas tenía que presentarme al sargento Simm. Cuando llegué me di cuenta que no había ningún otro aspirante, así que por un momento creí que me había equivocado de día..Hubiera jurado que el sargento me dijo que me presentara ese día. Me dirigí a un agente para salir de dudas.

—Buenos días, agente.

—¿En qué te puedo ayudar?

—No sé si me habré equivocado de día, soy John Lamber y juraría que el sargento Simm me dijo que me presentara hoy para hacer las pruebas físicas, pero como no veo a nadie más.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—John Lamber.

—No te has equivocado de día, estás en el programa del día. La prueba la vas a hacer tú solo, Voy a avisar al sargento.

¿Qué significaba que iba a hacer la prueba yo solo? Estaba desconcertado. No entendía nada. Esperé impaciente a que llegase el sargento.

—Buenos días Lamber.

—Buenos días, sargento.

—¿Sorprendido?

—La verdad es que sí, esperaba que hubiese más aspirantes.

—¿Te preocupa? ¿O es que tienes miedo?

—En absoluto, sargento. Estoy preparado y con ganas de empezar.

—Cámbiate en el vestuario que está junto a la pista de atletismo y dirígete al centro de la pista.

—Gracias, sargento.

Si la prueba física la teníamos que hacer de uno en uno, podían pasar dos años y no habríamos terminado, eso podía explicar que solo me encontrase yo. De cualquier modo, aquello era muy raro.

Me dirigí a la pista y al llegar me sorprendió ver allí a varias personas. Me pregunté qué podía haber ocurrido, pero no vi nada que lo explicara, así que deduje que estarían allí para controlarme.

—Lamber, en diez minutos empezamos. Calienta un poco que falta te va a hacer

—Sí, sargento.

—Me pareció ver al capitán Adam hablando con el sargento, me giré y vi a dos enfermeros. Imaginé que estarían allí por si requería de sus servicios. ¡Qué detalle! Habían pensado en todo.

—Sargento, cuando quiera podemos empezar.

—Bien. Lamber, tiene cuarenta minutos para realizar la prueba, si supera el tiempo permitido aquí se acaba todo. Si se lesiona tendrá una segunda oportunidad en dos horas, pero si no la pudiera hacer, aquí se acabaría todo. Si se apoya con el pie fuera de la pista recibirá un máximo de dos avisos, al tercero se acaba todo. Póngase en la línea de salida y cuando oiga el silbato empieza a correr el tiempo; levante el brazo cuando esté preparado.

¡La madre que me parió! Si todo iba a ser así, lo tenía claro. En algo fallaría. Tenía que concentrarme si quería superar la prueba. Respire dos veces bien hondo para relajarme y levanté el brazo.

—Capitán, cuando usted diga damos la señal.

—En quince segundos de la señal de salida, sargento.

Pasados quince segundos el sargento hizo sonar el silbato. Hice una salida perfecta. Me quedaban por delante veinte vueltas a la pista, con los quinientos metros que contenía cada una.

—Sargento, ¿cuánto tiempo ha hecho en los primeros mil metros?

—Tres minutos y cuarenta y cinco segundos, capitán.

—Esto va a ser divertido —comentó el capitán.

Estaba a punto de superar los ocho mil metros, me quedaban dos mil metros por recorrer, y el tiempo reflejado en el marcador era de veinticinco minutos. Me encontraba muy bien. Estaba convencido que conseguiría un buen tiempo.

—Capitán, veinticinco minutos en los ocho mil metros.

—Si sigue así va a batir el récord de la academia.

—No podrá aguantar este ritmo, seguro que en estos dos mil metros tendrá un bajón —afirmó el sargento.

—¿Tiempo? —volvió a preguntar el capitán.

—Veintinueve minutos, capitán.

—Sorprendente, sargento. Ahí tiene el nuevo récord de la academia. Menos de treinta minutos... Cuando termine pásame el informe.

—Sí, capitán.

Me encontraba exhausto del esfuerzo realizado, recorrí los últimos cien metros invirtiendo todas mis fuerzas. Me dio la sensación de que en cualquier momento los pulmones me reventarían.

—¿Cómo ha ido, sargento?

—No ha estado mal. ¡Prueba superada! En dos horas nos vemos en el gimnasio. Esto no ha terminado aún.

—Allí estaré, sargento.

Menuda cara de perro tenía el cabrón del sargento. Hice unos estiramientos y me fui a la ducha antes de que me enfriara del todo. Estuve cerca de una hora bajo el agua. Lástima que no estuviese Sarah. Me hubiera encantado que me diese un buen masaje, que falta me hacía.

Trascurridas las dos horas me dirigí al gimnasio.

—Bien, has llegado puntual.

—No quería decepcionarle, sargento.

—La prueba consiste en hacer dos series de veinticinco flexiones cada una en menos de un minuto por serie, y dos series más de veinticinco abdominales en menos de un minuto. ¿Lo has entendido, Lamber?

—Sí, sargento. Lo único que le ha faltado decir es que si no lo supero aquí se acaba todo.

—No sabía que fueses tan chistoso. Esto solo es el principio.

—Perdone, sargento, ha sido un lapsus.

—Tumbese y empecemos. Sonará el silbato para empezar y para terminar.

Como bien dijo el sargento un toque del silbato dio inició a la prueba. Todo iba bien hasta que llegó la segunda tanda de abdominales, justo cuando llevaba quince repeticiones.

—¡Joder! —exclamé exhausto.

—¿Qué le pasa, señorita Lamber? ¿No va a terminar?

—¡Me cago en la puta!

—¡Modere su lenguaje, Lamber!

—Veinticinco, sargento..

—Cinco más por su lenguaje.

Y llegó la última. ¡Por fin!

—Ya ha terminado, señorita Lamber. A las cuatro no vemos en la sala de enfermería para realizarle la revisión médica.

—Allí estaré.

Tendría agujetas para unos días. El cabrón del sargento me apretó de lo lindo. Dudé si sería igual de duro con el resto de los aspirantes, pero eso no debía importarme, debía centrarme solo en mí mismo.

El día fue completo. Primero la prueba física y luego la revisión médica. Pero faltaba la prueba del detector, que era lo que me tenía acojonado. ¿Y si me preguntaban algo de mi pasado? ¿Cómo cojones iba a responder?

Me fui a comer a la cafetería de la academia. Cuando entré me quedé algo sorprendido. Era muy espaciosa; contaba con una gran barra alineada que ejercía la función de bufet. La comida, a simple vista, parecía ser de buena calidad.

Cogí una bandeja del montón que había en un extremo de la barra y esperé mi turno. El servicio era muy rápido. Me pareció que si no se era lo suficiente rápido, no había comida. Por un momento me imaginé formando parte de la academia y conviviendo con compañeros llegados de otros lugares: diferentes culturas, religiones, filosofías de vida...

Cuando terminé me dirigí a los jardines del patio exterior en dirección a la enfermería. Me crucé con varias mujeres que portaban camisetas muy ceñidas al cuerpo que se llevaron toda mi atención. Crucé la mirada con una mujer rubia de ojos azules. De sus ojos, pasé a sus pechos... Intenté centrarme en lo que me disponía a hacer porque con tanta mujer bonita era difícil hacerlo.

Cuando llegué a la enfermería, la puerta se encontraba cerrada. Me había adelantado unos minutos, pero no tardó en aparecer el sargento Simm.

—Lamber...

—¿Sí, sargento?

—Cuando termine con la revisión médica, suba a la tercera planta, pasillo de la derecha. Encontrará una pequeña sala con una ventanilla. Verá un pulsador. Púselo y espere.

—Sí, sargento.

Cuando esperaba para empezar la revisión, vi a la rubia con la que me crucé en el jardín. Lucía una bata médica. Sin duda era la encargada de hacerme la revisión. ¡Tierra, trágame! Escondí la cabeza como los avestruces.

—¿Está esperando? —Se dirigió a mí.

—Sí... doctora —dudé—, estoy esperando para hacerme la revisión.

—Espere un momento, enseguida le aviso —ordenó entrando en la sala..

A los dos minutos apareció en la puerta con una carpeta en las manos.

—¿Es usted John Lamber?

—Sí, doctora.

—Pase. Junto a la camilla hay un biombo, quítese la ropa.

—¿Me quito toda la ropa?

—Déjese la ropa interior, excepto los calcetines.

No tuve reparo en quitarme la ropa. Por un segundo pensé en ser su conejillo de indias y la idea me gustó. Debían ser los nervios. ¿Cómo podía pensar en algo así en ese momento?

Primero me midió y luego me pesó. Su cuerpo desprendía un perfume que me tenía hipnotizado.

—Mide uno noventa y pesa ochenta y siete kilos. Túmbese en la camilla, le voy a auscultar el pecho.

—Doctora, me gustaría pedirle disculpas si se sintió ofendida cuando nos vimos en el jardín..

—¿Te pongo nerviosa?

—No, doctora. ¿Por qué lo dice?

—Se le acelera el ritmo cardiaco cuando me acerco.

—Es el perfume que lleva.

—¿Le gusta?

—Sí, huele muy bien.

—¿Y si me acerco más?

—¿Más aún?

La tenía muy cerca, tanto que consiguió intimidarme.

—Lo siento, no me había dado cuenta —exclamó con ironía—. Esto es por desnudarme con la mirada en el jardín. Ya hemos terminado.

—¿Ya? ¿Y el pulso, la presión, los reflejos de las rodillas...?

—Vístase —ordenó—. Dígale al sargento que mañana le daré los resultados..

—Gracias, doctora. Me visto en un minuto y me voy. Si algún día le apetece tomar un café, avíseme —Me aventuré sin pensar en las consecuencias. Su respuesta me sorprendió.

—Claro, ¿cómo no? Pídale mi número de teléfono al sargento Simm.

—¿Al sargento?

—Sí, al sargento. Es mi pareja.

—Vaya. Olvídese de lo que le he dicho del café. Gracias por su tiempo, doctora.

Me pareció ver una sonrisa triunfal en su rostro cuando me disponía a salir.

—¡John!

—¿Sí?

—Te dejas la bolsa. Tranquilízate o no pasarás el polígrafo.

—Gracias, eso haré.

¡Joder! ¿Tenía que coquetear con la pareja del sargento? Como se enterara...

Saqué una botella de agua de la máquina expendedora y me dirigí a la sala que me indicó el sargento. Subí despacio y sin prisa: primer piso, segundo, tercero, pasillo a la derecha, sala con ventanilla y el pulsador. El sargento salió de la nada.

—Lamber.

—Sí, sargento.

—¿La revisión médica ha ido bien?

—Sí, sargento.

—Vamos a ir a la sala de interrogatorio para la prueba el polígrafo. ¿Nervioso, Lamber?

—No, sargento. Todo controlado.

El sargento abrió la puerta y me invitó a pasar a la sala de interrogatorio. Era una habitación que no debía superar los doce metros cuadrados, con un cristal opaco en una de sus paredes, Una mesa pequeña y tres sillas era cuanto había en su interior. En la mesa se apreciaba la máquina que supuse se trataba del polígrafo. Junto a ella, ocupando una de las sillas, se encontraba un hombre que nos miró inexpresivo.

—Lamber, este es el agente Rodríguez. El poligrafista de la academia.

—¿Ha pasado el polígrafo alguna vez? —me preguntó sin esperar a que le saludara.

—No, señor.

—Le resumo en qué consiste. Esto es un neumógrafo, sirve para medir y registrar la respiración. Esto un esfigmomanómetro, para registrar la presión arterial; un galvanómetro, más conocido como GSR, que mide y registra la conductancia galvánica de la piel, la sudoración, y por último el ordenador que recibe y procesa toda la información a través del sistema de

adquisición de datos.

—¿Alguna duda, Lamber? —preguntó el sargento. Esperó mi respuesta y salió de la sala..

—No, señor.

—Le voy a realizar diez preguntas —volvió a hablar el agente Rodríguez—. Debe tomarse el tiempo preciso para contestar. Las respuestas tienen que ser concretas para que no haya lugar a ningún tipo de dudas.

—De acuerdo —afirmé.

—Procedamos.

Tras ajustar los cables a mi cuerpo, inició las preguntas:

—¿Su nombre es John Lamber García?

—Sí.

—¿Has consumido drogas alguna vez?

—No.

—¿Pertenece a algún grupo terrorista o ha pertenecido?

—No.

—¿Tu padre es el sargento Frank Lamber?

—Sí.

—¿Estuvo en la guerra de Irak?

—No.

—¿Ha realizado trabajos para la CIA, FBI, o alguna agencia gubernamental?

—No.

—¿Quieres ser policía, o agente del gobierno?

—Sí.

—¿Has trabajado para alguna agencia extranjera?

—No.

—¿Tienes algo que ocultar a la policía?

—No.

—¿Has copiado en el examen de acceso o portabas algún tipo de transmisor?

—No.

—Ya hemos terminado, Lamber. Le quitaré todo los cables y deberá esperar fuera.

—¿Cómo ha salido?

—El resultado se lo dirá el sargento Simm.

Esperaba que hubiera salido bien. Estaba bastante tranquilo, aunque

tenía alguna duda sobre algunas preguntas sobre todo la sexta, la de haber trabajado para la CIA, etc....

—¿Lamber?

—Sí, sargento.

—Hay una pregunta cuya repuesta ha sido dudosa. No has mentido, pero tampoco has dicho la verdad.

—Dígame la pregunta, a ver si se la puedo aclarar.

—Si habías realizado algún trabajo para la CIA, o el FBI, o agencia gubernamental.

—Que yo recuerde no he trabajado ni para la CIA ni para el FBI, pero eso no quiere decir que no lo haya hecho sin tener constancia de ello.

—Sabía repuesta, Lamber. El polígrafo lo ha pasado sin problemas. Recibirá una carta certificada notificándole cuándo tiene que ingresar en la academia. ¡Enhorabuena, Lamber!

—Gracias, sargento. Una pregunta.

—Dígame.

—¿De verdad pensaba que había copiado en el examen?

—Me tenía que asegurar. Sin rencores.

—Sin rencores, sargento. Hasta pronto.

¡Qué respiro! Ya no tenía de qué preocuparme. Podría dedicarle mi tiempo a lo que verdaderamente me interesaba. Para saber quién era, debía saber de dónde venía.

Llamé a Frank para darle la noticia, su teléfono se encontraba ocupado, pero no tardó mucho en llamarme cuando vio mi llamada.

—Dime, John.

—Todo ha salido bien. He pasado el polígrafo a la primera.

—Me alegro mucho, John —Parecía emocionado—. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No quiero molestarte. Si no te va bien iré en taxi.

—Dame quince minutos.

—Te espero en la cafetería de la academia.

Mientras esperaba Frank, aproveche para llamar a Erik. Tenía la intención de verme con él lo antes posible. Cuanta más información tuviese de Kevin, más fácil sería para mí entender su vida. En ese momento sonó el teléfono.

—Dime, Erik. Tenía el teléfono en la mano para llamarte. ¡Es increíble!

—Te llamo para ver si te va bien que nos veamos mañana.

—Perfecto, Erik. No sabes la alegría que me acabas de dar.

—¿En el café Europa a las tres?

—Allí estaré.

Parecía que la suerte me estaba acompañando, solo me faltaba el teléfono del juez Devon para poner toda la maquinaria en marcha. ¿Cómo podía conseguir que Frank me proporcionara el número de teléfono del juez sin sospechar nada? Algún día sabría lo que me tenía entre manos, pero porque yo se lo contara.

Tenía la impresión de que el juez me podría ayudar, aunque tenía que ir con mucha cautela con él y ganármelo para que me ayudase.

Me estaba tomando una cerveza bien fría, cuando sentí que alguien me apretaba en el hombro.

—Hola, Frank. No te he visto llegar.

—¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien, mejor de lo que esperaba. ¿Quieres beber algo?

—No me apetece nada, acabo de tomarme un café. Pero... ¡Cuéntame! ¿Cómo has pasado en el polígrafo?

—He hecho lo que me dijiste. Me he concentrado y he controlado mis pulsaciones, especialmente los nervios.

—¿Y ahora que tienes que hacer?

—De momento, tengo que esperar a que me llegue la carta con la fecha del ingreso.

—Tienes que seguir preparándote porque lo más duro empieza ahora.

—De eso quería hablarte. Como tú bien dices, tengo que seguir preparándome y me gustaría pedirte un favor.

—Tú dirás, ya sabes que puedes contar conmigo para todo.

—Me gustaría pedirte el número de teléfono del juez Devon. Quiero hablar con él.

—¿Para qué?

—Es que quiero preguntarle unas cosillas, si no te importa. Confía en mí.

—Claro, no hay problema. ¿Quieres que le llame y le avise de tu llamada?

—No hace falta Frank, te lo agradezco de verdad, pero quiero intentar hacer las cosas por mí mismo. Si veo que me da largas te lo comenté y hablas tú con él.

—Me parece bien, John. Tienes que perdonarme si a veces me excedo en protegerte.

Capítulo 24

Sarah

Sede del The New York Times

Estaba frente al edificio donde se albergaba la nueva sede del The New York Times, un rascacielos diseñado por Renzo Piano, terminado en el año 2007 y situado en la intersección de la octava avenida y la calle 41, en Manhattan.

Subí a la séptima planta, donde se encontraba el despacho del jefe de redacción, para que me realizaran una entrevista de trabajo. Se trataba de un despacho amplio en el que destacaba una pared que contenía cuadros que mostraban la historia del periódico desde su inicio.

Me llamó la atención un gran ventanal en la pared del fondo con unas vistas espectaculares. Justo delante se encontraba la mesa donde me recibió el jefe de redacción.

—Sarah, perdona que te haya hecho venir a estas horas.

—El trabajo es lo primero, Brando.

—Sarah, queremos que realices un trabajo de investigación sobre la captación de universitarios por agencias gubernamentales, con el propósito de estudiar el protocolo de la conducta en casos extremos de interrogación.

—¿Se ha encontrado alguna persona que pueda tener relación con el caso?

—Se han encontrado los cuerpos de dos indigentes en unos almacenes abandonados. Según el forense, murieron por causas desconocidas; al día siguiente desaparecieron de la morgue sin que nadie se diera cuenta.

—¿Tiene relación?

—Eso creemos. Debemos investigarlo.

—¿Tenemos algún contacto por el que empezar?

—Sí, tenemos a la persona que se puso en contacto con nosotros: un universitario que fue captado y que estuvo colaborando en el proyecto MK ULTRA.

—Mañana empezaré con la investigación. Te tendré informado conforme vaya avanzado en ella.

—Sobre todo precaución, y no te impliques más de lo necesario. Ante

cualquier problema o complicación, te pones en contacto conmigo.

Salí de la entrevista bastante contenta, a la vez que sorprendida. Todo había ido muy deprisa. En la entrevista de trabajo ya me habían realizado un encargo, y además de esa índole. Era muy extraño, pero me estaba orgullosa. Tenía la oportunidad de realizar un trabajo de investigación, a pesar de la dificultad que eso suponía.

Capítulo 25

John Lamber

Como todos los días, Dolores preparó el desayuno: el aroma del café inundó toda la casa. Según afirmaba Dolores, el desayuno era la primera comida del día y, como tal, tenía que estar bien nutrida.

Un desayuno completo: revueltos de huevo con beicon, tostadas bien calientes con manteca, café y zumo de naranja.

Tras comprobar todo el trabajo que suponía preparar un desayuno como aquel, no podía negarme a engullirlo.

Recordé que unas semanas atrás, Frank osó decirle a Dolores que no le apetecía desayunar;; Dolores montó en cólera.

Era una buena mujer y muy cariñosa, pero como todas las personas tiene un lado oscuro. Aquel día, mientras desayunaba, no pude parar de reírme, incluso estuve a punto de atragantarme dos veces. Era todo un espectáculo ver a Frank sentado mientras Dolores le reñía como si fuera un niño.

—¿Cómo me puedes decir que no vas a desayunar? Me levanto para prepararte el desayuno, te pregunto qué es lo que te apetece desayunar, me contestas que quieres huevos revueltos con beicon. ¿Y ahora me dices que no te apetece? Qué cara más dura. Los próximos huevos que me digas que te prepare van a ser los tuyos.

Yo no podía parar de reír. Frank que no pudo aguantar más la bronca, con un tono alto de voz le dijo a Dolores:

—Sí, señoría, lo confieso. Yo maté al ratón Punki. No pude aguantar más, todos los días se comía el queso de la despensa. Lo siento, pagaré con mi vida...

Dolores se mordió las mejillas para evitar reírse, pero no pudo aguantar mucho tiempo y estalló en una carcajada. Frank al ver a Dolores se contagió y también estalló en una. Cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos los tres muertos de la risa. Frank se comió los huevos revueltos con beicon.

Frank me preguntó si había hablado con el juez, le contesté que no que más tarde le llamaría. Me aconsejó que no le hiciera perder el tiempo, que era

un hombre muy ocupado. Entendí que se refería a que el juez era uno de esos amigos que aunque no forman parte de la vida diaria, están cuando se les necesita. Una amistad pura y verdadera, según palabras de Frank.

No quería hacerle perder el tiempo al juez, para ello tenía que ser coherente y directo con mis palabras, y al mismo tiempo tenaz. Tenía que exponer dos asuntos: uno de ellos era saber si vio el cuerpo sin vida de Kevin, y el otro exponer mi sospecha de que Kevin podía seguir con vida. Me jugaba mucho. Un paso en falso y todo se podría ir al infierno. Podría perder a la familia que me acogió, provocándoles mucho dolor a Dolores y a Frank, y hasta perder mi amistad con Sarah. Si eso fuera así, sí que tendría que desaparecer para el resto de mis días.

Llevaba unos días sin sentir la presencia de Kevin. Le echaba de menos y no entendía el porqué.

A veces pensaba que todo podía ser fruto de mi imaginación, pero lo contrarrestaba pensando que todo lo que estaba ocurriendo era por algún motivo y que cuando lo descubriese y pudiese entenderlo, reinaría la paz en mi interior. La sombra de mi pasado me perseguía en todas las direcciones. Sentía inquietud, ansiedad, desasosiego, y lo más importante: el deseo de saber de dónde procedo para saber quién realmente era.

Cuando me encontraba a solas, el silencio me hacía temer por mi pasado. ¿Y si no era la clase de persona que creía ser? ¿Quién me podía asegurar que no era un asesino o un traficante? O peor aún: un psicópata asesino que no tiene piedad ni respetos por las vidas de los demás?

Todos esos planteamientos me inquietaban como si se tratase de la sombra de mi pasado. Vivir de esa manera era como morir en vida.

Necesitaba descubrir la verdad. El corazón me latía a dos mil por hora cuando me encontraba cerca de Sarah y me dolía pensar que todo podía romperse en mil pedazos..

A veces aparecían vagos recuerdos, o quizás solo sean sueños, en los que me encontraba en una sala de un quirófano, con mucha gente a mi alrededor que no dejaba de hablar, como si estuviesen decidiendo si debo vivir o morir. Llegaba la muerte y veía cómo mi alma abandonaba mi cuerpo en busca de otra coraza más fuerte. Veía mi cuerpo, como si fuera un muñeco de caucho, sin huesos, totalmente manipulable. Después mi alma seguía por un sendero oscuro y a la vez muy iluminado, entraba en un espacio de grandes dimensiones donde se encontraba con los cuerpos de otras personas. Mi alma, impaciente, se introducía en uno de aquellos cuerpos, pero algo la

hacía volver a salir y probar con un segundo cuerpo. En este último sentía dolor y volvía a salir. Probó en el tercer cuerpo y salió también al sentir tristeza y lágrimas.

Es entonces cuando mi alma se daba cuenta que había abandonado mi cuerpo demasiado pronto y decidía regresar. Buscaba entre los montones de cuerpos inertes y, sin encontrar el suyo, buscaba y buscaba hasta encontrarlo. Aparecía en la mesa de operaciones y a los pocos segundos escuchaba las conversaciones de los allí presentes.

—Este no quiere irse, tiene muchas cosas pendientes y tiene que resolverlas.

Para acabar me despertaba y me encontraba en la ciudad de los muertos sentado sobre la tumba de Kevin.

¡Menudo sueño, o lo que fuera! Ese era mi dilema, saber si eran recuerdos o un simple sueño. Lo único que tenía claro era que ya no podía perder más tiempo. Me urgía hablar con el juez y no podía limitarme a llamarlo. Lo había intentado, pero temía que me diese largas y se prolongaría demasiado. Conseguí su dirección en una antigua agenda de Frank que había en casa, junto al teléfono. Debía abordar ese asunto directamente

No me lo pensé dos veces y cogí un taxi. En menos de cuarenta minutos me encontraba delante de la casa donde vivía el juez Devon. Esperaba que no hubiera cambiado de domicilio.

Capítulo 26

John Lamber

Residencia del juez Devon.

Eran las once de la mañana, quizás un poco pronto para una visita imprevista. Respiré hondo y pulse el timbre de la entrada exterior. Una voz masculina me invitó a decir lo que quería.

—Juez Devon.

—¿Quién es usted? —preguntó sin aclarar si era o no el juez.

—Perdone mi atrevimiento, soy John, el hijo de Frank Lamber

—¿Cómo que el hijo de Frank?

—¿No se acuerda de mí? Según Frank vino a verme al hospital. Fue usted quien autorizo mi intervención.

Parece que se convenció. Un sonido me invitó a empujar la puerta. Atravesé un pequeño jardín y lo vi esperándome en la puerta de acceso a la casa.

—¡Joder! Cómo has cambiado. Pero, ¿qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Frank?

—No se preocupe juez, Dolores y Frank se encuentran bien, me gustaría hablar un momento con usted.

—Iba a salir, pero bueno, ya que estás aquí pasa y espérame en la biblioteca.

El juez me indicó dónde se encontraba la biblioteca. Estaba bastante nervioso, no sabía dónde sentarme y me quedé de pie, observando las cantidades de libros que había en las estanterías que cubrían las paredes.

Mientras esperaba, observé admirado la estancia. El juez no tardó en llegar. Por la expresión de su cara me pareció que se estaba preguntando qué cojones hacía en su casa.

—Juez Devon, quería darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí.

—No hay nada que agradecer. Frank y Dolores se merecen lo mejor. A ver, déjame que te vea bien. Es sorprendente. Eres la viva imagen de Kevin. Veo que te has recuperado bien.

—La verdad es que si, no me puedo quejar. Los médicos y las enfermeras hicieron un buen trabajo.

—¿Te apetece un café? ¿O prefieres que demos un pequeño paseo por el parque.

—Cómo usted prefiera.

—Daremos un pequeño paseo si no te importa. ¿Sorprendido John? — preguntó al ver cómo miraba a mi alrededor para seguir admirando la biblioteca.

—La verdad es que sí, nunca había estado en una biblioteca privada como esta. Por curiosidad, ¿cuántos libros hay?

—Sí no me equivoco, creo que hay sobre unos cinco mil libros, pero no te creas que los he leído todos; los que están en la parte de la izquierda son los que he leído y el resto están esperando su turno.

Salimos de su casa en dirección al parque. Dejamos atrás la estación de tren, un precioso edificio colonial. Una zona con muchos edificios de esa época, bien conservados.. Estuvimos dando un paseo por el parque, daba la sensación que éramos padre e hijo.

El juez me habló de las primeras leyes que forjaron la constitución de EEUU, incluso debatimos sobre algunas de ellas que hacen referencia a los derechos de los hombres independientemente de la que sea su raza.

Nos sentamos en una terraza a tomar un café. Hubo un momento de pausa y pensé que era el momento oportuno para ir al grano.

—Juez Devon, el motivo de mi visita es hablar de un tema un poco delicado.

—Ya me lo imagino, John. Adelante.

—Juez, ¿usted llegó a ver el cuerpo sin vida de Kevin?

—Nadie lo vio, John. Vino en un ataúd especial. ¿Qué tiene que ver Kevin en esto? ¿Dónde quieres llegar, John?

—Perdone, juez, sé que entre usted y Frank hay más que una simple amistad y sé que les ayudó con el funeral de Kevin, pero tengo la sensación que hay algo oculto tras la muerte de Kevin.

—¿En qué te basas?

—Sé que normalmente cuando se produce la muerte de un soldado hay dos informes, uno que es el oficial, el que se queda el ejército y otro el que le dan a los familiares, un poco más cuidadoso en sus detalles.

—Eso es normal, después de la pérdida de un hijo no te van a informar de todos los detalles de la muerte. El informe lo hacen un poco descafeinado

para no hacerles el dolor más grande a los familiares.

—¿Y si le digo que Kevin no murió dónde dicen que lo hizo ni de la forma que cuentan?

—Tendrás pruebas de lo que estás diciendo. Eso es una acusación muy grave.

—De momento no las tengo, pero puedo tenerlas en unos días. Un compañero de Kevin que se llama Erik, me vio y pensó que yo era Kevin. Después de un rato diciéndole que se había confundido, él se lo tomó como un desprecio me reprochó lo sucedido. Continuó afirmando que yo era Kevin y me tiró una fotografía donde se encontraba con él. Me apuntó su número de teléfono por si algún día recuperaba la memoria. Al cabo de unos días empecé a tener la sensación de que algo no cuadraba. Siendo compañero de Kevin no se sorprendió de verme, si Kevin hubiera muerto, como dicen, su actitud habría sido muy diferente. Nadie se encuentra un fantasma por la calle. Decidí llamarle y estuvimos hablando. Me contó que Kevin le salvó la vida, el perdió una pierna en una embosca, quedó aislado del resto de sus compañeros. Kevin no se lo pensó dos veces y volvió a recogerlo en medio de una lluvia de proyectiles. Antes de la emboscada tuvieron varias misiones donde todo salió mal y Kevin empezó a tener algunos problemas con algunos mandos. Una noche aparecieron dos hombres vestidos de paisanos. Se comentaba que eran de la CIA. Kevin los acompañó y a partir de ese día cambió su comportamiento; estuvo unos días desaparecido de la base.

—¡Joder, John! ¿Has pensado en Frank y en Dolores? El dolor que les podría crear remover todo eso después de tanto tiempo.

—Lo sé, juez, lo he pesado mucho antes de dar este paso, preferiría morirme antes que causarles el mínimo dolor, pero al mismo tiempo hay algo en mi interior que me obliga a dar este paso. A descubrir realmente lo que le sucedió a Kevin. ¿Usted no habría querido saber la verdad de lo que le ocurrió a su hijo?

—No sé, John. Quizás tus dudas no sean tan fundadas como crees. No veo que haya peso en tus sospechas, pero necesito pensarlo. Te llamaré. Y por Dios, te pido que no se enteren Frank ni Dolores de todo esto.

—Lo tengo claro, juez, por eso decidí dar este paso.

—Se me ha hecho tarde, John, tengo que irme. No comentes nada hasta que recibas mi llamada.

Capítulo 27

John Lamber

Cafetería Europa. Tres horas más tarde.

Estaba esperando a Erik. Tenía un mar de dudas en mi cabeza. La conversación que tuve con el juez fue mejor de lo que me podía imaginar, sentí que al juez le interesaba el tema y que había creado dudas en él, a pesar de lo que dijo. Estaba convencido de que haría algunas consultas y me llamaría.

Vi a Erik entrar por la puerta, levanté el brazo para que pudiera verme.

—Hola, John.

—Hola, Erik, ¿te apetece un café?

—Prefiero un poco de agua fría.

Erik parecía impaciente por seguir con la conversación que interrumpimos el otro día y en seguida la inició:

—Como te contaba el otro día, a partir de la clase del suboficial, al día siguiente me encontré con Kevin por casualidad. Nos cruzamos en la cantina de la base. Tenía un semblante serio y le pregunté si se encontraba bien. Me contestó que no me preocupa por él que se encontraba bien, pero en mi interior algo me decía que no era verdad. Fue cuando lo vi fumando por primera vez y eso me preocupó. El odiaba el tabaco.

»Ese mismo día, por la tarde, nos comunicaron que al día siguiente a las seis de la mañana teníamos que estar preparados para realizar una incursión en un pueblo en el que dos días atrás había tenido problemas una columna de camiones de abastecimiento. El pueblo estaba considerado como zona hostil, zona caliente. Casi todos los días pasaba algo en ese maldito pueblo: El Alhamzah, a cinco kilómetros de Diwaniyah. A las seis de la mañana ya estábamos todos preparados. Al mando de la columna de vehículos estaba el suboficial Martínez, el hispano. Le pregunté por Kevin y me dijo que nos esperaba en la entrada del pueblo. Me limité a obedecer las órdenes del suboficial. Un kilómetro antes de llegar al pueblo, apagaron todos los focos de los vehículos. Cuando llegamos a las puertas del pueblo, el

suboficial detuvo el convoy y nos bajamos todos. Nos distribuimos por las calles principales. Vi a dos personas vestidos de paisanos, armados hasta las cejas, me pareció que los conocía de algo, pero no tuve tiempo de observarlos bien.

»Cuando me acerqué un poco más me di cuenta que uno de ellos era Kevin. Me quedé muy sorprendido. Teníamos todo el pueblo acorralado cuando empezó a amanecer. La gente empezó a salir a la calle y cuando se quisieron dar cuenta estábamos realizando los registros en algunas viviendas. Se realizaron unas quince detenciones y se requisó mucha documentación. Entre la documentación incautada teníamos la dirección del lugarteniente Mustafa Al Yaqui, del líder chií Muqtada Al Sadr. Se comprobó la dirección y resultó ser falsa, era una treta normal falsear la documentación. En lugar de detener a Mustafa Al Yaqui se detuvo a un insurgente que había atentado días atrás contra el convoy de abastecimiento.

»Cuando terminamos con los arrestos y nos fuimos replegando, la gente empezó gritar y a tirar piedras. Tuvimos un intercambio de disparos, pero nada importante. De regreso a la base no vi a Kevin y me preocupé un poco, pero por otra parte estaba tranquilo porque ese día no tuvimos bajas. Vi al suboficial Martínez y le pregunté de nuevo por Kevin, pero lo único que le pude sacar fue que estaba colaborando con la CIA. Nunca me lo hubiera imaginado. Pasaron unas semanas sin saber nada de él. Un viernes a las ocho de la tarde, hora del rezo para los musulmanes, vino a recoger algo de su taquilla, Yo estaba en la litera escuchando música. Cuando lo vi pequé un salto de la litera y le pregunté cómo le iban las cosas. Parecía reacio a decir nada y se limitó a coger una foto de sus padres.

—¿Tan cambiado lo encontraste?

—No era el Kevin que yo conocí. Tanto insistí que al final accedió a contarme. Me dijo que estaba colaborando con la CIA. Había estado presente en varios interrogatorios y le parecía indecente cómo los trataban. A algunos prisioneros, para sacarles información los mantenían desnudos atados de pies y manos y les ponían una toalla en la cara y les echaban agua hasta un punto extremo. Les conectaban unos cables de luz a baja intensidad atados a los dedos gordos de los pies. Según los agentes de la CIA, era la única manera de sacarles información.

»Interrogaron a un prisionero que según ellos tenía información vital y para poder sacarle la información llamaron a una mujer rubia que la apodaban «la testículo», una mujer que no tenía respeto por la vida. Con un bisturí les

hacía cortes en los testículos y en el pene hasta que les sacaba la información. Cuando se desmayaban por el dolor, los reanimaban y continuaban con el interrogatorio y la tortura; de esta manera le sacaron la dirección de lugarteniente Mustafa Al Yaqui del líder chií. Al momento Kevin se puso a llorar, decía que él había venido a luchar por lo que él creía, que era injusto.

—¿No pudo con la presión?

—Yo intenté calmarlo y le aconsejé que hablara con ellos y que se negase a seguir con esa tortura. Se tumbó en la litera y al cabo de cinco minutos se quedó dormido. Le tapé con una sábana y le dejé dormir. No lo volví a ver hasta tres semanas más tarde. No lo reconocí, se había dejado barba y el pelo lo tenía más largo. Vestía como los iraquíes, apenas lo podías distinguir del resto de los prisioneros que había en la base. El suboficial Martínez me insistió que dejara de preguntar por Kevin, que me olvidara de él, que estaba con inteligencia y estaba infiltrado en un grupo chií, incluso me amenazó con meterme en prisión si se me ocurría comentar algo.

—¿Entonces Kevin estuvo infiltrado?

—Sí, y se ve que se acostumbró a su nueva vida.

—¿No tuviste más noticias de Kevin?

—Dejé de preguntar, el suboficial Martínez me lo dejó claro. Pensé que lo mejor para mí era olvidarme por el momento de Kevin; quería mantenerme al margen de todo, quería completar el tiempo obligatorio y volver con mi familia.

—¿Cuánto tiempo teníais que permanecer en Irak?

—Seis meses, pero yo estuve cinco meses, hasta que cambió mi vida para siempre.

—Veo que te está afectado, Erik. Si quieres que lo dejemos para otro día... —Observé sus ojos llorosos.

—Me parece bien, John. Me vienen imágenes que me cuesta digerir. Creía que lo tenía superado, pero veo que no.

En esos momentos me sentí responsable por pedirle que me contara lo que vivió.

—¿Quieres que te acompañe?

—Te agradecería que me acompañaras a coger un taxi. Eres un buen tipo, John. Me habría gustado que hubieses conocido a Kevin, seguro que os hubieseis llevado muy bien. Tenéis mucho en común.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y me dejó helado.

—Gracias por tus palabras. Me emociona, viniendo de ti.

Salimos del café Europa en busca de un taxi. Me di cuenta de que Erik lo estaba pasando verdaderamente mal. Había removido sus recuerdos y de nuevo aparecieron los fantasmas que parecían olvidados.

—Gracias por acompañarme, John.

—Espero que te recuperes, Erik. Llámame cuando quieras que sigamos.

—No te preocupes, John. Te llamaré.

—Gracias, Erik.

—John, antes de irme, te quiero decir algo.

—Dime

—Kevin no murió en Irak.

Me quedé paralizado. La sangre apenas me circulaba por las venas. Kevin no murió en Irak. Eso confirmaba mis dudas.

Tenía la cabeza inundada de preguntas. Si Kevin no murió en Irak, ¿quién era el que estaba enterrado en la tumba de Kevin? Según el juez Devon, él tuvo que intervenir para acelerar toda la documentación que permitiera darle sepultura.

Puede ser que Erik se hubiera hecho un lío. ¿Se refería a que no estaba muerto, o a que no murió en Irak? ¿Sabía él que estaba muerto? Demasiadas cuestiones. De momento la información la iba a mantener en cuarentena, no quería pensar que todo lo referente a Kevin hubiera sido un montaje.

Sentí la vibración del teléfono en el bolsillo. Por un momento deseé que fuese Sarah, pero no tuve esa suerte: era Frank. Me comentó que le había llamado el juez, por un momento todo se me nublo. Llegué a pesar que todo se había acabado, que al juez Devon le pudo más el remordimiento que descubrir la verdad y se lo había contado todo a Frank.

No sabía qué decir y opté por no decir nada. Me limité únicamente a escuchar. Tuve que sentarme. Frank me llamó para decirme que el juez Devon no me podía atender, que tenía que salir fuera unos días por unos asuntos y que a su regreso me llamaría.

Comprendí al segundo que la llamada del juez era un mensaje que me estaba dando a través de Frank. Seguro que estaría fuera de Manhattan unos días para averiguar parte de la información que yo le había proporcionado. Claro que me podía haber llamado directamente a mí. Al observar mi pantalla de móvil, comprobé que tenía tres llamadas perdidas suyas. Vaya, el juez lo había intentado.

Capítulo 28

Sarah

Cibercafé Los tres Ases. 18:00 horas. Brooklyn.

Miré impaciente hacia la puerta. Esperaba al informador del que me había hablado Brando. Esperaba que no tardara demasiado. No conocía su aspecto. Aunque lo hubiera tenido a mi lado no lo hubiera reconocido.

Mientras esperaba consulté algunas páginas de diarios por si aparecía alguna noticia relacionada con la muerte de algún indigente. Cuando más concentrada estaba, un hombre de un metro setenta de altura, delgado, con gafas oscuras, barba, y pelo castaño algo rizado, se acercó a mí..

—¿Sarah?

—Sí, soy yo.

—Soy la persona a la que estas esperando. No ha exagerado Brando cuando me ha dicho que te reconocería en seguida.

—Me gustaría saber lo que Brando te ha dicho.

—Que eras una mujer morena, con el pelo largo y ojos azules.

—¿Te puedes quitar las gafas? Me gusta hablar con la gente mirándola a los ojos.

—Lo siento, Sarah, pero hoy tendrás que hacer una excepción si quieres conseguir la información; no puedo ir con la cara descubierta.

—¿Cómo te puedo llamar?

—Me puedes llamar Izan.

—¿Estás cómodo aquí o prefieres ir a otra parte?

—Aquí estoy bien, pero preferiría que estuviésemos cerca de la puerta.

Nos encaminamos a otra mesa que se encontraba cerca de la puerta, como él quería.

—Izan, antes de empezar... ¿Tienes algún problemas si grabo la conversación?

—No, me parece bien, Sarah.

—¿Cómo te metiste en todo esto?

—No fue cosa mía,. Yo era un buen estudiante, terminé mi doctorado en psiquiatría con buena nota. Me viene de familia la profesión: mi padre y

mi abuelo fueron psiquiatras. En la universidad estuve realizando una tesis sobre la conducta de las personas.

—¿En qué universidad hiciste el doctorado?

—Eso no importa, de momento. Un día se presentaron dos personas diciéndome que trabajaban para una agencia del gobierno, que habían visto mi último trabajo y que les gustaría que colaborase con ellos. Dijeron que estaban trabajando con los mejores psiquiatras del país, en un nuevo proyecto innovador de la conducta de las personas. Me lo pintaron tan bonito que al día siguiente ya había firmado un contrato de confidencialidad con ellos. En él me comprometía a no revelar ninguna información relacionada con el progreso de los proyectos ni el lugar donde se realizaban.

—¿Cómo se llamaba el proyecto?

—El proyecto MK Ultra, también conocido como Programa de Control Mental de la CIA. Fue el nombre en clave, dado que era un programa secreto diseñado y ejecutado por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos para experimentar con seres humanos. Estos ensayos en humanos estaban destinados a identificar y desarrollar nuevas sustancias y procedimientos para utilizar en interrogatorios y torturas con el fin de debilitar al individuo y forzarlo a confesar. Cuando quise darme cuenta de dónde me había metido, ya era demasiado tarde.

»El proyecto no era nuevo, empezó treinta años atrás. Según los archivos que pude consultar, todo empezó con una agente de la CIA infiltrada en una academia de policía. Ella mantenía relaciones sexuales con algunos cadetes, recogía una muestra de su esperma y la congelaba. Esa muestra se llevaba al laboratorio y, bajo el control del director del proyecto, se implantaba en algunas mujeres con el fin de fecundarlas..

—Cuando supiste lo que allí se hacía, ¿no pudiste abandonar?

—Lo intenté, pero me amenazaron con arruinarme la vida a mí y a mi familia. Esos cabrones no se están de tonterías. No hubiera sido el primero que hubieran hecho desaparecer del mapa.

—¿Qué me quieres decir? ¿Qué ya lo habían hecho antes?

—Sí, la policía encontró los cuerpos de dos doctores que, según ellos, se habían suicidado. Fue en el intervalo de tres días: primero el doctor Cameron. Algo poco creíble. Era un hombre que acababa de ser abuelo y se pasaba todo el día hablando de su nieto. No daba el perfil de suicida. Y el otro era el doctor Erwin. Su mujer estaba enferma, se estaba recuperando de una intervención quirúrgica. Estaba volcado en ella y... tampoco era un perfil

de suicida.

—¿Por qué, sabiendo lo peligroso que es, has decidido contarlo?

—Yo me doctoré en psiquiatría para ayudar a la gente, no para tratarlos como a conejos de India. He visto cómo se retuercen de dolor, cómo su rostros no reflejaban otra cosa que no fuera sufrimiento y... algunos incluso muriendo. Ya no podía soportarlo por más tiempo. Si muero intentándolo sacar a la luz y consigo que paguen por todo el sufrimiento que están causando, me daré por satisfecho. Mi vida no tiene valor comparada con el sufrimiento que hemos causado.

—¿Qué tratamiento se utilizaba y quiénes fueron los primeros en someterse a él? —Me resultaba sorprendente la frialdad con la que estaba hablando.

—Algunos de los elementos usados en el programa eran la radiación y la droga LSD. También se usaron barbitúricos y anfetaminas simultáneamente, así como muchas otras drogas. La muerte en los interrogatorios eran demasiado frecuente: prostitutas, pacientes con enfermedades mentales, gente voluntaria que, por dinero, se sometían a ello desconociendo lo que les esperaba.

—¿Tienes los nombres y direcciones de los fallecidos?

—No tengo ni los nombres ni las direcciones. A cada persona le asignábamos un número y una clave, los pacientes que fallecían en los interrogatorios los metíamos en el depósito de cadáveres y ya no sabíamos nada más de ellos.

»Apenas puedo conciliar el sueño. Cuando cierro los ojos los veo por todas partes con los ojos ensangrentados, como si se le saliesen de sus órbitas. Las venas se les hinchaban de tal manera que en cualquier momento podían reventar, eran visibles totalmente: se les trasparentaban a través de la piel. El encargado de realizar los interrogatorios era un miembro de inteligencia, seguro que era militar. No tenía piedad y los llevaba al límite. Muchos se orinaban encima, la mayoría vomitara por el efecto de las drogas que se les suministraban por vena. Pude hacer copias de algunos expedientes donde rezaban sus datos personales: altura, peso, color de ojos, raza, datos dentales... Si tenían tatuajes o cicatrices, y algunas fotos que pude hacer con el móvil.

—Si todo lo que me estás diciendo es verdad, puede levantar muchas ampollas y se puede formar un gran escándalo. Me tendrías que proporcionar esos expedientes para poder empezar con la investigación.

—¿Cómo los vas a hacer? En el momento que empieces a hacer preguntas se darán cuenta. Esta gente no se están de tonterías, tienen gente por todas partes.

—No te preocupes, Izan, eso ya es cosa mía. ¿Cómo me podré poner en contacto contigo?

—Yo te iré llamando. Como comprenderás, todas las precauciones son pocas. Este sobre contiene algunos de los expedientes, espero que lo sepas utilizar o, de lo contrario, podría estallarte entre las manos.

Observé cómo Izan, si es su verdadero nombre, se alejaba del cibercafé. Me centré en el sobre donde supuestamente se encontraban los expedientes de las personas que torturaron y asesinaron.

Si era verdad todo lo que me había contado Izan, eso podía ser un escándalo muy grave para el gobierno. No hubiera sido la primera vez que se veía envuelto en escándalos.

Lo primero que iba a comprobar era que esos expedientes no habían sido falsificados. No quería encontrarme en un callejón sin salida.

Hacía pocos minutos que había llegado a mi casa. Había sido una tarde movida. No podía dejar de pensar en esas personas. ¿Quién merecía acabar de esa manera?

Fui a darme una ducha, necesitaba relajarme antes de volver a los expedientes. Le envié un mensaje a John para que se pasara por mi casa.

Una hora después seguía sin tener respuesta de él. ¡Él se lo pierde!

Me puse a estudiar los expedientes, cuanto antes me pusiera en sintonía con ellos, mejor.

El programa estuvo dedicado a muchas actividades ilegales, en particular al uso en ciudadanos estadounidenses y canadienses como sujetos de prueba en contra de su voluntad. Mk Ultra utilizó diversas metodologías para manipular el estado mental de los sujetos en prueba, como la alteración de sus funciones cerebrales mediante la administración de drogas como el LSD y otros productos químicos. Entre sus técnicas se encontraba la hipnosis, la privación sensorial, el aislamiento, y diversas formas de tortura, junto con abusos verbales y sexuales.

La CIA utilizaba hospitales, cárceles, universidades y compañías farmacéuticas para ello. Estas instituciones eran una fachada, aunque muchas veces los altos cargos de estos lugares eran conscientes de las actividades que se realizaban.

Sustancias que promovían el pensamiento ilógico y la impulsividad

hasta el punto de que el sujeto perdía credibilidad en público. Sustancias que aumentaban la eficacia de la mentalización y de la percepción. Materiales que prevenían o contrarrestaban los efectos del alcohol, ayudaban a una inducción rápida de hipnosis o potenciaban su utilidad. Sustancias que mejoraban las capacidades de los inducidos para soportar la privación sensorial, la tortura y la coerción durante el interrogatorio. Un lavado de cerebro en toda regla.

Se empleaban métodos físicos que producían amnesia. Se producía shock y confusión durante largos periodos. Se utilizaban sustancias que producían incapacidad física como parálisis de las piernas y anemia aguda.

Alteraban la estructura de la personalidad de tal manera que el receptor se convertía en un ser dependiente de otras personas.

Una de las píldoras más peligrosas suministrada fue la Nocaut, que producía amnesia.

¿Qué clase de monstruo inventaría semejantes atrocidades? Vivíamos en un mundo de tarados. ¿Cómo podíamos confiar en nuestros gobernantes si permitían esa clase de crímenes?

Miré el teléfono y comprobé que John seguía sin contestar, parecía como si se lo hubiese tragado la tierra.

Capítulo 29

John Lamber

Me encontraba de vuelta en un taxi, en la radio estaba sonando *Tears in Heaven*, una canción que hablaba de la pérdida de un ser querido. Fue tanto el sentimiento que sentí que no pude impedir que unas lágrimas corriesen por mi rostro. Quise llamar a Sarah, necesitaba escuchar su voz, pero me había quedado sin batería. Le comenté al taxista que parara antes de llegar a mi destino, quería caminar hasta llegar a casa. Sentí cómo las gotas de lluvia golpeaban mi cara, necesitaba sentirme libre y que las sombras que rodeaban mi vida se marchasen resbalando y desapareciendo como las gotas de agua.

No llovía con mucha intensidad, pero la suficiente para calarme hasta los huesos. La nostalgia dominaba mi corazón y mi corazón dominaba mi cuerpo; lo único que necesitaba era sentir el frío en mi cuerpo para sentirme vivo de nuevo.

Subí contando los escalones, era una manera que tenía para relajarme. Cuando me disponía a abrir la puerta, escuché a Dolores:

—Frank, ¿le has comentado a John que le ha llegado una carta certificada de la academia?

—No, le he estado llamando por teléfono, pero se ve que lo tiene apagado.

—Creo que acaba de llegar —comentó Dolores.

—Buenas noches.

—Hola, John te he estado llamando por teléfono, pero lo tenías apagado.

—Me he quedado sin batería. Se ve que no lo cargado bien y se me ha apagado.

—Te ha llegado una carta de la academia. Dolores no me ha dejado abrirla.

—La tienes en el cajón de tu mesita —Se anticipó Dolores.

—Gracias, Dolores. No sé qué haría sin ti —Me di cuenta que se le dibujaba una pequeña sonrisa en su cara, una cara marcada por el sufrimiento.

Abrí el cajón de la mesita. En el fondo vi la foto de Kevin y Erik en el bar de la base. Esperaba que Dolores no se hubiera dado cuenta. Aun me retumbaba en la cabeza la conversación con Erik. Debía reconocer que me pilló por sorpresa.

Cargué el teléfono mientras me daba una ducha. Abrí el grifo, me senté, y dejé que el agua fluyera. Cerré los ojos mientras el agua recorría mi cuerpo; perdí la noción del tiempo y cuando quise darme cuenta habían pasado veinte minutos. El sonido insistente del teléfono hizo que saliera de la ducha. Tenía varios mensajes, uno de Sara y dos de Erik. Llamé a Sarah para anunciarle que iba a visitarla. Leí rápidamente el contenido de la carta de la academia.

Residencia de Sarah.

Llegué a casa de Sarah. La puerta estaba abierta. Se asomó por el hueco de la escalera y me hizo una señal con el dedo para que la siguiese.

Sarah había dejado la puerta de su habitación entre abierta, una luz tenue se filtraba por el poco espacio que quedaba. Empecé a notar que me temblaban las piernas. Allí estaba ella.

El cuerpo desnudo de Sarah yacía sobre las sábanas blancas que brillaban como la seda. Me acerqué a ella y en unos segundos mis manos se deslizaron sobre su cuerpo. Sus labios carnosos, sus pechos endurecidos y sus ojos azules me nublaban la visión.

Nos perdimos durante un buen rato en disfrutar de nuestras caricias. Ella miraba algún punto en el techo estremeciéndose bajo mis embestidas. La penetré en medio de unos muslos temblorosos. Ella, con sus manos, recorría mi cuerpo clavándome las uñas en la espalda. Entrelazó sus piernas en mi cintura empujándome con fuerza. Una fuerza que pretendía llegar a mis entrañas. Sarah gemía de placer aferrándose a mi cuerpo.

No hubo una parte de su cuerpo que no acariciara. Nos fundimos en un solo cuerpo y ambos culminamos nuestro encuentro con un grito de placer que nos dejó exhaustos.

Así, en silencio e incapaces de borrar la sonrisa de nuestro rostro, permanecemos durante quince minutos. Nos separamos y nos miramos sin perder la sonrisa.

—John, ha sido mágico. Nunca había sentido algo así.

—Ha sido especial. He disfrutado tanto... ¡Estoy exhausto!

—Ve a ducharte. Estás lleno de...

—¿Nos duchamos juntos? —dije sonriendo por su comentario

—Date prisa que mi madre no tardará en llegar.

Me levante de la cama satisfecho. Giré la mirada y contemplé a Sarah con un rostro de felicidad. Había sido fantástico estar con ella. No tardé en ducharme, me vestí y bajé al salón. No se equivocaba Sarah con respecto a su madre. Fue sentarme en el sillón y Natalia apareció por la puerta.

—Hola, John. No te esperaba a estas horas en mi casa.

—He venido porque me ha llamado Sarah para echarle un vistazo a estos documentos —señalé un sobre que encontré en una mesa. Esperaba que hubiera sido convincente mi respuesta. Habíamos trabajado juntos con la preparación del examen de ingreso de la academia y era habitual vernos manejando documentos. .

A Natalia se le dibujo una pequeña sonrisa en la cara acompañada de un movimiento de cabeza, como queriendo decir que no era tan inocente con respecto a nosotros como aparentaba ser. Subió a la planta superior.

Mientras esperaba a Sarah, le eché un vistazo al sobre que había señalado. Sé que no estaba bien curiosear, pero pensé que sería algo sin importancia. Encontré varias fotografías, una de ellas me llamó la atención. Era de un hospital psiquiátrico. Aparecían tres médicos, uno de ellos me resultaba familiar. Se notaba que era antigua por la poca intensidad de los colores. Apenas se podía leer el nombre del psiquiátrico. El foco de la cámara no llegó a enfocarlos bien, pero me pareció reconocer al doctor Morgan, con al menos veinticinco años menos, apenas recién graduado, supuse.

Escuché bajar a Sarah por las escaleras y metí todas las fotografías dentro de sobre. Para disimular me quedé mirándolo y le pregunté.

—¿Qué hay aquí? ¿Recortes de periódicos?

—Sí, son recortes de periódicos. Tengo que hacer un trabajo de investigación sobre unas personas desaparecidas.

—Yo tenía entendido que el periodismo de investigación se desarrollaba en la calle.

—Normalmente así es John, pero siempre se baraja documentación. En este caso el jefe de la redacción quiere ver cuán objetiva soy, y me han dado estos recortes para que redacte una noticia.

—Tenías razón. Si llegamos a tardar dos minutos más tu madre nos pilla —Cambié de tema.

—A ver si te piensas que mi madre es tonta, además ya le dicho que salimos juntos.

—Con razón me ha puesto esa cara. ¿Quieres que te ayude a clasificar los recortes de los periódicos?

—No te preocupes, ya lo hago yo mañana por la mañana, además ya se ha hecho tarde

—Como quieras, mañana hablamos.

—Hasta mañana.

—Se me olvidaba: he recibido la carta de la academia. En dos días ingreso en la academia. Me preguntaba si mañana te apetecería que pasáramos el día junto: estaré unos días sin verte.

—Me alegro mucho, John. Claro que quiero pasar el día contigo. A las once podemos quedar.

—Ok. Pasaré a recogerte.

Salí de casa de Sarah pensando en cómo se había alterado cuando le mencioné el sobre. En su interior hablaba de expedientes clasificados y de un proyecto denominado Mk Ultra. ¿Por qué no quería Sarah que lo mirara? ¿Y esa imagen del doctor Morgan...?

Esperaba que Sarah supiera lo que estaba haciendo, algo me decía que ese tema era algo escabroso.

Recordé que Erik me había llamado tres veces y me había enviado dos mensajes.

Consulté el reloj, era un poco tarde, pero tanta insistencia me hizo pensar que podía tratarse de algo importante. Decidí llamarle.

—Erik, buenas noches, perdona que te llame a estas horas, pero es que me había quedado sin batería. Cuando he visto tus llamadas y los mensajes, he pensado que era importante.

—No te preocupes, John, me alegro de que me hayas llamado. Lo siento mucho, pero ya no podemos continuar viéndonos.

—¿Hay algún problema?

—Me encuentro mal, pensaba que lo tenía superado y estos días me he dado cuenta que estaba equivocado, pero no te preocupes te he dejado un sobre en la biblioteca con información. Solo tienes que dar tu nombre y te lo darán. En el interior tienes toda la información del tiempo que conviví con Kevin, mañana ingreso en una clínica para recuperarme.

—Lo siento mucho. Si yo he sido el detonante de tus problemas, no ha sido mi intención.

—¡No! Todo lo contrario, te estoy agradecido. Gracias a ti me he dado cuenta que no estaba curado y cualquier día podía haber hecho una locura.

Me ha alegrado mucho conocerte y hablar contigo. Eres una gran persona, Cuídate mucho y... ¡que Kevin te proteja!

No contaba con ello. No quería perjudicar a Erik, ese día noté que estaba bastante tocado; esperaba que se mejorara y tuviera una buena vida. Tenía que darle las gracias por haber cedido a hablarme de Kevin y, sobre todo, por haberme dejado por escrito todos los detalles del tiempo que estuvo con él.

Me levanté con los ánimos muy arriba. Iba a pasar el día con Sarah y tenía que aprovechar hasta el último segundo del día. Pasé por su casa sobre las once, me estaba esperando. Mi diosa me tenía anonadado con su belleza: era como los rayos de sol en primavera; sin darme cuenta me había robado el corazón. Nos saludamos con un beso en los labios acompañado de una sonrisa.

—Si me lo hubieses dicho con tiempo habría preparado un tour por la ciudad. Por cierto, ¿has visitado la Estatua de la Libertad?

—Te recuerdo que hace poco más de un año y medio que salí del hospital y que pasé mucho tiempo bajo cuidados y revisiones médicas, así como a reposo. Solo llevo unos tres meses liberado.

—¿Te apetece que vayamos a visitarla? Cogemos un taxi que nos deje junto al ferri y en veinte minutos estamos en Battery Park con dirección a Liberty Island.

—Estoy a tu plena disposición.

—Cuando murió Kevin me dio por venir a la isla, quería estar cerca del símbolo de la libertad, es el símbolo por el que luchamos todos los americanos. ¿Conoces su historia?

—Me encantaría escucharla de tu boca.

—Se inauguró en octubre de 1886 y fue un regalo de los franceses para conmemorar los cien años de la declaración de independencia de los Estados Unidos. En 1984 fue declarada Patrimonio de la Humanidad.

»En dos años la habré visitado unas ocho veces y nunca me canso de hacerlo. Es tanta la admiración que tengo por ella que conozco hasta el último recoveco de la estatua. De hecho, presenté mi tesis en la universidad con su nacimiento y proceso de montaje.

—¿Tanto significa para ti?

—Lo significa todo en la vida. Sin libertad no hay nada. ¿Te imaginas un mundo sin libertad? Sería caótico. ¿Quién puede decidir si uno es libre o no? ¿Por qué murió Kevin? ¿Por nada? ¡No! Kevin murió por la libertad de

otras personas, aunque nos duela perderlo. Si no pensamos así, Kevin como otros muchos, habrán dado su vida por nada.

—Veo que estás emocionada. Cada vez que nombras a Kevin se te iluminan los ojos; no sigas por ahí que al final terminaremos los dos llorando

—Tienes razón, John, ya hemos llegado a la isla. No es tan grande como parece, en apenas treinta minutos se recorre.

—Según cuenta la historia, la Estatua de la Libertad, paradójicamente no fue creada en Estados Unidos, sino en el estudio de un escultor francés llamado Frederick Auguste Bartholdi.

»La estatua mide, contando el pedestal, noventa y tres metros de altura. En la cabeza lleva una corona de siete puntas que representa los siete continentes. Mira John que poema más bonito. Pertenece a un fragmento de El Nuevo Coloso, un soneto de Emma Lazarus que hay grabado en una de las paredes de la base de la estatua:

*¡Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres
Vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad
El desamparado desecho de vuestras rebosantes playas
Enviadme a estos, los desamparados, sacudidos por las tempestades a
mí*

¡¡Yo elevo mi faro detrás de la puerta dorada!

El día fue diferente a lo que había imaginado. La visita a la Estatua de la Libertad no estuvo mal, conocí un poco más de su historia y lo que representa.

Al día siguiente tenía que incorporarme a la academia a las cinco de la tarde. Dolores para no perder tiempo tenía mis maletas preparadas. Debí pensar que me iba para un año, pasó por alto que la academia estaba a treinta minutos de casa, prácticamente pasaría en casa casi todas las noches.

Capítulo 30

John Lamber

Biblioteca.

A las ocho de mañana ya estaba en biblioteca. Me dirigí directamente a información, allí me entregaron el sobre cuando me identifiqué.

Escogí una pequeña sala de lectura para sentarme y leer con tranquilidad:

Estimado John:

Espero que me disculpes, no puedo continuar hablando de Kevin. Tenía el convencimiento de estar recuperado de las huellas que deja la guerra, pero tras las conversaciones que mantuvimos, me di cuenta que no estaba lo suficientemente recuperado. Son pequeños traumas que siguen estando en mi cerebro y a los que me debo enfrentar. Mi psiquiatra me ha aconsejado el ingreso en la clínica de veteranos de guerra, para mi recuperación. Mi familia y yo te damos las gracias porque si no hubiese sido por ti cualquier día se me habrían cruzado los cables de la cabeza y habría cometido una locura.

Te he dejado escrito todo lo que he podido recordar durante el tiempo que pase con Kevin, espero que te resulte de utilidad porque es lo poco o mucho que te puedo contar. Y como te dije el otro día antes de irme con el taxi: Kevin no murió en Irak.

Conforme fueron pasando los días la tensión en la base de Diwaniyah iba en aumento. Los ataques nocturnos aumentaron. A dos kilómetros de Diwaniyah había un pequeño pueblo, con no más de mil habitantes, que se llamaba Al Saniya. Su gente era bastante cordial con nosotros. De hecho, la mayor parte de los traductores que teníamos vivían allí. Una mañana, sobre las cinco, poco después del primer rezo de los musulmanes, empezó un ataque mortífero con morteros, acompañado de pequeñas detonaciones. Nos levantamos pensando que estaban atacando la base. Corríamos para refugiarnos hasta que nos dimos cuenta de que el ataque se estaba produciendo en aquel pequeño pueblo. Desde el patio veíamos las llamas y podíamos escuchar gritos que traía el viento. El jefe de la base, el comandante Erickson le ordenó al suboficial Martínez que cogiera veinte hombres con vehículos blindados, dos ambulancias y que nos dirigiéramos a la aldea para saber qué era lo que había ocurrido.

Ese día Kevin se encontraba en la base. Se subió en un vehículo y nosotros con él, un pequeño trayecto que apenas duró siete minutos. No dejó de decirnos que tuviéramos los ojos bien abiertos. El sol empezaba a salir. Cuando llegamos al pueblo no quedaba ningún edificio en pie. Bajamos de los vehículos, pudimos sentir el olor a muerte y a desolación.

A cada paso que dábamos podíamos sentir el vacío y la furia de aquel lugar.

El horror de aquel silencio, los rostros de los muertos; niños, mujeres, ancianos entre los escombros; los pocos supervivientes medio desnudos deambulaban por las calles buscando a sus familiares. Del cielo caían cenizas de los incendios que continuaban con su furor. Empezamos a repartir mantas y sábanas para que cubrir los cuerpos desnudos.

Nos preguntábamos el porqué de ese sacrilegio, ¿qué daño habían hecho? Si en la aldea solo quedaban niños, mujeres y ancianos y algunos hombres que nos ayudaban en las traducciones y limpieza de la base.

Yo me preguntaba cómo podían hacerles eso a su propia gente sin respetar la vida ni siquiera de los niños. Kevin me puso la mano encima del hombro y me dijo quién lo había hecho. No eran soldados, eran terroristas y no tenían respeto por la vida de nadie. El motivo del ataque había sido en represalia por la pequeña ayuda que nos prestaban.

Ayudamos como pudimos a los supervivientes, les dimos agua y alimento. Nos ordenaron que regresáramos a la base, que ya se encargaba la policía de allí y los bomberos.

Al regreso a la base nos pusimos a limpiar las armas del polvo y ceniza que tenían. Kevin me llamó y nos metimos en un pequeño almacén. Me dijo:

—Erik, por mi seguridad, no preguntes por mí.

Me agradecía mi preocupación. Fue cuando me confirmó que lo estaban vigilando. Había dejado de colaborar con la CIA, lo habían amenazado de muerte si contaba algo de los interrogatorios, en cualquier momento podía sufrir «un accidente».

Pasaron los días y las cosas se fueron relajando. Nos llegó la noticia de la detención del lugarteniente Mustafa Al Yaqui y supimos que eso supondría muchos problemas que estaban por llegar.

Cuando la noticia de la detención corrió, empezaron las manifestaciones por todos los sitios. El líder chií Muqtada Al Sard llamó a la sublevación en armas del mundo árabe contra los occidentales y la expulsión de la tierra santa.

El primer problema serio que tuvimos fue en Najaf donde se encontraba detenido el líder chií. La cárcel estaba custodiada por marines. A trescientos metros se encontraba la base del ejército español y muy cerca, una expedición de soldados salvadoreños.

Se autorizó una manifestación pacífica por una zona alejada de las bases americanas y españolas. La manifestación iba en aumento, se dirigieron a la base americana para pedir la liberación del preso. Los observadores notificaron que había gente armada entre la multitud. Los soldados salvadoreños cayeron en una emboscada tras recibir la petición de ayuda de la base de Diwaniyah. Nos dirigimos sin perder tiempo hacia allí y gracias a la intervención de los soldados españoles se pudo evitar una matanza.

En poco más de una hora nos encontrábamos en medio de la manifestación, nos disparaban y no podíamos repeler el ataque. Entre la multitud se encontraban niños y gente desarmadas que se fueron alejando cuando empezó la lluvia de proyectiles y los lanzamiento de granadas desde las terrazas de los edificios colindantes. Varios proyectiles impactaron en los vehículos obligándonos a salir. La lucha se desarrolló entre los edificios, fue un calvario para nosotros. Nos metimos en edificios donde cayeron varias granadas, hubo una explosión y cuando se levantó el polvo pude comprobar que mi pierna la tenía destrozada. Sin darme cuenta había pisado una mina casera. Kevin al verme con la pierna destrozada se echó las manos a la cabeza maldiciendo mi mala suerte, se quitó el cinturón del pantalón y me hizo un torniquete. Me cogió y me subió a sus hombros. Iba dejando un reguero de sangre y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé me encontraba en la base americana.

Pregunté si había habido más heridos y me comentaron que hubo un herido con un disparo en el pecho que le habían perforado un pulmón. Debido a su gravedad lo trasladaron a un hospital de Estados Unidos.

Me amputaron la pierna por debajo de la rodilla y a las dos semanas me trasladaron a la base de Diwaniyah para mi traslado al hospital militar Brook Army Medical Center, en San Antonio, Texas.

Al cabo de un tiempo, cuando empecé con la rehabilitación, tenía a un enfermero asignado con el que entablé amistad. Conforme iban pasando los días nuestra amistad iba en aumento. Le pedí un favor: que averiguara si tiempo atrás había ingresado un soldado con un disparo en el pecho que le había perforado un pulmón. A los dos días, cuando estaba realizando la rehabilitación, me comentó que ingresó un soldado con las mismas heridas que yo le describí que entró en coma y que al mes lo trasladaron a otro hospital, La descripción coincidía con la de Kevin. Hubo un problema con la documentación. Al parecer en Irak confundieron la documentación y no pudieron ponerse en contacto con su familia.

Estoy seguro que era Kevin y por eso te dije que no murió en Irak. Espero que encuentres lo

que buscas..

Un gran abrazo.

Erik.

Terminé de leer el escrito de Erik. No sabía hasta qué punto le afectó todo lo sucedido en Irak, pero, en cierto modo, él era un privilegiado dentro de ese mundo de horrores; muchos no tuvieron esa suerte y no llegaron a superarlo; su mejor salida fue el suicidio.

Levante la vista y la fijé el fondo de la sala; me ayudó a poner mis pensamientos en orden. El tiempo no corría a mi favor.

Me dio por pensar que si fue Kevin el que estuvo en el hospital, como bien dijo Erik, y estuvo en coma, podía entender la conexión entre nosotros dos: dos personas en coma con los mismos síntomas. Podía existir una clase de conexión especial: algo desconocido por todo el mundo científico. Cuando yo necesité su ayuda, él me la prestó. La sensación de sentirme protegido por algo... No sabía cómo explicarlo. Muchos no lo entenderían.

Había sentido la presencia de Kevin pidiéndome ayuda, eso nadie me lo podía negar. Yo lo había vivido. Había percibido incluso su perfume personal, su aroma. No pararía hasta descubrir la verdad. Pero había algo más aterrador, miserable e inhumano: que ocultasen la existencia de un hombre que había puesto su vida a disposición de su país. ¿Cómo podían existir personas así de miserables? Lo que estaba claro era que Kevin estuvo metido en algo de lo que no pudo salir.

¿Cómo podría averiguar la identidad de ese soldado? Toda la información era confidencial, nadie se atrevería a darme información a menos que fuera de su propia familia. No podía decirle nada a Frank ni a Dolores sin tener la certeza de que era Kevin. Por mucho que me quisiesen, estábamos hablando del amor de un hijo, y de una pérdida que no debía remover si no era para decirles algo importante y relevante.

No podía hacer otra cosa que aparcarlo y centrarme en mi ingreso en la academia de policía. Tenía que intentar llegar lo más alto posible para tener mayor libertad de movimiento. A mayor libertad, mayor éxito.

Salí de la biblioteca con el escrito de Erik, que pensaba guardar como oro en paño: me sería de gran utilidad para enseñárselo al juez Devon.

Capítulo 31

Sarah

Departamento de policía 19. Manhattan.

Me encontraba en la comisaría donde prestaban sus servicios los policías que encontraron los cuerpos sin vidas de los indigentes. ¿Quién se iba a preocupar por ellos? Su vida transcurría por las calles, durmiendo en parques y en edificios abandonados.. Me dirigí al sargento que accedió a recibirme cuando llamé solicitando información.

—Buenos días, sargento. Soy Sarah, periodista del New York Times. Hemos hablado por teléfono sobre los cuerpos de los dos indigentes.

—Lo único que te puedo decir es que una patrulla de vigilancia encontró los cuerpos en unos almacenes abandonados.

—¿Saben sus nombres?

—No se encontró documentación alguna. Hemos comprobado las huellas dactilares sin tener resultado alguno.

—Según las informaciones que he podido recabar sus muertes no se produjeron por agresiones físicas. ¿Eso no es un poco extraño?

—Según el informe de los agentes que encontraron los cuerpos... — Observó un documento que sostenía en la mano—. Te leo literalmente:

Sobre la tres de la tarde se encontraron dos cuerpos sin vida. Ambos varones. No se apreciaban

daños físicos. Por la espuma encontrada en la boca, parece que pudieron ingerir algún tipo de comida o bebida en mal estado. Sobre las cuatro de la tarde la ambulancia los trasladó a la morgue del hospital New York City para su autopsia.

—Si quieres tener más información, ya sabes dónde tienes que ir.

—Gracias por su tiempo, sargento.

Sarah

Hospital New York City

Esperaba obtener más información en la morgue. Me acordé que tenía una amiga de la universidad que trabajaba en el hospital. Esperaba que estuviese trabajando y que me pudiera ayudar.

Una vez en el hospital, me dirigí al departamento de enfermería para preguntar por ella. Cuando me disponía a subir las escaleras me la encontré..

—Gina.

—Hola Sarah, qué alegría verte. ¿Tienes algún familiar enfermo?

—Mi visita es por trabajo.

—¿Por trabajo?

—Sí, estoy trabajando para el New York Times.

—Al final te hiciste periodista...

—Sí, a las agujas les tengo pánico.

—¿En qué te puedo ayudar?.

—Según la policía, trasladaron al hospital dos cuerpos de dos indigentes que encontraron muertos en unos almacenes abandonados, y me gustaría que me ayudaras con el forense.

—Vas a tener suerte, Sarah. Hoy está el doctor Williams de guardia y tengo mucha amistad con él. Bajemos al sótano, que es donde está la morgue.

Bajamos al sótano, la mezcla de los olores destacaba. Daba la sensación que fuera un lugar abandonado, apenas nos cruzamos con alguien. La temperatura allí abajo era mucho más baja y sentí escalofríos. Entramos en el despacho del doctor Williams.

—Buenos días, Williams.

—Buenos días, Gina. ¿Te has perdido o es que quieres trabajar muertos?

—Gracias, doctor, prefiero trabajar con lo vivos.

—¿A qué se debe tu visita?

—Te presento a mi amiga Sarah, es periodista y quería hacerte algunas preguntas.

—¡Sarah! Bonito nombre. Perdona, pero no es muy frecuente que vengan a verme dos mujeres tan guapas.

—Gracias, doctor por su tiempo. Soy periodista del York Times y mi visita es por los cuerpos de dos indigentes que encontraron en unos almacenes abandonados.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—La causa de sus muertes.

—No te puedo ayudar mucho, Sarah. Los trajeron hace dos días, sobre las cinco de la tarde, estaba terminando una autopsia. Podemos tomar un café y hablamos. Será mucho mejor que estar aquí.

—Me parece bien doctor.

Salimos del despacho, un despacho pequeño frío y con olor a cloroformo y a mentol.

Conforme íbamos a la cafetería, que se encontraba en la primera planta, me di cuenta que tanto el doctor Williams como Gina no solo eran amigos sino que había algo más entre ellos. Entramos en la cafetería y nos pedimos un café. Llamaba la atención lo joven que era el doctor, no tendría más de treinta años. Fue él quien siguió con la conversación que habíamos dejado en su pequeño despacho.

—Como te iba diciendo, Sarah, fue un poco extraño. Llegaron en la ambulancia sobre las cinco de la tarde. Lis dejaron en una habitación conjunta a la sala donde realizamos las autopsias. Les colocaron la etiqueta de identificación en el dedo del pie como personas indocumentadas.

»Les hice un pequeño reconocimiento y me llamó la atención el olor que desprendían sus bocas. Tenían espuma de color verde oscuro: daba la sensación que habían consumido algún tipo de droga.

—¿No llegaste a realizarle la autopsia?

—No dio tiempo, a las dos horas llegaron tres personas con una orden judicial y se llevaron los cuerpos; en estos casos vale la pena no preguntar.

—¿No sabes quiénes eran esas personas?

—Seguramente serían agentes del gobierno. ¿Por qué ese interés en los cuerpos de los indigentes?

—Tú mismo te has contestado, ¿Por qué se iba a molestar por dos cuerpos de indigentes, una agencia del gobierno? ¿No te resulta extraño?

—Mi consejo es que te olvides del tema, si no lo haces seguro que tendrás problemas —Me advirtió con un semblante serio.

—No puedo olvidarme del tema. Cuando dos personas mueren y el gobierno quiere ocultar los motivos de sus muertes, se tiene que investigar. Para eso estamos los periodistas. Me tengo que ir, tengo trabajo atrasado y me tengo que poner al día. Gina, hablamos otro día. Gracias, doctor por su cortesía, y perdone las molestias.

—Sobre todo ten cuidado, Sarah.

—Lo tendré. Gracias a los dos por todo.

Salí del hospital un poco intranquila. Recordé la advertencia que me hizo izan. Al mínimo movimiento por descubrir lo ocurrido podía sonar la alarma y ,mi vida correría peligro. Por desgracia no se equivocada. Al momento sonó mi teléfono.

—Sí.

—Es usted la periodista que está preguntando por los cuerpos encontrados en unos almacenes abandonados.

—¿Por qué lo pregunta?

—Tengo una información de primera mano que te puede ayudar. Olvídate del tema. Deja en paz a los muertos si no quieres reunirte con ellos.

La intranquilidad que tuve al salir del hospital se confirmó con la llamada de teléfono. Llegué a pensar que no estaba preparada para ese tipo de periodismo de investigación, pero enseguida me vino a la mente una frase de Kevin: «Si no somos capaces de defender nuestra libertad y consentimos la intimidación, nuestra vida no tendrá valor».

Me dio fuerza para seguir con mi cometido. Estaba segura que estaba yendo por buen camino. Pensé en llamar a Brando para informarle de lo sucedido y cuando me disponía a hacerlo, recibí una llamada de John.

—Dime, John.

—Sarah, ¿cómo va ese trabajo?

—Bien, paseándome por las calles.

—Te llamaba por si te apetecía que nos viésemos antes de irme a la academia.

—¿A qué hora tienes que estar en la academia?

—A las siete de la tarde.

—Te espero en mi casa sobre las tres.

—Me parece bien. Comeré con Frank y Dolores y luego me acercaré a tu casa.

Capítulo 32

John Lamber

Después de salir de la biblioteca me apetecía dar un pequeño paseo por los alrededores y me decidí por tomar un café en la cafetería que se encontraba en frente. Entré en la cafetería Andaz. Me giré para admirar de nuevo el edificio de la biblioteca. Destacaban sus seis columnas perfectamente asimétricas, los leones que parecían vigilar la plaza y las mujeres talladas sobre su capitel. Me tomé el café y por un momento me olvidé del tiempo.

No podía quitarme de la cabeza a Erik, me daba la sensación de haber perdido a un gran amigo. Recordé el final del escrito: «Espero que encuentres lo que buscas».

Eran la tres de la tarde y había terminado de comer. Dolores había hecho una comida especial, sabía que Dolores y Frank estaban preocupados, pero no se atrevían a decir nada. Tuve que ser yo quien rompiera el hielo. Les pedí que no se preocuparan por mí, que iba a estar muy cerca, y que no me iba al fin del mundo.

Minutos más tarde me encontraba en la puerta de Sarah, posiblemente la mujer más bella del mundo, por lo menos para mí. Llamé a la puerta y a los pocos segundos se abrió. Encontré a Sarah un poco distante y preocupada, al parecer su primer día de trabajo no había ido como ella esperaba.

—¿Todo bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —contestó molesta.

—Te encuentro un poco nerviosa y no creo que sea por mí. ¿Te ha pasado algo en el trabajo?

—Nada, cosas del primer día.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos en la cafetería Europa cuando me dijiste que tenía que tener confianza? ¿Que un problema dividido entre dos pesa menos?

—No te preocupes, son cosas de trabajo.

—Veo que no te atreves a contármelo. Vi algo de lo que estás

investigando.

—¿Qué sabes tú de mi trabajo? ¿Has mirado los expedientes?

—Vi el sobre y me llamó la atención. Le eché un vistazo, apenas pude ver nada. Llegó tu madre y lo dejé encima de la mesa, ¿Por qué no confías en mí?

—No lo entenderías

—Inténtalo.

—Está bien, te lo diré. Estoy realizando una investigación sobre dos indigentes que encontraron sin vida.

—¿Tienen que ver algo con los expedientes que tenías sobre la mesa? ¡Espera un momento! ¿Fallecieron en extrañas circunstancias?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Esos cuerpos aparecieron por casualidad, seguro que los otros cuerpos no aparecen... Cuéntame todo lo que sepas.

—¿Cómo sabes tú tanto de esto? —comentó Sarah arqueando las cejas.

—Cuando salí de realizar las pruebas físicas, había dos policías que estaban comentando algo de unos cuerpos que aparecieron, que seguramente fuesen indigentes y que se prestaban para probar nuevos medicamentos.

—No vas mal encaminado. Esta mañana he estado en el hospital New York City, he hablado con el médico forense. Me ha dicho que no pudo practicarles la autopsia porque cuando se preparaba para realizarla llegaron unas personas con una orden judicial y se los llevaron.

—Ten mucho cuidado, Sarah. Esa gente debe ser de alguna agencia del gobierno y no lo pensarán dos veces en hacer cualquier cosa.

—Eres el segundo que me lo dice en menos de seis horas, primero el doctor Williams y ahora tú.

—Mírame Sarah, te han llamado para intimidarte, por el miedo de tu mirada creo que sí lo han hecho —Al ver que ella no lo negaba continué —.Me cago en la puta, te han llamado por teléfono amenazándote. ¿Qué te han dicho?

—Que me olvidara del tema, que dejara a los muertos tranquilos si no quería acabar como ellos.

—Escúchame bien, Sarah, y hazme caso. Llama a tu jefe y cuéntaselo todo. Te dirá que lo dejes pasar por un tiempo, y le propones seguir una investigación paralela investigando a los indigentes que han dejado de asistir a los albergues.

—Me estás hablando como un policía experimentado. ¿Quién eres realmente John?

—Déjate de tonterías, Sarah. Te he hablado como lo hubiese hecho Frank, te recuerdo que algo de policía tengo.

—De acuerdo, John, mañana hablaré con Brando de lo sucedido y le comentaré lo de esa investigación paralela. Me parece buena idea.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Tú dirás, inspector.

—Déjate de bromas que esto es más serio de lo que parece. En el sobre tienes una fotografía de un hospital psiquiátrico donde aparecen tres médicos, uno me parece que es el doctor Morgan.

—¿Qué fotografía? Yo no he visto ninguna. —Cogió el sobre y extrajo una fotografía—. ¿Es esta de la que hablas?

—Sí, fíjate bien. El del medio parece el doctor Morgan, con al menos veinticinco años menos.

—Tienes razón, John, parece el doctor Morgan. ¿Qué podemos hacer?

—Tienes que investigar su historial médico: en qué universidad estudió y dónde empezó a ejercer la medicina.

—¿Tú crees que el doctor Morgan está metido en todo esto?

—Lo único que sé es que el doctor tiene mucho que explicar. En la academia estaré seis meses, es el tiempo que tienes para recoger toda clase información sobre el doctor Morgan. No se lo puedes comentar a nadie, ni siquiera a tu jefe de redacción.

—¿Cuánto tiempo permanecerás en la academia sin venir?

—Estaré sin poder salir los primeros siete días. Presentaré la documentación que se requiere para poder obtener el permiso externo. A partir de ese momento podré salir todos los días por las tardes. ¿Podrás resistir siete días sin verme?

—Resistiré con lágrimas de sangre. Es el título de una obra de teatro. Nos vendrá bien unos días sin vernos, últimamente te estabas poniendo muy pesado.

—¿No va a haber una pequeña despedida?

—¿Cómo puedes pensar eso? Te he preparado una sorpresa.

—Me voy quitando la ropa.

—Sí, quítatela, no pierdas tiempo. ¡Mamá, John ha venido a despedirse!

—¡La madre que...!

—¿Ya te vas, John? —preguntó Natalia.

—Sí, Natalia. Ya me voy, he venido a despedirme por unos días.

—Déjame que te de dos besos.

—Gracias, Natalia.

—Bueno, Sarah... Me voy, que se me hace tarde. ¿Me das dos besos?

—Claro que sí

—¿Con que me quite la ropa, ¡eh!?

—Yo también te quiero —dijo riendo.

Salí de la casa de Sarah con una pequeña sonrisa, la cabrona me dice que me quite la ropa y luego llama a su madre. Por suerte se me trabó el cinturón que si no me hubiera pillado con los huevos al aire. ¿Qué explicación le hubiera dado? «Perdón, Natalia, se me ha roto el cinturón y se me han bajado los pantalones», me dije sonriendo.

Se hizo la hora de irme a la academia, y le pedí a Frank y a Dolores que me acompañaran. Cogimos un taxi porque a Frank no le gustaba conducir por la noche. Me senté en la parte de atrás con Dolores y Frank delante.

La cogí de las manos y no dejamos de hablar durante todo el trayecto. No me soltó la mano en todo el tiempo. En mi interior notaba algo especial que no pude describir. En un año y medio no me había separado de ellos y no quería separarme, aunque solo fuese por unos días.

Cuando llegamos a la academia y nos bajamos del taxi, Dolores me dio un abrazo como si la vida le fuese en ello. Frank me dijo: «¡No olvides que te queremos como a un hijo!».

Llegué al lugar que, por un tiempo, sería mi hogar: ¡la academia de policía! Cuántos secretos guardarían esas paredes...

En la puerta de la entrada, dos agentes hacían guardia, y el sargento Simm daba la bienvenida a los aspirantes a policía.

—Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, Lamber. ¿Alguna novedad?

—No, sargento, con ganas de empezar.

—En la lista encontrarás el pabellón y la habitación que se te ha asignado.

—Gracias, sargento —pronuncié con voz de mando.

Busqué el pabellón B, en la primera planta y la habitación número veintinueve, tal y como me habían indicado.

No estaba mal. Cuatro literas, la mía era la superior izquierda, con cuatro armarios. El baño estaba en mitad del pasillo. Consulté la lista que

informaba de los horarios de comidas y me asomé a la ventana. Me sorprendieron las vistas: un conjunto de edificios iluminados situados en un patio interior ajardinado. Tenía una pequeña ciudad a mis pies.

Pensé en cómo iba a ser mi primera noche en la academia. Me preocupaba la presencia de Kevin. De ser así, no sabía cómo debía reaccionar: se trataba de un espacio compartido con tres compañeros. Si observaban algo inusual me tomarían por un loco y tendría los días contados en la academia.

Bajé al patio, me apetecía pasear por sus jardines. La noche estupenda era estupenda e invitaba a hacerlo. Me crucé con un agente de vigilancia que me informó de que no podía permanecer en los exteriores más tarde de las nueve. Le di las gracias y me di la vuelta para volver a mi habitación.

En la puerta del pabellón me encontré con Berni y nos saludamos. ¡Qué casualidad! Compartíamos la misma habitación. Me comentó que el día del examen, pensó que me habían expulsado de la sala ya que habían pillaron a tres compañeros copiando, y al salir tan pronto creyó que yo era uno de ellos. Le pregunté por Timothy, por Anthony y por Jeffrey y me comentó que Anthony se rompió los ligamentos cuando realizaba las pruebas físicas. Estuvimos hablando hasta alta horas de la madrugada.

Capítulo 33

Sarah

Sede del The New York Times

Llamé por teléfono a Brando y le comenté los problemas que habían surgido. Me citó en la oficina para comentar los pormenores de la investigación. Al llegar a las oficinas me informaron de que la reunión se mantendría en la oficina del director. Pensé en lo peor. Quizás si consideraron que no estaba a la altura me retirarían para poner a alguien que consideraran más cualificado.

Frente al despacho del director respiré hondo. Llamé dos veces y la puerta se abrió automáticamente.

—Buenos días.

—Pasa, Sarah —me indicó Brando.

—Te presento a Christopher, el director del periódico.

—Me alegra conocerte, Sarah.

—Lo mismo digo señor.

—Por favor llámame solo Christopher.

—Siéntate. Cuéntanos cómo llevas la investigación —pidió Brando.

—Tuve una reunión con Izan, así es como se hace llamar. Mi sorpresa llegó cuando me dijo que era psiquiatra. Se doctoró en psiquiatría en una universidad que no me quiso decir. Realizó una tesis sobre la conducta de las personas. Ese trabajo fue el motivo de que lo captaran.

Le prometieron la participación en un gran proyecto, con una remuneración económica sustanciosa y le hicieron firmar un documento de confidencialidad.

—¿Aportó algún tipo de documentación? —preguntó Christopher.

—Sí, me entregó unos expedientes en los que rezaba que las pruebas realizadas a los indigentes no fueron satisfactorias según el objetivo del proyecto. Todos fallecieron en los interrogatorios. He traído unas copias, los originales los tengo en buen recaudo.

—Cuéntanos cómo llevas la investigación.

—Como le comenté a Brando he tenido un pequeño percance. Visité

la comisaría de policía donde pertenecían los policías que encontraron los cuerpos. Hablé con el sargento que llevaba la investigación y lo único que me dijo era que es habitual encontrar indigentes muertos, que muchos abandonaban los albergues y aparecen muertos en poco tiempo.

—¿Te dijeron dónde trasladaron los cuerpos?

—Los trasladaron al hospital New York City. Hablé con el doctor Williams, el forense encargado de realizar la autopsia y me comentó que cuando se preparaba para realizarla llegaron tres personas de alguna agencia gubernamental con una orden judicial y se llevaron los cuerpos. A la salida del hospital fue cuando recibí la llamada de teléfono en la que me amenazaban con reunirme con los muertos si no dejaba de investigarlos..

—¿Tú qué opinas, Brando? —preguntó Christopher pensativo.

—El tema está muy caliente, yo lo dejaría pasar unos días hasta que se enfríe un poco, pero eres tú el jefe: ¡tú decides!

—Si encargamos la investigación a otra persona no es una solución, antes o después recibirá las mismas amenazas que Sarah, o lo que es peor, aparecerá con dos tiros en cualquier callejón simulando un atraco. Es peligroso, pero ahora ya sabemos que hemos dado con el filón. Debemos estudiar bien nuestros pasos. Si sabemos jugar nuestras bazas tenemos mucho que ganar. Este asunto es una bomba y hay que trabajar bien, pero debemos ser cautelosos, no podemos poner en peligro nuestra integridad física.

—Entonces... ¿qué propones? Seguimos o lo dejamos pasar por un tiempo? —preguntó Brando.

—Escuchemos a Sarah. ¿Qué propones?

—Lo que os puedo decir es que tienen ojos por todas partes. En el momento que demos un paso, lo sabrán y las consecuencias serán graves.

—¿Nos estás diciendo que lo dejemos pasar? —preguntó Brando.

—No, yo no he dicho eso. Eso es lo que debemos hacerles creer. En vez de abordar este asunto directamente, cojamos un desvío..

—Explícate mejor. Ten en cuenta que estoy un poco mayor y me pierdo con facilidad —propuso Christopher sonriendo.

—Podemos seguir con la investigación cambiando de estrategia. Olvidémonos de los indigentes y sigamos una vía paralela. Investiguemos los albergues a los que acudían. Estaría bien hacer una crónica sobre los indigentes: las calamidades que tienen que sufrir durante el día, qué lugares escogen para dormir cuando no están en los albergues, la actuación policial con ellos, la actuación ciudadana... Mostremos las fotos de los fallecidos

mezcladas con otras fotos y quizás ello nos lleve a averiguar más sobre ellos.

—Brando, ¿es su primer trabajo de investigación? —preguntó Christopher.

—Ya te dije que te sorprendería.

—Me parece muy buena idea, Sarah. Pídele a Brando lo que necesites y ponte en marcha lo antes posible. ¿Necesitas a alguien que te ayude?

—No, prefiero seguir sola. Cuanta menos gente intervenga, menos sospechas levantaremos.

—Como tú desees, Sarah. Al mínimo riesgo, llamas a Brando. No quiero que te expongas a ningún peligro. Lo primero es nuestra integridad física, por encima de todo. ¿Entendido?

—No te preocupes, sé cuidarme yo sola. Si viese algo sospechoso actuaría de la misma forma que he actuado hasta ahora.

—Bien. Ahora si nos perdonas, tengo que resolver un temas con Brando.

Salí del despacho hecha un flan. Pensaba que me iban a apartar del caso y si llego a ser un poco más exigente igual hasta me aumentan el sueldo.

¿Cómo pudo saber John la repuesta que me iban a dar? ¿Cómo sabía él lo que tenía que proponer para llamar su atención y permitirme continuar con el caso?

«Este John nunca dejará de sorprendeme», pensé con nostalgia y con una sonrisa que no me cabía en el rostro.

Capítulo 34

John Lamber

Academia de policía.

Mi primer día en la academia fue tal y como me lo había imaginado. El respeto que se respiraba entre mis compañeros, unos compañeros con diferentes ideas, filosofías de vida, costumbres... Sarah tenía razón al afirmar que sin libertad no tenemos nada.

Éramos alrededor de mil personas, todas distintas. Unos guapos, otros feos; altos, bajos, divertidos, serios... Pero nos respetábamos y aceptábamos tal y como éramos.

La primera clase fue teórica, acerca de leyes y conducta. Para muchos resultó ser aburrido, pero para mí fue muy interesante. Seguro que fue debido al poco tiempo que llevaba entre los vivos, apenas un año y medio.

Aprendí mucho en mi primer día, mi cerebro era como una esponja, pero por mucho que absorbiese siempre quedaba espacio para más.

Nos comunicaron que por la tarde vendrían a darnos una charla sobre las leyes que componen nuestra constitución y por las que lucharíamos por defender como policías..

Me encontraba muy agusto, no tenía suficiente, quería más y más; y eso que era el primer día. No lograba imaginar cómo serían los siguientes días.

En uno de los descansos, coincidí con Timothy y Anthony. Nos saludamos y les pregunté dónde estaban alojados. Me comentaron que estaban en otro pabellón y planteamos la posibilidad de que solicitaran un traslado a mi habitación, ya que había dos literas libres.

Llegó la hora de la comida, disponíamos de dos horas libres. Las aprovechamos para planificar nuestras horas de estudio tras las clases.

Estábamos esperando la charla del juez, cuando entró el sargento Simm acompañado de una persona entrada en edad. Nos pusimos en pie mientras ellos se dirigían a la mesa donde impartirían la clase. Mi sorpresa fue cuando descubrí que la persona que acompañaba al sargento era el juez Devon. No daba crédito a lo que veía.

No pude evitar pensar en si se trataría de una casualidad, o si habría venido para hablar conmigo. O, quizás, el juez colaboraba con la academia y yo lo desconocía.

El juez impartió la clase. Era difícil seguirle el ritmo. Nunca imaginé que una persona fuese capaz de mantener tantas leyes en su cabeza.

Conforme se iba acercando la hora de terminar el sargento Simm, se acercó a mí y me dejó una nota doblada sobre la mesa. En ella pude leer:

Al término de la clase, espérese. El juez quiere hablar con usted.

Tres minutos después terminó la clase. Todos mis compañeros fueron saliendo de la sala y yo permanecí sentado esperando al juez. Se tomó su tiempo para recoger su agenda.

Los nervios me estaban devorando por dentro. Cuando fui a su casa era un simple civil, pero ahora era un aspirante a policía y eso cambiaba las cosas. .

—Buenas tardes, John.

—Buenas tardes, juez Devon. Me alegra verle.

—Sargento, ¿nos puede dejar cinco minutos su despacho? —preguntó el juez.

—Sí, señor. Tenga las llaves, ¿quiere que les acompañe?

—No hace falta sargento.

Una vez a solas, el juez se dirigió a mí.

—¿Te preguntarás qué hago aquí?

—La verdad es que sí.

—Te responderé. Soy comandante de la policía de Nueva York. Dejé la policía para ser juez, aunque conservo el rango de comandante.

—Entonces, ¿su visita a la academia es normal?

—Sí, lo es. Colaboro con ellos.

—Me dijo Frank que estuvo llamándome, entendí el mensaje que le dio. ¿Ha podido averiguar algo?

—Sí, llamé anoche a Frank para preguntarle por ti, me dijo que estabas en la academia de policía y me alegré mucho por Frank y por ti.

—Gracias, juez.

—Pude averiguar algo importante. A pesar de las trabas que me pusieron al principio, me personé en la comandancia de ejército para hablar con el coronel y así poder obtener la información del expediente de Kevin. Me costó mucho obtener esa copia.

»Te ahorraré los detalles, el caso es que utilicé todos mis recursos y la

obtuve. Sí te diré que no fue fácil porque parecían muy reacios a proporcionármela. Comprobé que era totalmente diferente al expediente que le entregaron a Frank.

»Es habitual modificar o suprimir los detalles que pueden causar dolor en las familias, pero en este caso estaba claro que la modificación perseguía ocultar la verdadera causa de su muerte, suponiendo que esté muerto.

—Entonces yo tenía razón... Usted también tienes dudas.

—No te puedo decir que no, pero va a ser muy difícil poder demostrarlo. Yo no tengo potestad para poder abrir una causa. Si se han tomado tantas molestias en falsear un expediente, las órdenes vienen de muy arriba.

—Recuerde, juez que le comenté que podía recabar más información.

—Sé, lo recuerdo perfectamente.

—El que fue compañero de Kevin en el ejército, me ha entregado un escrito explicándome lo sucedido en Irak; cuando lo lea le sorprenderá.

—¿Dónde lo tienes?

—En casa de Frank. Calculo que en seis días podré salir. Se lo entregaré para que lo pueda leer.

—Perfecto, John. Estaré fuera unos días para visitar a unos familiares, a mi regreso te llamaré. ¿Frank no debe de saber nada, cierto?

—Cierto. Frank no sabe nada, y no pienso decirle nada. Será usted, llegado el momento, y si lo cree oportuno, el que lo haga.

—Me parece bien. John. De momento céntrate en lo tuyo.

Cuando el juez Devon se fue, el sargento Simm, que se encontraba al pie de las escaleras esperándome, quiso saber qué relación tenía con el juez. Le comenté que era muy amigo de mi padre y que habían estudiado juntos en los primeros años de la universidad. Por su expresión, parecía sorprendido.

—John, en esta vida hay que tener amigos hasta en el infierno.

Tras esa observación, continuó comentándome cuál era mi objetivo en la academia.

Capítulo 35

John Lamber

Un mes más tarde.

Ya había pasado un mes desde que ingresé en la academia. Todo continuaba con normalidad. Al tener el permiso externo podía ir a mi casa. Tuve dos reuniones con el juez Devon. En la primera reunión le entregué el escrito de Erik, y en la segunda me habló de él. Me dijo que lo leyó tres veces para asegurarse bien de su contenido.

Fue la primera vez que noté muy nervioso al juez. Me devolvió el escrito de Erik pidiéndome que lo guardara bien y que no fuera en casa de Frank. Estuvimos en su casa hablando hasta altas horas de la madrugada.

Cuando estábamos en su casa, corrió las cortinas de la ventana y me hizo un gesto para que me asomara. Había un coche aparcado, con dos personas en su interior: eran los escoltas que le habían asignado porque había recibido amenazas de muerte.

Teníamos claro que la situación nos estaba superando y decidimos que por el momento esperaríamos un tiempo prudente antes de seguir investigando. El hecho de encontrarme en la academia lo complicaba todo mucho más.

A mi pesar, tuve que apartar por unos días la idea de seguir averiguando lo con que le sucedió a Kevin.

Al día siguiente tenía una clase de medicina forense y me interesaba estar muy atento, ya que era un tema que me interesaba Especialmente.

Sarah

Residencia de Sarah.

«Esto es una mierda», me dije. Llevaba un mes estancada con la investigación. Había visitado más de diez refugios sin resultado; nadie dijo que sería fácil, pero tampoco tan complicado,

Estaba claro que no había visitado todos los refugios de Manhattan,

pero... ¿Por qué tenía que ser un albergue de Manhattan? Si los cuerpos aparecieron allí, con mayor motivo los indigentes tendrían que ser de otro condado, de esa manera evitaban unificar la información que pudiera levantar sospechas.

Necesitaba contactar con Izan, seguro que él tendría la información que necesitaba. Llamé a Brando para que me dijera cómo ponerme en contacto con él.

El resultado de la investigación sobre el doctor Morgan tuvo un trasfondo negro. Investigué la procedencia de todos los médicos del hospital. De todos obtuve información, excepto de él. Ni dónde estudió ni dónde empezó sus pasos en la medicina... ¡Nada! La información más reciente se remonta al hospital donde trabajaba en ese momento desde hacía diez años.

Cuando empezaba a convencerme de que tendría que empezar de nuevo, recibí una llamada de un voluntario del refugio Misión Bowery. Me dijo que se llamaba Leonard.

Tenía información que me podía ayudar a cambio de una pequeña compensación económica. Dos horas más tarde me reuní con él en Central Park, en el muelle donde alquilan las barcas de paseo. Alquilamos una barca y dimos un paseo por el lago.

—¿Has traído el dinero? —preguntó Leonard

—Dime qué información tienes.

—Estuviste en el refugio fingiendo que estabas trabajando en un reportaje, pero lo que te interesaba era si conocíamos a las personas que aparecían en las fotos.

—Te puedo dar trescientos dólares.

—Eso es poco.

—Es lo máximo que te puedo dar.

—De acuerdo dame el dinero.

—Primero me tienes que dar la información.

—¿Tienes las fotografías?

—Sí

—¿Me las puedes enseñar? Había uno con una cicatriz en el ojo derecho.

—¿Es este?

—Sí, es este. No sé su nombre, pero coincidí con él cuando estuve colaborando en un refugio en el Bronx que se llama Padre Pio Scheler. Recuerdo que algunos días aparecía con dinero; sus compañeros le

preguntaban de dónde lo sacaba, y él les decía que se lo daban a cambio de tomarse unas pastillas para el dolor de pecho.

Regresé a casa con el presentimiento del ir por buen camino. Habían sido los mejores trescientos dólares gastados. Disponía de un presupuesto generoso por parte del periódico para la investigación, El problema era que no sabía el nombre del indigente, pero sabía en qué refugio estuvo antes de su muerte y eso era un buen comienzo.

Capítulo 36

John Lamber

Academia de policía

Eran las ocho y media de la mañana y ya estaba ansioso por comenzar la clase de medicina forense.

Sin duda unas de MIS asignaturas preferidas. Como bien dijo el capitán Adam, si se les presta la debida atención a los muertos, ellos te hablan.

Algunos de mis compañeros me llamaban «fúnebre» porque durante unos días no dejaba de hablarles de la muerte y sus consecuencias. Me intrigaba ese mundo, no sabía si era por Kevin o porque otras razones. Siempre que soñaba con algo relacionado con la muerte, me venía a la cabeza Kevin.

Entremos en la sala, era totalmente distinta a las demás. Era una sala en forma ovalada con una mesa alargada de mármol en el centro. En general, su aspecto era frío. Sobre la mesa se encontraba un cuerpo tapado con una sábana en espera de la actuación del médico forense.

—Buenos días, soy el doctor Nelson y hoy es una de las tres clases teóricas que tengo con ustedes. Sobre la mesa tenemos el cuerpo de un hombre que fue asesinado hace unos meses. Ha estado en la cámara hasta el día de hoy. En la actualidad se producen muchos casos de muerte por arma. Por pequeña que sea esta puede causar graves daños en órganos vitales. ¿Hay entre nosotros alguien decidido a hacer una inspección ocular y describir, a priori, cual fue la causa de la muerte.

No había terminado el doctor de hablar cuando ya tenía el brazo levantado.

—Tenemos un voluntario. ¿Cómo se llama?

—John lamber.

—¿Es la primera vez que ves un cuerpo sin vida tan cerca?

—Sí, es la primera vez y, la verdad es que impresiona un poco.

—Somos todos oídos. Cuando quiera puede empezar —comentó el

doctor.

—Doctor, ¿puedo darle la vuelta al cuerpo?

—¿Por qué se la quiere dar, John?

—No aprecio ninguna herida frontal, por lo que deduzco que las heridas las tiene que tener detrás.

—Dele la vuelta si lo considera oportuno.

Me sentía como pez en el agua. Empecé a recitar en voz alta el resultado de mi inspección ocular:

El fallecido presenta dos heridas producidas por arma blanca. La primera se encuentra en el área cervical, lugar donde pasan varias vías nerviosas importantes. La causa de la muerte fue violenta, una muerte lenta y agónica lo que le llevó a un shock de hipovolemia que ocasionó la muerte de la víctima. La víctima no presenta heridas defensivas. Su agresor debió ser una persona zurda por la dirección y profundidad del corte: de derecha a izquierda, de forma ascendente.

—¿Has estudiado algo de medicina forense?

—No, pero me atrae la medicina forense. Como bien dice un amigo de mi padre: si se le presta la debida atención a un cuerpo, te lo cuenta todo.

—Muy bien, John. Puede volver a su sitio.

Me encontraba tumbado en la litera, más relajado después de terminar la clase de medicina forense. La sensación de estar delante de un cuerpo muerto fue algo extraña al principio; me producía mucho respeto, pero pocos minutos después me encontraba más cómodo incluso que cuando estaba con algunos vivos.

Solo pensaba en que volver a ver a Sarah. Esperaba que hubiera podido averiguar algo referente al doctor Morgan.

Cuando me estaba quedando medio dormido, escuché por los altavoces que debía presentarme en el despacho del sargento Simm. «¿Qué tripa se le habrá roto a mi amigo el sargento?», pensé. Entré en su despacho y me sorprendió ver todos los artilugios que se utilizan en la prueba del polígrafo.

—Siéntese, Lamber. ¿Tiene algún problema en que le repetimos la prueba del polígrafo?

—No, sargento, pero... ¿puedo preguntar por qué?

—No sería la primera vez que espías de otros países intentan introducirse en nuestros cuerpos de seguridad. Se puede negar, pero yo no se lo aconsejo.

—¿Espías? —pregunté muy sorprendido—. De acuerdo, sargento. Cuando quiera.

Le presento a Tomas, poligrafista del FBI. Él ha descubierto a varios espías rusos. Es un auténtico profesional. ¿Le quiere decir algo antes de empezar?

—No tengo nada que decirle, excepto que espero que haga bien su trabajo.

—Quítese la camisa. Apoye los brazos en los antebrazos de la silla —ordenó el tal Tomas.

—¿Nervioso, John?

—No, sargento.

—En realidad le he mentado, John. Este señor no se llama Tomás y no es poligrafista. En realidad se llama Farwell y es neurocientífico; trabaja para el FBI. Le vamos a hacer una prueba diferente a la que se realizó la última vez. Esto es un casco que obtiene las huellas cerebrales. Te enseñaremos unas series de imágenes. Cuando tu cerebro las procese producirá un tipo de ondas eléctricas que son distintas en tamaño a las producidas cuando son observadas por primera vez. Si el estímulo es reconocible y tiene su huella en la memoria, el cerebro emitirá una onda que se mide en microvoltios; la prueba permitirá sacar de la memoria gracias a un estímulo visual.

—Sí, lo he entendido, sargento. Usted quiere expulsarme de la academia y no sabe cómo hacerlo.

—Se equivoca, John. Si la prueba es positiva, no será expulsado de la academia, será detenido por espionaje.

—Acabe cuanto antes

En esos momentos tuve muchas ganas de darle un puñetazo entre los dientes al puto sargento.

—Te vamos a poner veinte fotografías separadas por una cartulina negra. Las observarás durante dos minutos sin apartar la vista de ellas, y tu cerebro hablará por ti.

—Cuando termine la prueba, pase a una habitación y espere los resultados.

Las fotografías mostraban imágenes de espías durante la guerra fría. Imágenes de fragmentos de negativos, de suicidios por cianuro, documentos secretos. Todo relacionado con el trabajo de cualquier espía.

No entendía la obsesión del sargento por complicarme la vida. Me sentía mal por la persecución a la que me estaba sometiendo desde el primer

día. Estaba enfadado, cabreado y rabioso por la forma de tratarme de ese hijo de puta.

La espera en la habitación se me hizo interminable. Una habitación con cuatro paredes y una silla. No recuerdo los metros que recorrí yendo de una pared a otra. Por fin se abrió la puta puerta y entró el sargento acompañado por el neurocientífico. Me planté en mitad de la habitación con la mirada desafiante.

—¿Cómo ha ido la caza?

—Cálmese, Lamber, Farwell le informará.

—La prueba ha salido negativa.

—¿Eso es todo? La prueba ha salido negativa. ¿Esa es la explicación que me tiene que dar? Me han tratado como un criminal y no se lo voy a permitir, sargento. Expondré una queja adelante el capitán por su persecución hacia mi persona. Y ahora, si me lo permiten, tengo otras cosas que hacer aparte de jugar a los científicos.

Salí de la habitación cagándome en la madre que los parió a los dos.

Capitán Adam

Dos horas más tarde. Despacho del capitán.

—Sargento, tiene los informes de John Lamber.

—Sí, capitán. Le Diré que el inspector Farwell me ha dicho que era un buen candidato para el FBI. Es sorprendente la capacidad de Lamber, destaca en todo. Esta mañana he hablado con el doctor Nelson, y hecho hincapié en que John Lamber tiene una inteligencia muy superior a la de los demás. Podría ser el mejor investigador de homicidios que haya pasado por la academia. En este sobre tiene todos los informes.

—Sargento, tengo una gran estima a John Lamber. Su padre y yo fuimos compañeros en la academia y tenemos una gran amistad; por ese motivo quiero estar informado de todo lo referente a él.

Cuando el sargento se fue, me senté en el sillón de mi despacho y me perdí en los recuerdos. Mi relación con Frank y con Jack se remontaba al periodo de la academia de policía. Forjamos una gran amistad que aún perdura. Lo recordé como si fuese el primer día.

De los tres, el mejor preparado era Frank. Él lo tuvo claro: su objetivo era ser detective de homicidios. Estudió duro y no perdió el tiempo. Cuando

las cosas no le salían como él quería, se enfadaba mucho consigo mismo. Jack y yo éramos diferentes.

Nosotros veníamos de unas familias acomodadas; yo era hijo del gobernador y Jack hijo de una familia de abogados muy reconocida en las altas esferas, sin embargo la procedencia de Frank era todo lo contrario. Se crió con unos familiares ya que sus padres murieron en un accidente de tráfico. Frank salvó la vida de puro milagro. Frank entabló una buena amistad con un suboficial de la academia. Nosotros comentábamos que el suboficial se había encaprichado de Frank y él lo negaba siempre, pero un día pasó algo que a Frank lo dejó un tanto trastocado.

Él era una persona muy reservada. Frank tenía un lema para todo: de lo que haga la mano derecha que no se entere la mano izquierda. Durante unos días, parecía distante y pensativo, y a la misma vez preocupado. Frank evitó todo contacto con el suboficial.

Todo cambió cuando, durante un permiso de unos días, una noche presencié un asesinato y gracias a su actuación detuvieron al asesino. Fue felicitado por los mandos de la academia y le propusieron que siguiese estudiando en la academia para oficial de policía porque tenía un don de mando y buena actitud para resolver los casos de homicidio. Él lo tenía claro: su deseo era ser detective, y lo de oficial suponía más tiempo de permanencia en la academia, y eso no iba con él.

Capítulo 37

Sarah

Refugio Padre Pio Scheler. El Bronx

Concerté una entrevista con Ruth, la directora del refugio Padre Pio Scheler. Esperaba que me ayudara con la investigación. Comprobé los datos de las estadísticas de los indigentes registrado en Nueva York; era escalofriante. Se registraron cerca de sesenta mil quinientos indigentes, muchos de ellos deambulaban, o dormían, o pedían ayuda entre los rascacielos de Park Avenue, Wall Street o la Quinta Avenida. Los más de sesenta mil indigentes neoyorquinos eran un reflejo de disparidad económica que se vivía en Nueva York, la ciudad más rica de Estados Unidos.

¿Quién iba a reparar en unos cuantos muertos, entre sesenta mil almas deambulando por Nueva York?

Cuando llegué al refugio, la directora me estaba esperando en la puerta. Aparqué el coche apenas a diez metros de la puerta. Comprobé, con tristeza, la larga cola que estaban haciendo los indigentes para recibir una ración de comida.

—Muchas gracias por recibirme.

—¿En qué le puedo ayudar, Sarah?

—Ruth, estoy investigando la muerte de unos indigentes encontrados en unos almacenes abandonados de Manhattan. Según he podido averiguar estuvieron un tiempo en su refugio, le he traído unas fotografías por si los puede reconocer.

Le mostré las fotografías.

—El de la cicatriz en el ojo estuvo un tiempo viniendo por aquí, lo teníamos registrado como Dominic.

—¿Sabe si estuvo en contacto con algún laboratorio de medicamentos?

—A veces venía con un poco de dinero y decía que se lo daban por tomarse pastillas para el dolor del pecho. Lo único que hacía, según contaba, era probar varios tipos de medicamentos.

—¿Cómo sabe que no eran drogas?

—No solo era Dominic el que las tomaba. Una noche fallecieron tres por culpa de esa mierda.

—¿Llamaron a la policía?

—Sí, apenas tardaron, metieron los cuerpos en las ambulancias y me dijeron que ya se encargarían ellos. Insistieron en que la muerte era por causas naturales. Pero yo sé que fue por culpa de esas pruebas con medicamentos. .

—¿Se hizo eco la prensa local?

—Apenas comentaron nada. Vino un periodista haciendo algunas preguntas y al día siguiente me enteré que le habían dado una paliza. Me pareció mucha casualidad.

—Gracias por todo, Ruth. Me ha sido de gran ayuda.

Salí del refugio —con información—, y convencida de la gran labor humanitaria que estaban realizando por esas pobres personas. Estaban solos y abandonados. Se arrastraban por las calles en busca de cualquier trozo de pan para echárselo a la boca.

Durmiendo en cualquier rincón... y expuestos a personas sin escrúpulos, como era el caso. ¿Dónde tenían cabida los valores y los derechos humanos? Cuánto se les llena la boca a los políticos hablando de combatir ese tipo de situaciones... ¡Valientes hipócritas! Solo se movían por dinero.

Recibí una llamada de Izan mientras conducía, tuve que detenerme un instante para poder hablar con él.

—¡Hola, Izan! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Cómo llevas la investigación?

—Es ,más complicada de lo que me imaginaba.

—¿Has podido averiguar algo?

—Sí, uno de los indigentes lo tengo identificado, acabo de hablar con la directora del refugio, me da la impresión que esto va a ir lento. La gente es reacia a hablar.

—Ten paciencia, en unos días te proporcionaré unos expedientes que he podido conseguir. No te volveré a llamar, lo más seguro es que te pinchen el teléfono. Te mandaré un mensaje con un verso en el que te indicaré dónde nos podremos ver.

—De acuerdo, Izan. ¡Cuídate!

—Lo mismo te digo.

John Lamber

Residencia de Frank Lamber. 8:30 de la tarde.

¡Por fin en casa! Frank y Dolores se encontraban en casa de unos amigos. Subí a mi habitación para darme una ducha antes de llamar a Sarah. Como ya era costumbre me duché con agua fría, y siempre mirando de reojo el grifo de agua caliente.

Terminé de ducharme y escuché el sonido del teléfono. Era Sarah. Me había enviado un mensaje en el que me indicaba que la llamase cuando pudiese.

Escuchar su voz me reconfortó. Antes de que terminara de vestirme ya estaba llamando a la puerta.

—Pasa, Sarah. ¿Qué has averiguado?

—He podido ponerle nombre a uno de los indigentes fallecidos, me he desplazado al Bronx, al refugio donde estuvo durante un tiempo.

—Ya me imaginaba que no serían de aquí. ¿Y el resto?

—Del resto, nada. La gente es muy reacia hablar, menos mal que la directora ha cedido a hablar conmigo, ha reconocido a uno de ellos. Me ha confirmado que uno de los indigentes se llamaba Dominic y que estaba probando algún tipo de medicamento que le daban en un laboratorio farmacéutico. Lo que sí está claro es que esto no es una organización cualquiera; alguna agencia gubernamental tiene que estar metida hasta el cuello.

—Estando en la academia de poca ayuda te puedo ser. Y más de la forma en la que me controla el cabrón del sargento. Sigue investigando sin exponerte a ningún peligro. Esta investigación nos llevará tiempo y tenemos que ser muy prudentes. ¿De tu informador sabes algo?

—Sí, me ha llamado por teléfono interesándose por la investigación y me ha comentado que tiene más expedientes preparados para dármelos.

—Cuantos más expedientes, mayor posibilidad tendremos de saber algo en concreto.

—John, me tengo que ir. Mi madre me está llamando; está de un pesado...

—Mañana seguimos hablando, ten mucho cuidado, Sarah.

—Hasta mañana, John.

Cuando se fue Sarah me senté en el sofá del salón. Tenía el presentimiento de que si seguíamos investigando, cualquier día podíamos

terminar en una cuneta con un tiro en la cabeza. Al mismo tiempo me contradecía pensando que habíamos iniciado algo que no podíamos dejar. Mucho había sucedido en ese pequeño trayecto de tiempo. Al juez Devon lo involucré tanto que incluso lo habían amenazado de muerte. ¿A quién se le ocurriría intentar asesinar a un juez? Eso no estaba al alcance de todos, solo de La CIA. La CIA tenía las manos muy manchadas.

Me quedaba mucho camino por recorrer y sin duda estaba dispuesto a hacerlo, aceptando los reveses que pudiera encontrar. No podría mirar a la cara a Frank y a Dolores sabiendo lo que sabía sin hacer nada. Mi objetivo siempre había sido ser detective de homicidios y después, una vez fuera de la academia, poner toda la carne en el asador.

Siete meses más tarde.

Una vez terminada mi estancia en la academia, tenía muchas ganas de empezar mi nueva vida como detective de homicidios. No había sido un caminito de rosas, mi trabajo me había costado.

Tenía que reconocer que me había equivocado con el sargento Simm, él solo cumplía órdenes del capitán Adam. Fue una manera rara de motivarme.

Mi conversación con el capitán Adam no tubo desperdicios, me dio la enhorabuena. Fui el aspirante con mejor nota de la academia, muy superior a la media. Me comentó que tenía la posibilidad de incorporarme al FBI. La agencia se había interesado por mí. Algunas de las pruebas a las que me sometieron, fueron bajo su demanda.

Me despedí del capitán dándole las gracias por la confianza que había depositado en mi persona, me dijo que, sin duda, sería unos de los mejores en homicidios.

A pocos días de Navidad, me destinaron al departamento de policía de la 19. Mis nuevos compañeros de homicidio, la detective Kate y los detectives Tommy y Jim, estábamos bajo las órdenes del sargento Russel. Me recordaba mucho a Frank, le quedaban pocos días para su jubilación y, ¿cómo no?, era amigo de Frank.

Uno de mis sueños se había hecho realidad. Por desgracia y por consejo del juez Devon tuvimos que aparcar el caso de los indigentes hasta que tuviéramos más pruebas. Lo que más me dolía, era no poder continuar

con la investigación de Kevin. Había noches que no podía conciliar el sueño pensando que le había fallado. No sabía el motivo, pero tenía el convencimiento de que Kevin seguía vivo. Pero...¿Dónde? Me lo preguntaba una y otra vez sin encontrar ni siquiera una pista.

Sarah se quedó esperando los expedientes que le había comentado Izan. Transcurrieron los días, las semanas y los meses e izan no se puso en contacto con Sarah. No teníamos nada nuevo por donde seguir. Estábamos en un callejón sin salida.

Unas semanas antes, me llamó la mujer de Erik y me comunicó que Erik se había suicidado. No podía creerme lo que me estaba diciendo. Le pregunté cómo había ocurrido y no supo contestarme. Lisa, que es como se llamaba la viuda de Erik, me contó que días antes de su muerte se despidió de sus hijas y de ella pidiéndole perdón por lo que les había hecho sufrir. Lisa no le dio importancia ya que no era la primera vez que lo decía, pero esa vez era diferente.

Asistí con dolor y sufrimiento al funeral de Erik. Comprobé que había sido una persona muy querida entre los suyos. En su habitación de la clínica, encontraron una carta dirigida a mí, aunque apenas contenía tres renglones. En ellos decía que mi destino era encontrar a Kevin, y que cuando lo hiciera que me despidiese en su nombre de él. Y añadió que le dijese que no fuese lo cobarde que había sido el por no haber luchado lo suficiente por su familia.

En cierta manera me sentía algo culpable por el destino de Erik, quizás había sido yo el detonante de todo.

Capítulo 38

John Lamber

Comisaría de policía.

Me encontraba con Kate revisando unos casos de asesinato sin resolver, cuando el sargento Russel se acercó.

—John

—Sí, sargento.

—Han encontrado el cuerpo de una joven entre unos matorrales de Central Park. Los agentes han acordonado la zona, os están esperando. Que Kate vaya contigo.

—Kate, nos vamos que tenemos trabajo.

Cogimos el coche y en apenas quince minutos llegamos a la zona del crimen. Mi primer caso como responsable de la investigación.

—Tu primer caso, John.

—Sí, pero no te preocupes, Kate, me llevo muy bien con los muertos.

—Buenos días, agentes somos los detectives de homicidios Kate y John. Soy el encargado del caso. ¿Quién encontró el cuerpo?

—Se llama Hotch, suele pasear todos los días por esta zona con su perro. Al llegar aquí su perro empezó a ladrar y subieron al montículo. Vieron a la joven boca bajo y nos llamaron.

—Gracias, Roger. Asegúrese de mantener a los curiosos alejados y acordone la zona. Kate, llama al forense y que mande un equipo. La posición del cuerpo nos indica que estaba de rodillas cuando la mataron. Se escondía de alguien o subió para hacer un trabajito. Saca fotos de toda la zona. Agentes, ¿hay cámaras que controlen esta zona?

—Las cámaras normalmente cubren la zona de circulación y algunas zonas laterales.

—Roger, ¿me pueden facilitar una copia de las veinticuatro últimas horas? Me la manda a la comisaría.

—Sí, señor..

—Kate, ¿has fotografiado estas pisadas?

—Aún no, John. Las voy a numerar y las fotografiaré guardando un

orden.

Me bajé del montículo y miré en la dirección de los pasos. El camino era de tierra con una longitud de unos ocho metros lineales, una vez terminado el camino estaba asfaltado. Se salió en este punto, se paró y al momento se subió al montículo.

—¿Cómo sabes que se salió en este punto?

—Mira, en este punto las huellas son paralelas; significa que estaba parada. La siguiente huella es de un solo pie y luego el siguiente.

—John, se acerca el forense.

—¿Conoces al forense?

—Sí se llama Stewart, lleva poco tiempo trabajando con nosotros. John, te presento a Stewart, médico forense del departamento.

—Stewart, ¿has examinado el cuerpo? ¿Podemos saber la hora de la muerte?

—Aproximadamente murió sobre las diez de la noche. Lleva muerta doce horas. El disparo se lo hicieron a corta distancia, el pelo presenta restos de pólvora. El orificio de entrada está en la zona occipital, la bala salió por la boca atravesando el maxilar inferior con rotura del incisivo central. Cuando le practique la autopsia, te podré dar más información.

—Gracias, Stewart. Estaremos en contacto.

—Kate, cuando Stewart levante el cuerpo, examinaremos el terreno para a ver si encontramos la bala.

Cuando el forense levantó el cuerpo se fotografió la zona donde había estado depositado. Removimos la tierra y al separar unos matojos de hierba encontramos la bala, que pertenecía a una pistola de nueve milímetros.

—Kate, céntrate en averiguar la identidad de la joven, a ver si con las huellas hay suerte. Tengo hacer un recado. En una hora nos vemos en la comisaría.

Mi primer caso de homicidio. Me sentía como pez en el agua. Se me ocurrió hacerle una visita al periódico. Seguro que le daría una sorpresa. Quería continuar con la investigación de Kevin, primero quería saber si Izan se había puesto en contacto con Sarah y más tarde llamaría al juez Devon para intentar reunirme con él.

Llegué a la intersección de la calle 41 y la octava avenida, delante de la sede del periódico del New York Times. Me impresionó lo majestuosos que era el edificio. Transmitía la sensación de poder. ¡Cuánto derroche!

Entré en el edificio y me dirigí al departamento de información. Me

atendió una rubia despampanante que estaba atendiendo a personas que iban igual de perdidas. Aquello era un laberinto de pasillos, escaleras y ascensores.

—Buenos días, señorita. Por favor...

—Un momento, caballero —me interrumpió la rubia—. Sí, dígame en que le puedo ayudar..

—Por favor puede avisar a Sarah

—¿Qué Sarah?

—Sarah Shamir.

—¿De parte...?

—Del detective John Lamber.

—¿Han matado a alguien?

—No han matado a nadie, pero si no la avisa pronto, puede ser que mate a alguien.

—No se enfade detective, ya está bajando.

Me senté en la sala de espera esperando a Sarah.

—¡Qué sorpresa, John! ¿_Qué haces aquí?

—He venido a verte y a preguntarte si has tenido información de Izan.

—No, de momento nada. Es como si se lo hubiese tragado la tierra, ¿por qué lo preguntas?

—Lo he pensado bien y voy a seguir con las investigaciones sobre Kevin y los indigentes.

—¿Has hablado con el juez Devon?

—No, esta tarde le llamaré y le informaré de lo que pienso hacer.

—Lo de Kevin lo entiendo, pero ¿qué tiene que ver con los indigentes?

—El doctor Morgan tiene mucho que contar sobre los indigentes, mañana le haré una visita de cortesía.

No quise comentarle nada más a Sarah sobre el caso que estaba llevando. Ella, como periodista no dejaría de bombardearme a preguntas. Me encontré con el sargento Russel en la misma puerta de la comisaría y me comentó que me habían dejado encima de la mesa una copia de las imágenes de la cámara de vigilancia de Central Park. Kate estaba en la cafetería de enfrente de la comisaría y aproveché para echarles un vistazo..

Puse el reproductor en marcha. Las imágenes no eran muy nítidas, pero se veía a la víctima caminar y llegar a la altura del montículo. Se detenía, giraba la cabeza hacia la izquierda y se dirigía a alguien que se

encontraba detrás de un árbol. Después subía la pequeña pendiente y seguía hablando con él. Daba la sensación de que se conocían. Mantuvieron una conversación que apenas duró cuarenta segundos. Al desconocido no se le veía el rostro, parecía que lo llevaba cubierto con algo. La obligó a arrodillarse y a practicarle una felación. ¡Hijo de su puta madre! Antes de que ella se levantara le da la vuelta, le empuja para que de tres pasos de rodillas y la encañona con una pistola. Sin dudarle le dispara y se marcha.

—Kate, ¿has podido averiguar la identidad de la joven?

—Sí, se llamaba Stephany Leónidas, veintidós años, con domicilio en el 168 de la 104.

—¿Has podido hablar con los padres?

—Sí, están destrozados. Les he acompañado a identificar el cuerpo. La madre al verla se ha desmayado..

—¿Tenía novio?

—Sí, viene en camino.

—Kate, el número de teléfono de Stewart...

—Al lado de la fotografía de tus padres tienes una tarjeta del departamento forense.

—Marqué el número de teléfono del forense para saber si tenía más información. No dejaba de pensar que el asesino de esa chica no era la primera vez que lo hacía,

por la sangre fría que mostró a la hora de realizar la ejecución lo parecía.

El forense Stewart me deleitó durante unos minutos con su jerga.

—Poco puedo añadir a lo que ya te he dicho esta mañana. El asesino le disparó estando ella de rodillas y por la espalda. El orificio de entrada lo tiene en la zona occipital con salida por la boca dañando el maxilar inferior, arrancándole los incisivos centrales. En la lengua y labios se aprecia un lubricante que se usan en los preservativos. Hemos encontrado pólvora en el pelo, lo que significa que ha sido una ejecución a corta distancia, con una pistola nueve milímetros Parabellum. La hora de la muerte se produjo aproximadamente a las 22:00 horas.

—Gracias, Stewart. Lo del lubricante en la boca me lo podía imaginar, el hijo de puta le obligó a practicarle sexo oral. No quiso dejar pruebas, de ahí el uso del preservativo.

—Me lo imaginaba. ¿Has recibido las imágenes de la cámara de vigilancia?

—Sí, las he recibido, pero son bastante borrosas, aunque se aprecian

bien todos los movimientos de la joven. El hijo de puta se escondió detrás de un árbol.

El novio de Stephany estaba en la sala de interrogación esperando. A través del cristal lo pude observar. Un desarrapado con pintas de porrero, por mí lo habría retenido toda la noche. Veinte minutos más tarde entré en la sala.

—John, este es Peter, el novio de Stephany.

—Gracias, Kate, quédate con nosotros.

—Peter... ¿Es así como te llamas?

—Sí, señor.

—¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro años.

—¿Qué fue lo que pasó la otra noche en Central Park? Y no te andes con rodeos porque podemos estar toda la noche.

—Estábamos sentados con unos amigos fumándonos unos porros y bebiendo unas cervezas. Le gasté una broma, ella se molestó y se fue.

—¿Y eso es todo?

—Sí, señor.

—A ver si me ha quedado claro. La dejaste marchar y seguiste con tus amigos.

—Sí

—Tú lo que eres es un auténtico gilipollas. Por tu culpa ahora está muerta.

—Cálmate, John

Me calmé tal y como me sugirió Kate. No pude evitar alterarme.

—John, hemos comprobado su cuartada —continuó Kate—. Cuando se produjo el homicidio ellos se encontraban en un bar tomando unas cervezas.

Salí de la sala de interrogatorio con ganas de atizarle a ese gilipollas. Con qué naturalidad contaba que la había dejado sola y no se había preocupado más de ella.

—John

—Sí, sargento.

—¿Alguna novedad?

—Nada, sargento. No tenemos nada. Contactaremos con los amigos y a ver que nos pueden decir. El novio estará retenido veinticuatro horas.

Salí a tomar un café, me sentía mal y no tenía nada para poder seguir con la investigación. Con el café en la mano me di cuenta que en el fondo de

la imagen se aprecia la figura de una persona, así que acabé el café y me dirigí a la comisaría. Fui rápido a visualizar las imágenes, pero me di cuenta que era una simple estatua.

Recibí una llamada del juez Devon. Parecía que me adivinara el pensamiento.

—Buenas tardes, juez.

—Buenas tardes, John. ¿Cómo te va con el caso de la joven?

—Poca cosa, juez, apenas tenemos pruebas.

—Te llamo por dos cuestiones. La primera es que estoy al frente del caso que estas investigando; y la segunda es que tengo que hablar contigo, tengo novedades sobre tu amigo.

—Me acaba de alegrar el día, juez. ¿Cuándo nos podemos ver?

—Mañana a las diez de la mañana, en mi despacho del juzgado.

—Mañana nos vemos, juez.

Capítulo 39

John Lamber

Horas más tarde me encontraba en el salón esperando que Sarah terminara de ducharse. Su madre se encontraba en casa, así que me fastidió. Pensaba hacerle una visita en la ducha y lo cambié por ver una tertulia de un *reality*. Con lo que odiaba esos programas...

Recordé la cena que había preparado Dolores y la conversación que había mantenido con Frank.

Dolores preparó una deliciosa cena a la que era imposible negarse. Un entrecot con salsa acompañado de unas patatas redondas con hierbas aromáticas, y de postre una mousse de chocolate con galleta crujiente.

Frank, a punto de jubilarse, no olvida los treinta y cinco años que ha pasado en la comisaría de policía. Le comenté el asesinato de la joven en Central Park. Me pidió la copia de la grabación. No era ético, pero egoístamente me podría venir bien un poco de la sabiduría de Frank. Sus treinta y cinco años en homicidios eran una experiencia que me podía ayudar. Le dejé la copia.

Por fin bajo mi princesa, recién duchada. Me miró y por un gesto y una pequeña sonrisa Interpreté que la presencia de su madre era un imprevisto con el que no contaba.

—Hola, John

—Hola, Sarah —le dije babeando—. Sarah, ¿podemos hablar un momento?

—Sí, pasemos mi pequeño despacho.

Natalia se ofreció a prepararnos un café, y ambos asentimos. El mío pedí que fuera bien cargado, que falta me hacía.

—Mira lo que me he puesto. De color negro como a ti te gusta —me dijo mostrándome parte de su ropa interior. Estuve a punto de sufrir un infarto.

—Cualquier día mataré a tu madre y en el informe pondré que ha sido un suicidio.

—Qué malo eres, con lo que te quiere...

—Pues que no me quiera tanto —le dije sonriendo—. Mañana tengo

una reunión con el juez Devon, se ha hecho cargo del homicidio en el que estamos trabajando.

—He recibido un mensaje de Izan, el mensaje decía:

Siete puntas orientando siete continentes. Cuando el sol sonrío a la vida después de una larga jornada.

—El mensaje quiere decir que mañana a las siete y quince minutos en la estatua de la libertad.

—¿Cómo lo has deducido?

—Siete puntas tiene la corona de la estatua en honor a los siete continentes: la siete y quince minutos. Es cuando empieza a amanecer.

—Pero a esas horas no hay barcos para llegar hasta allí.

—No te preocupes, Sarah. Mañana te acompañaré. Me las ingeniaré para conseguir una lancha camuflada de la policía.

—Me parece bien, John, pero te quedarás oculto en algún lugar, no quiero que Izan desconfíe y no aparezca.

—No te preocupes que no me verá.

Me puse de pie apoyándome en la mesa. Cogí su albornoz y le desaté el cinturón. Me deleité observando su cuerpo. La acerqué hacia mí hasta tenerla bien pegada a mi cuerpo; pude sentir cómo se le aceleraba el corazón. Le mordí los labios carnosos. Apenas le dejé hablar.

— John, por favor, mi madre está ahí y nos puede oír.

Por un instante dejé de escucharla y con un movimiento rápido le di la vuelta apoyándola contra la pared. Sarah se dejó llevar, pero en pocos segundos reaccionó y me dio un codazo en el costado.

—Estás loco, John —me dijo atándose el cinturón del albornoz—. Contrólate que no estamos solos.

Por arte de magia la puerta se abrió. Salimos de la habitación y Natalia estaba sentada en una silla haciendo guardia.

El café me lo tome con calma esperando que Natalia se aburriera y se fuera a dormir. Las hormonas las tenía revueltas dispuestas a explotar como un castillo de fuegos artificiales. No podía quedarme en ese estado, mi miembro viril cobró vida propia y no había nada que lo hiciese relajar. Sarah me hizo un gesto con la mirada queriéndome preguntar si tenía algún problema. Disimulando me puse de pie dándole la espalda a Natalia y le mostré a Sarah el cambio que se había producido en mi cuerpo. Le hizo gracia y se tapó la boca con la mano. Me hizo una señal con la mano para que me calmara. Al sentarme de nuevo, observé que Natalia tenía los ojos

cerrados.

Sarah se levantó me cogió de la mano y me llevó hasta la entrada, me dijo que esperara unos minutos. Estaba desconcertado, lo único que tenía que hacer era estar en silencio. Sarah muy inteligente abrió y cerró la puerta como si nos estuviésemos despidiendo. Natalia al escuchar la puerta abrió los ojos preguntando por mí. Sarah le dijo que me había ido. Natalia se levantó del sillón y subió a su habitación. Sarah le dijo que se iba a quedar un rato a terminar un trabajo y que en media hora subiría a su habitación.

Esperó unos minutos, lo suficiente para asegurarse que su madre hubiera desaparecido, Las pulsaciones las tenía descontroladas. Sarah se plantó delante de mí con el albornoz abierto y me hizo una señal con el dedo para que la siguiese. Como un perrito obediente seguí a mi dueña. Abrió la puerta de su pequeño despacho y entramos impacientes.

Dejo caer su albornoz dejando su cuerpo al descubierto. Me fue desnudando poco a poco, sin permitir que la tocara. Una vez desnudo, se pegó a mi cuerpo. Le acaricié el pecho muy despacio, centrándome en sus pezones, sintiendo cómo se endurecían. Le acaricié todo el cuerpo mientras ella se abría de piernas y empujaba su culo contra mi pene totalmente endurecido. Se dio la vuelta y su lengua se deslizó por mi torso dirigiéndose al lugar donde se encontraba todo el furor de mi cuerpo. Empezó acariciarme el pene con su lengua, provocando que me retorciera. Sujeté su cabeza con mis manos suavemente y le introduje todo mi pene dentro de su boca.

No pude aguantar más y la levanté y la apoyé contra la pared. La penetré con fuerza mientras ella gemía. La insté a arquear su espalda y culminé la penetración. Sentí cómo sus piernas temblaban y su uñas se clavaban en mis glúteos. El placer corría por nuestros cuerpos. Al momento nos separamos y se tumbó encima de mesa. Le levanté las piernas y la coloqué sobre mi pecho. La penetración fue completa. Observé cómo ella se acariciaba los pechos, lo que hizo que me excitara mucho más y empujaba con todas mis fuerzas hasta que, por fin, nuestros flujos se mezclaron. Quedamos exhaustos por el esfuerzo. Mi cuerpo se relajó hasta llegar al punto de flacidez. Sarah se levantó y me abrazó. Me besó y me susurró al oído:

—Me has hecho gozar como nunca.

Perdimos totalmente la noción del tiempo. Salimos en silencio. Me acompañó a la puerta, se despidió con un cálido beso y cerró con sigilo.

Capítulo 40

John Lamber

7:00. Isla de la Libertad.

Eran las siete de la mañana e Izan sin dar señales de vida, claro que todavía faltaban quince minutos para la hora señalada. No es que la isla fuese muy grande, pero había sitio de sobra para pasar desapercibido. Quería verlo porque me interesaba saber qué papel desarrolla en esta historia. Había estado siete meses sin dar señales de vida, y era muy extraño, aunque sus razones tendría para haberlo hecho.

Empezó a nevar y hacía un frío de cojones. Yo estaba a unos ocho metros separado de Sarah, podía escuchar incluso el chirrido de sus dientes. Vi una sombra que se movía a su alrededor. Tenía entre mis manos mi arma y si hubiera sido necesario usarla, lo hubiera hecho. Era una Sauer P228. Controlé mi respiración, me estaba alterando un poco. Escuché que la llamaba por su nombre y se daban la mano. Era Izan.

—Cuánto tiempo sin saber de ti, pensaba que te había sucedido algo.

—Lo intentaron tres veces, y a punto estuvieron de conseguirlo.

—¿Y tu compañero, dónde se ha metido? Os he visto llegar con la lancha.

—Estoy aquí, pero no te preocupes por mí. Daos prisa que los turistas no tardaran en llegar —comenté impaciente.

—Sal que te pueda ver.

Me acerqué.

—¡¡¡Tú!!! ¡No puede ser! Tú estás muerto. No te acerques, estás muerto.

—Cálmate y explícate. Si estuviese muerto no estaría aquí.

—Izan, ¿qué te pasa? Parece que estés viendo un fantasma. Explícate ¡por Dios! — le pidió Sarah.

—Él estaba muerto, Sarah. Estaba con el doctor Erwin cuando tuvo el accidente con el coche. Él iba tumbado en el asiento de atrás.

—Izan, cálmate. Soy John Lamber, soy detective de homicidios y estoy colaborando con Sarah en los asesinatos de los indigentes. Ahora

siéntate y explícate bien.

—Yo solo te vi una vez. Estabas en la mesa del quirófano, prácticamente muerto. Había varios doctores alrededor de la mesa de operaciones, entre ellos el doctor Erwin. Él discutía con el resto, el motivo lo desconozco, pero no se ponían de acuerdo. Escuché que te tenían que hacer desaparecer. Le ordenaron a Erwin que se encargara de hacerlo, y que si no lo hacía acabarían con su familia. Lo único que puedo deducir es que el doctor Erwin se daría cuenta que aún seguías con vida y te abandonaría por el camino.

—Izan, tienes que recordar bien. ¿Dónde tuvo el accidente el doctor Erwin?

—Cerca del puente de Brooklyn.

—Me podrías indicar el trayecto que realizaba.

—No lo sé, a nosotros siempre nos trasladaban en coches o en pequeñas furgonetas con los cristales tintados y apenas podíamos saber por dónde íbamos.

—¿Y qué me dices del sitio?

—A mí me recordaba mi antiguo laboratorio de la universidad, los mismos ladrillos y la estructura de construcción.

—¿Tienes más expedientes?

—Sí, aquí están todos de momento —Extrajo unos documentos del interior de una mochila.

¿Quieres decir que puedes conseguir más?

—Sí, hay una doctora que está colaborado con ellos. Está amenazada, pero hace lo posible por pasarme los expedientes —Parecía desesperado.

—Izan, escúchame bien. Tienes que hacer que la doctora hable conmigo. Esta es mi tarjeta del departamento, el número de teléfono que aparece es el mío directo. Puedes llamarme. Tranquilo que no se puede rastrear.

—Me será difícil ponerme en contacto con la doctora porque la tienen muy controlada.

—Sin prisas, pero sin pausas. Sobre todo ten mucho cuidado, vamos a esperar que los turistas bajen del ferri y te podrás mezclar con ellos. Así pasarás desapercibido.

—Sarah, nos tenemos que ir.

—Espera un momento —exclamó dirigiéndose luego a Izan—: John es buena persona y es el primero que quiere terminar con toda esta mierda.

—Gracias, Sarah. Lo tendré en cuenta.

Esperamos a que llegaran los turistas e Izan se mezcló ellos para pasar desapercibido. Sarah y yo nos fuimos en la lancha; seguía nevando. Al llegar al muelle la policía del puerto nos estaban esperando. Les di una pequeña explicación y todo quedó arreglado.

Se hicieron las nueve de la mañana, tomamos un café para entrar en calor. No comentamos nada de lo sucedido en la isla. Nos marchamos cada uno por su lado y quedamos en vernos más tarde.

Capítulo 41

John Lamber

Juzgado número 15.

Llamé a la comisaría y le comuniqué a Kate que llegaría un poco tarde. Me dirigí al juzgado donde había quedado con el juez.

Durante el trayecto me dio tiempo a meditar la conversación que tuve con Izan. Todo empezaba a tener sentido. Lo que en un principio parecía un sueño o desvaríos de mi mente, no eran más que recuerdos que mi subconsciente reflejaba una y otra vez.

En cierta manera le tengo que estar agradecido al doctor Erwin, gracias a él me pudo encontrar Frank.

Me encontraba dentro de los juzgados. El juez me estaba esperando. Pude leer en su rostro la preocupación por la muerte de la joven.

Estuvimos hablando sobre el homicidio de la joven. Por desgracia pocas cosas tenía que decirle, apenas teníamos nada por dónde empezar. Las imágenes recogidas por la cámara de seguridad aportaban poco.

Me estuvo comentando que había una persona que trató a Kevin en el hospital militar cuando lo trasladaron de Irak y que estaba dispuesto hablar. Le pedí que lo gestionara con urgencia.

Salí de los juzgados con destino a la comisaría. Tenía la mente ocupada en los recuerdos de aquella noche. Pensé en ir a un psicólogo especialista en hipnosis para descubrir aquellos lugares donde pude haber estado, pero pensándolo fríamente preferiría descubrirlos por mí mismo. Era como buscar la sombra de mi pasado.

Estaba dispuesto a rebuscar por cada recoveco de mi cabeza y a averiguar quién era. No me importaba lo que pudiera descubrir, nada más triste en esta vida que no saber quién es uno mismo.

Llegué a la comisaría sobre las doce de la mañana. Kate estaba viendo el video del asesinato de la joven. Le pregunté si había alguna novedad y me contestó negando con la cabeza. Tras veintiséis horas seguíamos sin tener nada. De repente vi algo que me llamó la atención.

—Kate, retrocede el video muy despacio. ¡Para! Ahí parece que hay

algo. La manga del abrigo, al lado de los botones... Parece que pertenezca a algún uniforme de algún correccional. Saca una imagen lo más clara posible de la manga a la altura de los botones. Dile a Jim que te eche una mano. Busca en todos los correccionales de Manhattan y comprueba los uniformes.

—John, eso nos llevará muchas horas —comentó Kate.

—De momento es lo único que tenemos.

Llamé a Sarah por teléfono y le hice saber lo importante que era localizar a la doctora que nos comentó Izan. Ella podría tener la llave de toda esa locura. Sarah estaba un poco preocupada por cómo me podía afectar toda esa información. Me comentó que el doctor Morgan aparecía en otras fotografías acompañado de algunos enfermeros.

Capítulo 42

John Lamber

Comisaría de policía.

Por fin teníamos una pista por dónde empezar. Estaba convencido de que nuestro asesino pasó un largo tiempo en algún correccional. Una persona como ella, sin escrúpulos, podía estar por más tiempo en libertad. Si aparecía otra víctima con el mismo modus operandi, parte de la responsabilidad caería sobre mi conciencia. Tuve que delegar en Kate la responsabilidad de encontrar lo más rápido posible el origen del uniforme de nuestro sospechoso, esa clase de ropa solo puede proceder de un correccional en el que haya permanecido una larga temporada.

No podía desaparecer de la comisaría sin más. Estuve hablando con el sargento Russel y le informe del estado de la investigación. Le comenté que tenía que salir para hablar con el juez Devon sobre unos permisos que posiblemente nos harían falta para la investigación.

Kate se quedó algo sorprendida con la puesta en escena en la zona del crimen. Seguramente le sorprendió que mi falta de experiencia no se hacía notar a la hora de desenvolverme.

Mi relación con la muerte me venía desde mi pasado. Me venían recuerdos e imágenes que me costaba procesar. Estaba convencido que no tardaría mucho tiempo en tener una cita con la muerte. Hasta la fecha

me había respetado, dándome una segunda oportunidad. No tenía miedo de que ese día llegara, al fin y al cabo ya había estado muerto en un momento de mi vida.

Hospital For Joint Diseases.

Llegué al hospital, el que fue mi hogar durante tanto tiempo... Recordé muy bien los viajes que tuve que realizar hasta mi completa recuperación durante un año.

Entablé una amistad con muchas enfermeras y doctores, pero esa vez

la visita no sería de cortesía, en cierta manera me sabía mal someter a un interrogatorio al doctor Morgan, la persona que me había devuelto la vida, pero desde mi primer día en el hospital sentí que algo sórdido rodeaba al doctor Morgan.

Sabía que no sería fácil ni para el doctor ni para mí vernos en esas circunstancias. Me tenía que aclarar muchas dudas. Por un lado me pesaba el hecho de que ese doctor me salvara la vida, y por otro lado no podía el sufrimiento de aquellas pobres víctimas. No descartaba estar entre ellas.

Fue curioso el comportamiento del doctor Morgan cuando me vio entrar en su consulta. No se sorprendió al verme, me dio la sensación de que hacía tiempo que esperaba mi visita.

—John, le veo en buena forma. Sin duda hicimos un buen trabajo.

—Gracias, doctor.

—¿A qué debo su visita? ¿Ha tenido alguna recaída?

—No es referente a mi salud. El motivo de mi visita lamentablemente es por una investigación que estoy llevando a cabo.

—No comprendo, John.

—Le harté un pequeño resumen. En unos expedientes de unos indigentes que fueron torturados y asesinados, apareció una foto suya en la puerta de un hospital psiquiátrico.

—¿Me puede enseñar la fotografía? —La saqué del sobre y se la mostré. Él la observó e intervino:

—Esta foto tiene más de veinte años, esto no me implica en nada. Además es lo normal que unos doctores se fotografíen en un hospital con los compañeros.

—Se equivoca, doctor. Le implica más de lo que se piensa. Usted estuvo colaborando con alguna agencia gubernamental sobre la conducta de las personas y tengo las pruebas que lo involucran. Tengo esta fotografía de usted con algunas de las personas que fueron torturadas y asesinadas.

—John, no puede involucrarme. Perdería todo por lo que he luchado toda mi vida.

—Me lo puedo imaginar, doctor. En cierta manera le debo la vida, por ese motivo estoy dispuesto a ayudarlo. Si colabora, así lo espero, tendré el detalle de dejarlo al margen de toda esta mierda. No estoy afirmando que fuese usted el responsable de esta barbarie, pero si puedo involucrarle como implicado en esos experimentos de locos. En mi interior algo me dice que usted no es mala persona. Me cuesta creer que alguien que lucha por salvar la

vida sea capaz de participar en algo así. Piénselo bien. Le dejo mi número de teléfono por si decide hablar. Tiene dos días.

—Espera, John, por favor. Un día cometí un error del que me arrepentiré toda mi vida. Me persigue todos los días. Yo, en esa época, estaba considerado como uno de los mejores doctores de toda Manhattan. Cuando uno es joven tiene el presentimiento de que se va a comer el mundo y no tardas en darte cuenta que el mundo te ha comido a ti.

»Te prometo, John que yo no era consciente de lo que se estaba haciendo. Mi trabajo siempre ha sido intentar salvar la vida de las personas. Cuando fui consciente de dónde estaba metido quise morirme. Me encargaba de curar a esas personas para luego después, una vez recuperadas, les volvieran a meter esas putas drogas infligirles todo el dolor imaginable solo por querer experimentar con sus cerebros.

—¿Por qué no hizo por denunciarlo?

—Lo intenté, pero mi precio pagué. Tuve que alejarme de toda mi familia: de mi mujer y de mi hijo de un año. Mi silencio a cambio de la vida de ellos. Estuve quince años alejado de Nueva York, trabajando en un hospital de Kenia.

—¿Su verdadero nombre no es el que está utilizando?

—No, adopté esa identidad por un compañero que tuve en Kenia y que murió por culpa del Ébola. Me tengo que conformar con ver a mi hijo a través del espejo del cristal del coche. Mi mujer rehízo su vida casándose con un abogado. Mi hijo es algo más joven que tú. John, ahora sabe toda mi vida. En sus manos la pongo.

—No puedo decir nada a su favor y, como bien dice, lo pagó con creces, pero no puedo hacer nada para que recupere su vida. Lo único que le sugiero es que desaparezca durante una larga temporada porque esto se va poner muy feo.

Capítulo 43

John Lamber

Comisaría de policía.

Llegué a la comisaría convencido de que podíamos tener algo. La primera semana sería crucial para la investigación, todo lo que no consiguiéramos en esos días se esfumaría con el tiempo. Cabía la posibilidad de que se quedara sin resolver. Yo no estaba dispuesto a que mi primer caso quedase sin resolver.

Kate no tardó en decirme que habían averiguado el correccional al que pertenecía el abrigo. Al centro correccional Sing, Sing, en el condado de Westchester, a unos ochenta kilómetros de Manhattan.

No lo dude ni un minuto. Nos pusimos en marcha. Calculé que en una hora y veinte minutos estaríamos en la puerta del correccional. Kate se encargó de llamar para que nos recibieran.

—Kate, ¿el sargento sabe dónde vamos?

—Sí, se lo dije cuando salíamos.

Durante todo el trayecto estuvimos repasando los detalles del caso. Había algo que se nos escapaba.

—Si sus amigos se fueron sobre las nueve y media, según su novio discutieron sobre las nueve. ¿Por qué no se dirigió a la salida? En vez de ello se adentró más en el parque.

—¿Qué quieres decir, John?

—Que su novio es un proxeneta. El cabrón le buscaba los clientes. Llama a la comisaría que visionen el video otra vez y que se fijen bien si ella llevaba algo en la mano o si saco algo de algún bolsillo.

—John, me está diciendo Tommy que ella, cuando se pone de rodillas, hace un gesto con la mano como si se sacara algo del bolsillo trasero.

—Tommy — me puse al teléfono—, busca al novio de la joven y deténlo. Acúsale de proxenetismo con homicidio involuntario.

Kate me observó y me preguntó:

—¿Dices que es tu primer caso?

—Así es, Kate

—Pues parece que lleves toda la vida en esto.

La llamada de Frank nos interrumpió.

—Dime, Frank. Voy conduciendo.

—Solo un minuto, John. La joven que asesinaron en Central Park no fue casualidad.

—Explícate, Frank,

—Estaba haciendo un servicio, o sea que era una prostituta. El abrigo que llevaba el asesino corresponde a un correccional del condado Westchester.

—Gracias, Frank, estoy de camino al correccional. Luego hablamos.

—¿Quién es ese Frank?

—Es mi padre. Fue sargento de homicidios durante treinta y cinco años.

Correccional Sing, Sing. Condado de Westchester

Llegamos al correccional. La tarde se estaba oscureciendo. En todo el día no había parado de nevar; una nieve fina y fluida que ya empezaba a hacer pequeños surcos en la carretera. No quería pensar en el camino de vuelta. Sin duda se nos iba a hacer algo pesado.

Llamamos a la puerta y al cabo de cinco minutos nos abrieron. Si llegan a tardar más tiempo nos hubiéramos quedado como pingüinos.

—Buenas tardes, ¿son ustedes los detectives?

—Sí, la detective Kate y yo soy John.

—¿En qué os puedo ayudar?

—Si nos permite entrar estaremos mejor.

—Perdonad, pasar. A esta hora ya no están permitidas las visitas. Lo que sea lo tendremos que solucionar en la sala de guardia. Soy Nelson, subdirector del correccional.

—Nelson le voy a enseñar una fotografía a ver si reconoce este abrigo.

—Sí que lo reconozco. Nos perteneció durante un tiempo, pero ya hace unos años que se cambiaron todos los uniformes.

¿Por qué razón se cambiaron?

—Hace dos años se aprobó una ley en la que decía que los reclusos que no estuviesen cumpliendo condena por delito de sangre, tenían la oportunidad de integrarse dentro de la sociedad. El correccional les ofrecía una oportunidad de trabajo. Llevaban todos el mismo uniforme. Se

cambiaron hace un año aproximadamente. Hubo un asesinato de un preso que se relacionó con las personas que en su día se acogieron a la ley de integración. A partir de ese día se anuló la ley, se despidieron a todos los exconvictos y para evitar problemas, se cambiaron los uniformes. Si quieren mañana les puedo enviar la lista de los exconvictos que se acogieron a la ley de integración.

—Me quitaría muchos dolores de cabeza y le estaría muy agradecido.

—Si me dan el email de la comisaría se lo haré llegar antes del mediodía.

—Muchas gracias, y perdone la molestias.

—No hay por qué darlas, tengan cuidado cuando regresen que el tiempo va a empeorar.

Salimos del correccional con destino Manhattan. Cogimos la autopista para llegar lo antes posible; tenía zonas de peaje, pero valía la pena. Con el tiempo que estaba haciendo y sin cadenas para la nieve, la conducción se hacía complicada.

Nos estábamos tranquilos, pero al menos íbamos a tener la lista de las persona que se acogieron a la ley de integración; seguro que entre ellas se encontraría la persona que estábamos buscando.

Apenas nos quedaban veinte minutos para llegar a la comisaría, cuando sonó el teléfono de Kate.

—Dime, Jim —Escuchó y dijo—: Sí, lo tengo a mi lado.

—John, han avisado que hay un cuerpo de una mujer en el campus cristiano, entre los edificios 537 y 527 de la calle 121.

—Jim, que acordonen la zona y que nadie pase hasta que lleguemos.

—Con la nieve que está cayendo todas las huellas se habrán borrado —observó, Kate.

Cuando llegamos al lugar, había un tumulto de gente. Tuvimos que abrirnos pasos a base de empujones. El cuerpo se encontraba entre dos edificios, en un pequeño pasaje de apenas un metro de ancho.

Comprobé la zona dónde se había cometido el homicidio. La diferencia con el primer homicidio era que a esa víctima la ejecutaron de pie. En ese momento, recordé las palabras del capitán Adam: si le prestas el debido tiempo a un cuerpo inerte, él te hablará.

—John, el forense acaba de llegar.

—Gracias, Jim.

—John.

—Stewart, otro homicidio.

—Eso parece.

—John, se trata del mismo asesino, le ha dispararon por detrás. El orificio de entrada lo tiene en la zona occipital, con trayectoria ascendente, y el orificio de salida en la boca. Exactamente igual que el otro.

—Esto nos indica que el asesino tuvo que levantar el brazo por encima de su hombro, ¿me equivoco Stewart?

—Así es, John.

—¿Qué mide la víctima?

—Un metro setenta —afirmó Stewart.

—El asesino mide un metro sesenta aproximadamente. ¿Me equivoco, Stewart?

—No, John. Es correcto.

—La bala está incrustada en la pared. Kate, comprueba si ha sido disparada por la misma arma con la mataron a la primera víctima, aunque me atrevería a decir que sí.

—John, me llevo el cuerpo y mañana te pasaré los resultados de la autopsia.

Tenía el convencimiento de que estábamos ante un asesino en serie, con lo que el problema se agravaba. El mismo modus operandi. Un tipo de crimen que representaba desprecio y odio hacia las víctimas. Nos enfrentábamos a un psicópata y teníamos que actuar con rapidez si no queríamos unas navidades manchadas de rojo. Tenía que hablar con Sarah, no quería que la prensa relacionase ambos asesinatos. Se tenía que evitar el pánico entre los ciudadanos.

—Sarah, ¿ya te ha llegado la noticia del homicidio?

—Sí, estamos sacando algunas fotos de la zona.

—Antes de publicar nada quiero hablar contigo.

—Te espero delante del edificio Gerard..

Sarah estaba acompañada de un hombre que me presentó nada más llegar.

—John te presento a Mark, fotógrafo del periódico.

—Sarah, ¿podemos hablar un momento a solas?

Sarah se apartó unos metros de su compañero..

—Dime, John. ¿Cómo vas a enfocar el asesinato? En apenas dos días dos asesinatos. Las dos mujeres; está claro que es obra de un psicópata..

—Sarah, si lo planteáis de esa manera vais a crear una alarma social

que no vamos a poder controlar.

—¿Qué propones?

—Me temo que no será la última víctima. No entres en muchos detalles y no lo relaciones con el primer homicidio. Él quiere que se hable de su obra, y si no es así dará un paso en falso que nos ayudará a cogerlo.

—John, no depende de mí. Se lo comentaré al jefe de redacción y que él decida.

Capítulo 44

John Lamber

Comisaría de policía.

¡Qué mierda de noche! Apenas había podido dormir tres horas. El día anterior fue para enmarcarlo. Ese hijo de puta me estaba jodiendo vivo, apenas me dejaba tiempo para investigar lo de Kevin.

Curiosamente la sensación de la presencia de Kevin había desaparecido, algo que no me tranquilizaba, al contrario, me hacía sentir inquieto.

Recibí un mensaje de juez:

John, te espero en el juzgado sobre las diez. Es urgente.

Empezaba el día con los nervios a flor de piel, quería echarle un vistazo a la prensa para ver lo que decían del homicidio: esperaba que no lo hubieran relacionado con el otro. Tal y como esperaba, no entraron en detalles. Me tranquilizó.

Sonó el teléfono de comisaría, era Stewart, el forense. Apenas nos conocíamos, pero habíamos congeniado bien.

—Buenos días, John.

—Buenos días, Stewart. ¿Qué tal la noche?

—Me parece que igual que la tuya.

—John, estamos delante de un psicópata.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Hemos tenido suerte, tenemos una huella que podemos procesar; la hemos encontrado sobre él la chaqueta que llevaba la víctima. El frío hizo que se congelara.

—Mándamela para cotejar en la base de datos. Muchas gracias, Stewart. Estamos en contacto.

—A las ocho de la mañana Kate ya estaba en la comisaría. Siempre con una sonrisa.

A leer el informe personal, observé que Kate había solicitado en varias ocasiones la incorporación al FBI, y0 en todas ellas se la habían rechazado. Esos del FBI no tenían ni puta idea. La noche en la comisaría dio para

mucho. Estuve ojeando varios informes que habían realizado varios psiquiatras. Más o menos todos decían lo mismo, no tenía desperdicio.

Recordé todo lo que había aprendido en la academia sobre los psicópatas. Se había escrito mucho sobre los motivos que llevan a un individuo a cometer un crimen. Había razones de todos los colores: dinero, pasiones, supervivencia, etc. Esos crímenes tenían sus «motivos», pero ¿Y los que se cometen por el simple placer de matar?

Ahí entrarían los psicópatas. Individuos sin emociones, excepto en situaciones de riesgo. En esos casos podría ser yo o tú o el vecino de al lado.

Sin lugar a dudas, no todos los psicópatas asesinan, hay algunos que dirigen empresas; parecen tipos normales. Algunos solo asesinan cuando sienten que ese es la única solución para conseguir su ansiado objetivo: el placer enfermizo de dominar a otro ser y decidir su muerte.

¿Qué características presentan éstos individuos? La ausencia de sentimientos, el narcisismo, la ausencia de empatía, de culpabilidad, megalomanía; muchos, en su infancia, presentan una crueldad enfermiza hacia los animales y las personas que los rodean. El psicópata, ¿nace o se hace? Pues las dos cosas. En algunos casos la genética del individuo influye, en otros, son víctimas de graves abusos emocionales y físicos o han vivido en un ambiente familiar desestructurado, estresante y violento. Se trata exclusivamente de un factor genético, no hay más que leer la biografía de una de estas personas para darse cuenta de que, la mayoría, recibieron vejaciones y abusos durante su niñez.

—Kate, encima de tu mesa te he dejado la huella que ha enviado Stewart. Procésala y mira si encuentras coincidencias.

—¿Te vas?

—Sí, dile al sargento, si quiere algo de mí, que estoy con el juez.

En el número 647 de la calle 192...

La señora Amy era una mujer viuda de sesenta y siete años, muy madrugadora. Le gustaba realizar la compra a primera hora de la mañana. Ese día, por desgracia para ella, sería distinto.

Cuando se disponía a salir del patio se dio cuenta de que se había olvidado el bolsito con el dinero encima de la mesa, se dio la vuelta para dirigirse a su casa en el primer piso. No reparó en el detalle de que un intruso se había introducido en el patio. Amy entró en su vivienda, apenas había

cerrado la puerta cuando llamaron. Ella, sin pensarlo, abrió la puerta confiada de que sería un vecino y cuando se quiso dar cuenta, se encontraba patas arriba debido al empujón que le había proporcionado un desconocido. Toda aturrida se preguntaba qué había pasado. Cuando recobró el sentido se encontraba atada a una silla con un pañuelo en la boca que apenas le dejaba espacio para respirar. Tenía que inspirar con fuerza por la nariz para que le entrara algo de aire en los pulmones. No comprendía nada. Sollozando, se preguntaba por qué le estaban haciendo eso y quién era el extraño que tanto daño le estaba causando.

—No llores, no tengas miedo que no te voy a hacer nada, era lo que tú me decías. ¿No te acuerdas? Me sacaste del orfanato diciéndome que me lo pasaría muy bien contigo, me pintabas los labios y te reías de mí, me decías que me querías mucho, que solo querías jugar a los médicos. ¡Mentirosa! Te voy a quitar el pañuelo de la boca, si gritas te cortó el cuello.

—No soy tu madre, te estás confundiendo —dijo Amy entre sollozos.

—Ya sé que no eres mi madre, a mi madre la maté clavándole un cuchillo en el cuello porque me hacía lo mismo que tú. Tú eres la puta que me sacó del orfanato.

—Por favor, no me hagas daño. Por favor...

—Eso era lo que yo te decía: «Mamá, por favor, otra vez no». Y tú seguías una y otra vez. ¡No te preocupes! No te voy a hacer daño.

—Llévate lo que quieras, tengo dinero, llévatelo.

—Será mejor que te ponga el pañuelo en la boca. No has entendido nada, no quiero dinero, no quiero nada tuyo, solo te quiero a ti. Mira lo que tengo, es un bisturí; lo he comprado exclusivamente para ti.

Le clavó el bisturí hasta en cincuenta y siete ocasiones sin compasión. Una tras otra. El odio se reflejaba en su rostro, su mente enfermiza, perturbada y nublada no le dejaba ver que esa mujer no era su madre. Aunque para él, todas las mujeres eran culpables.

A la misma hora en el Juzgado número 15...

—John, quiero que conozcas al capitán Paterson, cirujano y cardiólogo del ejército.

—Buenos días, señor. ¿Supongo que conoció a Kevin?

—Así es. Como ya le he comentado al juez Devon, fui yo quien operó a Kevin cuando lo trasladaron de Irak.

—¿Kevin fue operado por segunda vez?

—Sí, normalmente, en estos tipos de operaciones tan arriesgadas y complejas, lo primero que se suele hacer es estabilízalo. Se realiza una primera operación y, si todo va bien, es sedado completamente. Se traslada y, una vez en el hospital de destino, se continúa con su recuperación. Se le hicieron todas las pruebas oportunas. Se decidió intervenirle de nuevo, Kevin llegó al hospital sedado y estable. La intervención fue satisfactoria. Tuvimos muchos problemas con la documentación, en realidad no sabíamos quién era el paciente y ese fue el motivo de que no pudiéramos avisar a los familiares. La responsabilidad sobre el paciente recaía sobre mi persona.

»No se hacía nada sin mi consentimiento. Recibí una llamada de un superior informándome que el paciente sería trasladado a otro hospital a pesar de que yo insistí en que no era aconsejable moverlo en su estado. Podía tener una recaída en cualquier momento, pero al día siguiente se presentaron en el hospital con una ambulancia tres personas para llevarse a Kevin. Insistí en el riesgo que suponía trasladarlo, pero me enseñaron una orden de traslado firmada por un juez militar y, contra eso, no pude hacer nada.

—Capitán, ¿está usted seguro de que era Kevin?

—Después de ver el expediente y ver la fotografía, estoy seguro que era Kevin.

—¿Qué explicación le encuentra a todo esto?

—Estados Unidos es una gran nación, pero el problema que hay es que hay muchos intereses mezclados. Hay personas sin escrúpulos que quieren sacar partido hasta de los muertos.

—¿Qué opinas, John? —preguntó el juez Devon.

—Después de escuchar al capitán, lo único que me confirma es que lo que me dijo Erik era del todo cierto.

—¿Capitán, tiene alguna ligera idea de dónde podría estar Kevin ahora?

—Si lo supiera, sin duda se lo diría. Soy militar por vocación, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo en todo lo que se hace con algunos soldados. Hay nuevos medicamentos y drogas que se prueban en ciudadanos americanos. Que sean para bien o para mal no lo sé, pero yo no estoy de acuerdo. Juez Devon, John, me tengo que marchar. Recuerden que yo no he estado aquí y que esta conversación no se ha mantenido.

—No se preocupe, capitán que todo lo que se ha hablado aquí, aquí se queda.

—Si siguen con esto, tienen que llegar hasta el final. Les deseo mucha suerte. Esto es un secreto a voces que no tardará en estallar, pero si les pilla en terreno de nadie, llevarán todas las de perder.

—Gracias, capitán.

Durante unos minutos se hizo un silencio molesto en el despacho del juez, el capitán salió sin apenas hacer ruido. El juez lo rompió:

—John, ¿cómo llevas la investigación de las jóvenes?

—Parece que tenemos algo, estoy esperando que me den los resultados.

—Te veo un poco ausente...

—La verdad es que sí, tengo la sensación de que va a ocurrir algo. Me ronda por la cabeza la imagen de un cuerpo sin vida que no consigo entender. Bien, juez, me tengo que marchar a la comisaría. Le tendré informado según avance la investigación.

Salí del despacho del juez, como bien había dicho él; ausente y pensativo. Era uno de esos días en que me sentía culpable de todo. No sabía si sería por la negatividad de la ropa que llevaba puesta: camisa, pantalón, abrigo, bufanda y zapatos, todo de color negro.

Ese día, me apetecía andar para aclarar las ideas. Estaba empezando a nevar, pero era una nieve fina, fácil de llevar. Me sentía aturdido, no conseguía descifrar direcciones, y el cuerpo sin vida de una mujer, me recordaba los días que empecé a sentir la presencia de Kevin.

Andar y andar era lo que más me apetecía, y sentir los copos de nieve sobre mi cabeza. Llegué a la comisaría con el presentimiento que ese día todo serían malas noticias.

—Kate, ¿algún resultado sobre la huella?

—Ha dado negativo, John. Se trata de una huella de mujer.

—¿Habéis recibido el listado de los reclusos que se acogieron a la ley de integración?

—Sí, la hemos recibimos y la hemos comprobado. El que no está muerto, está cumpliendo condena.

—Kate, si no es algo importante no me llaméis.

Cabreado con el mundo, cogí el coche sin rumbo fijo. Pensaba que ya lo teníamos y estábamos como el primer día: con dos cuerpos de mujer pidiéndome justicia; una justicia que, de momento, no les podía dar. Pensé en muchas cosas, incluso en pedir ayuda a Kevin, sin saber si estaba muerto o vivo. ¿Sería aconsejable llamar a Frank y pedirle consejo?

Me preocupaba que me viera tan estancado. Tanto tiempo deseando ser detective de homicidios y me encontraba metido en un laberinto del que era incapaz de salir.

Pensé en llamar Sarah, para ver si ella había tenido más suerte con Izan, pero recordé que le había dado mi número de teléfono para que se pusiera en contacto conmigo.

—Era un día para consumir gasolina sin rumbo fijo.

De repente, empecé a tener una sensación extraña. No era la presencia de Kevin. Al momento, comprobé que mi coche cogió un rumbo fijo. Como si se tratara de un *flahs*, apareció una dirección en mi cabeza: el número 647 de la calle 192. Se repetía constantemente. .

Conduje lo más rápido posible sin saber por qué lo hacía. Cuando llegué a esa dirección aparqué el coche delante de una cafetería. Debían ser sobre las cinco de la tarde y estaba empezando a anochecer. Me pregunté si tenía algún sentido lo que estaba haciendo. Durante varios minutos me quedé observando a la gente que pasaba por la calle. Iban muy abrigados, hacía un frío de carajo. Empecé a pensar que había sido un error haber ido hasta allí

Decidí poner el coche en marcha y marcharme de aquel sitio, pero no conseguí arrancar el coche. ¡Me cago en mi puta suerte! El día era completo. De mala gana salí del coche, entré en la cafetería que tenía en frente intentando combatir el frío que sentía en los pies. Me senté en la primera mesa que había, pedí un café largo, bien cargado.

Levante la mirada al techo maldiciendo mi suerte y, conforme la iba bajando, observé a un individuo sentado dos mesas delante de mí. O la vista me estaba jugando una mala pasada o hubiera jurado que el abrigo que llevaba puesto era igual que el que vimos en las imágenes de la cámara de seguridad. Me levanté con la excusa de lavarme las manos. Daba la casualidad que los lavabos se encontraban en frente del sospechoso. Me lavé las manos al mismo tiempo que controlaba, de reojo, al sospechoso. Dudé si debía o no actuar yo solo o esperar que llegaran refuerzos. La decisión fue rápida.

Dejé espacio entre mi pistola y mi mano derecha por si fuese necesario.

Me planté delante del sospechoso y sin perder tiempo saqué mi arma reglamentaria. Le ordené que se pusiera en pie; sin duda la sorpresa fue un hándicap para él. Lo pillé totalmente desprevenido.

—Soy agente de policía, póngase contra la pared con las manos separadas a la altura de los hombros y las piernas separadas.

—Se equivoca, agente. Yo no he hecho nada.

—Cállese y no se mueva. ¿Quién es el dueño del local?

—Yo —dijo una voz cercana.

—¿Cómo te llamas?

—Fernando

—Bien, Fernando. Necesito tu ayuda, necesito que le pongas las esposas a este valiente. Pon el brazo derecho por detrás de la espalda y recuerda que tengo la pistola puesta en tu cabeza. Y ahora el brazo izquierdo, muy despacio. Muy bien, ahora con las esposas puestas, te voy a registrar.

Me acerque a su oído y le dije que colaborara o la cosa acabaría mal para él.

—Empecé a registrarlo.

—Pero bueno, ¿qué tenemos aquí? Un bisturí. No sabía que fueses cirujano. ¿Esto qué es? ¡Premio! Te acaba de tocar el gordo, una nueve milímetros Parabellum. Tú y yo vamos a tener una larga conversación.

—Fernando, salgan todos de la cafetería hasta que llegue la policía.

Marque el número de la comisaría.

—Kate

—Dime, John. Estoy en el 647 de la calle 192, presunto asesino detenido. Os quiero ver aquí en diez minutos. Llama a la comisaría más cercana de aquí y que manden dos patrullas cagando leches.

Acababa de detener al presunto asesino de las dos mujeres y, aunque me encontraba bien, tenía la sensación de tener el trabajo a medio hacer. Notaba un dolor interno que no podía dominar, tenía el presentimiento de que me iba a llevar una amarga sorpresa. Estaba desconcertado.

Le pregunté a Fernando si conocía al detenido, pero me dijo que era la primera vez que lo veía, que lo había visto salir del edificio de enfrente. ¡Qué casualidad, el número 647! El mismo que se repetía una y otra vez en mi cabeza.

Estaba muy tenso. Me dirigí al detenido que se encontraba sentado y lo levanté con una sola mano. Lo apoyé contra la pared, le cogí la tráquea con la mano en forma de una de pinza y empecé a apretar de tal manera que podía oír el crujido de su tráquea.

—¿De qué vivienda has salido? Y no me mientas.

—Del primer piso.

—¿Quién vive ahí?

—No lo sé, encontré el piso vacío.

Le busque entre sus bolsillos y encontré la llave. Llegó la primera patrulla con dos agentes, les ordené que vigilaran al detenido.

Cuando me disponía a subir al primer piso, oí que me llamaban, me giré y vi a Kate acompañada por el sargento. Nos saludamos y subimos los tres.

Abrí la puerta y encendí la luz. El corazón se me empezó a acelerar. Entré en el salón y vi a una mujer atada de pies y manos en una silla. La habían cosido a puñaladas. Le levanté la cabeza con sumo cuidado. «¡Dios!», grité. Se me doblaron las piernas y unas lágrimas en forma de cuchillo saltaron de mis ojos.

«Amy», fue la palabra que salió de mi boca. La reconocí al instante. Era la mujer que me había cuidado durante mi infancia. Estaba muerta.

Empecé a recordar después de tanto tiempo,...

El sargento me puso la mano encima del hombro dándome dos pequeños golpecitos, como queriéndome decir que lo sentía.

Me levanté y me coloqué frente a la ventana del salón. Desde allí pude observar cómo la gente se amontonaba sobre los coches de policía, curiosa de saber qué es lo que estaba sucediendo. Mientras venía el forense, Kate y yo nos pusimos a registrar la casa en busca de más pruebas. Estuvimos cerca de treinta minutos. Apenas pudimos encontrar nada, únicamente una fotografía que lo iba a cambiar todo. Aparecía Amy junto a una doctora, y yo detrás de ellas. Aquella fotografía era muy importante para mí.

Al momento llegó el forense. Cuando vio el cuerpo cosido a cuchilladas de la pobre Amy exclamó:

—¿Qué satánico ha hecho esta aberración? Es la primera vez que veo tal brutalidad y ensañamiento en un cuerpo.

—Está detenido y camino de comisaría —aclaró el sargento Russel.

El forense terminó su trabajo con el levantamiento del cuerpo de Amy. Llamé por teléfono al juez para infórmale que habíamos detenido al asesino, y me expresó su agradecimiento en nombre de todas las mujeres de Manhattan.

Por una parte me encontraba bien por haber detenido al hijo de puta del psicópata, pero por otra parte me encontraba cabreado conmigo mismo por no haber podido llegar a tiempo para evitar el asesinato de Amy. Pude recordar algo importante de mi pasado, y eso, sin duda, me llevaría a descubrir la verdad sobre mí. Pero ¿tenía que ser en esas circunstancias? Tuvieron que morir tres personas para que pudiera encontrar un hilo de donde

poder tirar. Estaba convencido de que las muertes estaban entrelazadas para que yo pudiera encontrar algo de luz en un camino tan oscuro como era el de mi pasado.

La noticia corrió como la pólvora por los medios de comunicación. Varios periodistas me llamaron para entrevistarme y poder dar en primicia detalles de la detención del asesino en serie, pero ese espacio se lo tenía reservado a Sarah.

Llamé a Frank y estuve cerca de una hora hablando con él. Quería saber los detalles de la detención y cómo pude determinar que el asesino se encontraba en ese lugar. Le comenté que fue suerte, cosas del destino, pero no se quedó muy convencido. No era de extrañar.

Se hicieron las nueve de la noche y todavía estaba en la escena del crimen. Recibí la llamada de Sarah.

—John

—Dime, Sarah.

—Estás saliendo por todas las televisiones, te has hecho famoso.

—La gente exagera mucho.

—Te he llamado por dos motivos. ¿Tienes redactado el informe de la detención?

—No he hecho nada todavía, pero no hay ningún problema. Si quieres paso por el periódico y hablamos.

—Sí, pásate porque necesito que veas unas cosas.

—En una hora nos vemos.

Salí de la escena del crimen con remordimiento, no quería tener la carga de esas muertes sobre mi espalda. Se supone que los de homicidios tenemos que estar preparados para todo acto de asesinato, afecten más o menos. Yo tenía devoción por esa profesión, la muerte no me preocupaba, había convivido tanto con ella que al final me acostumbré. Pero el caso de la muerte de Amy era distinto. Lo que me impactó fue la sensación que iba notando conforme me iba acercando. Cuando levanté su cabeza y le vi la cara, fue como un rayo cuando te coge en plena tormenta. De no recordar nada de mi pasado, pasé, de repente, a encontrarme de bruces con mi infancia. Todo se había quedado en esa imagen: un recuerdo que apenas había durado un minuto. Pero tenía la certeza que había vivido un largo tiempo con ella. ¿Por qué, Amy? Está claro que todo estaba enlazado. Fue desde que aparecí por el puente de Brooklyn.

Recordé muy bien la conversación que tuve con el doctor Morgan.

Cuando me despertaron del coma, pasé de la muerte a la vida en apenas unos segundos, dejándolo todo por el camino.

Me comentó el doctor Morgan que lo normal en mi caso sería que los recuerdos me vinieran como si se tratara de flashes. Estos podían ser continuos o esporádicos. Me dijo también que fueran de la forma que fueran serían un síntoma de que mi cerebro estaría dispuesto a abrir la ventana de los recuerdos. Lo único que tenía que esperar era el momento oportuno.

El destino es caprichoso a veces. No sabemos lo que puede deparar de un día para otro. Un día lo tienes todo, pensando que se es el dueño del mundo, y al siguiente se es el insecto más débil que existe en la tierra, que con un suplido se puede romper.

Capítulo 45

John Lamber

Sede de The New York Times. 22:15 horas.

Llegué al periódico y Sarah me estaba esperando en la puerta. Me comentó que la rotativa del periódico estaba parada esperando la información de los asesinatos, para poder abrir la portada con la primicia de la noticia. Lo importante en ese momento era la información que yo le pudiera dar. Durante una larga hora le informé del caso: la relación entre las muertes y la detención del asesino. Todo con puntos y señales.

—Ya tienes lo que querías. ¿Qué era lo que me tenías que enseñar?

—He estado examinando toda la información que me dio Izan.

—¿Qué has encontrado?

—Míralo tú mismo.

—¡Joder! Este es Frank cuando estaba en la academia... —Sentí como si me desgarraran el cuerpo.

—No entiendo qué tiene que ver Frank en todo esto.

—Mira esta fotografía.

—¿Este soy yo?

—No he querido leer el expediente tuyo ni el de Frank. He preferido que lo leas tú primero.

—Hay algo que no te he dicho.

—¿A qué te refieres, John?

—Esta tarde, cuando he descubierto a la tercera víctima, me ha venido un recuerdo de mi infancia.

—¿Qué ha pasado?

—He reconocido a la víctima. Se llamaba Amy, es la misma que aparece en esta foto. Si la comparamos con esta que he encontrado en el piso de la víctima, es la misma mujer, con algunos años de diferencia.

—Vaya, cuánto lo siento, John. Me refiero a que hayas recordado en esas circunstancias. ¿No recuerdas nada más?

—No, apenas un minuto de mi pasado, pero tengo la seguridad que pasé varios años de mi infancia con ella. Sarah, si no te importa, prefiero

leerlo esta noche en casa con más tranquilidad.

—John, me tengo que quedar para acabar el reportaje.

—Te dejo trabajar, Sarah. Mañana, si te parece bien, comemos juntos y te cuento.

—Me parece bien, John. Recuerda que te quiero.

—Y yo a ti.

Me despedí de Sarah con un abrazo de los que dejan huella. El camino de regreso a casa se me hizo interminable; la nieve se había acumulado en las calles y apenas se podía conducir.

Capítulo 46

John Lamber

Comisaría de policía.

Apenas pude conciliar el sueño. Me impactó el expediente de Frank con una fotografía de cuando estaba en la academia, Iba acompañado de un informe médico muy completo; incluso incluía unos análisis de esperma. La verdad que no entendía nada. Los análisis médicos eran normales, a mí también me los hicieron, pero el análisis de esperma; ese tipo de análisis se hace cuando son donantes y que yo sepa Frank no ha sido donante.

Con lo que a mí respecta, no había podido leer mi expediente. Lo había cogido en varias ocasiones, pero no me decidía a mirarlo. Me daba miedo encontrar algo que no pudiera digerir. Al final, tomé la decisión de leerlo fuese cual fuese el resultado.

Lo tuve que leer dos veces para poder entenderlo, ¡qué triste me sentí! A veces vale la pena olvidarse del pasado porque si no lo haces al final te pasa factura.

Todo este tiempo intentando averiguar quien realmente era, de dónde procedía, para llegar a la conclusión de que no era nadie. Mi vida anterior estaba llena de despropósito, de dolor y, al mismo tiempo, de odio. Me robaron mi niñez, me privaron de libertad encerrándome durante varios años en un centro psiquiátrico. Solo era un cuerpo de pruebas en manos de unos personajes que se hacían llamar científicos, violando con ello lo más sagrado de la vida.

Me la quitaron por los intereses de unos cuantos nazis. Lo único bueno de todo era que apenas recordaba nada de ese pasado, exceptuando el recuerdo de la señora Amy. Veintinueve años resumidos en apenas dos hojas de papel.

Los sueños que tenía, de un loco encerrado en una celda de un psiquiátrico, eran reales. Eran avisos para que no olvidara el dolor y la humillación a la que me habían sometido. Ya no perdería más tiempo persiguiendo la sombra de mi pasado, pero no olvidaría el dolor que me causaron.

Los hijos de puta me habían utilizado como conejito de Indias. Llegaron a suministrarme varios tipos de drogas. Intentaron que me volviese un loco más. Pasé un tiempo encerrado en un hospital psiquiátrico, me inyectaron varios tipos de virus durante varios días y según veían los resultados, me inyectaban los antídotos. Todo bajo el consentimiento y autorización de la científica Naiyan Sharma.

Lo tenía todo controlado. Decidían cuándo vivir y cuándo morir, pero cometieron un gran error: me dieron por muerto antes de tiempo.

No me resultó difícil encontrar la dirección de la científica Naiyan Sharma. Sin duda era su día de suerte. La llamé por teléfono a su casa, para asegurarme que estaría con la excusa de hacer una entrevista por teléfono. No tardó ni dos segundos en colgarme.

Llamé a Sarah para que se pasara a recogerme por la comisaría, teníamos una entrevista con una persona muy importante en menos de diez minutos.

Sarah se encontraba en comisaría. Estuve comprobando unas direcciones que aparecieron en los expedientes: universidades, cárceles abandonadas, psiquiátricos y un sinfín de lugares donde tuvieron lugar los interrogatorios y muertes de todos aquellos inocentes.

—Hola, Sarah. ¿Cómo ha ido la noche?

—Bien, un poco cansada. La primera tirada de periódicos salió a las cinco de la mañana.

—He podido leer la portada del periódico. Has hecho un buen trabajo.

—Tú dirás dónde tenemos la entrevista.

—En el 14 de la Av. Washington Square, donde vive Naiyan Sharma, la científica que me arrebató mi infancia y me encerró en un psiquiátrico.

—¿Has leído el expediente?

—Sí, me costó decidirme a leerlo, pero al final lo hice. Me alegré de no recordar nada de mi pasado porque no hay nada bueno que recordar.

La puse al día, sin excederme en los detalles.

Llegamos en menos de quince minutos. Llamamos a la puerta y nos abrió una mujer mayor, de unos sesenta años, con síntomas de sufrir una enfermedad.

—¿Qué desean?

—¿La señora Naiyan?

—Sí, soy yo..

—Soy el detective John Lamber y ella la detective Sarah, ¿podemos

pasar?.

—Sí, pasen a esta sala y siéntese por favor.

—Gracias.

—¿En qué les puedo ayudar?.

—¿Conoce usted a la señora Amy?.

—Sí, ¿por qué? ¿Le ha pasado algo?

—Por desgracia la asesinaron ayer por la tarde y me gustaría que me hablara de ella.

—¿Qué desgracia, por Dios!, Nos conocíamos desde hace más de treinta años, estuvo trabajando para mí durante veinticinco años.

—Sabemos que es usted una científica muy conocida en el mundo, y no me gustaría hacerle perder el tiempo, pero, por favor me gustaría que me hablara de cómo se conocieron y qué trabajo desarrollo para usted.

—¿Les ayudará a coger al asesino de Amy?

—Sin la menor duda. Cuanto más conozcamos de la víctima, más fácil será resolver el caso.

—Como quiera detective. La conocí, como ya le he dicho, hará cosa de treinta años. Me la recomendó un compañero de trabajo, tenía una amiga que murió y dejó un hijo de un año. Amy era profesora y estaba acostumbrada a tratar con niños. Arreglamos la documentación de la adopción y ella lo adoptó. Como era tan pequeño el niño y ella tenía pocos recursos, le dejé una vivienda con un pequeño jardín para que pudiera estar con el niño. Yo corría con todos los gastos.

Por dentro notaba como la sangre me empezaba a hervir.

—Qué generosa es usted, pero siga, por favor.

—A partir de los siete años, el niño cogió una infección y lo tuvimos que ingresar en un hospital privado que posee mi familia, yo por su puesto corría con los gastos, aunque Amy lo adoptó yo tenía la responsabilidad de cuidarlo, fue una promesa que le hice a su madre.

—¿Cómo se llamaba el niño?

—El niño se llamaba Steve, un niño precioso.

—¿De su padre no se sabe nada?

—No, fue una aventura que tuvo con un aspirante a policía del que nunca más supo de él.

—¿Qué fue lo que le paso a Steve?

—¿De verdad que le interesa?

Tenía que controlarme para no saltar y morderle la yugular.

—No sabe la ayuda que le está prestando a la pobre de Amy, tenemos la sospecha que a lo mejor el padre se enteró de la existencia del niño y quiso saber de él.

—Steve estuvo ingresado mucho tiempo por la infección que cogió, le subió a la cabeza ocasionándole daños cerebrales. Le estuvieron tratando con todo tipo de medicamentos experimentales porque con los tradicionales apenas tenía mejoría. Por desgracia, después de tres años de tratamiento, lo tuvimos que ingresar en un hospital psiquiátrico.

—Pobre Amy, tanto sufrimiento para nada —comentó Sarah.

—La verdad es que sí, ella lo visitaba todas las semanas, durante muchos años, pero por no se pudo hacer nada por él. Primero entró en coma y después de mucho tiempo, acabó muriendo.

—Si no hubiera muerto Steven, ¿qué tendría, unos veintinueve años?

—Sí, sobre veintinueve años.

—¿No tendrá ninguna fotografía del niño?

—No, tenía una fotografía, pero se la di a Amy.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué mala suerte! Espere un momento, me parece que tengo una fotografía que estaba en casa de Amy. A ver dónde la he dejado... ¡Vaya, ahora no la encuentro! Sí, la tengo aquí en el bolsillo de la chaqueta. Con tantos bolsillos uno no sabe dónde deja las cosas. Tome, la fotografía. Mire si la reconoce, por favor.

—Sí, esta es Amy conmigo, y el niño es el de detrás. Aquí tendría cinco años.

—No se puede hacer una idea de la ayuda que nos ha brindado. Y ahora fíjese bien en el niño.

—¿En qué quiere que me fije?

—Fíjese en Steven y míreme a mí.

Me iba a salir espuma por la boca de las cantidades de mentiras que había contado. Me costó mucho trabajo contenerme. Cuando se quiso dar cuenta la señora Naiyan, ya estaba metida en un serio problema. Cuando le dije que se fijara en Steven y luego que me mirase a mí noté cómo su cara se descomponía. Empezó a respirar con dificultad y se tuvo que sentar. Fue el momento oportuno para empezar con mi interrogatorio.

—¿Eres tú? Me dijeron que estabas muerto. ¡Maldita sea tu estampa!

—Ahora, señora Naiyan, le voy hacer unas preguntas y espero que me diga la verdad.

—No pienso decirle nada, detective.

—Por su aspecto diría que sufre una enfermedad bastante grave.

—Así es, padezco un cáncer terminal.

—¿Y no será mejor que para que descanse su alma me cuente la verdad?

—Has sido muy astuto contándome la muerte de Amy, y yo he caído como una autentica imbécil.

—No le he mentado, a Amy la asesinó ayer un psicópata, y yo llevo un año intentando averiguar quién soy, pero ahora prefiero no saber nada.

—De acuerdo, le contestaré lo que recuerde. De todas formas no me quedan más de tres meses de vida.

—¿Qué culpa tenían los pobres indigentes para que los matasen de esa manera?

—John, usted no tiene ni idea de dónde se han metido. Esto viene desde muy arriba. Nosotros obedecemos lo que nos mandan, todo lo que hemos hecho ha sido para sobreguardar nuestra nación.

—¿Matando y encerrando en psiquiátricos a ciudadanos americanos? ¡Y una mierda!

—No podíamos perder tiempo en hacer pruebas con animales, nos exigían resultados rápidos costase lo que costase. Hemos podido desarrollar varios tipos de drogas que permiten obtener la verdad en los interrogatorios a los terroristas, y al mismo tiempo hemos sido capaces de desarrollar una droga regenerativa de células cerebrales. Tengo que reconocer que han muerto muchas personas, pero ha sido por una causa justa, como se suele decir en tiempo de guerra: han sido daños colaterales.

—Según ustedes, todo está justificado siempre que se logre el objetivo. Cueste lo que cueste.

—Desgraciadamente así es, John. ¿Ves este botón? Solo tengo que apretarlo y en menos de cinco minutos estaría aquí la CIA y varias agencias gubernamentales que les harían desaparecer en dos minutos, pero no lo voy hacer.

—Quizás tenga razón y no sabemos dónde nos estamos metiendo, pero al menos si consigo que esto salga a la luz sería un caso difícil de tapar y se llevaría mucha gente por delante incluida a usted. Tenemos testigos, víctimas, y centenares de expedientes con las direcciones donde se realizaron los interrogatorios.

—Cabe esa posibilidad, pero ¿por cuánto tiempo? Seis meses como mucho. ¿Y luego qué? Todo seguiría igual. Por cierto, ¿cómo conseguiste

salir con vida? Estabas en coma, yo misma lo comprobé. A no ser que el doctor Erwin te suministrará la psilocibina, el gotero que tenías puesto era de inotrópicos. El bueno de Erwin, fiel en su juramento a pesar de costale la vida.

—Cómo desearía que fuese un hombre para poder partirle los dientes...

—Guárdese esa ira para otra ocasión. Y ahora si me perdonan, les perdería que saliesen de mi casa. Por cierto, ¿sabes quién es tu padre?

—No lo sé ni quiero saberlo. Seguro que será un nací como usted.

—Si lo quieres saber, solo tienes que mirar la fotografía que tiene tu compañera en las manos.

Salimos de la casa de la hija de puta de Naiyan. Para nada demostró algún tipo de arrepentimiento, sino todo lo contrario, se sentía orgullosa de haber logrado sus objetivos a pesar de las muertes de tantas personas inocentes.

Se encontraba muy segura y protegida por los mismos que dicen luchar por la libertad. ¿Qué clase de libertad era esa que permite torturar y encerrar ciudadanos americanos con total impunidad?

Tenía claro que estábamos remando a contra corriente. Teníamos una bomba en nuestras manos y corríamos el riesgo de que nos explotara. Sarah y yo estuvimos pensando qué teníamos que hacer con todas las pruebas y la grabación de la conversación con la nazi. Si Sarah lo publicaba estábamos seguros que no duraríamos ni un solo día, aunque que tuviesen que hacer explotar la sede del periódico con todos dentro. Con decir que había sido un ataque del estado islámico... Decidimos que lo mejor que podíamos hacer era entregarle todas las pruebas con la grabación al juez Devon y que él decidiera.

Le hice prometer a Sarah que en lo referente a que Frank era mi padre, lo tenía que mantener en secreto. Si algún día, por los motivos que fuese, se enteraba sería porque yo mismo se lo diría.

No podía irme sin despedirme como se merecía la señora Naiyan. Igual que podía sentir el alma de Kevin, también podía sentir las almas de todas la víctimas que habían fallecido en manos de esos bastardos y bajo el consentimiento de Naiyan. Bajé del coche y llamé a la puerta.

—Usted otra vez...

—Sí, yo otra vez. Perdone, pero se me ha olvidado darle un mensaje..

—Usted dirá,

—La cogí de la mano y me la puse en el pecho. Le pude transmitir el dolor de todas las víctimas que habían sido torturadas. Durante un minuto, pude comprobar cómo su cuerpo iba menguando y las cuencas de los ojos se le iban pronunciando.

Le solté la mano y me subí al coche. Ella aún permanecía en la puerta totalmente inmovilizada.

—¿Qué le has dicho?,

—Que tendría noticias de la justicia.

—Pues sí que le ha afectado, se ha quedado momificada..

—Cosas de la edad.

En veinte minutos estábamos en comisaría. Le dije a Sarah que subiera para conocer a mis compañeros. Me hubiera sentido liberado si no fuese porque tenía a Kevin en mi cabeza. Le presenté a todos mis compañeros. Daba la casualidad que estaba mi amigo Stewart, el forense.

Al cabo de una hora, cuando Stewart se disponía a marchar, le agradecí la ayuda que me había prestado..

—John

—Dime Stewart..

—Por casualidad ¿tienes algún familiar que esté pasando una mala racha?.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Qué casualidad! Ayer vi a un tipo que juraría que era hermano tuyo, tenía tu misma cara..

—¿Dónde lo viste? —le pregunté con el corazón en la boca..

—Colaboro con la misión New York City, es un albergue para indigentes, se encuentra en la 92 de Lafayette..

Cogí de la mano a Sarah y salimos como un rayo en plena tormenta.

Nos fuimos sin decir nada. Empecé a tener taquicardia. Le dije que marcara el número de teléfono del juez Devon, yo era incapaz de marcar ni un solo número. Le pedí a Sarah que conectara el altavoz del teléfono.

—Dime, John..

—Juez Devon, han encontrado a Kevin. ¡Por Dios? —La emoción inundaba mi cuerpo.

—¡Cálmate, John! ¿Dónde te encuentras?

—Voy camino de la 92 de Lafayette..

—Voy para allá. No hagas nada hasta que yo llegue.

Sarah tenía la cara desencajada, apenas podía entrelazar una palabra.

Conforme nos íbamos acercando el corazón se me iba acelerando. Estaba a poca distancia de Kevin.

Cuando llegamos, el juez Devon ya se encontraba en la puerta esperándonos. Me acerqué a él y le di un abrazo.

—¡Tranquilo, John! ¿Estás seguro de que está aquí?

—Completamente seguro, juez. Lo siento aquí dentro —Me señalé el pecho..

Entramos sin perder más tiempo. Nos encontramos con una pequeña recepción en la entrada y nos dirigimos a ella. Le preguntamos a la recepcionista por Kevin y nos dijo que no tenía ningún Kevin registrado. Le insistí que lo mirase otra vez y me dijo lo mismo. El juez me dijo que nos fuéramos de allí, que había sido un error.

—Por favor, ¿nos podría dejar entrar? Podría ser que estuviera registrado con otro nombre.

—Si no son familiares no pueden pasar..

—Soy el detective de homicidios Lamber, y este señor es el juez Devon. Necesitamos pasar. ¿Dónde se encuentran los que están enfermos?.

—De acuerdo, pueden pasar. Los enfermos se encuentran en el primer piso.

En un abrir y cerrar de ojos llegamos a la primera planta. Era una sala alargada con camas horizontales. A simple vista, calculé que habría unas cuarenta camas.

Había varios enfermos, pero no dudé en la cama que estaría Kevin. Cerré los ojos y caminé despacio con miedo a equivocarme. Me detuve en seco. A mi derecha se encontraba una persona tapada hasta la cabeza. Le retiré muy despacio la manta para ver su cara. Estaba despierto. Nos quedamos mirando sin apartar la mirada el uno del el otro. Sacó la mano por debajo de la manta y cogió la mía.

—John

—Dime, Kevin.

—No podía ponerme en contacto contigo, apenas tengo fuerzas.

—Lo sé, Kevin. Ahora ya estamos juntos, amigo.

—Había perdido toda esperanza de que me encontraras. No sabes lo que me han hecho sufrir.

—No te preocupes, nadie te hará más daño. Te lo prometo. Mira, Kevin, ¿conoces al juez Devon y a Sarah?.

—No sé quién son.

—Son unos amigos que te quieren mucho. Ahora descansa que te vamos a sacar de aquí..

—¿Qué hacemos juez?

—Lo primero sacarlo de aquí y llevarlo a una clínica privada. Llamaré a mi secretario para que se encargue de todo.

—¿Tú qué dices, Sarah?

—Yo no puedo hablar, me tiembla todo el cuerpo.

—John, ¿cómo podemos explicárselo a Dolores y a Frank?

—No lo sé, juez. Eso es cosa suya, yo no puedo decírselo. Tiene que ser usted..

—Lo sé, pero ¿cómo lo hago? Le va a dar un infarto cuando le diga que su hijo está vivo.

Estuvimos dos horas esperando que viniese la ambulancia. Durante ese tiempo, Kevin no me soltó de la mano.

Qué curioso fue el destino. Y qué caprichoso que puede llegar a ser...

No puedo explicar lo sucedido. Fuese lo que fuese es algo inexplicable. Kevin y yo estuvimos conectados. Podía notar su presencia, incluso por momentos tuve la seguridad de que se encontraba dentro mí.

El juez Devon no pudo evitar que se le cayesen unas lágrimas cuando lo vio. Tiene un gran dilema por delante. ¿Cómo decirles a unos padres que el hijo que creían fallecido, al que le habían dado sepultura, el que habían llorado durante tanto tiempo, estaba vivo?

No puedo imaginármelo, tendrá que tener mucho tacto. En cualquier caso a Dolores y a Frank les esperaba una gran noticia, aunque fuera difícil de asimilar. Bastará con que lo tengan delante para saber que es él.

Me juré a mí mismo, y así se lo hice saber al juez Devon, que los culpables lo pagarían. Hoy, mañana, o pasado, pero lo pagarían sin la menor duda.

Me encontraba feliz, la sombra de mi pasado había desaparecido. Mi vida había transcurrido entre cuatro paredes de un psiquiátrico, pero no me importaba, quería vivir el presente con Sarah, con mis padres y con mi hermano Kevin. Un hermano de verdad, un hermano de sangre.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi familia por el apoyo recibido, a mi hija Miriam, por sus consejos. A mi hijo Emilio, por sus ideas cuando esto aún era una pequeña ilusión. A mi mujer, M^a Angeles por su apoyo constante y su paciencia, en definitiva, gracias a ellos esto ha sido posible.

Nunca había imaginado que la escritura pudiera formar parte de mi vida, ya que fue algo tardío, pero fue una vía de escape en uno de los momentos más difíciles de mi vida. He sido Frank Lambert en pequeños momentos, he sido Jhon en muchos otros y he sido Kevin un poco de cada día... esta historia viajó conmigo, me acompañó en mi ida y también en mi vuelta, y esto es la parada final. Ahora sé, que todo pasa por algo.

Quiero agradecer enormemente a Teresa Ruiz, mi correctora. Por su trabajo y dedicación, por esos correos con palabras tan bonitas... y por poner tanta ilusión en esto, gracias, de verdad.

Es imposible olvidarme de Olga y Amparo, por el tremendo trabajo de portada y maquetación, es un placer trabajar con vosotras y sin duda volveré a repetir con Pinkxel ediciones.

A toda mi familia, hermanos, hermanas, sobrinos, amigos... a todos los que están en mi mente y en mi corazón, gracias.

Felipe Ojeda .